



PALABRA



ROMAN

Dulce hogar

Dorothy Canfield Fisher

DOROTHY CANFIELD FISHER

Dulce hogar

ROMAN

Título original: *The Home-Maker*

© 2016 The Estate of Dorothy Canfield Fisher

© Ediciones Palabra, S.A., 2016

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)

Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

palabra@palabra.es

© Traducción: José Gabriel Rodríguez Pazos

Diseño de cubierta: Raúl Ostos

Imagen de cubierta: © Scala archives

Diseño de ePub: Erick Castillo Avila

ISBN: 978-84-9061-462-4

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

Primera Parte

- Capítulo I
- Capítulo II
- Capítulo III
- Capítulo IV
- Capítulo V
- Capítulo VI

Segunda Parte

- Capítulo VII
- Capítulo VIII
- Capítulo IX
- Capítulo X

Tercera Parte

- Capítulo XI
- Capítulo XII
- Capítulo XIII
- Capítulo XIV
- Capítulo XV
- Capítulo XVI
- Capítulo XVII

Cuarta Parte

- Capítulo XVIII
- Capítulo XIX
- Capítulo XX
- Capítulo XXI
- Capítulo XXII

Notas

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

I

La mancha no cedía, a pesar de que ella restregaba el cepillo con rabia sobre el reguero de grasa que iba desde los fogones hasta la puerta del comedor. Ese era el recorrido que Henry había hecho el día anterior con la fuente de carne perfectamente inclinada. Como si nunca le hubiera dicho que tuviera cuidado... ¡Se lo había dicho mil veces! Le había dicho, le había pedido, le había suplicado que tuviera cuidado. Pero los niños no prestaban atención a lo que ella decía. Nunca. Era como hablar con la pared. Y la grasa estaba *caliente*: lo ideal para empapar bien la madera... ¡Eso no había quien lo limpiara!

Sacudió el exceso de agua del cepillo, se sentó en los talones, espolvoreó detergente sobre las cerdas —la segunda lata de detergente de ese mes, ¡con lo caro que se había puesto!— y, apretando los dientes, el cuerpo en tensión, volvió a inclinarse con determinación sobre las manchas.

Un niño pequeño de cara seria, con un deslucido osito de peluche en la mano y vestido con un impecable pelele de cuadros, se asomó detrás de ella por la puerta del comedor. Después de observar el entorno y ver el acompasado y enérgico movimiento de la espalda de su madre, se dio la vuelta y se fue, sin que ella llegara a percatarse de su presencia.

Ella dejó de cepillar y, jadeante, hundió la mano en el balde de agua caliente y jabonosa, del que sacó una gruesa y limpia bayeta de fregar suelos. Después de escurrirla con un rápido giro de muñecas, limpió la espuma del suelo y se quedó mirando el sitio donde acababa de cepillar.

Las manchas de grasa seguían ahí: implacables, su color oscuro resaltaba sobre la claridad de la madera. Un gesto de decepción se dibujó en su rostro y su boca no pudo reprimir una exclamación de contrariedad.

Volvió a coger el cepillo y entonces escuchó el timbre del teléfono en la habitación de al lado. ¡Siempre sonaba en el peor momento!

Dejó el cepillo, se levantó casi de un salto y se secó las manos en el paño de cocina, limpio y bien planchado, que estaba colgado junto al fregadero.

El teléfono volvió a sonar. Exasperada por la falta de comprensión que demostraba aquel aparato, atravesó el comedor con rapidez y descolgó el auricular de su gancho.

—¿Sí?, aquí la señora Knapp.

—...

—Ah, eres tú, Mattie...

—...

—Por aquí, sin mayores novedades, gracias. Helen ha vuelto a coger uno de sus catarrazos, pero no es tan serio como para que tenga que quedarse en casa. Y Henry está otra vez con la tripa..., esa especie de problema crónico con su digestión. Creo que el médico no acaba de dar con lo que tiene.

—...

—No, mi eccema no ha ido a más. Ahora lo tengo en el brazo.

—...

—¿Cómo voy a tenerlo en reposo? ¡*Tengo* que moverlo! Tú no sabes la cantidad de cosas que tengo que hacer... Y además, no tengo claro que utilizarlo le venga mal. Eso sí, lo llevo vendado.

—...

—Sí, Stephen está perfectamente. Ese nunca se pone malo. ¡No para! Me vuelve loca, cuando estoy ocupada con el trabajo de la casa... Y no sé qué hacer con él cuando le entran esas rabietas. No sabes las ganas que tengo de que vaya ya a la escuela con sus hermanos... Eso sí que va a ser un descanso. A lo mejor los *maestros* saben qué hacer con él. Desde luego, no les arriendo la ganancia...

—...

—¡No, Mattie, por favor! ¿A quién se le ocurre? ¡No tengo tiempo! Estaba limpiando grasa del suelo de la cocina cuando llamaste. No llego... Nunca llego. Todavía no he arreglado ni una habitación. Además, tengo que hacer galletas con esa harina especial que me ha recomendado el médico para Henry. Me ha insistido en que siga dándoselas...

—...

—¿Cómo voy a salir más y descansar más? Tú ya sabes lo que es esto... Y *alguien* tiene que hacerlo.

—...

—Sí, ya, eso es lo que me dice el médico. Me gustaría que ocupara mi lugar solo un día y luego me dijera cómo puedo hacerlo. ¡Nadie entiende nada! Se piensan que me gusta estar todo el día trabajando... ¿Acaso tengo *elección*? ¿Quién lo va a hacer si no?

—...

—No, que te lo agradezco, pero no puedo...

—...

—No, no te pases por aquí, perderías el tiempo. De verdad, es que no puedo ni planteármelo...

—...

—Muchas gracias de todas formas. Te agradezco que te preocupes por mí, y espero que lo pases divinamente.

El silencio sepulcral de la casa fue todo lo que escuchó después de colgar el auricular. ¿Qué estaría haciendo Stephen? Hacía un buen rato que no lo oía y, en el caso de Stephen, eso siempre era una mala señal.

—¡Stephen! —gritó, y se quedó en silencio, esperando una respuesta, con la cara tensa y el ceño fruncido.

La casa esperó con ella en silencio por una respuesta que no llegó.

—¡Stephen! —volvió a gritar, girándose de manera que su voz pudiera oírse en el piso de arriba.

Solo escuchó el susurro apresurado del pequeño reloj de la repisa de la chimenea: «tic, tac, tic, tac, tic, tac...». Rara vez escuchaba ella aquel tictac, pero cuando llegaba a sus oídos, siempre parecía atosigarla: «¡*Tanto que hacer! ¡Tanto que hacer! ¡Tanto que hacer!*!». Lo miró y frunció el ceño. ¡Las dos y media ya! Y el suelo a medio limpiar... ¿Por qué le daba a la gente por llamar por teléfono a todas horas? ¿No se daban cuenta de lo ocupada que estaba?

—¡Stephen! —gritó enfadada, y subió corriendo por las escaleras.

¿Había algo más desesperante que llamar a un niño y que no te contestara? A su edad, a Helen y a Henry ni se les pasaba por la imaginación hacer algo semejante. Era otra de las estrategias de Stephen. ¡Una más! Cada día se le ocurría alguna maldad nueva, y sabía perfectamente cuál era el momento preciso para probarla. El agua del balde para limpiar el suelo se enfriaba, y como acababa de rellenar de agua fría el depósito que se calentaba con el calor de la cocina, tardaría una hora en volver a tener un balde de agua caliente.

—¡Stephen!

El pensamiento del agua enfriándose hizo crecer la intensidad de su resentimiento hacia el niño.

Echó un vistazo rápido al limpiísimo baño, al dormitorio con la cuna blanca de Stephen junto a la cama de sus padres, al pequeño dormitorio abuhardillado de Henry — ¡Otra vez! ¡Henry había vuelto a dejar sus zapatos tirados en medio del suelo otra vez! —, a la habitación de Helen, donde un enorme pliegue que cruzaba en diagonal la cama —muy mal hecha— hizo que volviera a fruncir el ceño.

Pero de Stephen, ni rastro. ¡Ya estaba bien! Con todo lo que tenía que hacer, sin parar día y noche para que encontraran la casa agradable..., y ni agradecersele; ni un respiro, siempre lo mismo, y el pelo cada vez más ralo —se le caía a mechones—, con la cabellera tan bonita que había tenido...; y todo lo que quedaba por hacer esa tarde,

mientras Mattie se iba por ahí en su nuevo automóvil...; y ahora, sin poder hacer nada, porque a Stephen le había dado por no contestar.

—¡Stephen! —gritó, con la cara roja de ira—. ¡Dime ahora mismo dónde estás!

En una casa tan pequeña el niño tenía que haberla oído por fuerza, pero la pequeña casa no le devolvió ni el más mínimo murmullo. El eco de sus gritos dio paso a un denso silencio que se cernió sobre ella y acarició su enardecido y furioso corazón con un toque de terror.

¡Y si Stephen no se estaba escondiendo! Y si había salido al jardín y se lo había llevado alguien... El día anterior había visto a unos hombres con muy mala pinta deambulando por las calles: vagabundos de la zona de las vías muertas... ¡Y las vías muertas tan cerca de casa! A Harry, el pequeño de la señora Elmore, lo había matado allí un tren de carga. ¡O el río! Inmóvil en el oscuro rellano de la escalera, vio las manitas de Stephen intentando agarrarse desesperadamente a algo y hundirse en aquella espantosa agua fría de color chocolate. Stephen, su bebé, su cielito, el más fuerte y alegre de todos, su favorito...

Bajó las escaleras como una exhalación y salió por la puerta principal. Notó el aire helador de febrero, mientras gritaba desesperada: «¡Stephen!, ¡Stevie!, ¡Stevie, cariño!».

En la sombría calle no se veía a nadie, aparte de la camioneta de reparto de la tienda de ultramarinos, que estaba delante de una de las pequeñas casas de madera. Se acercó y se dirigió al muchacho que estaba al volante.

—¿Has visto a Stephen pasar por la calle? Conoces al crío, ¿no? Stephen Knapp.

—No, no lo he visto —dijo el muchacho, dirigiendo la vista a la vez que ella a un lado y otro de la calle.

Una delgada anciana salió al porche de la casa que lindaba con la de los Knapp.

—¿Ha visto a Stephen, señora Anderson? —preguntó la madre de Stephen.

—No, no lo he visto, señora Knapp. No creo que haya salido con este frío. Estará escondido en algún sitio. Eso es lo que hacen los niños, cuando se lo permiten. Si fuera *mi* hijo, señora Knapp, le habría quitado la costumbre por la vía rápida. Yo nunca he dejado que *mis* hijos me toreen... Como cedas una vez...

El resentimiento asomó en la cara de la señora Knapp, que volvió a su casa y cerró de un portazo.

Empezó entonces una búsqueda sistemática por todos los posibles escondites, corriendo de un sitio a otro, con sentimientos que iban de la ira al terror y a una incertidumbre que le estaba pesando cada vez más. Ahora no llamaba al niño. Lo buscaba en silencio y sin detenerse.

Pero Stephen no estaba en la casa. ¡Debe de haber salido! Así que, aunque esté a salvo, tiene que estar helado hasta el tuétano. ¿Y si no está a salvo? Ojalá no vivieran en ese espantoso barrio, tan cerca de las vías muertas y las chabolas. Su ira se fue

desvaneciendo. Se olvidó de la espina que la señora Anderson había clavado en su vanidad. Envuelta en su chal, iba de un lado a otro, temblando de arriba abajo: era pura maternidad amantísima y desesperada. Si hubiera visto a su Stephen intentando escapar de los brazos de una docena de enormes matones, se habría lanzado contra ellos como una tigresa, provista únicamente de dientes, uñas y la pasión de su corazón.

Tenía ya la mano en el pomo de la puerta, cuando se dio cuenta de que había un lugar en el que no había mirado: el oscuro hueco bajo las escaleras. Se volvió hacia él y descorrió la cortina.

Allí, abrazado a su osito de peluche, estaba Stephen, que la miraba desafiante, sin decir nada. Su cara redonda y seria reflejaba tristeza.

II

Siempre que mamá estaba limpiando grasa del suelo era un buen momento para Stephen. Ella se olvidaba de él. ¡Menudo peso se le quitaba a uno de encima cuando mamá se olvidaba de uno por un rato! Era maravilloso poder entrar en la habitación, sabiendo que no iba a asomarse por la puerta en cualquier momento para decirte: «¿Qué estás haciendo, Stephen?», y añadir a continuación: «¿Qué has hecho con el pelele para que esté tan sucio?».

Stephen iba de un lado a otro de la habitación, en silencio, respirando hondo. La cama, el suelo, la cómoda..., todo era distinto cuando mamá se olvidaba un minuto de ti. Stephen pensó que quizá fuera también un descanso para la habitación y sus muebles: mamá se olvidaba de ellos y dejaba de moverlos, limpiarlos y sacarles brillo. Le parecía que estaban más tranquilos. Saludó con la cabeza a la cama y miró con cariño a la cómoda.

El cajón de abajo estaba un poco abierto. Algo blanco asomaba... Mamá nos tenía prohibido abrir los cajones de su cómoda, pero es que aquello parecía... ¡sí! Abrió del todo el cajón y sacó su osito de peluche..., ¡su queridísimo Teddy! ¡Así que era *ahí* donde lo había escondido!

Se sentó en el suelo, abrazó con fuerza a Teddy y sintió que un profundo alivio le invadía con una calidez relajante. Durante toda su vida —al menos, lo que él recordaba, y ya eran más de tres años—, se había ido a dormir con su enorme osito en los brazos. La vista de aquella alargada cara, amable como ninguna otra, aquellos ojos negros que rezumaban cariño, el suave y familiar tacto de su cuerpo de trapo... Todo aquello le evocaba mil recuerdos de paz, mil momentos de una felicidad somnolienta en la que sus tristezas se desvanecían. Los días en que le habían castigado y encerrado en la habitación, «para que llores a gusto», había buscado como loco a Teddy entre lágrimas

y, agotado de gritar y patalear de rabia, se había quedado muchas veces dormido en el suelo, abrazado a aquel osito que le infundía un misterioso consuelo. Era aquella una auténtica fijación, profundamente arraigada en el cerebro de Stephen: Teddy le proporcionaba tranquilidad, descanso, seguridad..., y Stephen necesitaba mucho de eso en su pequeño y borrascoso mundo, donde tenía que librar fieras batallas contra fuerzas más poderosas que él.

El niño se sentó en el suelo de la silenciosa habitación, rodeado de silenciosos muebles que parecían descansar ostensiblemente, y se abrazó con fuerza a su recién recuperado tesoro, con la mejilla bien pegada a la sobada lana blanca del hocico del peluche. ¡Adoraba a Teddy! ¡Su Teddy! Haberlo recuperado le había sumido en una paz indescriptible. Todos los sentimientos de tranquilidad —la única tranquilidad en la vida de Stephen— que asociaba a aquel peluche se condensaron en imperceptibles nubes que rodeaban al chiquillo. Lo que el olor del incienso y el murmullo de oraciones son para el creyente, lo que el aroma de la pipa recién encendida es para el agotado leñador, lo que la paz de la mesa iluminada por una cálida lámpara de pantalla verde es para el estudioso... Todo eso y más era Teddy para Stephen. Los ojos, muy abiertos y risueños, dieron a aquella carita, habitualmente llena de energía y vitalidad, un aspecto soñador: no solo se había olvidado su madre de él, sino que también él se había olvidado de su madre.

¿Habían pasado solo cuatro días desde que comenzara esta nueva y amarga fase de la lucha de Stephen por la supervivencia? Su madre se lo había llevado de visita a casa de una señora. La caminata había sido interminable: las piernecitas de Stephen se movían con corto y acelerado paso, junto al paso largo y decidido de su madre; la fuerza con que ella agarraba la mano del niño, enfundada en una manopla, y tiraba de él para que fuera a su ritmo casi le saca el brazo del hombro. Cuando llegaron estaba jadeante y le invadía esa fatiga intempestiva e irritante que siempre le producía andar con su madre. Después vino una larga y aburrida conversación en la que las instrucciones para él habían sido claras: «Estate quieto ahí sentado y no toques nada». Y entonces la señora les mostró una horrenda, trágica y lamentable ruina que, por lo que ella decía, era un osito de peluche lavado.

—El caso, señora Knapp, es que un día me dio por pensar en la cantidad de porquería y microbios que el osito este debía de haber acumulado durante dos años... ¡Horrible! Molly no hace más que arrastrarlo por el suelo.

—Sí, lo mismo que hace Stephen con el suyo —dijo su madre.

—Solo de pensarlo, me dio pánico. Así que lo metí en un barreño y lo lavé. Ya ve que no ha quedado mal...

Levantó aquel espantoso pingajo cogiéndolo por un brazo flácido y lleno de bultos, y las dos madres lo observaron con interés y aprobación. Stephen estaba horrorizado. Si

mamá le hiciera eso a *su* Teddy... su Teddy, que era como una parte de él mismo... La mirada fiera volvió a los ojos de Stephen y, bajo las suaves curvas de su carita de bebé, apretó los dientes.

Pero no le dijo nada a su madre mientras atravesaban el pueblo a toda prisa. Mamá estaba demasiado preocupada por tener lista la cena con puntualidad, orgullosa de no haberse retrasado nunca ni un minuto a la hora de poner la comida en la mesa. Él no dijo nada; en parte, porque no le quedaba aliento de tanto subir y bajar bordillos a un ritmo frenético; y, en parte, porque no tenía ni idea de cómo expresar su consternación y profundo desgarró interior. La vida de Stephen hasta entonces había desarrollado más su capacidad de chillar y patalear que la de analizar y expresar sus sentimientos con palabras.

Aquella noche, mamá se había llevado a Teddy a traición, mientras Stephen dormía. A la mañana siguiente, dijo que solo de pensar en la porquería y los microbios del osito le entraban escalofríos y que, en cuanto tuviera tiempo, lo lavaría y se lo devolvería a Stephen. Stephen quedaba sumido en una silenciosa desesperación cada vez que pensaba en ello.

Pero ahora que había encontrado a Teddy, lo apretó entre sus brazos, que todavía recordaban el doloroso vacío de las tres noches anteriores. El enardecido corazón guerrero de Stephen se dulcificó con un punto de cariño y paz mientras estaba allí sentado; y entonces, en la serenidad de su espíritu germinó la idea de ir a hablar de aquello con su madre. Si se lo decía, quizá no se llevara a Teddy para estropearlo.

Bajó por las escaleras en busca de su madre. El labio inferior le temblaba un poco por la esperanza y el miedo. Su madre había visto ese temblor cuando Stephen era apenas un recién nacido. Pero nunca lo había vuelto a ver después. Tampoco esta vez.

Se asomó por la puerta de la cocina e, inmediatamente, supo por un millar de familiares indicios que no serviría de nada hablar con mamá, ni en ese momento..., ni nunca. La cocina estaba como abarrotada, y transmitía una sensación asfixiante: el ambiente destilaba tensión, exasperación, prisa y una iracunda determinación que parecían confluír y cernirse sobre aquella figura arrodillada en el suelo que se agitaba con furia. La tensión del ambiente fue como una bofetada en el rostro nervioso del niño. Conocía bien aquella tensión, por la cantidad de veces que la había percibido; y un movimiento reflejo hizo que se diera la vuelta con el rostro pálido por la frustración. ¡Cómo se le había pasado por la imaginación que podría hablar con su madre!

Se alejó con Teddy agarrado por un brazo y miró a su alrededor con ansiedad. No veía otra cosa que la inexorable prisión de su casa: caliente, limpia y perfectamente ordenada. No había escapatoria posible. No se escucharían sus ruegos. ¡No veía el modo de proteger lo que más quería! Experimentó entonces el más terrible y letal de los sentimientos que puede experimentar un ser humano: la total impotencia ante la

violencia física. Mamá se llevaría a Teddy y haría con él lo que quisiera, porque ella era más fuerte que Stephen. La ley de la jungla parecía atronar en los oídos de Stephen y burlarse de su impotencia.

Pero Stephen no era ni Henry ni Helen: él no iba a flaquear, arredrarse y echarse a temblar. Él se refugiaría en el último reducto que le quedaba, el único que le proporcionaba todavía una brizna de dignidad: resistir con fiereza, contra toda esperanza, hasta el final... Tenía la determinación del corazón desesperado que se enfrenta a una situación desesperada: la de, al menos, vender caras sus seguridades; la de luchar mientras quedaran fuerzas, la de no rendirse jamás. Eran las únicas armas que le quedaban para proteger algo que no tenía precio: lo que le hacía ser Stephen.

Lo primero de todo, se escondería. Se abrazaría a Teddy y no lo soltaría mientras pudiera; y se escondería, y dejaría que mamá le llamara hasta cansarse, mientras él se preparaba para soportar con valentía las torturas a las que, inevitablemente, se vería sometido: aquellas regañinas que mamá llamaba «hablar con él», aquellas invisibles emanaciones de ira que salían de mamá y llegaban a él como llamas que le abrasaban y que hacían sufrir a Stephen más que los azotes físicos que siempre eran el colofón; y es que, para cuando estos llegaban, estaba tan nervioso que no los notaba mucho.

Debajo de las escaleras... Ella tardaría bastante en pensar en ese sitio. Se deslizó hacia el interior del hueco, corrió la cortina y se sentó en el impoluto suelo. Cruzó las piernas, apretó a Teddy contra su pecho con todas sus fuerzas, sin lágrimas, y frunció el ceño. En su corazoncito ardía un descomunal y sulfúreo incendio de prometeicas llamas.

CAPÍTULO DOS

Lester Knapp salía descorazonado de los Almacenes Willing cuando, como de costumbre, notó en cada una de sus manos una mano enfundada en una manopla.

—Hola, papá —dijo Helen.

—Hola, papá —dijo Henry.

—Hola, hijos —dijo el padre, apretando las manos con fuerza y dirigiendo la vista hacia las dos caras que miraban hacia arriba—. ¿Qué tal todo? —les preguntó al empezar a andar. Su paso cansino se había vuelto ligero de repente—. ¿Qué dijo la maestra de tu redacción, Helen?

—¡Dijo que estaba *muy bien*! —contestó la niña con entusiasmo—. La leyó en alto para toda la clase. Dijo que a lo mejor me encargaban que escribiera la obra de teatro para la función que va a dar nuestra clase. Una obra de teatro histórica, ya sabes... Con indios, colonos, los regicidas escondiéndose y todo lo que hemos estado estudiando. Te quería preguntar si crees que podría empezarla en el interior de una de las casas, una noche en la que los indios atacan y todos están cargando los mosquetes y atrancando las ventanas y eso, y el viejo regicida escondido y mirando por una rendija de la madera para ver dónde están los indios.

—¡Eso sería *genial*! —exclamó Henry con admiración, estirando el cuello por delante de su padre para poder oír—. ¿Qué es un regicida?

Henry iba tres cursos por detrás de Helen en la escuela y todavía no había empezado con la historia. Su padre y su hermana se lo explicaron, hablando los dos al mismo tiempo, y se echaron entonces a reír al escuchar sus palabras entremezclarse. Caminaban con rapidez: hablaban, reían, se interrumpían y Henry no paraba de hacer preguntas, mientras que los otros dos construían una escena imaginaria impregnada por la emoción del peligro y la carga de imaginarios mosquetes. Sus voces se escuchaban como tintineantes campanas en el aire frío de la tarde. De vez en cuando, Henry —que era pequeño para su edad— aceleraba el paso dando unos saltitos, para no quedarse atrás.

Delante de los ultramarinos de *delicatessen*, en la esquina de su calle, el padre les hizo parar de improvisto.

—¿Qué me había pedido mamá que le llevara? —se preguntó con preocupación.

Y con preocupación le miraron los niños. Como no se acordara... Pero se acordó: un paquete de copos de avena y un bizcocho. Había conseguido rescatarlos de su memoria.

¡Todo un éxito!

Entraron en la tienda y encontraron allí a la tía Mattie Farnham, comprando galletas de jengibre, ensalada de patata y jamón cocido.

—¡Dios mío, qué vergüenza! ¡Me han pillado los Knapp! —exclamó ella, con esa risita muy de la tía Mattie que quería decir que, en realidad, no le daba ninguna vergüenza, sino que quería bromear alegremente sobre sí misma—. ¡Por supuesto que, a las seis de la tarde, no se va a encontrar uno a Evangeline Knapp comprando la cena de su familia en una tienda de *delicatessen*...! Nosotros nos fuimos al mediodía a dar una vuelta en el nuevo Buick... ¡Ay, Lester...! ¡Es de ensueño...! ¡De ensueño! Al final fuimos más lejos de lo que habíamos planeado. Lo de siempre..., ya sabes. Y claro, ya me conoces: no había nada para cenar en casa. He dejado a Frank y a los niños poniendo la mesa, mientras yo me acercaba aquí. No se lo cuentes a Evangeline, Lester. Intenté que se viniera con Stephen, pero nada... Que si tenía que hacer galletas para la cena y limpiar no sé qué suelo... Ella *nunca* deja nada pendiente, como yo. Es una auténtica maravilla esta Evangeline, ya lo creo. Un ejemplo para todos nosotros, siempre lo digo. Que sepas que, cada vez que voy a tu casa, ¡me da vergüenza entrar en la mía!

Mientras el tendero le envolvía sus compras, ella se inclinó hacia Helen y con una preciosa sonrisa le dijo:

—¡Cielito, estás preciosa con ese abrigo nuevo! ¿Dónde te lo ha comprado mamá?

Helen se miró, como si intentara descubrir a qué abrigo se refería, como si se hubiera olvidado de que llevaba puesto un abrigo. Entonces dijo:

—Lo hizo ella, me lo hizo mamá, aprovechando un abrigo viejo que nos mandó la abuela Houghton. El cuello y los puños son de un abrigo del invierno pasado de la prima Celia.

La tía Mattie, que estaba como aturdida de admiración, hizo que la niña se girara para ver el efecto que hacía el abrigo por la espalda.

—¡Tu madre es una auténtica *artista*! —exclamó—. No conozco a nadie con un gusto tan increíble. Tú le das a Evangeline Knapp un saco de arpillera y una manta de cubrir caballos, y te los convierte en un abrigo de cincuenta dólares. Se lo digo a todo el mundo. ¿A quién se le iba a ocurrir combinar ese azul con ese verde pastel? ¡Si parece un abrigo comprado en la Quinta Avenida! Yo nunca me compro un sombrero o un traje sin que Evangeline me dé el visto bueno. ¡Menudo estilo tiene! ¡No tiene rival en eso! No sé qué hiciste *tú*, Lester Knapp, para merecer una mujer así. Me gustaría saberlo...

La tía Mattie volvió a reírse solo por el placer de reírse, como siempre hacía. Sacó un par de galletas de la bolsa de papel, le dio una a Henry y otra a Helen, cogió la ensalada y el jamón que había comprado y se fue diciendo:

—¡Chicos, no vayáis a delatarme...!

La tienda de ultramarinos se quedó en silencio después de que ella se fuera. El señor

Knapp compró el bizcocho y el paquete de harina de avena y se fueron sin decir una palabra. Se les habían quitado las ganas de hablar. Los niños comían deprisa las galletas para acabarlas antes de llegar a casa.

Enfilaron en silencio el caminito de entrada a la casa, se pararon al pie de la escalera que subía a la puerta principal y se quitaron la nieve y el barro de los zapatos en el limpiabarros. Cuando acabaron, subieron de puntillas las escaleras, hasta el felpudo de fibra de coco que había delante de la puerta. Al abrir la puerta y entrar, les recibió un apetitoso olor a chocolate caliente y a algo recién salido del horno. En ese momento se escuchó el sonido del reloj dando las seis y media. ¡Bien!, llegaban puntuales. La puntualidad era muy importante. El pequeño Stephen les esperaba sentado en el primer peldaño de las escaleras. Tenía la cara hinchada, con churretones, los ojos enrojecidos, la boca apretada y el rostro muy serio.

—¡Vaya! Creo que Stevie se ha vuelto a portar mal... —susurró Henry en tono de lástima.

Fue con rapidez adonde estaba su hermano pequeño e intentó alzarlo en brazos, pero el niño era demasiado pesado para él, así que solo consiguió darle un buen abrazo. Helen se lo dio también y pegó su mejilla helada por el frío de la calle a la cara caliente y todavía un poco húmeda por las lágrimas. Nadie decía nada.

Lester Knapp los contemplaba en silencio.

La madre apareció por la puerta. Llevaba puesto un vestido de cuadros para estar en casa, de tela de algodón, perfectamente planchado.

—¿Qué tal, Evie, cariño? ¿Cómo ha ido todo aquí en casa? —preguntó Lester, mientras los niños iban a colgar sus abrigos y dejar sus cosas. Stephen se fue a la cocina.

—Muy bien —contestó ella con su voz clara y bien modulada, mientras fijaba los ojos en Helen, a la que dijo, forzándose por no elevar mucho el volumen, pero con una especie de *crescendo* que denotaba impaciencia contenida—: ¿Quieres dejar de dar vueltas sobre un pie, que vas a estropear la goma del zapato? Siéntate ya. No, en esa silla no, ¿no ves que es demasiado alta para ti? En esta. ¿Quieres dejar los libros? Con ellos bajo el brazo es imposible hacer nada. Tienes las manoplas en el suelo. Mételas en los bolsillos del abrigo y así las encontrarás siempre. A no ser que estén húmedas. ¿Están húmedas? Si están húmedas, llévalas a la cocina y ponlas en la rejilla para que se sequen. —La niña se giró para ir a la cocina y ella volvió a hablarle, haciendo que la niña diera un saltito, sobresaltada—: No las dejes demasiado cerca de los fogones, no vaya a ser que se quemen.

Entonces se volvió a Henry —Stephen había desaparecido—, y el niño se quedó inmóvil, la miró con ojos tímidos y bajos, como de ardilla, y pensó que si se quedaba muy quieto a lo mejor se reducía su tamaño...

Parecía que Henry se había quitado el abrigo y el gorro de manera satisfactoria y

había puesto las manoplas donde correspondía, porque ella, después de recorrer con sus ojos el cuerpecito del niño, se dio la vuelta y dijo por encima del hombro:

—Voy a llevar ya la cena a la mesa. Tienes tiempo de lavarte las manos, mientras la sirvo en los platos.

Henry dio un profundo suspiro y empezó a subir por las escaleras. Su padre se quedó un momento mirándole distraído, hasta que volvió en sí con un pequeño respingo y le siguió por las escaleras.

La campana de la cena sonó justo en el momento en que habían acabado de lavarse las manos y la cara. Helen y Henry habían lavado también las de Stephen, sin hablar, concentrados en lo que hacían, aclarando el lavabo al acabar, estirando bien las toallas y mirando responsablemente a su alrededor, por si algo se quedaba fuera de su sitio en aquel cuartito de baño inmaculado. Bajaron entonces al comedor.

La cena estaba exquisita, era nutritiva, ligera y estaba primorosamente servida. Patatas gratinadas, en su justo punto; chuletas de ternera a la parrilla con un toquecito de mantequilla derretida por encima; un chocolate espumoso y bien batido; galletitas doradas hechas de harina especial.

Los niños se colocaron las servilletas limpias en el cuello y las extendieron con cuidado para cubrirse la ropa limpia, y todos, menos Stephen, se pusieron a comer circunspectos.

—Así que no ha pasado nada especial hoy, ¿eh? —dijo el señor Knapp con voz jovial, dirigiendo la mirada al ama de casa, en la que la cabeza perfectamente peinada destacaba sobre el erguido busto.

—Lo de siempre —contestó la señora Knapp, al tiempo que alargaba el brazo para empujar el plato de Henry y ponérselo más cerca—. No he salido a ningún sitio y no ha venido nadie. Stephen, no comas tan rápido. Telefoneó Mattie. Ya les ha llegado el coche nuevo. Henry, siéntate derecho. Te va a salir una joroba, como sigas inclinándote así.

La mención de la tía Mattie y el coche nuevo impuso un deliberado silencio sobre los dos niños mayores y su padre. Los tres dirigieron la mirada a sus respectivos platos.

—Helen, ¿has puesto sal a las patatas? —preguntó su madre—. Yo no le pongo toda la que me gustaría, porque el médico ha dicho que Henry no debe comer las cosas con mucha sal.

—Les he puesto un poco —dijo Helen.

—¿Suficiente? —preguntó la madre en tono de duda—. Ya sabes que las patatas necesitan bastante.

Helen probó las patatas, como si no hubiera pensado en ello antes.

—Sí, tienen suficiente —dijo.

—Déjame probarlas a mí —dijo su madre, alargando el brazo para que le diera su

plato. Y después de probarlas, le dijo a su hija—: ¡Qué va! Les falta. Están muy sosas. Pásame el salero.

Echó sal, volvió a probar las patatas y le devolvió el plato a Helen, que siguió comiendo a pequeños mordiscos, masticando lentamente.

Volvió a hacerse el silencio.

El señor Knapp cogió otra galleta y, mientras untaba mantequilla sobre ella, dijo:

—¡Estas galletas están buenísimas! Nadie diría por el sabor que además son buenas para la salud, ¿a que no?

Helen levantó la vista con un movimiento rápido y una silenciosa y divertida sonrisa. Sus ojos y los de su padre se cruzaron con gozosa complicidad.

—Da mordiscos más pequeños, Stephen —dijo la señora Knapp. Nadie dijo una palabra ni hizo ningún comentario, y menos que nadie su marido, pero ella prosiguió con cierto enardecimiento—: ¡Sí, ya lo sé: no paro de llamar la atención a los niños! ¿Pero qué quieres que haga? Tienen que aprender, ¿no? ¡¿Crees que *disfruto* con ello?! ¡*Alguien* tiene que educarlos!

Aquella acusación sumió a los demás en un silencio culpable y temeroso. Excepto a Stephen. Él no había prestado la más mínima atención. Su madre solía decir con acritud que no prestaba atención a nada que dijera un adulto a no ser que le gritaras y dieras patadas en el suelo.

—Dame más carne —dijo el niño con desparpajo, acercando el plato a su padre.

—Di «por favor, papá» —le ordenó su madre.

Stephen dirigió una mirada desafiante a su madre y a continuación miró con fruición la chuleta, y pensó que no era cuestión de enzarzarse en una batalla.

—Por favor, papá —dijo el niño, en un tono que él conseguía, sin ningún esfuerzo, que sonara insultante.

La cara de desaliento de la madre se ensombreció un poco más, pero ella no recogió el guante que se le acababa de lanzar, y el eco triunfal de aquellas palabras de desafiante rebeldía siguió resonando en la habitación sin nada que interfiriera. No parecía que aquello hubiera aumentado el apetito de los otros dos niños. Estos continuaban con la mirada baja y procurando no moverse.

Nada parecía afectar a lo mucho que Stephen estaba disfrutando la comida. Comía con ganas, como si fuera un leñador que ha estado luchando todo el día con los elementos y sabe que debe fortalecerse para continuar batallando al día siguiente. Las pecas de sus mejillas parecían desaparecer en el saludable color sonrosado que su piel lucía habitualmente. Dejó de comer un momento para beber un prolongado y sonoro trago de su taza.

—No hagas ruido al beber la leche —dijo su madre.

Los otros comían tímidamente: daban pequeños sorbos a su chocolate y se metían en

la boca pequeños trozos de carne y patatas.

—La redacción de Helen en la escuela ha sido todo un éxito —dijo el padre de Helen—. Y como en la escuela se preocupan también de las artes escénicas...

—¿Qué son artes escénicas? —preguntó Henry.

—Sí..., es el nombre genérico que se da a las obras de teatro, comedias, ya sabes..., y tragedias, y...

—¿Qué es una comedia? —preguntó Henry—. ¿Y una tragedia?

—¡Dios mío, Henry! —exclamó el padre medio riendo—. No he visto en mi vida a nadie capaz de hacer tantas preguntas como tú. ¡Vas a acabar conmigo!

—Pues *a mí* no me atosiga a preguntas —dijo la madre en un tono que quería dar por sentado el mayor mérito de esta circunstancia.

Henry se quedó como encogido. Su padre se dio prisa en explicar qué eran una tragedia y una comedia. Se volvió a hacer el silencio. Y entonces:

—Ha hecho bastante frío hoy —dijo el señor Knapp—. La gente de la oficina decía que el termómetro... —Había intentado callarse en cuanto la palabra «oficina» salió de su boca. Pero era demasiado tarde. Así que se agarró a la palabra «termómetro» por un momento y, apresuradamente, como si fuera consciente de que a nadie le importaba cómo acabara la frase, añadió—: marcaba doce grados bajo cero esta mañana.

La señora Knapp había levantado la vista bruscamente al escuchar la palabra «oficina» y sus ojos se habían ensombrecido con la pausa que siguió. Ahora miraba a su marido con dureza, como si su vacilación y la inflexión de su voz le hubieran dicho algo a ella.

—El joven señor Willing no ha vuelto hoy, ¿verdad? —dijo ella con gravedad.

El señor Knapp dio un buen trago a su chocolate caliente.

—Sí, sí ha vuelto —dijo él, después de bajar la taza y mirar tímidamente a su mujer.

—¿Han anunciado la reorganización..., cómo va él a...? —preguntó la señora Knapp. ¡Como si no supiera la respuesta!

Ambos sabían perfectamente lo que se iban a preguntar y a responder, pero parecía que no había modo de evitar aquella conversación.

—Sí, sí... —dijo el señor Knapp, intentando masticar un trozo de carne.

—¿A quién han puesto al frente de tu departamento? —preguntó la señora Knapp, quien añadió, dirigiéndose a su hija—: Helen, no cojas así el tenedor.

—Harvey Bronson —dijo el señor Knapp, intentando que sonara como cualquier otro nombre.

—Ya... —dijo la señora Knapp.

No hizo ningún comentario al respecto. Se había hecho el firme propósito de no criticar nunca al padre delante de sus hijos.

Helen miró de reojo a su padre, con los párpados medio cerrados. Hubiera querido

atreverse a dirigirle una cariñosa mirada que le confortara y le mostrara lo mucho que ella le quería, y lo mucho que sentía que no le hubieran ascendido —tal y como esperaban todos desde hacía mucho tiempo—, porque le habían dado el puesto a un hombre más joven, uno que se comportaba de manera especialmente ruin con su padre. A la niña le dolía el corazón. Hubiera querido irse con su padre a una esquina después de cenar para darle un fuerte abrazo en silencio. Él lo habría entendido.

Pero no sucedió así. Sucedieron otras cosas.

Durante el resto de la cena, el silencio fue casi total. La señora Knapp no volvió a probar bocado después de que su marido le diera la noticia del nuevo nombramiento. Los demás se limitaban a cortar pequeños trozos y a tragárselos. Helen y Henry recogieron la mesa y trajeron el postre.

—Ten cuidado con la fuente de carne, Henry. Llévala bien derecha —le advirtió su madre—. He estado frotando manchas de grasa hasta casi las cinco de la tarde. Me complicáis mucho las cosas cuando tú y Helen no tenéis cuidado.

En su voz se notaba la impaciencia cuidadosamente contenida.

—¿Cómo está hoy tu eccema, Eva? —le preguntó su marido.

—Bueno, más o menos igual —contestó ella.

Les sirvió el melocotón en almíbar y la tarta casera, pero ella no se sirvió nada. Después de permanecer sentada un momento, arrastró la silla hacia atrás y dijo:

—Hoy no tengo ganas de postre. Voy a empezar a fregar los platos. Podéis venir a ayudarme cuando acabéis de comer.

Su marido levantó la vista y la miró. Tenía pálido el rostro y la expresión taciturna. Intentó mirarla a los ojos, pero ella los desvió y, sin dirigirle una mirada, se dio la vuelta y salió con paso resuelto hacia la cocina.

Su presencia continuaba en la habitación como si estuviera allí sentada, y ellos experimentaban la misma inquietud. Hacían esfuerzos por comer. Nadie miraba a nadie.

Escucharon cómo apilaba los platos en el fregadero, con la agilidad con la que siempre hacía las cosas. Escucharon cómo se volvía con rapidez a la mesa de la cocina, como para coger un plato que se hubiera quedado allí. Escucharon cómo se paraba de manera llamativamente repentina. Una larga pausa llenó la pequeña casa de un silencio que les zumbaba en los oídos, mientras se miraban unos a otros de un lado a otro de la mesa. ¿Qué podría haber pasado?

Entonces, con el efecto que produce el estampido de un trueno —de esos que hacen temblar hasta los huesos—, llegó hasta ellos el repentino y desgarrador estallido de unos sollozos que han intentado contenerse: los sonidos aterradores de un ataque de histeria.

Salieron disparados hacia la cocina. La señora Knapp estaba de pie en medio de la estancia, cubriéndose el rostro con ambas manos e intentando en vano contener las

lágrimas que fluían entre sus dedos y los hipidos que agitaban su cuerpo espigado y fuerte. Desde sus pies hasta la puerta del comedor había un reguero de gotas de grasa. Henry había vuelto a inclinar la fuente de la carne al llevarla a la cocina.

Cuando les oyó entrar, exhaló un gritito sordo e inarticulado, medio pronunció unas palabras que no lograron entender y, pasando por delante de ellos, se fue corriendo por las escaleras a su habitación. Escucharon cómo se cerraba la puerta y el ruido del pestillo, claro y distinto en el silencio de la casa.

—Quiero repetir melocotón —dijo Stephen con glotonería, aprovechando la ausencia de su madre—. Me *gusta* el melocotón.

Su padre pensaba a veces que Stephen era como esos niños que los duendes ponen en lugar de otro niño recién nacido, el típico *changeling* de los cuentos de hadas: duro, despiadado e inhumano.

Henry tenía la cara blanca. Se había quedado mirando a su padre y a su hermana, como embobado, con la boca medio abierta. De blanco pasó a un amarillo verdoso, y un escalofrío recorrió su cuerpo. Empezó a susurrar aceleradamente, a trompicones y de manera ininteligible —aunque ellos le entendían, porque ya conocían esos síntomas de numerosas ocasiones anteriores—, hasta que se puso la mano en la boca, se inclinó hacia adelante...:

—...creo que voy a vomitar —dijo como pudo y subió corriendo al baño.

Salieron detrás de él y se lo encontraron vomitando, apoyado sobre el retrete, con las piernas flexionadas y temblorosas. El padre rodeó con un brazo el cuerpo pequeño y delgado del niño y le sujetó torpemente la cabeza con la otra mano. Helen se quedó de pie, sin saber qué hacer, apenada por su hermano: ¡Henry parecía *tremendamente* enfermo cuando le daban aquellos accesos de náusea!

Henry vomitaba como si estuviera pidiendo perdón por ello, y procuraba con todas sus fuerzas no salpicar el suelo o la pared del baño con aquel líquido maloliente.

En un momento de tregua que le concedieron los espasmos, Henry dirigió una mirada suplicante a Helen, que se plantó de un salto junto a él.

—... '*scapado*...' '*scaleras*' —dijo Henry a duras penas, antes de verse interrumpido por otra agónica arcada.

Helen salió disparada. Su padre le dijo que volviera.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha dicho Henry? —preguntó nervioso—. Ya le voy a dar yo la medicina en cuanto acabe de vomitar. No creo que tú puedas cogerla. Está en la estantería de arriba del todo.

Helen se puso de puntillas y susurró al oído de su padre:

—Dice que se le ha escapado algo de vómito en las escaleras. Voy a limpiarlo.

Su padre asintió con gesto de haber comprendido perfectamente. La niña fue

corriendo al esquinero donde estaban colgados los trapos de limpieza y bajó por las escaleras.

La puerta del dormitorio se abrió y la señora Knapp salió al rellano. Tenía los ojos enrojecidos y la cara blanca, pero su expresión era de fuerte y amable solicitud. Se dirigió directamente al baño, donde estaba Henry de pie, tambaleándose, como si se fuera a desmayar.

—¡Ay, pobre Henry! —dijo ella—. Deja, ya me encargo yo de él.

El señor Knapp se retiró aliviado, sin decir nada. Ella cogió al niño en sus fuertes brazos, lo llevó al dormitorio y lo acostó en la cama. En un momento, ya se había hecho con una palangana que sostenía en una mano, preparada para actuar.

—Tráeme un paño húmedo, *frío* —le dijo a su marido—, y un vaso de agua.

Cuando él volvió, ella le limpió los labios y el niño cerró la boca con un suspiro; ella le acercó el vaso a los labios.

—Enjuágate la boca con esto, cariño. Te sentirás mejor.

Cuando le vino el siguiente espasmo, le sujetó la frente con firmeza y, cuando pasó, le hizo apoyar la cabeza en la almohada; roció entonces un pañuelo limpio con agua de colonia y le limpió con él el sudor frío de la cara.

Al acostarse, Henry se había relajado, y el agua de colonia le había revivido en cierto modo. Empezó a tener un aspecto menos cadavérico; empezó a dejar de sentir que esta vez sí que se moría... La serenidad y el control de la situación que demostraba su madre le daban fuerza. El niño pensó entonces que nadie como su madre sabía cuidar de uno cuando le pasaba algo.

La madre se puso entonces a inspeccionar el contenido de la palangana.

—¿Qué podrá haber sido *esta vez*? La cena estaba preparada especialmente para él, y solo había cosas que normalmente digiere sin problema. —Hizo entonces una pausa y continuó—: ¿Y qué pueden ser esos trocitos marrón oscuro? —preguntó elevando la voz—. De eso no había nada en la cena...

Henry dirigió una mirada a su padre y cerró a continuación los ojos exhausto, impotente. Desde la puerta, su padre dijo, sin más explicaciones:

—Nos encontramos a Mattie en Wertheimer's y les dio una galleta a los niños.

—¿Galletas de *ultramarinos*?! —dijo la madre, en tono de exclamación más que de pregunta.

—La típica galleta de jengibre..., pequeñita —dijo su marido.

—Ya —dijo la señora Knapp.

Detrás del señor Knapp, en la oscuridad del rellano, Helen se deslizó como una sombra, tan silenciosa como un ratón, hasta el esquinero donde se guardaban los trapos de limpieza. Su padre esperaba que se hubiera acordado de limpiar bien el trapo.

La señora Knapp estaba sentada junto a Henry. Puso la mano en la frente del niño y

dijo:

—Mamá no *quiere* estar regañándote a todas horas, Henry, pero tienes que intentar acordarte de que no puedes comer fuera de casa. Ya sabes que tienes una digestión muy delicada y que en casa mamá procura darte solo lo que te va bien. Si yo hago eso, y renuncio a muchas cosas que me gustaría hacer para poder quedarme aquí y cocinar para ti, ¿no crees que tú deberías hacer el esfuerzo de acordarte y no comer otras cosas?

Su tono era razonable. Su lógica, incontestable. Henry se encogió aún más en la cama donde yacía desarmado.

Ella no le dijo una palabra al padre del niño por haber permitido que Henry comiera la galleta. Nunca criticaba al padre delante de los hijos.

Se levantó y tapó a Henry con una manta.

—¿Crees que podrías acostar a Stephen, Lester? —le preguntó a su marido por encima del hombro.

Cuando él se fue, se volvió a sentar y sostuvo las frías manitas de rana del niño entre sus manos calientes, hasta que recuperaron la temperatura. Entonces, ayudó a su hijo a desvestirse y acostarse.

Bajó a la cocina y vio que Helen y su padre habían intentado acabar las tareas de la noche. Los platos estaban fregados y guardados, Helen estaba limpiando los trapos, y su padre estaba barriendo. El reloj marcaba las nueve menos cuarto. Después de observar lo que hacía su hija, se acercó a ella con gesto impaciente.

—¡Por favor, Helen, échale un poquito de *ganas*! —gritó, quitándole el trapo empapado que la niña tenía en las manos—. ¡Te he dicho mil veces que es imposible escurrir nada, si lo coges *así*! —Y empezó ella a escurrir un trapo detrás de otro, moviendo sus manos con la agilidad y destreza de un prestidigitador—. ¡*Así*! —le dijo a Helen en tono recriminatorio, mientras sacudía los trapos y los colgaba para que se secaran. Al no descubrir en la cara de la niña ninguna señal de una mayor comprensión de la manera de escurrir los trapos de cocina, sino su habitual expresión de miedo a que la siguieran censurando, dijo en tono de desaliento—: ¡Da igual, déjalo! Mejor te vas a la cama. En cuanto te hayas quitado la ropa, subo a frotarte la grasa de trementina en el pecho. —Y mientras la niña salía lenta y silenciosamente de la cocina, ella le lanzó una especie de granada de mano—: ¡Y no te olvides de los dientes!

Se volvió entonces a su marido, le quitó la escoba de las manos y dirigió una crítica mirada al suelo que este había barrido.

—No me esperes, Lester. Tengo que cambiarme el vendaje del brazo antes de acostarme —dijo ella.

—¿No quieres que te ayude, cariño? —le preguntó su marido.

—No, gracias —dijo ella—. Me arreglo perfectamente.

Mientras él salía, ella estaba considerando —con una satisfacción que ardía como el

fuego— que ella no era como otras mujeres que «descargaban su frustración» en sus familias cuando venían mal dadas. Ella nunca montaba numeritos, ni siquiera cuando estaba a punto de estallar. Ella nunca perdía los estribos, excepto, claro está, alguna vez con Stephen, pero eso duraba solo un momento. Hasta el terrible —aunque inevitable— ataque de aquella noche, nunca la habían visto llorar, a pesar de lo pesado y ponzoñoso de las desabridas lágrimas que con tanta frecuencia se había tenido que tragar. Nunca olvidaba decir «gracias» ni «por favor». Su corazón estaba hinchado de un celo amargo que hacía que se sintiera muy por encima de cualquier crítica. Viniera lo que viniese, ella siempre cumpliría con su deber hasta el final.

Subió a la habitación de Helen y, en silencio, hizo todo lo que tenía que hacer para aliviar el resfriado de la niña; le dio un beso de buenas noches, y le dijo:

—*Intenta* hacer un poquito mejor la cama, cariño. Hoy tenía un pliegue enorme que iba de una esquina a la otra.

Entonces, bajó y se dio una vuelta por la casa, recogiendo cosas y colocándolas en su sitio, como todas las noches. Al colgar la bufanda de Henry, que estaba en el suelo del vestíbulo, junto al perchero, sus ojos se quedaron fijos en el abrigo de Helen. Lo observó con una mezcla de orgullo e irritación. Ninguna de sus conocidas hubiera sido capaz de coger esas telas viejas y desahuciadas, darles la vuelta, cortarlas, coserlas y transformarlas en aquel abrigo tan estiloso. Ella siempre se había dicho a sí misma que, por muy pobres que fueran, se moriría antes de que su niña se sintiera humillada por falta de ropa decente. Y sin embargo..., ¡qué niña tan rara era Helen! Se ponía el abrigo como si fuera un abrigo cualquiera, como si no se diera cuenta del enorme esfuerzo que su madre había hecho para que pudiera llevarlo. Y es que los niños *no* eran conscientes de los sacrificios que se hacían por ellos.

Tuvo un momento de completa relajación y satisfacción cuando se dejó caer en la butaca para recrear la vista en el sofá. ¡Todo un triunfo! ¿Quién iba a decir que aquel sofá era la vieja ruina que había estado delante de la tienda de objetos usados de River Street todo el invierno? Ella había sabido ver el diseño que había bajo la ruina, la calidad de la madera que se escondía bajo el sinnúmero de indecorosas capas de pintura. Su mano, su cerebro y su visión habían recreado cada centímetro de aquel sofá.

¡Qué detalle el de Mattie Farnham, al darle aquel velvetón de rayas para tapizarlo! Ella nunca se podría haber permitido una tela tan buena. Era preciosa..., ¡preciosa! Le encantaban las telas bonitas. Se le dulcificó la cara con gesto de soñadora, al acariciar la suave tela y pensar con cariño en su benefactora. ¡Qué gran corazón tenía Mattie!

Sus hijos no hubieran reconocido la cara de aquella mujer que contemplaba fascinada el sofá y pensaba agradecida en su amiga.

¡Pero qué *poco* gusto tenía Mattie para vestir! En eso sí que no tenía rival... Un destello de hilaridad —el primero de aquel día— asomó en sus labios y dibujó en ellos

una franca sonrisa, cuando se acordó del horroroso sombrero con una pluma rosa que Mattie se había empeñado en comprar. ¡Qué cómica se veía con aquello! ¡Y lo sabía! Pero es que estaba absolutamente hechizada por aquella cosa tan sosa. Alguien tendría que haberle dicho que cogiera el otro sombrero, uno pequeño, azul marino, que le quedaba estupendamente. Resultaba curioso que fuera incapaz de verlo.

Le encantaba ir de compras con Mattie, con la anciana señora Anderson, o con cualquiera de las señoras de la corporación, que con tanta frecuencia le pedían consejo. Era un auténtico placer ayudarlas a escoger bien. Pero —y, en este punto, la tensión desplazó a la hilaridad de su cara— qué malísimamente mal se portaba Stephen cada vez que lo llevabas de tiendas. ¡Menudas escenas le había montado el niño cuando se cansaba!

Sonaron las nueve y media en el reloj que estaba detrás de ella y empezó de nuevo a ser consciente del insistente susurro del tictac: «*¡Tanto que hacer! ¡Tanto que hacer! ¡Tanto que hacer!*».

Estaba agotada y se dio cuenta de que se había relajado de manera cansina en su butaca. Se levantó entonces con un enérgico movimiento, como si fuera un boxeador que desde su esquina vuelve a saltar al cuadrilátero. No soportaba a la gente que se movía lánguidamente, como arrastrándose de un lado para otro.

Fue a la cocina, metió los copos de avena en el horno apagado y se quedó esperando a que Lester saliera del baño, mientras sacaba brillo distraídamente a la barra de níquel para colgar trapos de la ya reluciente cocina. Cuando le oyó salir, subió ágilmente las escaleras, entró en el baño, corrió el pestillo y se puso a desenrollar el vendaje de su brazo. Cuando se lo hubo quitado, examinó el trozo de piel que tenía en carne viva. En algunos puntos se había formado costra y se veían en las pústulas puntos de pus amarillento. Se estaba extendiendo. Estaba peor. No mejoraría nunca. Era como todo lo demás.

Se aplicó la pomada con un diestro movimiento de los dedos, enrolló una venda limpia alrededor del brazo, la aseguró con un buen nudo y se lavó bien las manos, frotando una y otra vez, hasta que se le quedaron rojas. Siempre se sentía sucia hasta los tuétanos cuando veía uno de sus recurrentes eccemas. Nunca hablaba de ellos, a no ser que alguien le preguntara por su salud. Se sentía desgraciada por lo repugnante de aquella afección, aunque nadie más que el médico y ella la habían visto. En su monólogo interior, se refería a menudo a su erupción cutánea como «la gota que colmaba el vaso».

Su bata estaba colgada en la puerta del baño. Normalmente se vestían y desvestían allí, para no molestar a Stephen, quien todavía dormía en el dormitorio de sus padres, porque no había ningún otro rincón para él en la pequeña casa. Y ya nunca podrían mudarse a una casa más grande, donde pudieran vivir decentemente y que cada uno tuviera su habitación; en un barrio mejor, donde los niños pudieran tener compañeros de

juego decentes. *Nunca...* Solo aquello, y nada más.

Se quitó la ropa con rapidez y se lavó. Al cepillarse el pelo, volvió a darse cuenta de lo mucho que se le estaba cayendo. El cepillo estaba lleno de pelos largos. Los cogió e hizo un rollo con ellos. Pensó que debería guardar todo el pelo que recogía cada vez que se peinaba, en previsión del inevitable momento cuando su pelo sería tan fino que ya no podría recogerse en un moño. ¡Con el pelo tan *bonito* que había tenido ella! Había sido la cualidad física en la que se había sentido superior... Bueno, eso y su «estilo». ¡Para lo que le habían servido...!

Empezó a pensar en el aterrador suceso de la cocina aquella noche, cuando por un momento había perdido el autodomínio que tanto le había costado alcanzar: el cable de su fuerza de voluntad se había roto por la tensión a la que se le había sometido. En un momento de locura, había deseado morir: morir para poder dejar de soportar aquel enorme peso, un peso demasiado grande para ella. ¿Qué vida era la suya? Un odioso sucederse de tareas domésticas que, por mucha prisa que se diera, no se acababan nunca. ¡*Aborrecía* el trabajo de la casa! La sola vista del fregadero lleno de platos hacía que le entraran ganas de ponerse a chillar. ¿Y qué otra cosa tenía? Soledad; una monotonía insoportable; días anodinos, pesados y grises..., uno tras otro, tras otro... No había tregua en la continua fricción que suponían los descuidos de los niños, sus olvidos..., ¡sus niñadas! ¡No soportaba las niñadas! Pero debía afrontarlas con paciencia o, al menos, con apariencia de paciencia. A veces, en momentos bajos como aquel, le parecía que los suyos eran unos niños *raros*; no como los de los demás, que eran fáciles de entender y dirigir, fuertes, normales...

A Helen... ¡parecía que nada le llamaba la atención! Con la irritación que siempre le producía la pasividad, la madre de Helen pensó en la niña mirándola muda, la cara ausente, cuando ella había intentado mostrarle cómo llevar a cabo sin tanta torpeza una tarea sumamente simple. A veces parecía que Helen *no estaba* allí. Y Henry, con esa manía de preguntarlo todo y aquel continuo despiste que le llevaba a hacer tantas estupideces...

Un profundo abatimiento la invadió. Aquellos eran los momentos en la vida de una madre sobre los que nadie te advertía, sobre los que todo el mundo guardaba un engañoso silencio, los que no mencionaban los maravillosos libros ni los elocuentes oradores que tenían tanto que decir sobre el carácter sagrado de la maternidad. Nunca te decían que llegarían momentos en los que verías impotente —aunque con meridiana claridad— que tus hijos no iban a estar nunca a tu nivel, que ni siquiera se acercarían, porque no eran el mismo tipo de ser humano que tú, porque no eran *tus* hijos, sino, simplemente, otros seres humanos de los que tú eras responsable. ¡Qué sola le hacía sentirse aquello!

Y Stephen...

Le asustaba pensar en Stephen. ¿Qué se podía hacer por un niño que *quería* ser malo y te lo decía chillando? ¿Qué se podía hacer por un niño al que no le valía argumento alguno, que estallaba como un cartucho de dinamita ante todo y ante nada, que era capaz de hacer lo que había hecho aquella tarde, abalanzándose sobre su madre como una fiera salvaje para intentar morderla, arañarla y arrancarle la piel?

Lo cierto es que nunca le había consentido nada a Stephen por ser el pequeño de la familia. Había sido tan firme con él como con los otros. Todas sus amigas estaban de acuerdo en que no lo había malcriado. ¿Qué futuro iba a tener Stephen? Si era así con cinco años, ¿qué sería a los quince, con todos aquellos chicos de suburbio como posibles amigos? No iba a poder mantenerlo *siempre* apartado de ellos...

Ojalá pudieran mudarse a otra parte del pueblo, a la parte bonita del pueblo, donde los niños tendrían buenos compañeros de juego... Pero ahora sabía que eso no podría ser nunca. Con el último fracaso del pobre Lester en su intento por ascender, ella había tocado fondo: había conocido la desesperanza. Nunca tendría otra cosa. ¡Nunca, nunca, nunca! ¿Cómo *podía* Lester encajar aquello como si tal cosa, cuando tantas cosas cruciales dependían de su ascenso? ¿Por qué *no* era como los demás? ¡Había hombres que, sin grandes cualidades, y aun siendo simples obreros, progresaban, triunfaban y proporcionaban a sus familias todo lo necesario!

No era por falta de inteligencia o de formación. Siempre le habían vuelto loco los libros y el estudio. ¿Pero para qué les servían a ellos la inteligencia y la cultura de Lester? ¡El problema era que no se preocupaba de ellos lo suficiente como para *intentar* hacer algo!

Sin embargo, ella nunca se quejaba. Despreciaba profundamente a las mujeres que se quejaban de sus maridos. Nunca había dicho ni una palabra contra Lester, ni nunca lo haría. Ni siquiera aquella noche, en la mesa, devastada como se había quedado después de aquel mazazo, de aquella terrible noticia dicha como de pasada, con indiferencia... Ni siquiera entonces había salido de su boca una palabra de reproche. ¡Ni una!

Pero era duro, ¡muy duro! Ella tenía cualidades para algo más que pasarse el resto de su vida fregando suelos. Su sombría cara la miraba desde el espejo, indignada. Era como la cara que ponía Stephen cuando le estaban dando una azotaina. Parecía malvada. Se sentía malvada. Pero no quería ser malvada. Quería ser una buena cristiana. Quería cumplir con su deber. Se puso a rezar fervientemente: «¡Dios mío, ayúdame a soportar esta carga! ¡Dios mío, hazme fuerte para cumplir con mi deber! ¡Dios mío, quita de mi corazón esta ira brutal y pecaminosa, y dame paciencia para hacer lo que debo hacer! ¡Dios mío, ayúdame a ser una buena madre!».

Había tocado el resorte preciso. ¡Sus hijos! Debía vivir para sus hijos. Y los adoraba: ¡había vivido para ellos! ¿Qué eran aquellos pasajeros momentos de indignación? Nada, comparados con la pasión por sus hijos que la agitaba como un torbellino, cada vez que

se ponían enfermos, cada vez que sentía lo mucho que la necesitaban. ¡Y vaya si la necesitaban! Helen, con sus delicados pulmones, su falta de sentido práctico, su indefensión... ¿Qué podía hacer si no estaba su madre para cuidarla? Y Stephen... Se estremecía solo de pensar los ataques de cólera que el niño podría provocar en otras mujeres cuando se ponía de mal humor. Nadie, excepto su madre, podría dar garantías de soportar la ira abrasadora que sus rabietas encendían en la persona que tenía que cuidar de él. Y Henry, ¡el pobre Henry! ¿Quién sino ella iba a preocuparse, un día y otro, de prepararle únicamente comida que le sentara bien? ¡Lo que le había hecho una simple galleta aquella tarde! Imagínate que Mattie Farnham tuviera que cuidar de aquel niño. Ella y sus gollerías de *delicatessen*...

La madre de Henry recogió su pelo cada vez más ralo en una trenza. Su rostro se había serenado. Estaba pensando qué le daría para comer al día siguiente.

CAPÍTULO TRES

—¿No quiere sentarse aquí, junto a la ventana, señora Farnham? —sugirió la señora Prouty, la esposa del rector—. Tiene más luz para coser. Esa tela oscura es terrible para la vista.

Toda la Corporación de Damas sabía que a la señora Farnham le asignaban aquel puesto para dar la voz de alarma, cuando la señora Knapp enfilaba el camino que conducía a la casa parroquial. Así podían hablar plácidamente seguras.

—Tiene que ser muy duro para los empleados de Almacenes Willing —dijo la señora Prouty—, después de años de incondicional servicio, que venga un jovenzuelo con ínfulas a poner todo patas arriba. Dicen que va a hacer un montón de cambios; que va a poner el departamento de abrigos y trajes de señora en el piso de arriba, donde siempre ha estado el calzado; y que ha cogido el último piso, ese que el viejo señor Willing tenía alquilado a los Caballeros de Pitias, y que va a poner ahí nuevos departamentos. ¡No va a haber quien encuentre nada! Creo que se va a arrepentir.

Todas pensaban en silencio que si el joven señor Willing hubiera sido episcopaliano, como su difunto tío, en vez de presbiteriano, la señora Prouty no se habría tomado el cambio del departamento de abrigos y trajes de señora tan a pecho.

—La pobre señora Knapp está destrozada con eso de que no hayan ascendido a su marido —dijo la señora Merritt, la mujer del médico—. La vi ayer un momentito en Wertheimer's. Y no es que me dijera nada. Ya la conocéis: no diría nada, aunque se estuviera muriendo... Pero se le notaba. No había más que verla... ¡Y no me extraña!

—¡Pobrecita! —A la señora Prouty se le había puesto ese tono solícito típico de visitadora parroquial—. ¡Bastante tiene! El señor Prouty dice a menudo que da gusto ver hoy en día una mujer tan entregada a su hogar. ¡Ha renunciado a todo por su familia! ¡Admirable!

—Y los niños están delicados, y requieren una atención continua —la señora Merritt no dejó pasar la oportunidad de aportar la información que le proporcionaba su condición de mujer del médico—. Rara es la semana en que el doctor no tiene que ir a visitarles por alguno de los niños. Muchas veces me dice que ya no sabe qué hacer por ellos. Parece que no hay *nada* que les vaya bien: malas digestiones, constitución enfermiza... Como su padre. Todos, menos el pequeño Stephen...: ¡ese sí que está *sano*!

—¡Menudo diablillo! —exclamó la anciana señora Anderson, levantando la vista de

lo que estaba cosiendo—. Me tocó criar a un montón de niños en mis tiempos y he visto muchos más, pero no he visto en mi vida un niño tan malo. ¡Es odioso! Todo lo que hace es para fastidiar al prójimo. El otro día, que ya se había empezado a derretir la nieve, tuve que limpiar todo el barro que me había dejado en el porche el mozo de los ultramarinos..., ya sabéis que lo deja todo perdido... Pues nada más acabar y meterme en casa, oigo que andaba alguien por ahí, abro la puerta rápido y me encuentro a Stephen Knapp caminando sobre el barrizal para venir a embarrarme el porche. Ya lo había hecho con otro porche, esparciendo bien el barro por las tablas. Y le dije: «¿Me puedes decir, Stephen Knapp, por qué haces esas cosas tan malas?». Yo me había quedado de piedra, cuando le vi hacer aquello. «¿Por *qué* eres tan malo, Stephen?», le dije. Y entonces, con esa frialdad que tiene para decir cosas terribles..., sin inmutarse, va y me dice: «*Podque* te odio, *señoda Andeson...*, te odio». Y me miró con ese gesto insolente...

Un sulfúrico rayo de pasión zigzagueó en el aire soporífero e insustancial de la estancia, y una mezcla de horror y fascinación produjo en las mujeres un ligero sobresalto.

—Dice el señor Prouty —intervino la mujer de este— que Stephen Knapp le hace pensar en los pasajes de la Biblia que hablan de gente poseída por el demonio. Su madre ya no sabe qué hacer con él. El señor Prouty dice que ella le ha pedido que la ayude con sus oraciones. Pero Stephen, cada vez peor. Y eso que ella no le consiente nada, y es admirable su férreo autodomínio, cuando el niño empieza con una de sus pataletas. Yo sería *incapaz* de contenerme... No, no es por cómo lo trata ella, porque con los otros dos nunca ha tenido ni el más mínimo problema. Bueno, como dice ella, va a descansar cuando el niño empiece a ir a la escuela con sus hermanos.

Entonces, la señora Merritt, bajando la voz, dijo:

—¿Y ya sabéis que tiene un problema crónico de piel del que nunca dice nada?

—Como san Pablo, dice el señor Prouty —apostilló la mujer de este.

—El doctor lo ha intentado todo: dieta, electricidad, rayos X, todo tipo de pomadas... No, no —se apresuró a explicar en respuesta a una pregunta no formulada—, *jno* es nada *sucio*! Su marido es un hombre *decente*, en ese tipo de cosas. El doctor piensa que puede ser nervioso, algo...

—¡Nervioso! —exclamó la señora Mattie Farnham—. Si lo que tiene son erupciones que le supuran y todo... Una vez tuve que ayudarla a ponerse el vendaje en la espalda, cuando Stephen estaba recién nacido. ¡Nervioso!

—Con eso, el doctor no quiere decir que sea algo que ella podría evitar. Dice muchas veces que el que sea nervioso no quiere decir que no sea serio. Dice que para *ellos* es tan real como una pierna rota.

—Bueno, creo que yo tendría algo más que un eccema, si tuviera que criar tres niños como esos y mi único apoyo fuera un inútil como Lester Knapp —dijo enérgicamente la

señora Prouty—. Me han contado que en los cambios de Almacenes Willing faltó poco para que se quedara en la calle... Vamos, que de ascenso, ni soñar. La mujer del joven señor Willing le dijo al señor Prouty que su marido le había dicho que ojalá supiera para qué *valía* Lester Knapp, aparte de enseñar poesía. La señora Willing es episcopaliana... Es su marido el que es presbiteriano. Por eso habla ella con el señor Prouty, y le dice que si de *ella* dependiera qué iglesia...

—Lester Knapp es un *buen* hombre, de verdad —la interrumpió la señora Farnham con firmeza—. Ya sabéis que somos medio parientes. Su hermana está casada con el hermano de mi marido. Los niños me llaman tía. Cuando lo conoces, te das cuenta de que es muy buena persona. Y es inteligente, en su estilo. Cuando estuvo en la State University, se le consideraba uno de los mejores estudiantes..., eso he oído siempre. Si no se hubiera casado tan joven, él estaba pensando en... —El tono de su voz cambió de repente—. Ay, señora Merritt, ¿a usted qué le parece...? ¿Le hago un dobladillo a esto o lo dejo como está?

—Me temo que un dobladillo ahí va a ser complicado —le contestó la señora Merritt con el mismo tono—, es una tela muy gruesa para meterle el dobladillo. A lo mejor es suficiente con respuntar el canto... Ah, señora Knapp, ¿cómo está usted? ¡Qué alegría verla por aquí! Aunque, como suele decir la señora Prouty, usted es una de las incondicionales.

Todas levantaron la vista de sus labores de costura y le dedicaron una amplia sonrisa, mientras metían y sacaban las agujas con rapidez. Evangeline Knapp sabía, por la expresión de sus ojos, que habían estado hablando de ella y de la incapacidad de Lester, que se habían estado compadeciendo de ella desde la superioridad que les daba el saberse casadas con hombres que sí eran un verdadero sostén económico de sus familias.

Le molestaba aquella compasión, aunque, al mismo tiempo, le confortaba. Adoraba aquellas reuniones semanales de la corporación —sus únicas salidas—, de las que volvía a casa renovada y fortalecida por el contacto con personas que veían las cosas como ella. Su vida —como el de todas las amas de casa— era un solitario confinamiento en el que su única compañía era un hombre que veía las cosas desde una perspectiva de hombre —y, en su caso, de hombre muy peculiar— y unos niños con los que, por la propia naturaleza de las cosas, no podía compartir ni uno solo de sus intereses. Aquellas reuniones semanales le proporcionaban un alivio inefable: seres humanos que hablaban de cosas que a ella le gustaban y con los que compartía valores y anhelos.

El hecho era que le *gustaban* aquellas mujeres, y sentía muy dentro de sí la batalla que estas tenían que librar para dar una forma amable a la tosca materia prima que hombres y niños aportaban a la vida del hogar. También le gustaba el respeto que aquellas mujeres le demostraban, la forma en que todas ellas le pedían consejo y formulaban preguntas solo para que ella se las contestara. Hoy, por ejemplo, apenas

había sacado el dedal, cuando la señora Prouty le acercó un trozo de tela azul y le preguntó si era realmente lino, como les habían dicho, cuando cualquiera con ojos en la cara podía ver que aquello era una burda imitación. A continuación, la señora Merritt le dijo que había visto que estaban llegando estampados de cachemir, que si sería posible drapear uno de esos chales antiguos —ella tenía uno precioso de su abuela— y convertirlo en una capa, dándole un efecto como de manga ancha, sin cortar la tela, claro, ¡sería un crimen *cortarla*!

La señora Knapp le dijo que tenía que pensar cómo se podría hacer y, mientras hilvanaba el cuello del vestido de niña con el que estaba ocupada, concentró su visión interior en el problema. Lo veía como si lo tuviera delante: un enorme cuadrado de tela con un bellissimo estampado. Lo drapeó en su imaginación de una forma y de otra. No, así el cuello no quedaría bien...; a lo mejor, subiéndolo por el medio...

Todas percibieron su concentración y mantuvieron un respetuoso silencio, mientras seguían cosiendo y levantando la vista de vez en cuando para comprobar el progreso de sus cavilaciones. Ellas estaban tranquilas. La señora Knapp se había hecho cargo del problema. ¿Qué necesidad tenían ellas de darle vueltas? Su confianza en la señora Knapp era total. Y ella no tardó en decir algo:

—Creo que ya sé cómo podría hacerlo, señora Merritt. Señora Anderson, acérqueme, por favor, ese trozo de satén. Supongamos que este es su chal. Lo doblamos así, por el medio, y lo engancha aquí en el centro...

Todas dejaron lo que estaban haciendo para centrarse en la explicación de la señora Knapp: los ojos seguían los movimientos de sus dedos, las mentes aceptaban sus conclusiones sin objeción alguna.

Ella se sentía muy feliz, muy efusiva, muy buena. Le encantaba poder ayudar a la señora Merritt de aquel modo. El doctor Merritt era un médico excelente que siempre había tratado muy bien a Henry y a Helen. Y a ella le encantaba ayudar a alguien a aprovechar algo, a darle un nuevo uso a algo bonito, como ella había hecho con el sofá. La capa iba a quedar preciosa, sobre todo con el cuello de visón de la señora Merritt, un detalle que le vino en forma de inspiración mientras hablaba.

Sí, aquellas reuniones de la corporación la hacían muy feliz.

El señor Prouty solía dejar ver sus sonrosadas mejillas y su alzacuellos en la sala de la corporación, cuando las mujeres se estaban tomando la taza de té con la que concluían sus reuniones. Aquel día tenía algo que decirles. Todas y cada una de aquellas mujeres casadas se dieron cuenta de ello, en cuanto entró en la habitación. Pero él no quiso exponérselo de entrada, sino que prefirió entablar conversación con su diestra obsequiosidad de clérigo veterano. Mientras hablaba, dirigía continuas miradas a la señora Knapp, concentrada en su trabajo, ya que nunca dejaba su tarea para tomar el té.

Y cuando el señor Prouty comenzó a hablar en el estilo jovial y guasón que le caracterizaba, lo hizo dirigiéndose hacia donde estaba la señora Knapp:

—Señoras, tengo una gran misión para ustedes, así que prepárense. ¡Allá va!

Aunque procuraba dirigirse a todas por igual mientras exponía el asunto, de manera inconsciente, se volvía continuamente hacia aquellos ojos atentos que habían permanecido en todo momento clavados en los suyos, mientras hablaba. Y hablaba de corazón, en parte porque temía que los presbiterianos le tomaran la delantera en aquello, y en parte porque sentía una auténtica compasión por los pobres niños a cuyas necesidades se refería. Cuando acabó, todos esperaban la intervención de la señora Knapp.

Ella se puso a hablar con convicción:

—Está muy claro lo que hay que hacer. Solo si tenemos una buena enfermera a domicilio que complemente nuestra labor parroquial, podremos hacer algo. Cualquier otra cosa..., cestas de comida, visitas de voluntarias..., es pan para hoy y hambre para mañana.

Los raquítricos proyectos *amateur* que algunas estaban empezando a pergeñar se desmoronaron. Aquella mujer les daba miedo.

—¡Una *enfermera*! ¿Y de dónde vamos a sacar el dinero para pagarla?

—Eso solo pueden planteárselo en las parroquias de grandes ciudades...

—Podríamos, ¡si nos *empeñáramos*! —dijo ella, achantándolas con la inflexión de su voz. Dirigió una encendida mirada en derredor. Parecía un halcón en un gallinero—. Una enfermera a domicilio nos puede costar..., digamos que mil dólares al año.

—¡Y más! —exclamó el señor Prouty.

—No, si le proporcionamos alojamiento y calefacción. Podríamos acondicionar el almacén que hay junto a las escaleras, aquí en la casa parroquial, ¿no?

—¿Y cómo lo calentamos? Ese cuartito no tiene radiador.

—No, pero el tubo de la calefacción pasa por ahí. Me di cuenta la semana pasada, cuando guardábamos las sillas plegables. Con eso está suficientemente caliente. Lo podríamos amueblar con donaciones, sin que nos cueste un centavo. Todo el mundo tiene en casa algún mueble del que podría prescindir, tratándose de una causa como esta. Nos quedaría la remuneración. La Corporación de Damas dispone en estos momentos de un fondo de cuatrocientos dólares y, en Navidades, nuestro rastrillo nos dará unos doscientos más; es lo que sacamos siempre. Podríamos alquilar el local de Hunt's Hall, en la calle Union, y hacer un rastrillo más grande, con lo que sacaríamos más de doscientos fácilmente. Y luego tenemos a la señorita Jelliffe, la supervisora de música de las escuelas públicas, ya saben. Ahora que trabaja en Saint Peter, estoy segura de que nos ayudaría a conseguir conciertos un poco más adelante. Podríamos organizar un «Canciones del mundo», con los niños vestidos con trajes típicos. Cuando tienes muchos

niños en el programa, siempre se venden entradas. Los familiares quieren verlos. Y también podríamos conseguir algo de dinero de las familias necesitadas a las que visite la enfermera..., y quizá con eso completemos su salario. Valoran más el servicio que se les hace, si pagan algo. Eso es así.

Todo esto había salido de ella con una gran naturalidad, como si estuviera señalando cosas que están ahí para ser vistas, no como si se hubiera estado devanando los sesos para pensar aquello.

Se quedaron mirándola boquiabiertas.

—Ojalá fuera usted presidenta de la comisión encargada de conseguir fondos —dijo el señor Prouty con deferencia.

La cara de la señora Knapp, que por unos momentos había estado radiante, se ensombreció.

—¡Me *encantaría*! —dijo apasionadamente—. ¡Lo veo nítido! —Empezó a recoger su labor de costura, como para darse tiempo y poder hablar más serenamente—. Pero no debo ni pensar en ello —dijo por fin—. Tengo demasiadas cosas que hacer en casa. Bastante es que consiga ir a la iglesia y a las reuniones de la corporación una vez a la semana. Jamás salgo de casa, más que para esto y para ir al mercado. Allí puedo llevarme a Stephen. Claro que, cuando empiece a ir a la escuela...

Sí, todas sabían bien el alivio que suponía el que los niños empezaran a ir a la escuela, y poder mantener un cierto orden en la casa, y tener un poco de paz.

La silenciosa y compasiva comprensión que mostraban aquellas mujeres hizo que ella sacara a relucir algo que no había tenido intención de decir, algo que le pesaba como un pedazo de plomo en el corazón, el temor de que la única puerta abierta se le cerrara pronto:

—Incluso las reuniones de la corporación... —dijo ella, hablando con gravedad para evitar que le temblaran los labios—, puede que tenga que dejarlas también. El señor Knapp siempre ha podido organizarse para salir de los almacenes hora y media antes los jueves, para quedarse con Stephen y los otros dos después de la escuela. Pero no sé si va a poder hacerlo ahora. El señor Willing, me refiero al viejo señor Willing, no veía ningún inconveniente. Pero ahora... —Su voz sonaba áspera y seca, pero todos sabían por qué, y ella era muy consciente de las silenciosas apostillas y comentarios que estaban haciendo mentalmente. Aseguró la bolsa de tela de sus útiles de costura con unos alfileres. Ninguna era capaz de ensartar los alfileres con la destreza con que ella lo hacía—. Lo primero son mi casa y mis hijos —dijo.

—Sí, claro, claro. Eso ya lo sabemos, por supuesto —dijo el señor Prouty, con una falta de convencimiento que dejaba traslucir su amarga objeción al aforismo, en este caso.

—En nuestra situación no podemos permitirnos pagar ayudas de fuera —añadió ella,

decidida a que su aseveración sonara como la constatación de un hecho, no como una queja—. Yo soy la que tiene que lavar.

—Lo sé. ¡Estupendo! ¡Estupendo! —dijo el señor Prouty sin ocultar su irritación.

—Es un ejemplo para todas nosotras, siempre lo digo —dijo la señora Farnham.

Todas asintieron con entusiasmo: «¡Sí que lo es, señora Knapp!».

Evangeline sabía que ese era el modo que ellas tenían de intentar consolarla por tener un marido tan gris. Ella saboreaba su compasión con una mezcla agri dulce de humillación por la necesidad que de ella sentía y el triunfo de haberla alcanzado aparentando no importarle. «¡Jamás nadie *me* ha escuchado una queja!», se decía a sí misma.

—Bueno, haré lo que pueda —dijo, levantándose para irse—. Seguiré pensando, aunque ya se me ha ocurrido otra cosa. Si pudiéramos dar de cenar a la enfermera todos los días, se reduciría el gasto en metálico. Somos veinticuatro en la corporación. Eso toca a poco más de una cena al mes cada una. Supondría un ahorro de quince dólares al mes en el dinero que tenemos que pagar a la enfermera. Y de esa forma mantendríamos una relación más cercana con ella. Si la vemos todos los días y nos cuenta cosas de su trabajo, será más fácil poder colaborar con ella.

—¡Espléndido! ¡Sencillamente, espléndido! —exclamó el señor Prouty—. Vamos a ser la única parroquia de nuestro tamaño en todo el estado que tenga una enfermera a domicilio.

Se veía en la siguiente reunión diocesana como el centro de un grupo de clérigos llenos de envidia, explicando los ingeniosos métodos que habían permitido tan extraordinario logro. No era la primera vez que le llegaba una personal gratificación de ese tipo, desde que los Knapp se fueran a vivir a su parroquia.

CAPÍTULO CUATRO

«Quien de sueño se desvaneció y despertó más abatido»[\[1\]](#).

Al despertarse, Lester Knapp escuchó esas palabras en el aire. A menudo la poesía reverberaba de aquel modo en su cabeza: «¡... y despertó más abatido!».

Estaba agotado. Hubiera dado cualquier cosa por poder girarse, hundir la cara en la almohada, rendirse al sueño y desvanecerse de nuevo.

¡Y no despertar nunca!

Pero el despertador había sonado y Evangeline se había levantado como un resorte. Ahora podía escuchar el ruido que su mujer hacía con el agua al lavarse en el baño.

Con un esfuerzo semejante al que haría por salir de una profunda y asfixiante oscuridad, se incorporó y balanceó los pies por encima del borde de la cama. ¡Señor! ¡Qué poco parecían cundirle las horas de sueño! Estaba más cansado cuando se despertaba que al irse a la cama.

Al otro lado de la habitación, el pequeño Stephen seguía durmiendo en su cuna, con la intensidad con que hacía todas las cosas. Una de sus manitas estaba apretada en un puño, agarrada a la almohada. Era un niño fuerte y guapo. ¿Qué sería lo que le hacía comportarse como un diablillo? Era extraño que un niño tan *pequeño* pudiera resultar tan odioso, y que pareciera producirle una gran satisfacción irritar a los demás.

Bueno, había que ir a atizar el fuego de la caldera. Se puso las zapatillas y la bata y bajó con paso cansino por las escaleras. Detrás de él escuchó el paso regular y firme de Evangeline, que iba del cuarto de baño al dormitorio. Mientras bajaba, se despertó lo suficiente para darse cuenta de cuál era la causa de que la vida le pareciera especialmente intolerable aquella mañana: la vuelta de Jerome Willing y su personal fracaso, su incapacidad para encajar en la renovada organización de los almacenes. Lo que aquello significaba, y todo lo que presagiaba, se reveló con más crudeza que nunca en la luz tenue y grisácea del amanecer, que empezaba a iluminar la fría cocina. ¡A hacer puñetas!

Abrió la puerta que conducía al sótano y bajó corriendo las escaleras para escapar de aquel pensamiento. Pero le estaba esperando en la negritud del carbón y en el fulgor del fuego.

«Se ha convertido en un sitio del que me debería marchar», pensó desanimado, mientras removía el fuego de la caldera con el atizador. «El problema es que no puedo.

¿Adónde me voy a ir?».

Bueno, al menos, durante los minutos previos al desayuno, cuando tenía el estómago vacío, no sentía la plomiza pesadumbre de una tristeza que daba vueltas en su interior y era su compañera habitual durante las horas en que estaba despierto. Aquello era *algo* por lo que estar agradecido.

Hacía un esfuerzo con sus nada robustos brazos por lanzar las paladas de carbón al fondo de la caldera, y a continuación lo nivelaba con el atizador. Evangeline siempre encontraba un momento para bajar a comprobar que lo había hecho bien, antes de que él acabara de desayunar y se fuera de casa.

Se quedó parado un momento y contempló hipnotizado la furia de las pequeñas llamas puntiagudas con sus destellos azul pálido. Observaba fascinado cómo atacaban sin piedad a los desvalidos trozos de carbón que habían sido arrojados a aquel infierno.

«Asiento de la desolación, sin otra luz
Que la que el trémulo fulgor de rojas llamas
Proyecta, cadavérica y terrible.
Llamas que luz no son: oscuridad visible
Que solo sirve para desvelar
Paisajes de aflicción»[2].

Oyó las palabras crepitar entre las llamas. Y se dijo con gravedad: «Paisajes de aflicción, sin duda».

El ruido de Evangeline moviendo el atizador en el horno de la cocina hizo que volviera en sí y dejara la hipnótica contemplación de las llamas. Tenía que darse prisa, si no quería llegar tarde. Aborrecía aquella esclavitud a la que le sometía el reloj, aquella dominante preceptiva interior que se oponía a todo impulso espontáneo. «El reloj le dice siempre “no” a la vida», pensó, mientras subía las escaleras del sótano. Subió rápido al piso de arriba, se vistió y comenzó a afeitarse.

En medio de esta operación, escuchó unos pasos lentos y suaves detrás de sí, y vio en el espejo que, detrás de su cara cubierta de espuma, aparecía Stephen. Sin ser consciente de que lo observaban, el niño miraba distraídamente por la ventana las ramas cubiertas de nieve del arce. A su padre le sorprendió mucho la expresión de aquella redonda cara de niño pequeño. Dejó de afeitarse, deteniendo la cuchilla en el aire, y se puso a observar con interés el rostro de niño que se reflejaba en el espejo. En la cara de Stephen se reflejaba una expresión de... ¡melancolía! ¡Sí! Era una especie de melancolía suplicante. ¿Acaso no le estaba temblando un poco el labio inferior, como si...?

Stephen se dio cuenta de que su padre lo observaba y dio un respingo, sorprendido de que lo estuviera mirando alguien que estaba de espaldas a él.

—Hola, Stevie —dijo su padre en tono cariñoso—. ¿Cómo está hoy nuestro hombrecito?

Sí, ¡el labio inferior de Stephen *estaba* temblando! El niño se acercó y se quedó con la cara hacia arriba, mirando muy serio la cara enjabonada de su padre.

—Papi... —comenzó—, sabes mi osito de peluche..., *sabes* cómo...

Desde la planta baja se escuchó una voz clara, contenida, que dijo sin apasionamiento:

—Lester, solo te quedan doce minutos para salir de casa. —Y prosiguió en tono de amonestación—: Stephen, no *debes* molestar a papá por la mañana, cuando va con prisa. O te metes ahora mismo en la cama, o te visto. Si sigues por ahí en pijama, te vas a enfriar.

El tono era razonable. La lógica, incontestable. Pero, a diferencia de Henry, Stephen no se arrugaba ante la razón y la lógica. En cuanto empezó a sonar la voz de su madre, la habitual máscara de rostro tenso y combativo se colocó en su cara.

—¡Me *'isto*, si me *'a a gana*! —gritó en tono beligerante, renovado después del descanso nocturno y dispuesto para la lucha.

—¡Stephen! —gritó su madre irritada.

Stephen se volvió a su habitación, andando despacio, con una calma desafiante y el ceño fruncido. Su madre le había vuelto a robar su osito durante la noche.

Lester acabó de afeitarse en tres o cuatro pasadas de cuchilla, se puso el cuello de su camisa a toda velocidad y bajó deprisa las escaleras, mientras se hacía el nudo de la corbata y maldecía entre dientes al reloj y todos sus mecanismos. Stephen había estado a punto de *decirle* algo, algo humano; Stephen, que nunca preguntaba nada ni se dirigía a nadie; Stephen, que padecía una especie de asedio moral, y que solo abandonaba su cercada fortificación para hacer incursiones que hostigaran al enemigo. Y esa execrable cuestión de la puntualidad había vuelto a impedir una relación humana. Nunca tenía *tiempo* para conocer a sus hijos, para estar al acecho y capturar esa ave del paraíso tan sumamente escurridiza: su confianza. Hacía mucho que Lester había abandonado toda esperanza de tener tiempo suficiente para hacer esas otras cosas que le parecían tan valiosas: leer libros que le gustaran, meditar, intentar entender las cosas... Pero es que, cuando de lo que se trataba era de sus hijos...

—Pensé que no ibas a necesitar los chanclos esta mañana, Lester, así que no te los he sacado. Pero si crees que hoy hacen falta...

—No, no, cariño, no los voy a llevar. Además, ya sabes que los odio.

Su desayuno, perfectamente preparado y servido, humeaba sobre el mantel blanco. ¡Qué competente era Eva! ¡Una auténtica maravilla...! La pena era que los niños la sacaran de quicio de aquel modo... Lester nunca había dudado de que su mujer quisiera a sus hijos con toda la pasión de su fogoso corazón, pero a veces le venía a la cabeza que

no le gustaban demasiado..., aunque ese pensamiento no le duraba mucho. Pero, como con todo, aquello también era, seguramente, culpa de él, porque ella era la que tenía que soportar toda la carga que suponía cuidar de los niños, porque ella nunca descansaba de ellos..., porque él no había sido capaz de ganar el dinero suficiente. Al final, todo se reducía a eso.

Bebió un trago del café con leche y dio un mordisco a la tostada —en su punto, como siempre—, mientras pensaba que él era un perfecto desastre, se mirara por donde se mirara. No solo no tenía dinero que dar a sus hijos, sino que tampoco les había dado salud. Ese era otro motivo por el que Eva estaba tan agotada y se tomaba la vida tan a pecho. Él le había dado a ella hijos enfermizos..., excepto Stephen. Y Stephen tenía su particular modo de desgastar a su madre. ¡Pobre Henry! ¡Qué malo se había puesto la noche anterior! Era deplorable que el pobre niño hubiera heredado del inútil de su padre la maldición de una delicada digestión que le amargaba la existencia... Eso y muchas otras cosas.

Cogió su reloj —inquisidor implacable que había puesto en la mesa junto a su plato —, se lo metió en el bolsillo y se levantó apresuradamente para ponerse el abrigo y el sombrero.

—Aquí tienes tus guantes —le dijo su esposa, mientras se los alargaba—. Uno tenía un agujero en un dedo, pero te lo acabo de coser.

—Estás en todo, Evie —dijo Lester, besándola en la mejilla y sintiendo sobre sus hombros el peso de otra tonelada de deuda que nunca sería capaz de pagar. Sintió cómo sus débiles hombros cedían ante ese peso como la cera de una vela ante el exceso de calor.

—No te olvides las pastillas de bicarbonato —dijo Evangeline.

¡Cómo se las iba a olvidar, con el malestar que le entraba cada vez que comía algo!

Henry y Helen, a medio vestir, bajaron corriendo las escaleras para despedirse de él. Su corazón añoraba a sus hijos, sus rostros afables e impresionables, sus ojos sombríos, el frágil porte de sus delgados cuerpecitos...

—¡Adiós, papá! —dijeron, levantando sus dulces labios de niño hacia los de su padre.

¡Pobrecitos! ¿Por qué le había tocado a él transmitir la maldición de la existencia a unos seres humanos que, por sensibles y delicados, estaban condenados al fracaso? Intentó decirles «Adiós, chicos», pero las palabras no consiguieron franquear el nudo de su garganta.

Vio que Eva empezaba a subir las escaleras y, sabiendo que se iba a enfrentar con Stephen, se puso el sombrero y se fue corriendo, aunque no lo suficientemente deprisa. Mientras bajaba las escaleras del porche todo lo rápido que podía, escuchó un combativo rugido. ¡Helen y Henry iban a desayunar con una alegre melodía de fondo! Y entonces,

otro grito, más furioso aún, y más alto. ¡Maldición! ¿Qué le pasaba a aquel crío? Algún error debían de haber cometido en la forma de tratarle, para que su vida fuera una continua batalla. Pero su padre se veía incapaz de intervenir: era como si estuviera atado de pies y manos.

En realidad, todo en su vida, y en la vida de sus hijos, le superaba. Estaba atado de pies y manos por su incapacidad de hacer dinero. Solo los hombres capaces de hacer dinero tenían derecho a decir cómo se debían hacer las cosas en su casa. Un hombre incapaz de hacer dinero no tenía derecho alguno que debiera respetar un hombre blanco, ni tampoco una mujer blanca. Especialmente, una mujer blanca. La opinión de un hombre incapaz de hacer dinero carecía de valor en cualquier materia y a la vista de quien fuera. La dignidad de un hombre incapaz de hacer dinero... Pero ¿por qué hablar en abstracto? *Él* tenía la dignidad de un cero a la izquierda.

La dispepsia de después del desayuno empezó a machacarle, como sucedía todos los días durante las dos horas que seguían a cualquiera de sus comidas. Su vitalidad empezó a decaer, y empezó a sentir la habitual y terrible consunción de su voluntad de vivir. Al pensar que tenía que sufrir aquel desmoralizador tormento aquella mañana, y aquella tarde, y al día siguiente, y al siguiente..., le entraron ganas de tirarse al suelo, retorcerse y chillar. Pero en vez de hacer eso, sacó el reloj del bolsillo con un característico gesto de empleado nervioso y aceleró el paso. En esos momentos, estaba pasando por delante de la consulta del doctor Merritt. Ojalá el doctor pudiera ayudarle, pero ya lo había intentado todo. Y en cualquier caso, entendía perfectamente que un hombre incapaz de hacer dinero no tiene derecho a quejarse de dispepsia..., ni de nada. La enfermedad sirve para que se sienta más culpable.

Se metió una pastilla de bicarbonato en la boca, dobló una esquina y vio, al fondo de la calle, la fachada de los Almacenes Willing, un edificio de ladrillo de cuatro plantas. ¿Cómo era posible que un ser humano pudiera odiar algo como él odiaba aquella vista y que no cayera muerto? Antes de esta nueva fase todo había sido suficientemente malo durante años: una ciénaga de intrigas y murmuraciones ácidas y ramplonas, perpetradas por gente ácida, ramplona y de mente estrecha que jugaba sus bazas ante el viejo enfermo y de mente estrecha que estaba al frente del negocio. Lester siempre había pensado que preferiría morir, antes que tomar parte en aquellas intrigas o intentar combatirlas. Esta distancia, unida a una auténtica incapacidad para los negocios, le había mantenido anclado a la misma banqueta alta de la misma oficina que lo recibió el día que entró allí por primera vez. Aquel primer día, después de que —vibrante por la emoción de su compromiso con aquel torbellino de mujer— hubiera abandonado sus clases en la universidad y todos sus planes de futuro para encontrar cuanto antes un trabajo —¡cualquier trabajo!— que le permitiera casarse. Pues bien, se había casado. Solo habían pasado trece años, pero su vida anterior le parecía a Lester tan remota como el reinado de

Ramsés II.

Había odiado el parsimonioso régimen de aquel viejo enfermo de mente estrecha, pero odiaba todavía más el nuevo régimen, que era cualquier cosa menos parsimonioso. Detestaba la energía y convicción con que Jerome Willing estaba llevando a la práctica sus ideales, porque detestaba sus ideales. Lester creía saber bien cuáles eran esos ideales, qué había detrás de las charlas que daba a sus empleados para subirles la moral. Para Jerome Willing, el buen hombre de negocios era aquel que estudiaba a las mujeres de su región —como el cazador estudia a sus confiadas presas—, con el fin de ver cómo cogerlas desprevenidas y utilizar en beneficio propio una de sus mayores y más trágicas debilidades: su afán de comprar cosas. Tal y como lo veía Lester, el ideal de negocio de Jerome Willing era aprovecharse de uno de los más bajos instintos humanos —el deseo de bienes materiales—, y alimentarlo, atizarlo, estimularlo..., hasta que adquiriera las monstruosas proporciones de una universal monomanía. Un pueblo plagado de mujeres cuya diaria ocupación fuera comprar cosas, cosas y más cosas —las cosas que les vendería Jerome Willing, entiéndase—: esa era la visión que Jerome Willing tenía del buen negocio. Y, para que esa visión se hiciera realidad, el empresario había puesto a trabajar el considerable potencial de su arrolladora personalidad, con enorme entusiasmo, celo y determinación. Lester Knapp, el humilde y tolerado administrativo, se apresuraba por la calle para ocuparse de su insignificante y servil tarea, mientras consideraba aquel gigantesco empeño como había contemplado una hora antes la terrorífica y abrasadora energía de las llamas de la caldera.

A Lester no le importaba mucho el modo en que aquel veneno sutilmente inoculado consumía las entrañas de las mujeres sin hijos. Le importaba bien poco que se dejaran llevar de su patológica ansia por el último modelo de capa «con mangas» y estuvieran dispuestas a conseguirla a cualquier precio y a permitir que ese deseo paranoide las aislara del resplandeciente mundo de las satisfacciones impersonales y duraderas. No hacían daño a nadie más que a sí mismas. Si los Jerome Willing de este mundo eran lo suficientemente listos para conseguir que se comportaran como idiotas, allá ellas. Con todo, aquel espectáculo no era lo que se dice animante para un dispéptico que se veía obligado a pasar su vida en contacto con él.

Pero lo que de verdad ponía enfermo a Lester era la explotación sin escrúpulos de la necesidad de crear un ambiente de hogar, la hábil tergiversación del instinto hogareño. Jerome Willing quería que pareciera —insistiendo en la idea con la ingeniosa variedad de su propaganda comercial— que el ambiente de hogar empezaba y acababa con buenos muebles, delicadas mantelerías, lujosas alfombras... ¡Dios bendito! ¿A nadie le preocupaba mantener viva cierta pasión intelectual o espiritual en la casa? ¿Qué pasaba con los niños? ¿Alguien iba a sugerirles a las mujeres que dedicaran a intentar comprender a sus hijos una décima parte del tiempo, inteligencia e ilusión que dedicaban

a elegir la ropa que mejor les quedaba? ¿La décima parte? ¡La centésima! El tejido vivo y milagroso, infinitamente frágil, de que estaban hechas las pequeñas almas humanas con las que vivían..., ¿lo trataban con el cuidado, mimo y delicadeza que dedicaban a sus mantelerías bordadas? No: lo escurrían sin contemplaciones y lo colgaban a secar como quien cuelga un trapo de cocina.

Y, por supuesto, lo que Jerome Willing quería era que todos y cada uno de sus empleados lo secundaran con todas sus fuerzas en esta conspiración para forzar a las mujeres a someterse todavía más rendidamente a aquella esclavitud consumista. Aquel que consiguiera engañar a una mujer desvalida para que comprara algo que nunca había pensado llevarse sería considerado... ¡un héroe del nuevo régimen! Aquello era a lo que Jerome Willing se refería cuando hablaba de «hacer el bien». ¿Qué bien? ¡No era hacer el bien a los seres humanos! Eso era lo último en lo que debía pensar nadie. Y en cuanto a intentar sacar de los niños algo de la grandeza de espíritu que podía estar escondida bajo su inmadurez...

—Vuelve a llegar tarde, señor Knapp —dijo la voz de Harvey Bronson, regocijándose en la acusación.

Lester Knapp reconoció su delito de tres minutos mediante un respingo de sorpresa al que siguió un cansino asentimiento con la cabeza. Todo el tejido de sus pensamientos se desmoronó y se convirtió en una masa informe que no conducía a nada, como de costumbre. Colgó el abrigo y el sombrero y se sentó en la vieja banqueta alta de siempre. No servía para nada: ese era su principal problema..., su único problema. No servía para nada de nada. ¿Con qué derecho criticaba él a nadie, cuando todo el mundo era mejor que él? No solo era incapaz de dedicarse a los negocios: ¡era incapaz de llegar puntual a su trabajo! Debió de despistarse con sus elucubraciones en beneficio de la infancia, en algún lugar de la acera, y perdería la noción de dónde estaba. Pero las nueve no era hora de elucubraciones en beneficio de nadie. Las nueve era la hora sagrada de dedicarse al fichero de las facturas de clientes.

La bola de pinchos que le roía por dentro le dio otra sacudida en forma de retortijón de tripas. ¡Señor, qué amarga le hacía a uno la vida aquella dispepsia! Te revolvía las entrañas y hacía que, como el que está en el potro de tortura, estuvieras dispuesto a admitir cualquier cosa que esgrimieran contra ti tus acusadores. Y, así, admitió lo que todos esgrimían tácitamente: que el problema era él y solo él, su debilidad, su falta de vitalidad, su infecunda indignación ante el modo en que estaba organizado el mundo en que vivía..., a lo que había que añadir su incapacidad —tan poco viril— de coger a otros por el pescuezo y conseguir que le proporcionaran las cosas que necesitaba su familia.

¡No sentía ninguna lástima por la infancia! Si sus hijos le inspiraran la más mínima compasión, conseguiría de algún modo más dinero para ellos. ¿Para qué estaban si no los padres? Si él fuera un «hombre entre hombres», haría lo que hacían los hombres de

verdad: ingeniárselas para conseguir que las madres de otros niños gastaran más dinero del que debían en bienes materiales y, así, tener ese dinero para poder gastarlo él en proporcionar a sus hijos más bienes materiales.

E incluso el resentimiento con que intentaba justificar su claudicación... Sí, todo el mundo sabía que su excusa para encubrir su falta de arrestos era como la excusa de la zorra de la fábula: las uvas estaban verdes. Tenían razón. Era así.

Inclinó su rostro enjuto y cetrino sobre el escritorio, con la expresión desdeñosa y malhumorada que siempre tenía cuando se sentía especialmente deprimido y desdichado.

Harvey Bronson lo miró y pensó: «¡Menudo amargado! ¡Amargaría a un dulce con solo mirarlo!».

En aquel momento, como a menudo le sucedía a Lester, una cosa maravillosa brotó allí, silenciosa e invisible. Entre el repiqueteo frenético y desacompasado de las máquinas de escribir de la oficina, entre los innumerables conceptos de innumerables facturas, lo escuchó, como viniendo de muy lejos, con pies resplandecientes. Al principio solo era ritmo, divino, ordenado, que hacía que se desvaneciera la confusión sin sentido que bullía a su alrededor.

Y entonces brilló ante él la gloria de las palabras: el imponente elevarse de la primera, las sonoras cadencias de los versos siguientes, el majestuoso desfile final...

«Remonta el vuelo y de su rebelión
Las cicatrices traen recuerdos viejos.
A media altura las estrellas lejos
Contempla mudo, celestial razón,
La senda vieja que vio desfilar
Fiel ejército de ley eternal»[\[3\]](#).

Lester Knapp tenía el corazón henchido, refulgente: la identificación con aquella grandeza hacía que se evadiera de su amargura.

La melodía de las palabras reverberaba en sus oídos... «contempla mudo», «... la senda vieja que vio desfilar», «... fiel ejército de ley eternal».

La rotundidad de las tres sílabas de la palabra final le transmitió una sensación de energía primordial en la que se apoyó, inspirando profundamente. El rostro enjuto y cetrino tenía ahora una luz que salía de dentro y resplandecía. Se inclinó más sobre su escritorio para ocultar esto. Procuró pensar en otra cosa, alejar de sí aquella innecesaria belleza y grandiosidad. El hombre que es un fracasado en la oficina no debe olvidar su fracaso ni un instante. Lo menos que debe hacer es tener presente su humillación a todas horas.

Pero, a su pesar, tenía los labios curvados en una dulce y feliz sonrisa.

* * *

Harvey Bronson le dirigió una mirada y se sintió irritado y ofendido por la expresión de su rostro. «¿En qué estará pensando ese inútil de Lester Knapp para tener esa maldita cara de cretino complacido?!», pensó.

CAPÍTULO CINCO

Aquella tarde, cuando a las cuatro y media volvió a salir a la calle, tenía una cara bastante inexpresiva. Pero no estaba cetrina. Estaba muy blanca.

Dio un par de pasos, se paró y se puso a mirar detenidamente el escaparate que le quedaba más cerca, todo un logro de Jim McCarthy.

Allí estaba también la señora Prouty. Contemplaba un abrigo de piel de doscientos dólares con una expresión tan trágica que parecía que aquello eran las puertas de perla del paraíso y que ella se estaba hundiendo en la gehena. Por las noches soñaba con aquel abrigo de piel. Lo deseaba tanto que no era capaz de pensar en otra cosa. A diferencia de la señora Merritt, ella no podía recurrir a lujosos chales antiguos con estampados de cachemir.

Levantó la vista, vio quién se había parado a su lado y dijo, con la profesional cordialidad de la mujer de un rector:

—¿Cómo está, señor Knapp?

No se sorprendió que él no contestara, ni se diera cuenta de quién era la persona que estaba allí. Lester Knapp era notablemente despistado. Era otra de sus desquiciantes rarezas. Tenía tantas. ¡Pobre señora Knapp! Pero qué bien lo llevaba... Era magnífico ver a una mujer ser tan fiel a un marido que se lo merecía tan poco. Lo miró de reojo, olvidándose por un momento del dolor de corazón que le producía el abrigo. ¡Señor! ¡Qué pinta de enfermo tenía! Hombros encogidos, pecho hundido, piel cenicienta... ¡un físico lamentable! ¡Y padre de familia! A ese tipo de hombres no deberían permitirles tener hijos.

El abrigo volvió a captar su atención, con fascinación de basilisco. Suspiró y entró en los grandes almacenes para pedir que se lo enseñaran una vez más, aunque sabía que estaba tan lejos de su alcance como una diadema de diamantes. Acariciarlo y sentir su incomparable suavidad no hacía sino inflamar su deseo, pero era incapaz de mantenerse alejada de aquel abrigo cuando iba al centro del pueblo.

El movimiento de la señora Prouty hizo que Lester diera un respingo y despertara de su hipnótico estado de mirada perdida y gesto aterrorizado. Se puso en marcha con el andar torpe e inseguro de quien camina por primera vez después de una enfermedad.

Había perdido su empleo. Le habían echado. A final de mes no recibiría ningún dinero para mantener las cosas en funcionamiento. Ni siquiera la exigua cantidad de que

siempre habían dispuesto.

¿Estaba pisando tierra, tierra firme? Parecía que esta se movía bajo sus pies arriba y abajo, hasta marearle. *Estaba* mareado. Se iba a desmayar. Y aquello sería la desgracia final: desmayarse en plena calle por haberse quedado sin trabajo. El mundo comenzó a dar vueltas ante sí y todo empezó a volverse negro. Se agarró a un árbol.

Por momentos, los ojos se le nublaron y notó un agudo pitido en los oídos; entonces, con un dolor convulso, volvió a recobrar la conciencia. Todavía seguía allí de pie, el brazo rodeando el árbol. No se había desmayado.

Mientras buscaba interiormente la energía que le permitiera seguir andando —cada paso parecía hundirle más en el negro abismo de la desesperación—, escuchó una voz pausada que le hablaba al oído..., ¿o le hablaba desde el interior de su cabeza? La calle estaba vacía, así que debía de estar en su cabeza. La oía clara y distinta. Era otro de esos recurrentes retazos poéticos:

«No te vuelvas atrás en tu camino,
Que la muerte podría sospechar,
Y al llegar al umbral de mi morada
Quizá ella contigo quiera entrar»[\[4\]](#).

No había por qué desesperarse. No estaba irremediablemente atrapado. Había salida. ¡Una salida gloriosa! La mejor de todas. La claridad con que lo veía le deslumbraba, mientras caminaba con paso rápido calle arriba. Para sus hijos, significaba que por fin iba a ser capaz de darles dinero, como cualquier padre. No serían únicamente los diez mil dólares de su seguro, sino también un mínimo de cinco mil por la casa y el terreno. Eso le habían ofrecido el otro día. Dinero contante y sonante. Y no solo dinero contante y sonante, sino que se liberarían de la nociva influencia de un padre insustancial y despreciado.

Los niños no lo despreciaban todavía; aunque no tardarían en hacerlo, por supuesto. Todo el mundo lo hacía. Y Eva nunca dejaba pasar la oportunidad de llevarles a casa, con silenciosa amargura, la realidad de la completa inutilidad de su padre. Tampoco la culpaba. ¡La pobre ambiciosa Eva! La había deslumbrado siendo ella muy joven, y la recompensa había sido un cero a la izquierda como él.

Y sería glorioso para Eva: libre del peso muerto de un marido fracasado al que tenía que cubrir las espaldas continuamente. Una vida más fácil para Eva, sin duda. Ella vendería la casa —¡y seguro que Eva le sacaba más de cinco mil dólares!— y, con ese dinero y el del seguro, se mudarían a la enorme casa vacía de sus padres, en Brandville, tal y como aquel pobre par de ancianos le habían suplicado una y otra vez. En aquellas poblaciones del campo la gente vivía con poquísimo; y, siendo viuda, podría aceptar la

ayuda que le había ofrecido su extravagante padre —a quien le gustaba estar siempre bien provisto de todo—, la cual siempre había rechazado, por orgullo, siendo esposa.

Eso es lo que supondría para su familia. Y para él...: un fin a su infierno, ¡bendito sea Dios! No solo había abandonado hacía mucho tiempo toda esperanza de que la vida le diera lo que él quería —una oportunidad de crecer en el único sentido que él concebía para sí—, sino que había visto hacía mucho tiempo que era incapaz de darles a Eva y a los niños nada que alguien en este mundo considerara valioso. Se suponía que lo único que él debía darles era dinero, y eso no era capaz de hacerlo.

Las palabras retumbaban en su cabeza como un cántico triunfal:

«Que la muerte podría sospechar,
Y al llegar al umbral de mi morada...».

Un pequeño problema práctico irrumpió en sus pensamientos, cerniéndose negro y premonitorio sobre su falta de sentido práctico, tal y como siempre se había cernido la vida. ¿Cómo podía resolver aquello? Su póliza de seguro carecía de toda validez en caso de suicidio, ¿no? Habría que ingeniárselas de algún modo para que aquello pareciera un accidente. Una especie de resquemor le penetró hasta los huesos al pensar en la posibilidad de que ni siquiera fuera a conseguir aquello, en su lucha contra el sagaz sentido comercial del mundo, que siempre le había derrotado en todo lo demás.

Esta idea le hizo estallar en una extraña y escandalosa carcajada, cuya disonancia perturbó incluso sus oídos e hizo que se callara de inmediato, se quedara en completo silencio y se pusiera a mirar preocupado a su alrededor.

Pero no había nadie a la vista, excepto —lejos, al fondo de la calle— tres pequeñas siluetas que parecían ir corriendo hacia él agitando los brazos. Se quedó mirándolas como alelado por un momento antes de reconocerlas. ¡Eran sus hijos! Claro, era jueves: día de la Corporación de Damas; unas horas preciosas del jueves, diferentes de todas las demás de la semana. Con frecuencia, los niños se las arreglaban para ponerle a Stephen sus prendas de abrigo y sacarlo a la calle para ir al encuentro de su padre, y así empezar «el plan del jueves» un poco antes.

Ahora estaban más cerca. Corrían los tres cogidos de la mano, y Stephen iba en el medio, dando botes entre sus hermanos. Los tres le sonreían y sus ojos brillaban de cariño. Él escuchó el dulce tono de las voces infantiles de sus hijos que le llamaban.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Ellos le querían. ¡Por Dios, aquellos niños, sus hijos, sí le querían! Sí, incluso Stephen quizá le quería un poquito. ¡Y él les quería a ellos! ¡Para ellos guardaba un inmenso tesoro de amor que nadie podía imaginar! Era *duro* dejarles.

Pero así lo quería el mundo. Un padre que lo único que tenía era amor, pero no

dinero..., cuanto antes se quitara de en medio, mejor. Tenía grabado ese incuestionable axioma en cada sangrante fibra de su corazón.

—¡Papá, papá, Stevie ha cogido él su abrigo y se ha abrochado todos...!

—¡Yo *toló*! —dijo orgulloso Stephen, casi sin aliento.

—La maestra dice que la primera parte de mi obra de teatro...

Ya estaban junto a él, saltando a su alrededor, abrazándose cariñosamente a él, hablando todos a la vez. ¡Qué bien lo pasaban juntos los jueves por la tarde!

—Papá, ¿cómo sigue «La morsa y el carpintero»^[5] después de lo de «“Decente no lo es, ¡no!”», exclamó la morsa»? Henry y yo se lo hemos recitado a Stevie hasta ahí, pero ya no nos acordamos de...

Lester Knapp colocó a Stephen sobre sus hombros y cogió a Henry y a Helen de la mano.

—«Decente no lo es, ¡no!», exclamó la morsa —empezó a recitar, impostando la voz en aquel tono profundo y épico que fascinaba a sus hijos. Y prosiguió—:

«Haber mentido así a tanta ostra.

Las hemos hecho andar desde tan lejos;

Y más que andar: ¡correr como conejos!».

—¡Ah, sí! —exclamaron los dos niños mayores—. ¡Ya nos acordamos!

Y mientras trotaban juntos, todos recitaron alegremente:

«A lo que el carpintero *solo* dijo:

“¡Has puesto demasiada mantequilla!”».

CAPÍTULO SEIS

La señora Anderson jamás olvidó los detalles de todo lo que sucedió aquella tarde, y no tardó mucho en conseguir —a base de repetirla— una versión de los hechos estilísticamente bastante pulida. Contaba su historia una y otra vez, punto por punto, como si de un poema aprendido de memoria se tratara; sin más alteración que la que se concedía para dejar entrever la importancia que ella tenía como único testigo de los hechos y para insistir —cada vez con más vehemencia— en que ella no tenía parte ni responsabilidad alguna en aquella catástrofe:

«Por la tarde todo estaba helado. Si recuerdan, aquella mañana se había derretido la nieve, pero después entró el frío y lo congeló todo, y a mí me da pánico la posibilidad de resbalar en el hielo y caerme, porque ya no estoy tan ágil como hace cincuenta años. Así que, cuando vi que la señora Knapp se estaba poniendo el abrigo para irse, después de la reunión de la corporación, le dije: “Señora Knapp, ¿le importaría que me fuera con usted y que me agarrara de su brazo cuando tengamos que pasar por tramos helados? Tengo muchísimo miedo de resbalar”. Eso dije yo. Ella me respondió: “Sí, por supuesto”, y nos fuimos; yo muy tranquila, claro, de saber que podía agarrarme a ella; porque a ella no me la imagino yo resbalando: es de esas que *quieres* tener a tu lado cuando tienes que pasar por sitios complicados. Es una mujer maravillosa la señora Knapp, se lo digo yo. Y lo he dicho siempre, incluso antes de que esto sucediera. No se le pone nada por delante. Tendrían que ver los muebles del salón que ha recuperado ella solita: ¡nada que envidiar a ningún tapicero! Y luego va Henry a darle la murga para que le deje llevar un perro a casa, ¡y, encima, *blanco*! Por supuesto, le ha dicho que ni hablar; ¡pues anda que no se nota el pelo blanco en la tapicería! Cuando yo era niña, recuerdo que mi tía Esther tenía un perro blanco..., pero, bueno, ahora les iba a contar cuándo vimos por primera vez el fuego. Acabábamos de doblar la esquina de Wertheimer’s y yo iba mirando al suelo para ver dónde pisaba, y entonces dijo la señora Knapp: “¡Dios mío, señora Anderson! ¿Qué tiene usted en su tejado?”. Yo levanté la vista enseguida, pero no veía nada; y ella me dijo: “Parece... Sí, sí, ¿no lo ve? Hay una llama justo al lado de la chimenea”.

»Y entonces me di cuenta de que así debía de ser, porque esa chimenea mía llevaba un montón de tiempo con una grieta, y yo había intentado *una y otra vez* que viniera un albañil, pero ya saben que no les gustan nada esas pequeñas chapucillas, ¡y menos si se lo pide una *mujer*! Bueno, el caso es que la señora Knapp salió corriendo en dirección a

su casa para llamar por teléfono a los bomberos, y yo hice lo que pude por avanzar lo más deprisa posible, con un miedo horroroso a caerme. Todavía estaba lejos de mi casa, cuando vi que el señor Knapp llegaba corriendo, con la cabeza descubierta, a pesar del tremendo frío, y con un cubo en cada mano. Él me vio a distancia, mientras yo caminaba torpe y lentamente, y me gritó: “¿Dónde tiene la escalera, señora Anderson?”. Y yo le grité: “Está colgada bajo el alero del granero, ¡pero ni se le ocurra subirse a ese tejado helado! ¡Es muy empinado, señor Knapp! ¡Se puede romper la crisma!”. Se lo dije como se lo estoy diciendo ahora a ustedes. ¡Hice *todo lo que pude* para disuadirle! Me siento fatal, a pesar de todo... Y eso que le grité como les estoy contando, les doy mi palabra. “¡Ni se le ocurra subirse a ese tejado helado! ¡Es muy empinado, señor Knapp! ¡Se puede romper la crisma!”, le dije.

»No contestó nada, así que no sé si me oyó o no, aunque yo grité con todas mis fuerzas, se lo prometo. Él corrió, rodeando la casa, hasta la parte de atrás, y yo, detrás de él, aunque muy lenta, por el hielo. Antes de doblar la esquina de la casa, oí que alguien gritaba mi nombre detrás de mí: “¡Señora Anderson! ¡Venga a abrimos! ¡Rápido! ¡Se está quemando su casa!”. Era el señor Emmet y sus dos chicos, que viven en frente de mí. Llevaban hachas y querían que les abriera la puerta para subir al desván, porque pensaban que podían llegar al fuego por dentro. Por lo visto, ellos habían tenido fuego en su chimenea una vez y lo que hicieron... Pero, bueno, yo no atinaba a meter la llave en la cerradura... En aquel momento estaba tan aturdida que no sabía dónde tenía la cabeza, y el señor Emmet tuvo que coger la llave y abrir él la puerta... Eso fue cuando ya había llegado el camión de los bomberos, ya saben el ruido tan espantoso que hacen siempre, y yo estaba histérica, solo de pensar que iban a sacar la manguera, porque acabo de enlucir el techo del salón y supuse que el agua que bajara me lo arruinaría todo, y en ese momento me di cuenta de que había más cosas por las que preocuparme, ya que tenía ahí todas las mantelerías... Y ya saben cómo son: adonde vaya el camión, allá van todos, ¡nunca había *visto* tantos hombres y muchachos juntos! ¡Y qué mala pinta tienen...! Muchos de ellos vienen de esas casuchas de vecinos que hay cerca de las vías... Ya se pueden imaginar la alegría que me llevé cuando vi aparecer a la señora Knapp... ¡Menuda mano tiene para dirigir! Enseguida puso firmes a todos aquellos facinerosos y los sacó de la casa: estaban entrando detrás del señor Emmet, ¡con una desfachatez...! Ya les digo que a *ella* no le rechista nadie. Y entonces les dijo que no empezaran con la manguera hasta que alguno hubiera subido al desván para ver cómo les iba a los Emmet y otros hubieran ido a la parte de atrás de la casa a ver qué estaba haciendo el señor Knapp. Ella subió corriendo al desván y yo salí al porche y me asomé para ver si me enteraba de lo que estaban haciendo detrás de la casa. Y entonces..., ¡ay, entonces! ¡No lo olvidaré mientras viva! Vi a dos bomberos que venían de la parte de atrás de la casa acarreando algo. No podía ver qué era, estaba muy oscuro, pero la forma en que lo

llevaban, la forma en que caminaban... Cuando uno tiene la edad que yo tengo y ha visto tantos muertos como he visto yo... ¡no hay duda!

»Me puse a chillarles: “¡Ay, ay, ay! ¡¿Qué ha pasado?!”. Pero yo ya lo sabía, antes de que dijeran una palabra. Uno de los dos me dijo: “Es el señor Knapp. ¡Que no se entere la señora Knapp hasta que dejemos el cuerpo en su casa!”. Y el otro dijo: “Se ha debido de caer del tejado y se habrá partido la columna”».

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO SIETE

Después de una jornada de treinta y seis horas de trabajo casi ininterrumpidas, Jerome Willing salió por fin de su despacho, avanzó por los pasillos oscuros, entre mostradores cubiertos con un paño marrón, saludó al vigilante nocturno y cerró tras de sí la puerta principal. Cruzó la calle y se volvió para echarle un último y afectuoso vistazo al edificio que albergaba su futuro. Estaba cansado, pero, al mirarlo, una cándida sonrisa de orgullo y satisfacción asomó en su rostro. No le parecía la fachada de un edificio de ladrillo de cuatro plantas, sino la gran puerta que se abría a la oportunidad que llevaba anhelando tanto tiempo.

Se quedó allí parado, hasta que uno que pasaba caminando en aquella oscuridad tropezó con él. «Bueno, ya está bien de estar aquí como un pasmarote», murmuró meneando la cabeza con un suspiro de satisfacción. «Va siendo hora de volver a casa con Nell y las niñas».

Mientras caminaba por la agradable calle, flanqueado por hileras de jardines y buenas casas, pensaba por enésima vez en la suerte que tenía: una enorme suerte, se mirara por donde se mirara. Y en aquel momento suponía una grandísima suerte tener por mujer a alguien que había trabajado en una empresa. Nell entendería aquel encerrarse en su trabajo el primer día y medio después de volver tras una ausencia. Ella nunca sacaba a relucir todas esas historias de pobre esposa encerrada en casa, por mucho trabajo que él tuviera. De hecho, ella vivía el trabajo de su marido con tanta intensidad como él, y le gustaba verle intensamente implicado en el mismo. Era, sin duda, la esposa perfecta.

Cuando abrió la puerta de su casa, escuchó el bullicio de sus hijas y el perro armando jaleo en el piso de arriba. Era una casa antigua y espaciosa, y en aquel momento valoró especialmente —como hacían a menudo Nell y él— el desahogo y la libertad que les proporcionaba la vida en un pueblo. En un piso de Nueva York no hubieran podido permitir a las niñas aquel alegre barullo sin que alguien se quejara.

Una puerta entornada le permitió ver la espalda recta y delgada de su mujer. Estaba en la habitación que habían habilitado para que fuera el «despacho» de ella, y estaba corrigiendo las galeras de los anuncios que iban a publicar en los periódicos del día siguiente.

—Hola, Nell —le dijo en tono jovial—. Por fin he podido escaparme. Hoy sí que

vengo a casa para quedarme.

Su mujer dejó la pluma estilográfica sobre la mesa, se giró en la silla y le sonrió.

—¡Qué bien! —dijo ella—. ¿Alguna novedad?

Aunque vio que estaba rendido de cansancio, no hizo ningún comentario al respecto.

—La novedad es —dijo él mientras se inclinaba sobre ella para darle un beso— que ya casi he acabado con todo lo que tenía pendiente.

—¿*Todo*? —dijo ella con un deje de escepticismo—. ¿Hasta la bonificación de...?

—¡Casi! Ahora sí que se puede decir que los almacenes están empezando a funcionar. Dale un mes para acabar de ajustar los engranajes y... ¡no va a haber quien nos pare!

Se miraron el uno al otro sonrientes, mientras él se sentaba en una butaca y se arrellanaba con una profunda inspiración que parecía de agotamiento.

—¿No te parece que es como un sueño? —dijo Nell.

—¡Y que lo digas! Me acuerdo de cuando pensaba que, si vivíamos austeramente y ahorrábamos, quizá podríamos comprar alguna participación en alguna empresa... Y después de haber pasado los mejores años de mi vida trabajando para otros... ¿No te da miedo que, de pronto, suene el despertador y...?

—¿Pero has arreglado el asunto de la bonificación del personal no comercial? —preguntó la señora Willing, consciente de que su marido no había entrado en el asunto más espinoso.

—Lo he solucionado dejándolo aparcado por el momento —contestó sin rodeos.

Ella se rio.

—Bueno, es *un modo* de solucionarlo.

—Ya te digo que los engranajes tienen que acabar de ajustarse. He renunciado a que todo funcione como un reloj desde el primer momento. Los distintos trabajos en unos almacenes no son equiparables. Los que están vendiendo cara al público son una cosa: puedes cuantificar exactamente lo que valen en dólares y centavos, y pagarles en función de lo que ellos *ganan*. Pero el personal no comercial es distinto. Lo que voy a hacer es determinar un salario básico y, a partir de ahí, conseguir que trabajen mejor mediante bonificaciones... Lo voy a llamar bonificación, aunque en realidad se trata de penalizar al que trabaja mal.

—Ojalá concretaras un poco más. No me queda claro de dónde partes ni adonde quieres llegar —dijo su mujer con firmeza—. Desde luego, si yo me anduviera con esas divagaciones en los anuncios...

—Vale, sí, esto es lo que estoy pensando. Pongamos el personal de reparto, por ejemplo. Ahora solo hay uno, pero, evidentemente, no van a tardar mucho en ser más. Les ofrezco..., no sé, doce o quince dólares a la semana. Eso lo van a tener asegurado hasta que se les eche, por muy mal que hagan su trabajo. Y entonces les diré: «Pero si

haces un trabajo perfecto, tendrás diez dólares más a la semana». O algo así, tengo que acabar de concretar los detalles... «Están previstos diez dólares más para cada uno que acabe la semana con un expediente impecable»... Aunque con eso me cargaría el espíritu de equipo... Ya sé: haré que sean diez o quince dólares para que se los repartan entre ellos, y así incentivo el que se apoyen unos a otros. Pondremos el dinero en monedas de diez centavos y de cuarto de dólar en una caja con tapa de cristal, de manera que puedan ver el dinero. Cada vez que se queden sin aceite, o tengan sucia la camioneta, o pierdan un paquete, o suban a un amigo al vehículo, les quitamos un dólar, o un cuarto, o cincuenta centavos, dependiendo de la gravedad del caso. Te apuesto lo que quieras a que, cuando vean su bonificación menguar delante de sus narices, se van a esforzar de verdad. Claro que con los departamentos de más nivel no puedo trazar una línea tan burda; el departamento de contabilidad, por ejemplo; aunque tendría que ser algo en ese sentido... Por cierto, que esto me está haciendo acordarme de que he tenido que echar a Lester Knapp, ¿te acuerdas de él? El cenizo dispéptico aquel que se sentaba en el segundo escritorio de la izquierda, según entrabas.

La señora Willing asintió con la cabeza.

—La verdad es que no lo recuerdo, aunque he oído hablar de él a las mujeres de Saint Peter. Pensé que dijiste que te las podrías apañar con él.

—La verdad es que no lo pensé nunca. Lo supe desde el primer momento. Pero, si te soy sincero, me vuelvo muy blando cada vez que tengo que despedir a alguien. ¡No me gusta nada! Me engañé a mí mismo al pensar que podríamos mantener a Knapp. Pero no tenía sentido. Para empezar, Bronson no lo aguanta, y yo tengo que apoyar a mis jefes de departamento. Tienen que estar contentos con sus subordinados o es imposible que les hagan rendir.

Se inclinó hacia adelante y se puso a jugar con la cadena de su reloj.

—¿Cómo se lo tomó el señor Knapp?

—Muy bien... ¡demasiado bien! Lo cual hizo que todo fuera más difícil. Admitió, cuando le pregunté, que su trabajo no le interesaba lo más mínimo, que lo odiaba. Cuando le medio ofrecí una prueba como dependiente, me dijo que estaba seguro de que no lo iba a hacer mejor ahí, que sabía que detestaba la venta. Entonces, cuando le pregunté si pensaba que alguien a quien no le gustara su trabajo podía llegar a hacerlo bien, no dijo nada, se fue poniendo cada vez más pálido y se limitó a escuchar. Hice todo lo que pude para suavizar el golpe: le agradecí en nombre de la empresa su prolongado y fiel servicio, le dije que se tomara su tiempo para buscar otra cosa, que no había prisa... Fue inútil. Es listo, aunque peculiar, y sabe ver qué hay detrás de ese tipo de discurso. Fue muy desagradable. Tiene una personalidad muy antipática, que hace que te sientas incómodo.

Su voz había cambiado a un tono irritado. Parecía enfadado y ofendido. Por su propia

experiencia en el mundo empresarial y por lo que conocía a su marido, ella se identificó inmediatamente con él:

—¡Sé que *es* duro para *ti* tener que pasar esos malos tragos! —dijo ella—. A veces me parece que no es justo que yo pueda estar aquí en casa y ganar un sueldo por disfrutar escribiendo anuncios, sin tener que asumir nada del trabajo sucio.

—Sí, esos malos momentos no son ninguna broma... —asintió con cierta nostalgia. Miró entonces el reloj—. ¿Me da tiempo a fumarme un puro antes de cenar? —preguntó.

—Tienes el tiempo justo. Como no sabía a qué hora ibas a llegar, las niñas y yo ya hemos cenado. Le dije a Kate que pusiera la carne en las brasas cuando te oyera llegar, pero siempre se toma todo con bastante calma.

Cortó la punta del puro y lo encendió con un gesto de profunda relajación. ¡No había nada *comparable* a llegar a casa, después de haber estado trabajando como un burro, y encontrar todo tan fácil!

—Muchas veces pienso —dijo su mujer— que despedir a la gente sería la parte más dura del trabajo para mí.

Él dio la primera calada a su puro y se volvió a arrellanar en la butaca.

—¿Te he contado la primera vez que tuve que echar a alguien? —Se lo había contado varias veces, pero ella no dijo nada y escuchó con atención su relato—. Fue en Burnham Brothers, justo después de que me ascendieran a jefe del departamento de calcetería. Teníamos a aquella vieja cotilla, pusilánime e incompetente que nos estaba desprestigiando ante todos los clientes... Hacía mucho que la tenían que haber echado. Así que un día me armé de valor y le dije que tenía que irse. Se lo tomó muy mal: me montó una escena, se puso a llorar, amenazó con suicidarse, dijo que su hermana enferma se moriría de hambre... Estaba como una histérica, y, cuando por fin salió de mi despacho, yo me quedé destrozado. Así que me fui directamente al despacho del director, a llorarle mis penas al viejo J. P. Burnham.

Nell esbozó una sonrisa al recordarle:

—Sí, el bueno de J. P. Todos acabábamos yendo a llorarle cuando las cosas iban mal. A mí me recordaba a un atlante agotado, que soportaba todo sobre esos viejos hombros caídos que tenía. ¿Y qué te dijo?

—No se sorprendió. Supongo que no era yo el primer jovenzuelo que acudía a él hundido después de un lance semejante. Se acercó renqueando hasta la puerta y la cerró, como si fuera a soltarme un largo discurso, aunque lo cierto es que no habló mucho. Solo me dio unos consejos, con pausas entre medias, para que los asimilara. Pero no los olvidaré nunca.

—No, nunca olvidabas lo que decía —asintió Nell. Ella hubiera preferido cambiar de conversación para tratar cuestiones de mayor importancia, pero interpretó por los gestos de su marido que él necesitaba aquel desahogo, así que le animó a seguir—: Aunque no

sé qué puede decirte nadie sobre el despido de empleados que pueda ayudarte. Es algo de todo punto horrible.

—Bueno, lo que hizo fue animarme a ser fuerte. Me recordó que unos almacenes no son una institución filantrópica y que, desde el jefe hasta el último mono, nadie está allí para ganar *su* sueldo, sino para conseguir vender productos. Me hizo ver que, para un jefe de departamento, mantener un dependiente incompetente es tan poco honrado como meter la mano en la caja registradora. Peor, porque la empresa soporta mejor perder un poco de dinero de ese modo que el que se humille y desatienda a sus clientes. Pero lo que más me impactó fue lo que me dijo sobre el resto de chicas en el departamento que *sí* hacían bien su trabajo: lo injusto que hubiera sido que, por mantener a una inepta que espantaba a la clientela, las demás no consiguieran vender nada. Esas no van al despacho a montar una escena, pero se está cometiendo una injusticia con ellas. Y, además, la incompetencia es tan contagiosa como el sarampión.

—Así es. —Nell comprendió el argumento, pero añadió pensativa—: Aunque eso no hace más agradable el rato que tienes que pasar cuando a la que echas *está* montando la escena.

—¡En absoluto! —asintió su marido, después de dar una buena chupada a su cigarro puro—. Y el viejo J. P. nunca dijo que fuera así. Jamás dijo que disfrutara con ello. Decía que era, sin más, parte del trabajo, y que había que afrontarlo, si uno quería llegar a asumir responsabilidades grandes. Uno está allí para hacerlo lo mejor posible por la empresa. Y me dijo otra cosa muy útil: lo más favorable para un inepto es echarlo en cuanto uno está seguro de que no va a aportar nada. No hay que dejar que pase mucho tiempo, porque se enmohecen y llega un momento en que son incapaces de hacerlo bien en ningún otro sitio en el que lo intenten. Eso es lo que me ha hecho tan duro decirle al señor Knapp que no podía seguir. Eso se lo tenía que haber dicho el tío Charley, cuando Knapp llevaba un mes trabajando en los almacenes, hace doce años. Es un delito permitir que un hombre siga ahí vegetando y se acabe apolillando así. Hay que estar muy ciego para no ver, después de un mes de observarle en su escritorio, que ese hombre no iba a ser más que un desastre en la empresa... ¡Con esa mala salud, soñando despierto todo el día y a vueltas con sus versos y poesías...! El tío Charley debía haberle aconsejado que se dedicara a fregar platos, o que fuera profesor universitario, o algún trabajo de esos que pueden hacer hombres sin ningún tipo de agallas. Aquel era solo un ejemplo de cómo el pobre tío Charley había dejado que el negocio se fuera al garete, desde el momento en que supo que tenía cáncer. Tampoco le culpo, por así decirlo. Pero el hecho es que todo el edificio, desde el almacén hasta la sala de la caldera, estaba comido de hongos.

—La verdad es que, personalmente, lo siento por ese señor Knapp —dijo su esposa—. Tiene mujer y tres niños pequeños.

—¿De verdad?! —exclamó Jerome enojado—. ¡Típico de un tipo como él! Bueno,

lo citaré mañana y veré si puedo sugerirle algo. O le puedo dar un cheque de agradecimiento de la empresa. Esa sería la solución más barata. Hoy por hoy, no veo ningún modo de que pueda hacernos algo productivo. Lo ponga donde lo ponga, va a ser como uno de esos trozos de algodón que se colocan en las goteras de las tuberías.

—¿Y si lo mantienes en el departamento de contabilidad? —preguntó Nell—. ¿No has puesto orden ahí?

—Sí, supongo que, ahora que se ha ido Knapp, empezará a funcionar. Gracias a Dios, hay un departamento en este negocio de los grandes almacenes que tiene unos protocolos muy bien definidos. El joven contable que me han enviado los de McKenzie & Blair ha puesto orden en el tremendo desbarajuste que había ahí. Ahora puedes saber cuál es la situación contable, sin tener que cerrar y dedicar un mes de trabajo a desenmarañar el caos. Y me parece que Bronson es suficientemente joven como para mantenerlo así. Al menos, le voy a dar una oportunidad; me parece que es el más avisado del departamento, ¡aunque sea un hueso! Si consigue hacerse con el departamento, me evitará tener que buscar a otro.

—Otro que creo que puede funcionar bien es el señor McCarthy —dijo la señora Willing—. Desde que hablaste de él, he estado observando los escaparates que monta. Es verdad que son un poco anticuados y él ya está un poco mayor. Pero tiene temperamento y, si te lo llevaras contigo un par de veces en tus viajes de compras a Nueva York, para que viera lo que se está cociendo, y le compraras un libro moderno de escaparatismo... ¡Pobre!, dudo que haya imaginado alguna vez que existen libros de esos.

Su marido resopló.

—Sí, tiene madera. Es bastante testarudo y susceptible, pero nunca ha habido un buen escaparatista que no haya sido tan quisquilloso y poco razonable como un bebé al que le están saliendo los dientes. Nos tendríamos que acostumbrar a eso con cualquiera que tenga el temperamento necesario para hacer el trabajo como debe hacerse. Pero ese es *todo* el temperamento que puedo soportar. Afortunadamente, no tengo que aguantar a un profesional de las compras. Cuanto más pienso en ello, más seguro estoy de que quiero llevar las compras yo solo; a no ser, claro está, que *tú* quieras venir conmigo de vez en cuando. ¡Pero nada de expertos en compras con sueldos estratosféricos! Los conoces tan bien como yo. ¿Has visto a alguno que no sea dominante, engreído y que no esté convencido de que nunca ha cometido un error en su vida?

—¡Jamás! —Nell se encendió con un resentimiento tan antiguo e intenso como el de su marido—. ¡Jamás! Lo que me desesperaba de ellos era el modo en que siempre echaban la culpa de todo a los dependientes o al departamento de publicidad. Si los artículos no circulaban, ¿era culpa *suya* alguna vez? ¡Nunca! La culpa era de los dependientes, que no sabían vender, o de los que escribían la publicidad, que no sabían escribir.

—¿Y cuántas veces les colocaban una carretada de algo que todo el mundo sabía que era una porquería, y nadie decía nada para no herir sus sagrados y temperamentales sentimientos?! ¡Ni hablar! ¡En mi negocio, no! Me dan ganas de entonar el aleluya, cada vez que pienso que no voy a tener que templar gaitas y bailarles el agua para que no se ofendan. Tengo la experiencia y la formación suficiente para llevar las compras yo solo. ¡Y así lo voy a hacer!

Detrás de él se escuchó un delicado toque de gong.

—La cena —dijo Nell, levantándose de su mesa.

Él apagó lo que quedaba de su puro y se fue al acogedor comedor de la casa, donde el olor a carne, cebolla y patatas fritas hizo que empezara a salivar.

—He comprado una caja de botellas de esa cerveza sin alcohol que tiene Wertheimer's —dijo su mujer, descorchando una botella y sirviéndole un vaso de espumosa cerveza tostada—. No veo la diferencia con la cerveza de siempre.

—Sí, a mí hoy me sabe bastante bien, te lo aseguro —dijo Jerome, después de beber un buen trago y mientras cortaba la gruesa chuleta con una sonrisa. Su esposa permaneció callada mientras él combatía el envite inicial del hambre. ¡Ella sabía por experiencia lo que era llegar tarde a casa después de muchas horas en la oficina! Pero cuando empezó la segunda ronda de todo, le dijo:

—Menuda sorpresa se van a llevar en los viejos almacenes cuando vean que hay alguien que *compra* realmente, después de tantos años de almacenar porquería en sus estanterías, ¿no?

—El tío Charley —sentenció Jerome— se quedó en el concepto de A. T. Stewart, año 1872, de que hay que abastecerse cuatro veces al año con «artículos estándar».

A los dos les hizo reír la vieja expresión.

—¡Artículos estándar! —dijo Nell—. ¡Suena cómico! Si ahora no puedes vender ni un botón de un año para otro...

—*Espero* —dijo Jerome—, y lo espero con toda mi alma, que alguno de esa panda de sinvergüenzas que le vendían al tío Charley intente, aunque sea una vez, dármele a mí con queso. ¿De dónde habrán *sacado* todas esas cosas tan rancias que le endilgaban? ¡Debían de sacarlas de algún viejo granero!

Su esposa pensó en silencio que, ahora que él había acabado la carne, estaba comiendo el pastel y tenía un segundo puro en perspectiva, podía ser el momento de abordar la cuestión de la que ella había querido hablar todo el tiempo:

—¿Viste al joven ese..., Crawford, el de Jordan Marsh? —preguntó.

—Sí —contestó Jerome.

Nell supo que, por algún motivo, la cosa no había prosperado.

—¿No serviría? —dijo ella decepcionada—. *Necesitas* un jefe de tienda. Es imprescindible, ahora que te vas a ausentar por tus viajes de compras.

—Ya, pero es mejor esperar a tener la persona adecuada que precipitarse y coger a alguien que te lo jorobe todo. No es que Crawford sea malo. El chico promete. Pero cuanto más hablaba con él, más seguro estaba de que no iba a encajar. Nadie como él encajaría en la organización, tal y como la queremos. Ese magnífico eslogan tuyo lo dice todo: «Almacenes hogareños». Pero ninguno de esos halagüeños candidatos de gran ciudad, como Crawford, pueden llegar a ser hogareños..., ni en mil años. Ni siquiera querría él serlo. No le vería el sentido. Demasiado refinado para una población pequeña. No iría a la iglesia. Los domingos se dedicaría a jugar al golf. No pertenecería a ninguna de las sociedades o clubes. Conduciría un elegante cochecito con el que se iría con frecuencia a la ciudad. En resumen, que un lugar como este le acabaría aburriendo y no haría nada por disimularlo. —Nell lo veía también con claridad. Asintió con la cabeza. Intentó imaginárselo en una cena de hermandad en los locales de la Iglesia Congregacional, pero desistió—. Peor aún —añadió Jerome—: me da la impresión de que cualquiera que tenga la ambición que requiere el puesto siempre va a tener demasiada ambición. Enseguida va a querer tener parte en el negocio, y yo no quiero tener más socios que a ti. ¡Son *nuestros* almacenes! Pero, dejando eso a un lado, no sabría dirigir a las chicas. Estaría acostumbrado a las típicas niñas resabiadas de los bloques de apartamentos del East Side. ¿Cómo se iba a llevar bien con nuestras colegialas de pueblo americano, que valen lo mismo que cualquiera y lo saben? Se permitiría muchas familiaridades con ellas... ¿Te acuerdas de Ritchie, el de Burnham? No quiero nada de eso en *nuestros* almacenes. Nosotros también tenemos hijas...; y, además, en un sitio pequeño como este, los escándalos enseguida los conoce todo el mundo y la gente se lo toma muy a la tremenda.

—Pero necesitas a alguien. Hay también mujeres muy emprendedoras —sugirió su esposa—. ¿Por qué no probar con una mujer? Rinden más por el mismo sueldo. Se centran en su trabajo y no dan problemas. Y suelen tener el tacto necesario para no irritar a los clientes. ¿No crees que nos podríamos permitir una de las buenas?

—Si es buena, nos podemos permitir casi cualquier sueldo. ¡Nadie es *demasiado* bueno para nuestros almacenes, Nell! Y sí, preferiría una mujer cien veces. He pensado en un par de las mejores que conozco. Son buenas, tan buenas como el mejor: visten con la ropa adecuada, no hacen ruido, están a lo que tienen que estar y no se enfadan por que no las conviertas en socias. La idea de tener a una mujer como jefa de tienda me encanta, pero..., bueno, la verdad es que ninguna de las que tengo en la cabeza me acaba de convencer. No encajan del todo en la idea que yo tengo para nuestro negocio: no tienen la cordialidad necesaria. Ya sabes cómo son: lo suficientemente discretas y eficientes, pero les sobra esa aura de gran ciudad que se percibe a su alrededor, esa excesiva elegancia y esa forma de hablar tan característica. A la mitad de nuestros clientes los asustarían. Y uno aborrece a la gente que le produce miedo. No sé..., supongo que una

mujer de esas funcionaría, pero prefiero esperar un poco, por si aparece una opción mejor. Quiero a alguien a quien las clientas puedan considerar *una de ellas*.

—Sí, claro, eso sería mejor —admitió Nell—. Pero uno tiene que coger lo que pueda conseguir. ¿Estás seguro de que no hay nadie en los almacenes?

—He estudiado con lupa a cada una de las dependientas, y no veo a nadie que pueda pasar de jefa de planta. La señorita Flynn, la que lleva el departamento de abrigos y trajes, es la que más se acercaría. Es perro viejo y tiene una larga experiencia. Pero tiene sus favoritismos entre las chicas: ataca a unas sin motivo y defiende a otras, hagan lo que hagan. ¡Es lo que tiene el temperamento irlandés!

—No obstante, supongo que funciona mejor la política de traer a una persona que no esté trabajando ya en los almacenes. Se generan menos conflictos. Pero parece que tendríamos que encontrarla aquí, en el pueblo, alguien a quien la gente de aquí respete y quiera.

—Si consiguiéramos una mujer así, atraería al resto de mujeres a los almacenes, como si fueran sus hermanas o sus primas; sobre todo si ya es conocida como buena compradora. Siempre hay mujeres así en la comunidad. Necesitaríamos una que fuera lo suficientemente mayor como para cuidar de sí misma, pero lo suficientemente joven como para que no le faltara el necesario vigor y energía, una mujer simpática, con clase, que pudiera ir aprendiendo el oficio. ¡Es desesperante tener un puesto de trabajo tan atractivo que cubrir y no encontrar a la persona adecuada!

—Podría hacerlo yo —dijo Nell—, aunque lo mío ha sido siempre el departamento de publicidad. Pero sé que podría.

—Por supuesto que podrías, Nell. Pero te necesitamos para la publicidad, y, además, ese trabajo te mantendría alejada de casa todo el tiempo. Y alguien tiene que estar aquí con las niñas.

—No, yo jamás dejaría a las niñas —dijo Nell—. No lo decía en serio. Solo estaba pensando lo divertido que sería si yo pudiera ser dos personas.

—¡Ojalá! —dijo su marido fervientemente.

—Aunque, pensándolo bien, ¡no creo que *quisiera*! —dijo ella riéndose.

Volieron a la sala de estar y se sentaron en sendas butacas. Nell se encendió un cigarrillo, no sin antes asegurarse de que las cortinas estuvieran bien corridas y de que nadie pudiera verla desde la calle.

—No —dijo Jerome—, no debemos ni plantearnos asumir el puesto nosotros. Sería un desperdicio no permanecer en el tipo de trabajo para el que hemos sido formados. Supongo que es utópico pensar que puedo encontrar a la persona ideal. Pero te garantizo que no voy a firmarle ningún contrato indefinido a nadie que no sea la persona ideal. Tengo el presentimiento de que algún día esa persona ideal va a venir a los almacenes y va a dejarse cazar. Y tengo la suficiente fe en mi presentimiento como para creer que la

reconoceré cuando la vea, y...

—¿No está sonando el teléfono? —preguntó su esposa sosteniendo el cigarrillo a media altura.

—¡No, por favor, Señor! ¡Espero que no esté sonando a estas horas de la noche, cuando estamos a punto de retirarnos! —exclamó su marido.

—Voy a cogerlo —dijo ella, mientras salía al vestíbulo. Cuando volvió, su semblante estaba muy serio—: ¡Ay, Jerome! Parece que el señor Knapp ese ha tenido un accidente terrible, que se ha caído de un tejado y que se ha matado...

A Jerome le entraron ganas de lanzar una exclamación de reproche: «¡Solo se le ocurre a él! ¿No podía haber elegido otra hora?». Pero se contuvo convenientemente.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —le preguntó a Nell.

Estaba tremendamente agotado. La sola idea de tener que levantarse de la butaca le espantaba. Pero quería persuadir a aquel pueblo de que los almacenes velaban como un padre por sus empleados.

Ella dudó:

—Déjame que suba a acostar a los niños en un momento. Creo que debemos acercarnos a su casa y ofrecer toda la ayuda que podamos brindar.

CAPÍTULO OCHO

Mientras caminaban apresuradamente en la oscuridad de la noche, establecieron la cronología de todo lo que le había sucedido a Knapp aquella tarde, y llegaron a la conclusión de que el trágico fin de su lánguida existencia se debía de haber producido antes de haber visto a su mujer y de decirle que le habían echado de los almacenes.

—¡Me alegro mucho de que haya sido *así*! —dijo Nell Willing, suavemente—. No hace falta que ella lo sepa.

Su marido asintió de corazón en su interior, al tiempo que pensaba en lo dura que era la obligación de implicarse tan íntimamente en la vida de sus empleados.

La pequeña casa tenía todas las luces encendidas y estaba llena de gente que susurraba y se movía inquieta de un lado para otro, levantando la vista cada vez que se escuchaba algún ruido proveniente del piso de arriba. Una anciana, que decía ser la vecina y amiga íntima de los Knapp, dejó de llorar el tiempo suficiente para explicarles susurrando en alto que el médico había dicho que el señor Knapp todavía estaba vivo, pero que estaba inconsciente y se estaba muriendo de una lesión de la columna vertebral. Los hijos se los había llevado una pariente, la señora Mattie Farnham, quien se quedaría con ellos hasta el funeral. Preguntada por la señora Knapp, la mujer respondió que la señora Knapp estaba con el médico y su agonizante marido y que estaba demostrando, como siempre, un autodomínio y una serenidad increíbles.

—Si hay que hacer algo, ahí va a estar la señora Knapp para hacerlo —dijo la anciana—. La señora Knapp es una mujer maravillosa, ya lo creo.

Los Willing se sentaron a esperar. Era una situación embarazosa, tanto para ellos como para todos los que allí estaban sentados esperando. Al cabo de un rato, se fueron, después de dejar una tarjeta en la que Jerome había escrito a lápiz su ruego de que le permitieran ser útil en todo lo que fuera posible «a la familia de un miembro muy respetado del personal de Almacenes Willing».

En la oscuridad del camino de vuelta a casa, intercambiaron impresiones:

—La cabeza de la vecina esa se parecía a la de una serpiente, ¿verdad? —dijo Jerome.

—A mí me pareció que estaba muy afectada —dijo Nell, poniéndose del lado de la anciana.

—Parecía admirar mucho a la señora Knapp —admitió Jerome.

—Todas las mujeres de Saint Peter la admiran mucho —dijo Nell—. La señora Prouty dice que no sabe cómo sacarían adelante el trabajo de la parroquia, si no fuera por la señora Knapp. Es una de las *trabajadoras*, y una buena *directiva*.

—Supongo que no ha tenido alternativa: o desarrollar esas cualidades o morir de hambre —conjeturó, olvidando por un momento que el hombre al que criticaba se encontraba al borde de la muerte. En cuanto fue consciente de ello, se calló. Entonces, Nell le preguntó:

—¿Te fijaste en la sala de estar?

—Por supuesto que me fijé —contestó su marido con un jovial interés profesional—. Es la primera sala de estar con estilo que veo en este pueblo. ¿Viste el sofá? ¿Y las cortinas?

—Dicen que es una fantástica ama de casa. De las que se quedan en casa pendientes de sus tareas. Nunca la ves salir, a no ser para ir a la iglesia.

—No, creo que no la he visto nunca —dijo Jerome.

—Y la gente siempre habla de lo bien educados que están sus hijos. Buenos modales, se comportan correctamente en la mesa... ¿*Cómo* lo hará?

—¿Y *qué* vio en Knapp? —Jerome formuló la eterna pregunta, con el tono de sorpresa siempre nuevo que lleva aparejado.

—Bueno, se casaron muy jóvenes —dijo la señora Willing desde la experiencia de sus treinta y dos años—. Creo que él no había acabado todavía la carrera en la State University. Se estaba especializando en literatura inglesa.

—¿*Qué* si no?! —profirió Jerome con rotundidad.

Su mujer se rio. Y entonces recordaron de nuevo que el hombre se estaba muriendo.

Cuando se enteraron por el doctor Merritt de que el pobre Lester Knapp no iba a morir, sino que iba a ser un inválido postrado en cama, una carga para su mujer, los Willing — y todos en el pueblo— se quedaron horrorizados al ver el modo terrible en que la mala suerte se ceba con algunos desafortunados seres humanos.

—¡Pobre mujer! ¿Qué ha hecho para merecer una vida tan trágica?! —exclamó compasiva la señora Willing.

«¡Dios mío!, ¿qué van a hacer para no tener que vivir de la caridad?», pensó Jerome preocupado.

Envió a la casa un cheque de cien dólares, junto a una carta en la que había medido cada palabra y en la que decía que se sentía obligado con quien había sido un fiel empleado durante tantos años. «Pero», pensó, «uno no puede mantener este tipo de ayudas eternamente».

«¡No tenía que haberme preocupado!», se dijo a la mañana siguiente, al ver que le habían devuelto el cheque con una breve y bien escrita expresión de agradecimiento, a la

que se añadía la intención de no aceptar una ayuda que solo podía ser temporal. «Antes o después, tendremos que arreglárnoslas solos de algún modo», decía la nota. La firmaba Evangeline Knapp. «¡Qué nombre más tonto, Evangeline!», pensó el joven empresario, un tanto escocido por la misiva.

Después de esto, tuvo que hacer un viaje de compras que duró más de lo que había previsto. Cuando volvió a casa, tuvo que enfrentarse a las pérdidas de las cañerías de la calefacción de los almacenes. No volvió a pensar en los Knapp hasta que se encontró al doctor Merritt por la calle y se acordó de preguntarle. Knapp estaba mejor, los dolores no eran tan atroces como al principio y pasaba horas seguidas en relativa calma. No había llegado a haber fractura de las vértebras, pero la médula espinal parecía dañada: probablemente se había producido una importante hemorragia dentro del canal medular y una disfunción consecuencia del traumático *shock* nervioso.

¡Cómo les gustaba a los médicos explayarse sobre sus casos, si se les daba la oportunidad! El señor Willing cortó por lo sano toda aquella jerigonza médica, pidiendo que se le dijera en términos claros y distintos si aquel hombre volvería a andar algún día o no.

—Probablemente no —dijo el doctor Merritt—, aunque podrá llegar a moverse con una silla de ruedas, e incluso, quizá, con muletas. Pero nunca se puede asegurar nada... Además, no es un hombre fuerte. Ya le he hablado de su pertinaz dispepsia. Nunca he visto un caso igual.

El rostro saludable y satisfecho del señor Willing expresó el silencioso desprecio de un hombre fuerte y exitoso por un hombre débil y fracasado.

—¿Y qué demonios van a hacer? —preguntó. Y exclamó en tono de recriminación —: ¡Tres hijos! ¡Señor!

El doctor Merritt no supo qué decir y siguió adelante, muy serio y pensativo. Él había asistido el alumbramiento de aquellos tres chiquillos, se había agotado con las recurrentes dolencias de los dos mayores y sentía por todos ellos la ternura y el afecto que tenemos por quienes nos hemos preocupado mucho.

Jerome Willing estaba sentado en la mesa de su despacho, aunque no estaba trabajando. Estaba soñando. En el silencio de su despacho se colaba un murmullo de actividad que sonaba a música celestial en sus oídos: el repiqueteo de las máquinas de hacer facturas, el runrún de los carritos transportando paquetes, las abigarradas voces de los clientes comprando productos. Fuera de su despacho, los almacenes funcionaban como un perfecto dispositivo, abasteciendo de moderna civilización a diez mil hombres y mujeres. ¡Y eran *sus* almacenes! No eran únicamente los beneficios... Eso era solo una pequeña parte de su satisfacción. Era el hecho de dar a toda aquella gente la oportunidad de satisfacer sus necesidades, de educarles para que aprendieran a desear cosas mejores.

Él llamaba aquello una estupenda forma de hacer su pequeña contribución a elevar el nivel de vida americano.

Hacer que aquello funcionase había supuesto un trabajo titánico. Lo que se había encontrado era un auténtico desastre: el resultado de la pasividad y el estancamiento de los últimos diez años de vida del pobre tío Charley. Sorprendía que las cuatro paredes y el tejado se hubieran mantenido en pie, lo cual no hacía sino evidenciar la favorable posición de que habían gozado los viejos almacenes. Habían sobrevivido como el inquebrantable arbusto de lila que uno se empeña en arrancar. ¿Qué no iban a hacer ahora que tenían a alguien que los regaba y abonaba, alguien que los cuidaba como a nada en este mundo? Y ese alguien tenía la formación precisa, la experiencia precisa y la información necesaria para hacer que aquello funcionase. Eso es lo que más le había impactado en los últimos seis meses, mientras daba vueltas a su nuevo trabajo y se preparaba para asumirlo. Vio claro que aquella oportunidad era maravillosa, no solo para él, sino también para los almacenes; y que, para aprovecharla, debía poner en juego hasta la última brizna de su conocimiento del negocio, todo lo que había asimilado en convenciones de comercio, lo que había aprendido en libros sobre administración y, sobre todo, cada hora de experiencia. Sí, todas y cada una: desde su abrumadora primera semana como comercial hasta los últimos años de adictivas batallas de personalidades en el mercado, en los que —durante sus viajes de compra semanales a Nueva York— hacía la ronda de mayoristas, comparando precios, identificando estilos, haciendo cálculos astutamente disimulados, manteniendo imperturbable el rostro ante auténticas maravillas que interiormente le hacían gritar de admiración, despistando a compradores de otros almacenes, evitando aconsejar y sintiendo los mecanismos de su ingenio moverse sincronizadamente en el interior de su cráneo, con ese suave y potente ronroneo de un motor de primera. Si había podido hacer todo aquello solo para mantenerse en el juego, solo para estar a la altura de otros compradores, ¿qué no podría hacer ahora?!

¡Qué medio año había tenido! ¡Qué momentos más maravillosos había compartido con Nell durante ese tiempo de espera y preparación! Por muy maravillosa que fuera la realización de todo aquello, tenía edad suficiente para saber que nunca sería como aquel tiempo de planificación creativa, cuando, dándole vueltas a su problema, lo había estudiado, se había concentrado en él y había sentido que la solución se encontraba en su propio cerebro y personalidad. ¡Aquello era lo suyo! ¡Era su trabajo! Era como algo contenido en un libro, como un misionero que sale a misionar, como un profeta que ve más allá del velo del presente. Sí, era eso, precisamente: podía ver el futuro, justo detrás de lo que allí había, de aquel pequeño y renqueante negocio y su anodino capital humano: anticuados, unos; desubicados, otros; sin formación, desinformados, apáticos, indiferentes, aburridos, sin la menor idea de lo fascinante de su trabajo..., todos. Había mirado a través de ellos y había visto los grandes almacenes que pretendía tener a la

edad de cuarenta y cinco años; porque sabía ver más allá, darse su tiempo e ir construyendo, despacio, pero con solidez. Lo veía casi con tanta nitidez como veía ahora la pobre realidad presente. Veía un enorme edificio de ventanas relucientes, el mejor de esa parte del estado, con ochenta o cien empleados, competentes, alerta, vigilantes, seguros en su puesto, bien pagados, desarrollándose profesionalmente, con personalidad, apasionados como solo pueden estarlo quienes trabajan en aquello para lo que valen y para lo que han sido formados.

Nunca iba a ser lo que alguien de ciudad llamaría una *gran* empresa. Él nunca había deseado algo tan grande que no pudiera controlar personalmente en todas sus facetas. Iba a ser *su* empresa, más que una *gran* empresa. Aun así, ya veía que aquello les iba a proporcionar más ingresos de los que nadie en el pueblo había soñado jamás; y había que añadir el sueldo que Nell llevaría a casa por hacer la publicidad. Podrían vivir como quisieran, sin preocuparse de los gastos. No es que aquello fuera lo esencial, pero bueno..., era un aspecto muy agradable.

Estaba seguro de todo aquello, ¡seguro! ¡No podía fallar! Las cartas pintaban a su favor. Un pueblo próspero, del tamaño justo; buena voluntad y un monopolio comercial de cuarenta años; ninguna ciudad grande en un radio de ochenta kilómetros, y los trenes pasaban —providencialmente— a horas que resultaban intempestivas para quienes deseaban ir de compras a la ciudad. Y no había competencia digna de tal nombre: nadie a quien no pudiera hacer cerrar el negocio en un plazo de diez años. Volvió a pensar, como tantas veces, en lo milagroso que había sido que, en los diez años que habían transcurrido desde que el tío Charley dejara de llevar con mano firme el negocio, nadie hubiera aprovechado para explotar las grandes posibilidades que ofrecía la situación. Ya no podría hacerlo nadie. Ahora estaba él.

Con los ojos medio cerrados, se regodeó durante unos minutos en la contemplación de aquella gloriosa visión; después, se levantó, cogió el sombrero y el abrigo, abandonó su despacho y —fijándose hasta en el más mínimo detalle, tras una máscara de plácida afabilidad— avanzó hasta la entrada de los almacenes entre telas para el hogar y artículos de seda y salió a la calle. Por el rabillo del ojo había visto lo desastrosamente que la chica aquella, Boardman, estaba mostrando forros de seda a una clienta; e hizo mentalmente una nota para acordarse de hablar con la señorita Atkinson, la encargada de la planta, y decirle que le diera a la dependienta un par de clases sobre cómo drapear las sedas al mostrarlas y cómo asegurarse de que el cliente puede ver la etiqueta del precio y no tiene que preguntarlo.

Aunque se dirigía al banco, al salir por la puerta vio que McCarthy estaba montando un escaparate para el departamento de deportes, y decidió cruzar la calle para echarle un vistazo. Jerome estaba convencido de que los escaparatistas nunca contemplaban sus trabajos con la suficiente distancia y que, por tanto, nunca percibían el efecto del

conjunto. Como todos, acababan perdiéndose en los detalles. Cruzó, pues, al otro lado y se quedó allí parado, confundido entre los viandantes.

Mientras observaba los grandes almacenes, una mujer alta que caminaba a buen paso le llamó la atención por la elegancia de sus andares. Había pensado a veces que juzgaba a las personas más por su forma de andar que por ninguna otra característica. Siempre se las había arreglado para conseguir que las posibles empleadas dieran unos pasos por su despacho, antes de decidir si las contrataba o no. Aquella mujer alta y morena, con abrigo oscuro de buen corte, caminaba con el paso preciso que a él le gustaba: vigoroso y ágil, pero sin mostrar apresuramiento. Se preguntó quién sería.

La vio reducir el ritmo de sus pasos, hasta pararse delante de los almacenes a ver cómo McCarthy colocaba bates de béisbol y focos para bicicletas. Miraba concienzudamente, como si estuviera pensando en lo que estaba viendo y no en otra cosa que le rondara la cabeza. Desde donde estaba, él veía bien el rostro de la mujer: rasgos marcados, proporcionados y una expresión que daba la impresión de un posible mal carácter y una segura fuerte personalidad. Debía de tener unos cuarenta años. Él sintió curiosidad por saber qué estaría ella pensando del señor McCarthy.

La mujer entró en los grandes almacenes. ¡Ah, era una cliente! Pues bien, se trataba de una a la que les interesaba satisfacer. Cruzó la calle y entró también él en los almacenes, para asegurarse de que la dependienta que la atendiera fuera especialmente atenta. No la vio. Puede que hubiera subido directamente a la planta de arriba.

Él avanzó por el pasillo, dirigiendo a los artículos de mercería esa instintiva y escrutadora mirada tan característica de él, y subió por las escaleras que conducían a la entreplanta donde estaba su despacho. Su intención era dejar allí el sombrero y el abrigo e ir en busca de aquella nueva cliente. Escuchó entonces una voz de mujer que provenía de la oficina de los contables:

—¿Me podría indicar, por favor, dónde está el despacho del señor Willing?

Tuvo la certeza, sin verla, de que aquella voz era la de la mujer que buscaba. Era el tipo de voz que él habría esperado de ella.

—Yo soy el señor Willing —dijo, entrando en la oficina de los contables—. ¿Me acompaña?

Cuando llegaron al despacho, ella se sentó en la silla que él le indicó y empezó a hablar directamente, en un tono que él identificó como más tenso de lo habitual:

—Soy la esposa de Lester Knapp, señor Willing. Usted dijo, recuerde... Bueno, escribió en una tarjeta que haría algo para ayudarnos, y yo he pensado que quizá podría usted darme la oportunidad de intentar ocupar el puesto de mi marido. Necesitamos el dinero, y yo haré todo lo posible por aprender.

El señor Willing tenía la segura presciencia del hombre cuyas antenas siempre son sensibles a cualquier cosa que pueda tener relación con su negocio. En aquel momento,

tuvo la intuición de que algo importante estaba sucediendo y se dispuso a sacarle el máximo partido posible. En primer lugar, para alimentar la conversación y tener así una oportunidad de observarla, le manifestó lo mucho que sentía lo sucedido y le preguntó por el pobre señor Knapp. A continuación le aseguró que estaba dispuestísimo a ayudarla en lo que fuera necesario para rehacer su vida familiar y le dijo que no le cabía duda de que encontraría para ella un trabajo en la empresa, aunque no en el lugar que había ocupado el señor Knapp.

—Esa oficina la hemos reorganizado y no hay ningún puesto libre. Pero sí en el departamento de ventas, señora Knapp. Ahí siempre hay oportunidades. Y al que se le da bien ese trabajo, está mucho mejor pagado. Evidentemente, como todo el que empieza, usted debería empezar desde abajo e ir aprendiendo el oficio.

Ella contestó —con voz temblorosa y un afán que a él le produjo compasión— que estaba dispuesta a empezar como fuera, en lo que fuera, con tal de poder ganar algo de dinero.

Él supuso que ella habría tenido un miedo horrible de él, que quizá habría escuchado de su marido lo duro y frío que era él, que habría temido aquel encuentro y que ahora estaba aturdida por lo profundo de su alivio. A él le gustó la elegancia con la que ella había abordado sin preámbulos la cuestión que la aterraba.

Para darle tiempo a que recuperara el control de sí misma, le dio la espalda y rebuscó en uno de sus cajones hasta encontrar un impreso de solicitud de trabajo. Entonces, mientras lo sostenía en la mano y leía las complicadas preguntas del formulario, comprendió que era otro de aquellos recursos de gran ciudad que no iban a funcionar en las actuales circunstancias. Hubiera sido absurdo entregarle a aquella mujer un engorroso interrogatorio para habitantes de grandes urbes: «Indique sus tres últimos empleos; dirección completa de sus tres últimos empleadores; puestos ocupados; motivos por los que cambió de trabajo, etc., etc.». Dejó el impreso en el cajón del que lo había sacado y le hizo una pregunta de la que ya sabía la respuesta:

—¿Tiene alguna experiencia de trabajo anterior?

Pero al final resultó que no sabía la respuesta, porque ella le dijo:

—Sí, sí, antes de casarme. Mi padre tiene la tienda más grande de Brandville, en el norte del estado. Es una de esas tiendas de pueblo que venden de todo, claro. Brandville es un sitio muy pequeño. Pero yo siempre le ayudaba. Me gustaba. Y mi padre hacía de su negocio algo divertido.

A Jerome le encantó aquello.

—¡Estupendo! Esa es la mejor formación —le dijo él—. Siempre he dicho que los métodos de las tiendas de pueblo son el ideal al que hay que tender: se conoce personalmente a todos los clientes, sus gustos, sus necesidades y su cartera. ¿Y llegó a trabajar ahí, me refiero a vender?

—Por supuesto. Desde muy pequeña, por la tarde, después de la escuela, y en vacaciones. Mi padre me hizo una escalerita pequeña, para que yo pudiera llevarla de un sitio a otro y alcanzar las cosas de las estanterías. Soy hija única, y mi padre estaba orgulloso de que a mí me gustara trabajar con él.

La cara de la mujer se había iluminado y Jerome no entendió cómo había pensado él que su expresión denotaba mal carácter. Lo que denotaba era una desbordante vitalidad. Y es que nadie, en aquellas circunstancias, tendría una expresión apacible.

—Bien... —dijo él, para darse tiempo de pensar—. Bien...

Cogió de una estantería un archivador con aspecto oficial y comenzó a ojear sus contenidos, como si tuvieran alguna relación con la asignación de un puesto de trabajo a la candidata que tenía delante. En realidad, en el clasificador no había otra cosa que antiguos informes del tiempo que había trabajado en Burnham. Lo que estaba haciendo era dar vueltas en su cabeza a la mejor manera de encauzar aquella situación. ¿Debería ponerla en un departamento de poco movimiento, como el de muebles o el de joyería, hasta que se fuera haciendo al trabajo? Esa era la solución segura, conservadora. Pero no creía en soluciones seguras y conservadoras, cuando uno podía arriesgarse y probar una buena posibilidad de avanzar más rápido. Y tampoco es que el riesgo fuera muy grande: si no resultaba, siempre podía ponerla a vender mantelerías, de modo que no se produciría ningún perjuicio.

Clavó en ella su mirada para ver el efecto de lo que iba a decirle.

—Creo que lo suyo —dijo— es el departamento de abrigo y trajes de señora. Puede empezar ya como reponedora, hasta que le vaya cogiendo el tranquillo. Siempre he pensado que la recepción, clasificación y reposición del género es la mejor preparación para la venta.

Por la expresión de su cara, se dio cuenta de que no sabía qué era una reponedora y que tampoco era consciente del privilegio que suponía destinarla directamente al codiciado departamento de abrigo y trajes de señora. Pero ella se levantó en ese mismo momento. A él le gustó su forma de levantarse: un enérgico y único impulso. Esa era la forma en que le gustaba ver levantarse a los dependientes cuando la entrada de un cliente los ponía en alerta. Era una manifestación de su deseo de servir y de la capacidad de dar un buen servicio. Les decía a sus dependientes que con ese gesto ya habían hecho media venta.

—Podría empezar a trabajar ya —dijo ella—. No sabía... Esperaba..., quizá... Me he puesto un vestido negro, por si usted...

¡Atiza! ¡Ha venido preparada para empezar a trabajar directamente! Ella se quitó el abrigo y él pudo ver el discreto vestido negro de tela de sarga.

—Sí, claro, si quiere —dijo él, intentando disimular su gratísima impresión. Ella se quitó el sombrero y dejó a la vista un magnífico cabello negro en el que se podían ver

algunas canas. Él añadió, como quien no quiere la cosa—: Cuando venía yo para aquí, vi que se estuvo fijando en nuestro escaparatista antes de entrar. ¿Qué le pareció lo que estaba haciendo?

Ella se puso seria y pensativa y contestó:

—La verdad es que me parece que el señor McCarthy siempre pone demasiadas cosas en el escaparate. He pensado muchas veces que, si pensara mejor lo que va a poner y pusiera menos cosas, captaría más la atención.

«¡Caramba!», exclamó el señor Willing en su interior, tremendamente sorprendido. A continuación, dijo impasible:

—No le he dicho nada de su salario, pero las reponedoras solo cobran diez dólares a la semana cuando empiezan.

—Eso es muchísimo mejor que nada —contestó ella con determinación—. Tenemos unos ahorros que nos pueden mantener hasta que yo pueda tener un puesto mejor. Y quizá pueda aprender pronto el oficio.

«De eso no tengo la menor duda», dijo el propietario de los almacenes para sí. En voz alta, dijo:

—El vestuario de los dependientes está al otro lado, en la segunda planta. Vaya a dejar allí sus cosas, vuelva, la acompaño al departamento y le presento a la señorita Flynn.

Cuando Jerome Willings volvió a su despacho, se quedó de pie unos momentos, inmóvil, con el ceño fruncido y el rostro dirigido hacia su mesa. «Sí, claro que es ridículo», se dijo a sí mismo. La había conocido hacía menos de media hora y, aun así, se había dejado llevar por sus presentimientos, ¡le compensaba dejarse llevar por sus presentimientos! Y si la cosa prosperaba... Empezó otra vez a soñar despierto. Era la mujer que estaba buscando: madura, con un buen grupo de seguidoras, alguien en quien las mujeres del pueblo confiaban. Las estaba oyendo: «¿Le puede decir a la señora Knapp que venga un minuto, por favor? Tiene un gusto exquisito, y me fío plenamente de lo que ella diga...». Y estaría tan fuertemente atada por un marido enfermo y tres hijos pequeños que no había peligro de que alguien se casara con ella y se la arrebatara, después de que él le hubiera enseñado el oficio.

Sería *divertido* enseñar a alguien que quería aprender. Trabajo creativo: al final, todo se acababa reduciendo a eso, cuando uno quería alcanzar la excelencia en cualquier cosa. Uno cogía la materia prima y le daba forma con su inteligencia. ¡Ojalá fuera ella esa materia prima! Con que tuviera solo una mínima capacidad de estudiar y obtener información de los libros, además del carácter y personalidad que sin duda poseía... Sueños más descabellados se habían hecho realidad. Sus pensamientos volvieron otra vez al futuro de los almacenes: un director competente que mantuviera la maquinaria

engrasada y funcionando con suavidad..., él haciendo las compras..., cantidades pequeñas cada vez..., cada quince días..., ventas rápidas..., una circulación ágil de los artículos que hiciera posible pequeños beneficios... Y Nell dirigiendo el departamento de publicidad, como solo una mujer inteligente con formación universitaria podía hacerlo, adaptando convenientemente sus modernos métodos a las dimensiones de la pequeña población a la que ahora servían. ¡Nell era una fuera de serie! Siempre le había encantado trabajar con ella, incluso antes de casarse; y ahora que era su mujer, ¡era fantástico! Había supuesto un enorme sacrificio para una ejecutiva decidida y tenaz como Nell convertirse en señora de su casa: el *Kinder*, *Küche* y *Kirche*, que decían los alemanes. Nell había deseado tener hijos, había sido muy feliz con las niñas y las había hecho felices. Pero ahora que las dos iban a la escuela, era comprensible que a una mujer inquieta como ella se le hiciera insoportable disponer de tanto tiempo. La vida en una población pequeña podía acabar siendo un infierno, si uno no tenía muchas cosas que hacer, a pesar de los amplios jardines y las casas espaciosas. En ese sentido, cualquier sitio podía acabar siendo un infierno, si uno no tenía un trabajo a su medida. Era evidente que Nell había pensado en todo eso —aunque había sido lo suficientemente discreta como para no hablar nunca de ello—, por la forma en que se había aferrado a aquella oportunidad de volver a desarrollar el trabajo de antaño, un trabajo que le apasionaba y que había hecho tan bien en Burnham. Y si la señora Knapp triunfara...

Cortó entonces con sus ensoñaciones. Se daba cuenta de que a veces dejaba volar su imaginación como un chiquillo. Pero un minuto después ya estaba pensando otra vez en lo mucho que disfrutarían él y Nell formando a una alumna aventajada, enseñándole a usar el microscopio en los análisis de las telas, cómo identificar los puntos esenciales en una prenda de calidad, cómo tratar a sus chicas cuando estuviera en puestos directivos... Sí, puede que solo fuera un sueño, pero tenía la suficiente experiencia como para saber que no debía compartirlo con nadie.

Empezaron a sonar las campanadas del reloj del National Bank, enfrente de los almacenes. Jerome lo miró y vio con sorpresa que las manecillas marcaban las doce. Hora de irse a comer a casa. Mientras cogía el abrigo y el sombrero, se preguntó si había desperdiciado una mañana o si, por el contrario...

CAPÍTULO NUEVE

La señora Willing estaba tan interesada como su marido en la llegada de la señora Knapp a los almacenes. Cuando él acabó de contarle la entrevista y los dos se rieron con la aguda y sorprendente crítica que la novata había hecho del escaparate del señor McCarthy, Nell dijo pensativa:

—¿Sabes lo que te digo? Que por todo lo que he oído hablar de ella a las mujeres de Saint Peter, no me extrañaría nada que...

Jerome captó la idea que había surgido en la imaginación de su mujer, lo mismo que en la suya, pero no consideró necesario decirle a Nell que él también estaba pensando en esa posibilidad.

Meneó entonces la cabeza para manifestar su desaprobación:

—No, ni hablar. Las que empiezan con tanto ímpetu siempre son difíciles de llevar. Quieren controlarlo todo.

Le agradó que su mujer señalara lo que él ya había pensado: el ascendiente que sus dispares situaciones económicas les daban sobre la señora Knapp.

—No creo que vaya a ser difícil de llevar, ni que vaya a querer más de lo que tú quieras darle —dijo Nell.

Ella tenía una cabeza para los negocios tan buena como la de Jerome; sin embargo, era igual de consciente que él de lo utópico que era fundamentar la más mínima esperanza en cimientos tan leves, así que aportó su jarro de agua fría a la prudente atemperación de sus expectativas:

—¡Una mujer sin experiencia comercial! Las mujeres que llevan quince o veinte años de amas de casa no valen para otra cosa.

—Olvidé decirte —dijo Jerome— que había trabajado antes de casarse. Su padre tiene la tienda de Brandville. Me he informado sobre él. Muy buen nivel de ventas. Puede que haya aprendido de él en gran medida. Estos tipos de las tiendas rurales acaban teniendo un auténtico sentido del negocio. Pero hay un problema: ¿cómo se las va a arreglar su familia si ella está fuera de casa todo el día? No me pareció oportuno preguntarle. Pero me surge la duda de si nos vamos a poder apoyar en ella. No hay nada que altere más la marcha de unos almacenes que tener a alguien que nunca sabes cuándo va a necesitar un día libre.

—La señora Prouty me ha contado cómo lo tiene todo organizado. Todas dicen que

es típico de ella. El señor Knapp está bastante bien ahora: puede leer, sentarse en la cama y no necesita cuidados constantes. Ya no se puede hacer mucho más por él, ¡pobrecillo! Los dos niños mayores tienen edad de valerse bien, vestir al pequeño y hacer algunas tareas de la casa. Y, por lo visto, algunos trabajadores de los almacenes les están ayudando bastante. No son dependientes, ni ninguno de los que trabajaban con el señor Knapp, sino un par de mozos de reparto y una de las mujeres de la limpieza. Es esa mujer mayor, la señora Hennessy, que trabaja en los almacenes antes y después de su horario, para poder ir una hora durante el día a hacerle la casa. Y los chicos de reparto se turnan para acercarse por la mañana y por la noche, echarle un vistazo a la caldera, sacar las cenizas y hacer las tareas pesadas. Durante el día, si pasan por su casa, se suelen parar para preguntarle si necesita algo. La verdad es que, mal que bien, se van apañando.

—Los pobres siempre ayudan a los que tienen problemas —sentenció Jerome satisfecho, mientras daba una chupada a la pipa y se preguntaba si no habría algo de verdad en esa frase, la cual había escuchado y repetido muchas veces, sin creerse ni media palabra.

—Dicen que el señor Knapp siempre fue muy bueno con ellos cuando estaba en los almacenes —dijo su esposa—; me refiero a los trabajadores de reparto y limpieza. Se portó muy bien con la señora Hennessy, cuando esta tuvo que mandar a su nieto al sanatorio. Y ayudó mucho a uno de los mozos de reparto que se había metido en líos.

El propietario de los almacenes frunció el ceño y se sacó la pipa de la boca con un movimiento rápido. «¡¿Qué?! ¿Qué mozo sería? ¿En qué tipo de líos estaría metido? ¡Cómo me gustaría saber más de todo eso!». Le enfadaba muchísimo la constatación de que en los almacenes sucedían cosas de las que él no tenía noticia. Era típico de un tipo tan poco práctico y pusilánime como Knapp el encubrir a un empleado descarriado e interferir con la disciplina. Volvió a sentir esa inexplicable irritación que le habían producido los encuentros con Knapp, desde la primera vez que sus ojos se posaron sobre aquel hombre. ¡Así que encima ayudaba a los mozos de reparto a ocultar sus desvaríos! ¡Dios mío! Aquel hombre era una calamidad, lo mirases por donde lo mirases. No le extrañaba que a Harvey Bronson se le atravesara Knapp y que hubiera hecho rodar su cabeza. ¿Quién no habría hecho lo mismo?

Recordó entonces que aquel hombre era ahora un inválido postrado en cama, se serenó, volvió a poner la pipa en la boca y dijo en voz alta:

—Bueno, me gustaría que te pasaras por el departamento de abrigos y trajes dentro de una semana o así y me dijeras cuál es tu impresión.

* * *

La señorita Flynn, veterana dependienta encargada del departamento de abrigos y trajes, le dijo a la señora Willing que la nueva empleada era una maravilla y que el modo en

que se había hecho con su trabajo tenía sorprendidas a todas.

—Lo devora, señora Willing, lo devora. Se ha aprendido el género que vendemos más rápido de lo que nadie haya podido hacer nunca. Es como si le apasionara. Nunca espero que una reponedora sepa dónde está cada cosa en la primera semana; si lo consiguen, es que lo hacen *muy bien*. Pero la señora Knapp, en cuanto no hay clientas a la vista, se ahueca el pelo, saca la polvera y se retoca el maquillaje o se pone a charlar con las otras chicas, de espaldas a las escaleras, ¡tampoco mucho! El señor Willing le dijo, como a todas las reponedoras que hemos probado, que lo primero que hay que hacer es aprenderse el género, y la señora Knapp se puso a ello, ¡como si se tratase de una boda! Sin que yo le dijera una palabra, se iba al ropero en cuanto tenía ocasión. Lo primero, hizo una lista de las cosas y de dónde estaban colgadas y, después, mientras trabajaba, la veía yo mirar el papel y mover los labios, como un niño que está memorizando una lección. Y, aun estando muy concentrada en eso, no dejaba de estar alerta ante la aparición de alguna clienta. Sí, ¡ya lo creo! Parece increíble que quien solo tendría que preocuparse del género sienta la responsabilidad de las clientas, ¿verdad, señora Willing? ¡No gana nada con eso! Pero el hecho es que está continuamente asomando la cabeza desde el interior del ropero para ver si ha llegado alguien. Una vez, sin que se diera cuenta de que yo la observaba, vi cómo, al darse cuenta de que subía una clienta por las escaleras, fue a avisar a la vaga de Margaret Donahue, para que se ocupara de ella. ¡Y la señorita Donahue leyendo una novela debajo del mostrador, a escondidas, como lo hace siempre a mis espaldas! —La señorita Flynn se dio cuenta de que se estaba desviando del hilo central de su relato y añadió—: Bueno, que, como se estudia las cosas como le he dicho, no tardó ni tres días en aprenderse el género... En serio se lo digo, señora Willing, no pasaron *ni tres* días antes de que supiera dónde estaban colgados todos los abrigos, capas y trajes del departamento y si se habían vendido o no. Oí cómo Ellen O'Hern, que no se acuerda de *nada*, le pedía que le trajera la capa azul de punto con cuello de astracán, y cómo la señora Knapp le contestaba, en voz baja y dulce, para que no la oyera la clienta: «La vendimos anteayer, ¿no se acuerda?, a la señora Emery», e iba a por una capa de paño azul con cuello blanco de lana, el modelo que más se parecía a la otra capa. Y, al final, Ellen O'Hern vendía la capa. Era una buena elección. Le pregunté a la señora Knapp cómo se le había ocurrido pensar precisamente en esa otra capa y me dijo que le había parecido que esa era la que encajaba con el estilo de la clienta. Estoy convencida de que se duerme por la noche memorizando la lista que se ha hecho y que la recita por las mañanas mientras se peina. Tiene un pelo precioso, ¿verdad? De cara es muy *normalita*, ¡pero tiene un estilazo...! A veces pienso que las normalitas siempre tienen más estilo que las guapas. —En este punto de su discurso su agudeza céltica se dio cuenta de que su lengua céltica la había puesto en una situación un tanto embarazosa, habida cuenta de que su interlocutora era

un personaje muy relevante: la bella y joven esposa del dueño; así que su lengua céltica añadió con suavidad, y sin respetar ni la pausa que correspondería a una coma—: Aunque está claro que *hay* algunas personas afortunadas que lo tienen todo.

Sonrió elocuentemente mientras hablaba y se dijo a sí misma en su interior que había conseguido salir airosa, por así decirlo...

«Normalmente, la venta va puliendo a la gente y, con el tiempo, les da mucha clase», pensó la mujer del dueño, «pero esta señorita Flynn se cree muy lista. La adulación excesiva no es precisamente lo que *mejor* vende. Acaba siendo contraproducente si se recurre mucho a ella. No me extrañaría nada que la señorita Flynn hubiera perdido más ventas de las que piensa con esas formas tan empalagosas. Es más que probable que alguna de esas taciturnas mujeres de pueblo que vienen por aquí se haya ido sin comprar porque pensaría que la señorita Flynn estaba intentando darle gato por liebre. No, la verdad es que no es de sobresaliente, pero, con lo mayor que es, tendrá que irse en no mucho tiempo...».

Después de este silencioso coloquio interior, las voces de las dos mujeres se dejaron oír de nuevo.

—¿No cree usted, señorita Flynn, que podríamos probar muy pronto a la señora Knapp en la venta?

—Si de mí dependiera, la probaría mañana mismo —contestó la señorita Flynn sin pensarlo—. Me apuesto lo que sea a que podría desbancar sin problema a Margaret Donahue.

«¡Sí, claro!», recordó la señora Willing, «Jerome ya me había advertido que la señorita Flynn tiene la lamentable manía de tener sus “favoritas” entre las chicas. Estos irlandeses siempre acaban en lo *personal*: nada de ideas abstractas de eficacia y justicia». Dijo entonces en voz alta:

—Voy a sugerirle al señor Willing que la deje usted de dependienta la semana que viene, durante las horas de mediodía, cuando alguna de las chicas se vaya a comer. —Añadió entonces, con mucha mano izquierda, para evitar el imperdonable error de que pareciera que venía de otro departamento a decirle a una encargada lo que tenía que hacer con sus subordinadas—: A las dos nos da mucha pena la situación de la señora Knapp, así que todo lo que sea ayudarla...

—¡Sí, claro, pobrecilla! ¡Pobrecilla! —dijo enseguida la señorita Flynn, en tono compasivo.

Pero había percibido con amargura la esencia de la silenciosa observación de aquella joven. ¿Qué se traería entre manos la señora Willing? No le gustaba que gente ajena a su departamento metiera las narices en su negociado. A fin de cuentas, ¿qué era la señora Willing? No era más que la encargada de la publicidad. ¿A qué venía todo aquel interés en la señora Knapp? ¿Acaso estaban pensando en deshacerse de otro de los fieles

empleados que peinaban canas, como habían hecho en otros departamentos? Notó que se calentaba su sangre irlandesa. Habrá que decir algo antes de que...

Unos días después:

—Nos equivocamos con la señora Knapp, señor Willing —dijo la señora Flynn en tono un tanto combativo—. La señora Willing me dijo que usted quería que la probara en ventas, así que le dejé ayer un libro de registro de ventas y le expliqué cómo tenía que hacer las anotaciones y todo eso, y la dejé sola a mediodía. Pero no tiene lo que hace falta. Estoy segura.

—¿Qué le hace pensar así, señorita Flynn? —preguntó el dueño de los almacenes educadamente.

Como siempre que se trataba de una cuestión relativa a la buena marcha de su negocio, ponía a funcionar de inmediato todos y cada uno de sus cinco sentidos, toda su atención, toda su experiencia y toda su perspicacia. Sobre la expresión, talante, voz y entonación de la señorita Flynn, proyectó él el foco de todas esas desarrolladas facultades, sin que la mujer fuera consciente de ello. Lo único que ella vio fue una despreocupada actitud, mientras él se arrellanaba en su silla giratoria y dirigía la mirada unas veces a ella y otras al papel secante que tenía encima de la mesa, en el que dibujaba —como si estuviera pensando en otra cosa— una intrincada red de líneas que parecía un problema de geometría. Pensó ella entonces que, después de todo, quizá los Willing no estuvieran tan peligrosamente interesados en el ascenso de la señora Knapp como ella se había temido, y ya no le preocupó tanto la que había sido su principal intención al entrar en aquel despacho. Lo que sí era cierto era que la señora Knapp necesitaba desesperadamente un trabajo, con aquellos tres niños y su marido postrado en cama.

—Bueno, no es que no sea buena, ni que no lo haga bien..., sí, es una buena trabajadora, pero no la veo de dependienta. Déjeme que le cuente cómo dejó escapar hoy a una clienta. ¡La *dejó* escapar! Diría que casi la echó de los almacenes, porque no dejó a la clienta comprar lo que quería. Yo la estaba observando desde el otro lado del pasillo, sin que se diera cuenta, para ver cómo lo hacía. Ella estaba ayudando a las de los jerséis, porque les faltaba gente a mediodía, y vi cómo le mostraba el género a una clienta. Oí que la clienta decía «¡Qué mono es este!», y escuché entonces a la señora Knapp que le respondía..., no se lo va a creer..., le dijo en un tono impertinente: «No, creo que eso no es lo que está buscando, señora Nosecuantitos, no sirve para lo que usted lo quiere...». Y la señora se quedó mirando el jersey como si se lo quisiera comer..., era un jersey *sport* precioso, uno de los modelos más chic que tenemos. Entonces me llamó alguien y ya no pude ver lo que pasó luego, pero cuando la señora Knapp volvió al ropero a las dos, fui a echar un vistazo, y el jersey seguía allí; y, en el libro de registro de ventas de la señora Knapp, *¡tampoco figuraba la venta de ningún jersey!*

El horror que le provocaba a la señorita Flynn aquella incompreensión de los estándares de su profesión era genuino y profundo. Consideraba que la mera relación de los hechos no necesitaba adorno alguno para que cualquiera que se dedicara a la venta al por menor comprendiera su alcance. Y como ella esperaba, el señor Willing relajó las comisuras de la boca y enarcó las cejas mientras escuchaba. Miró el diseño geométrico que estaba dibujando en el papel secante, se quedó pensativo y en silencio por unos instantes, mordiéndose una esquina del labio inferior, y entonces dijo pausadamente:

—Creo que lo mejor va a ser que hable yo con la señora Knapp. Mándemela, por favor, cuando dé la hora de cerrar.

La señorita Flynn se fue, caminando tranquila y satisfecha.

Él se había propuesto no hablar con la señora Knapp más que para saludarla, cuando ella empezó a trabajar en el departamento de abrigos y trajes, tres semanas antes. Así que, cuando entró en el despacho, la miró fijamente para intentar discernir lo que la experiencia le había aportado a ella en ese tiempo y ver si de su expresión, talante, voz y entonación podía inferir algo como el sustancioso e ilustrativo comentario que la señorita Flynn le había proporcionado involuntariamente.

—¿Qué piensa de su trabajo, señora Knapp, ahora que ha tenido una mínima experiencia? —preguntó él adoptando el adusto tono de un hombre de negocios.

Le enterneció hasta el punto de emocionarle el rubor de entusiasmo que coloreó el rostro ardiente de la mujer cuando le contestó:

—Señor Willing, ¡me *encanta*! Espero estar a la altura, porque de ese trabajo me gusta *todo*.

A Jerome Willing también le gustaba todo, y sintió en ese momento el ardor que se experimenta en presencia de un alma gemela.

—Me alegro mucho —dijo con una cordialidad que traicionó por un momento su habitual y prudente circunspección—, y no me cabe ninguna duda de que estará usted a la altura. —Volviendo a su acostumbrada sequedad, añadió—: Quiero decir, evidentemente, una vez que haya usted aprendido el oficio. Todavía tiene mucho que aprender.

—Lo sé, lo sé —dijo ella con humildad—. Soy consciente de mi ignorancia. Pero intento empaparme de todo lo que voy viendo. Me he estado fijando mucho en cómo trabajan las dependientas. El trabajo de reponedora te permite observar a las clientas y a las vendedoras. Y ayer, la señorita Flynn me dio un libro de registro de ventas y me dejó ponerme al mostrador a mediodía. Fue muy emocionante para mí —dijo con una leve sonrisa reprobatoria de su desconocimiento y bisoñez.

—¿Qué tal le fue? —preguntó Jerome, a quien cada vez costaba más disimular su entusiasmo.

—Me parecía todo tan interesante que me quedaba sin aliento —le dijo—. Usted está

tan acostumbrado, señor Willing, que es difícil que se haga una idea de lo fascinante que es para mí. Siempre me ha encantado ir de compras, aunque tampoco es algo que haya podido hacer muy a menudo. Y siempre le he dado muchas vueltas, desde la perspectiva del cliente. Estar ahora al otro lado y tener la oportunidad de intentar poner en práctica lo que siempre he pensado que deberían hacer los vendedores... ¡es maravilloso! Nada extraordinario, claro. Ni más ni menos que lo que supongo que cualquier dependienta con experiencia sabe, sin tener que pararse a pensar en ello.

—Claro, claro. Pero ¿qué tipo de cosas, por ejemplo? —preguntó el dueño de los almacenes, quien a duras penas conseguía fingir indiferencia, porque empezaba a sentirse como el sabueso que, después de recorrer el monte hasta la extenuación, encuentra por fin un rastro fresco como pintura y solo siente deseos de dar rienda suelta a sus gozosos aullidos.

—Pues todo tipo de detallitos demasiado insignificantes. Esas cosas en las que me he ido fijando durante todos los años en que he sido compradora. No sé..., bueno, sí, ya sé. El modo en el que la dependienta se pone en pie y se dirige a ti cuando entras. Me encantan las chicas que se levantan rápidamente, como si se alegraran de verte, y vienen hacia ti mirándote a la cara con un gesto agradable y acogedor. Siempre me han irritado las que se arrastran con un movimiento cansino y llevan la mirada baja, fija en su propia blusa, o que miran por encima de tu cabeza..., o, peor aún, las que se van mirando las uñas.

—Sí, buena observación —dijo el señor Willing, intentando enmascarar su regocijo con afectada seriedad.

—Y otra cosa que me encanta es saber dónde tengo cada cosa. Me temo que tengo un pronto muy enérgico y que me irrito fácilmente... Muchas veces, he cogido y me he ido de unos almacenes, porque la chica que me estaba atendiendo se ponía a buscar lo que le había pedido, revolviendo aquí y allá sin mucha atención, como si no estuviera pensando en lo que buscaba, y al final le preguntaba a su compañera: «Oye, Jen, ¿dónde has puesto el ribete ese de cuatro centímetros?». —El dueño de los almacenes reprimió una exclamación admirativa ante la exactitud de aquella fotografía, y dirigió una mirada inexpresiva a su mesa. La nueva vendedora continuó—: Siempre pensé que debía de ser muy difícil saber dónde se encuentran las cosas detrás de un mostrador, por la forma en que con frecuencia se comportan las dependientas. ¡Pero no lo es! Bueno, al menos no para mí..., no más difícil que saber dónde están la levadura y la sal en la estantería de la cocina.

—Claro que no es difícil, siempre y cuando el vendedor meta la cabeza en ello —apostilló el señor Willing en tono displicente.

Tan bien resultó su fingimiento que la empleada pensó que estaba siendo indiscreta y que se había olvidado de cuál era su sitio.

—Le estoy robando demasiado tiempo —dijo como excusándose, e hizo ademán de irse.

Él la retuvo con un gesto indulgente.

—No, por favor. Como verá usted, a mí siempre me interesa cualquier cosa relacionada con los almacenes —dijo él con aire de importancia—. Además, todavía no me ha contado nada de las ventas que ha hecho en esta primera semana de prueba.

Ella adoptó un gesto grave y le habló con seriedad:

—Señor Willing, hay algo que me preocupa, y me gustaría hablarle de ello. Hice dos o tres ventas sin problema, y entonces llegó una clienta, la señora Warner, que entró para mirar los jerséis. Nos habíamos quedado sin los lisos, los de un color, los más tradicionales, aunque la señorita Flynn decía que usted los había encargado y que llegarían cualquier día de estos. Esos son los que quería la señora Warner. Pero entonces le gustó otro que vio en el escaparate: uno de un verde esmeralda vivo, con rayas gris perla, uno de esos llamativos jerséis que las chicas jóvenes se ponen con faldas plisadas de crepé, medias gris perla y sandalias. Yo sabía que le iba a sentar fatal: tiene cerca de cincuenta años y es más bien corpulenta..., de las que gastan los zapatos. Yo la convencí de que esperara a que llegaran los modelos lisos. Pensé que, al final, iba a estar más satisfecha y tendría más ganas de volver a los almacenes. Pero la señorita Flynn pensó que había estado muy mal por mi parte dejarla marchar sin hacer una venta.

—¿Y por qué no intentó venderle los dos jerséis? —preguntó el comerciante para probarla.

—Su marido no es más que un administrativo de Camp Drug Store. No les sobra el dinero, precisamente. Ella nunca se plantearía llevarse dos. Si se hubiera llevado el *sport*, se lo habría tenido que poner durante todo un año, y sé muy bien que a su marido y a sus hijos no les habría gustado.

—Entonces, ¿la conoce usted personalmente? —preguntó Jerome.

—No, lo que se dice personalmente, no. Solo sé lo que he podido ver de ella cuando viene a los almacenes. Es de esas personas que les gusta acercarse por aquí «solo para ver». Supongo que le gusta ver cosas bonitas tanto como a mí. Y muchas veces, cuando no estaba yo ocupada con otras clientas, charlaba un poco con ella y le enseñaba algunas cosas preciosas, haciéndole ver que yo ya sabía que no eran cosas que ella fuera a comprar. Me *encanta* enseñar ropa bonita para chicas jóvenes a mujeres como esa, que tienen que trabajar duro en casa. Para ellas es como ir de fiesta. Y haces que se acostumbren a venir a los almacenes, también cuando *sí* necesitan comprarse algo. El caso es que en una conversación ella mencionó su nombre, y yo lo apunté en mi lista para memorizarlo. A mí siempre me gustaba que una dependienta se acordara de mi nombre.

«¡Dios mío, por *favoor!*», prorrumpió el joven empresario en su interior, casi

impelido a una solemne acción de gracias. En voz alta, aclarándose la garganta y jugando con un abrecartas, dijo:

—¿No le resulta difícil aprenderse el nombre de las clientas?

—No —dijo ella—. Tengo de natural buena memoria para los nombres, y me interesa. Y siempre procuro enterarme de alguna cosa sobre la clienta, para asociarlo al nombre. Así no los confundo. De esta señora Warner, por ejemplo, miré la dirección en la guía de teléfonos y vi que vivía cerca de una de mis amigas de la parroquia de Saint Peter; así que le pregunté a mi amiga y ella fue la que me dijo que el señor Warner trabaja para Camp. Creo que viene bien conocer algún detalle personal. En los ratos perdidos, cuando vengo andando a los almacenes por la mañana, por ejemplo, llevo mi lista en la mano e intento relacionar las personas con los nombres, de esta forma: «J. P. Warner, marido en el *drugstore*, unos mil quinientos al año. Laura J. Pelman, profesora de la escuela de Washington Street, unos mil doscientos, vive con su madre». Como no tengo experiencia en ventas, creo que me resultará mucho más fácil saber qué quiere la gente, si sé un poco de ellos.

—Sí, así es —dijo él, sin añadir ningún comentario. Se moría de ganas de llegar a casa y contarle a Nell esta conversación. Ella no se lo iba a creer. Así de claro. Bueno, es que él tampoco se lo habría creído tampoco si no lo hubiera escuchado con sus propios oídos. ¡Y aquella mujer lo decía con enorme naturalidad! Por lo visto, debía de pensar que aquella era la visión que *todas* las dependientas tenían de su trabajo... ¡Asombroso!

—Es suficiente por hoy, señora Knapp —dijo él solemnemente—. Me alegro de saber que le gusta el trabajo. Parece que sí está usted a la altura. Llevábamos..., llevábamos... —Dudó por un momento en cómo expresar lo que quería decir—. Llevábamos tiempo pensando en incorporar otra dependienta a abrigos y trajes, para ver si en el departamento resultaría rentable una persona más. Si usted quiere, la podemos probar ahí, a partir de la semana que viene. El salario no es mayor, pero, obviamente, recibirá una comisión por todas las ventas que haga por encima de su cuota semanal.

—Muchísimas gracias, señor Willing —dijo ella con una dignidad muy característica: la dignidad de una mujer madura que sabe que es útil.

A él le gustaba su discreción. Ella se dio la vuelta para irse y él le dijo, como si fuera algo intrascendente que se le acababa de ocurrir:

—¿Es usted lectora? ¿Le gustaría echarle un vistazo a un manual sobre venta al por menor? Tengo aquí uno bastante bueno que recoge la mayoría de los principios básicos. Aunque lo cierto es que no hay nada que pueda sustituir a la experiencia.

Su discreción se esfumó de repente. Su cara de mujer madura, de rasgos bien esculpidos, se iluminó como la de una niña. Se volvió hacia él y alargó la mano:

—¿Se han escrito *libros* sobre el negocio?! —exclamó entusiasmada—. ¿Cosas que pueden estudiarse y aprenderse?!

CAPÍTULO DIEZ

Evangeline Knapp estaba desayunando con buen apetito, mientras leía el periódico matutino que había desplegado delante de sí, para poder estudiar con atención la inteligente publicidad que la señora Willing había previsto para ese día. ¡Admiraba el enorme talento de la señora Willing! Era algo que *ella* nunca sería capaz de hacer, aunque le fuera la vida en ello. No le gustaba nada escribir, ni siquiera cartas. Una paralizante rigidez la invadía cuando cogía una pluma; lo cual no significaba que no supiera distinguir a quienes sí sabían escribir bien. Y la señora Willing era una de esas personas. Sus anuncios diarios eran, ciertamente, tan buenos como un relato: mejores que muchos relatos, porque ella nunca se andaba con tonterías. Aquella mañana, por ejemplo, mientras Evangeline sorbía su café, disfrutó cada palabra de la descripción de los nuevos armarios de cocina de los almacenes y la sucinta reflexión sobre el modo en que el ingenio americano había propiciado el desarrollo del equipamiento de las cocinas. ¡Aquello sí que era hacer patria! Evangeline sabía que, de un extremo al otro del pueblo, las mujeres estarían disfrutando de aquellas líneas mientras desayunaban y que el texto les haría fijarse en sus cocinas y pensar en cómo podían mejorarlas. Pensó que el departamento de cocina tendría una buena afluencia ese día; pero no había envidia en esa consideración, porque el orgullo que sentía por los almacenes incluía a todos sus departamentos.

Se acercó al mostrador de la caja para pagar el desayuno, ya que desayunaba en el centro del pueblo, como la mejor forma de organizarse por la mañana en casa. Los niños no tenían que salir hacia la escuela hasta una hora después de que ella se fuera de casa; y, de este modo, podían desayunar sin prisas. El cajero le deseó cordialmente buenos días, mientras le devolvía el cambio, y le preguntó cómo estaba la familia esa mañana. Todos en el pueblo conocían bien los problemas de la señora Knapp y el coraje con que ella los abordaba. Mientras preguntaba, el cajero pensó para sus adentros: «Nadie le ha oído nunca una queja ni le ha visto un gesto de desesperación... ¡Con lo duro que tiene que ser para una mujer de su casa como ella tener que desayunar en una cafetería, como un viajante!».

—La verdad es que el señor Knapp está bastante bien —contestó ella muy jovial—. Teniendo en cuenta cómo estaba, se maneja de maravilla en su silla de ruedas, tiene una gran independencia y hasta se viste y se desviste solo. Y los críos lo llevan

estupendamente: están de lo más serviciales y se han adaptado con enorme entereza a la nueva situación.

—¡*Menudos* chiquillos! —dijo el cajero, que era pariente lejano de la señorita Flynn, pero que profesaba una sincera admiración por la señora Knapp.

Evangeline sonrió para agradecer el cumplido, convencida de que era algo real —la típica cosa que todo el mundo solía decirle—, y convirtió la sonrisa en un suspiro:

—No se imagina usted lo duro que es para una madre estar separada de sus hijos. Pero todos tenemos que apechugar con lo que nos toca.

—Sí, no nos queda otra —asintió comprensivo el cajero.

La señora Knapp le había dicho esa misma frase unas cuantas veces, pero él estaba acostumbrado. Los clientes siempre se repetían. Hacer como que no se daba cuenta iba en el sueldo. Ella continuó, volviendo a repetirse, y él la escuchó con su habitual paciencia.

—Para mí, *lo más duro* ha sido tomar la decisión de dejar de controlar la marcha de la casa. Hay que decir que siempre había cumplido con mis obligaciones de ama de casa.

—El cajero masculló su rutinaria expresión de asentimiento—. El doctor Merritt se ha puesto *serio* conmigo y ha dicho que se acabó de hacer nada en casa después de volver de mi trabajo en los almacenes. Pero ya sabe usted lo que son estas cosas: una no se aguanta cuando ve todo lo que hay que hacer. Las primeras semanas solía dedicar los domingos, de la mañana a la noche, a limpiar la casa, y tuve que dejarlo. Me di cuenta de que los lunes en los almacenes no rendía, si no descansaba los domingos. Y, claro, *eso...*

—Sí, claro, *¡eso...!* —asintió el cajero.

—Así que, ahora, miro para otro lado y pienso en otra cosa —dijo resuelta la señora Knapp, que metió el cambio en su monedero y se volvió para irse.

El cajero asintió con la cabeza a sus últimas palabras y percibió, en el modo que la señora Knapp había doblado su periódico y se lo había encajado bajo el brazo, el gesto exacto de cualquier hombre de negocios.

Él había conseguido su objetivo de que aquella mujer se fuera feliz de la vida. Ella, por su parte, mientras caminaba hacia su trabajo, daba vueltas en su interior a algunos de los motivos de aquella felicidad. Pensó que el comportamiento de los niños estaba siendo espléndido, y recordó con ternura los besos de despedida de aquella mañana: Helen, todavía en ropa interior, cepillándose el pelo, y acercando su sonrosada cara recién lavada a la mejilla de su madre; Henry, poniéndose sus pantaloncitos mientras leía aquel absurdo libro de acertijos que Lester había pedido prestado a Mattie para el niño; Stephen, asomándose bajo las sábanas de la cama de Lester, como un pollito que asoma su cabecita aterciopelada entre las alas de la gallina. Stephen dormía en la planta baja, junto a la cama de su padre, en un catre que metían durante el día debajo de la cama de Lester. Siempre se arrebujaba en la cama junto a Lester por las mañanas. Mientras se

vestía, con frecuencia escuchaba ella desde la planta de arriba a padre e hijo hablando y riéndose juntos. Lester disponía de mucho tiempo para aquel tipo de cosas, ya que no tenía que preocuparse de preparar desayunos tempraneros para nadie. Y Stephen parecía haber superado un punto de inflexión en su vida, y daba muchos menos problemas que antes. Mattie Farnham siempre decía que las rabetas de Stephen quizá acabaran desapareciendo, sin más. Decía que era frecuente que los niños dejaran de tenerlas entre los cinco y los seis años.

Como siempre, fue la primera dependienta en atravesar la puerta de los almacenes, y la primera en estar en su departamento. Adoraba aquellos tranquilos momentos de «toma de posesión» de la jornada laboral. Ese era otro de los motivos por los que desayunaba en la cafetería. Le gustaba comprobar que disponía de todo lo necesario y tener tiempo para las actividades previas a la apertura, de modo que todo estuviera listo y en su sitio cuando entrara el primer cliente. Evidentemente, aquello no formaba parte de su cometido, pero siempre estaba dispuesta a echar una mano, y las reponedoras y las limpiadoras no ponían ninguna objeción. Aquella mañana se dio cuenta de que las reponedoras no habían acabado de quitar los coberteros, y tuvo que recordarle a uno de los mozos que abriera las ventanas para ventilar antes de la apertura de la tienda, algo que el señor Willing consideraba muy importante.

¡Qué hombre tan estupendo! ¡Cuánto se aprendía trabajando con él! Nunca olvidaba un detalle. «Si el aire de los almacenes está cargado y es bajo en oxígeno, el ritmo de ventas siempre es más lento», le había dicho, «porque los clientes están menos despiertos y los dependientes no van a poder actuar con la energía que deberían». ¡Muy cierto y muy agudo! Nunca había pensado que en la venta al por menor hubiera que considerar tantos factores.

Mientras sus largos y ágiles dedos doblaban los enormes coberteros, pensaba en los fascinantes libros que le había dejado el señor Willing, los cuales había devorado inicialmente con la fruición con que un niño devora los cuentos y releía ahora despacio para interiorizar su contenido. El capítulo dedicado a los tejidos, sobre cómo distinguir el lino del algodón y todas esas cosas, ¡qué absorbente e interesante se le había hecho! Había estado leyendo hasta media noche para acabarlo. Nunca había pensado que el contenido de un libro pudiera llegar a cautivarla de aquella manera. Toda la información de que había dispuesto hasta entonces le parecían ahora conjeturas de aficionado. Y el microscopio que le había prestado la señora Willings «todo el tiempo que lo necesite», para estudiar y analizar las telas... ¡Qué bien la trataban los Willing! Eran jóvenes, amables, muy inteligentes y educados...

Se puso con la reponedora a revisar el género, para asegurarse de que todo estuviera en orden cuando llegara el momento de empezar a vender. Se había cronometrado: solo

tardaba cuarenta segundos por traje o abrigo en comprobar que corchetes y botones estuvieran firmemente cosidos, los cinturones bien metidos en sus trabillas, y que la etiqueta con el precio estuviera puesta. No había ningún motivo por el que no pudiera comprobar ella misma cada mañana todas las prendas de las que era responsable para apartar cualquiera que necesitara un repaso. A continuación, como era muy rápida con la aguja y el hilo, un cuarto de hora le bastaba. Y, así, estaba lista para empezar el día sin ninguna preocupación por el estado de su mercancía. Si algo detestaba, era ver un corchete flojo o un botón colgando en la prenda que se mostraba a una clienta, o ver a una dependienta dándole vueltas a un traje sin encontrar la etiqueta del precio. Le producía una enorme satisfacción interior tener la certeza de que eso no iba a suceder con ninguno de los artículos de su departamento. Y además, le producía un sensual disfrute palpar aquellas prendas tan bonitas y bien hechas, y recrearse con aquellos delicados detalles de sastrería que ella, que había pasado tanto tiempo engolfada en labores de costura, podía apreciar con la perspectiva de una profesional.

¡Y recibir el nuevo género cuando lo traían del almacén! ¡Qué gozosa emoción le producían las novedades con sus ingeniosos detalles de acabado, corte y diseño! ¡Qué gran comprador era el señor Willing! ¡Nunca antes se había visto en el pueblo ropa tan sencilla, tan elegante y tan perfecta! Superaba cualquier expectativa y producía a todos una satisfacción que eran incapaces de articular: ¡no podía ser mejor! Allí estaba aquel traje hecho a mano, que había llegado el día anterior, y que tenía aquel nuevo tono malva. ¿Cuándo se había oído hablar jamás en aquel pueblo de un vestido malva hecho a mano? Y, sin embargo, era precioso, y le sentaría a las mil maravillas incluso a mujeres de mediana edad. No, ¡*especialmente* a mujeres de mediana edad! Sería un consuelo para cualquier mujer que empezara a sentir la tristeza de ver escaparse su juventud. Cada vez que se pusiera aquel vestido, se reafirmaría en que, aunque la juventud quedara atrás, el encanto de una belleza más serena era posible.

Evangeline alzó el vestido y lo contempló, mientras pensaba agradecida lo mucho que ayudaría a alguna mujer que estuviera pasando una temporada mala en su vida. Se acordó entonces de la señora Warner y su patético afán de ponerse el llamativo jersey *sport* de color verde. Aquel vestido sí satisfaría su nostálgico deseo de llevar cosas bonitas, además de ser bastante adecuado a su edad. Evangeline sentía una preocupación sincera por las mujeres que se enfrentaban al problema de vestir con elegancia en épocas difíciles de su vida. Ciertamente, aquel vestido era muchísimo más caro que cualquier cosa que la señora Warner se hubiera puesto en su vida. Pero Evangeline estaba convencida de que lo más acertado era hacer los sacrificios que fueran necesarios para conseguir algo de auténtica calidad.

Lo colgó en la percha y centró su atención en el abrigo negro de velvetón con adornos de piel que no había forma de vender. ¿Qué le pasaba a aquel abrigo? ¿Por qué

no conseguían deshacerse de él? Ahora que estaba rebajado, ¡era todo un chollo! Era curioso lo que sucedía con algunas prendas: por no se sabía qué misterios, no entraban por los ojos de las clientas. Aquel abrigo era famoso en toda la planta, y, cuando una dependienta lo sacaba para mostrárselo a alguna clienta, las demás dependientas volvían la cabeza para ver si se vendía de una vez. Nunca había habido éxito. Lo observó detenidamente, concentrándose con todas sus fuerzas en el problema. Pero no le vino ninguna inspiración, y el abrigo volvió a su percha después de una revisión de broches y botones.

¡Ahí llegaba la primera clienta! Se volvió con la jubilosa energía del bañista que corre por el trampolín para la primera zambullida del día y la saludó cordialmente.

—Buenos días, señora Peterson —dijo con una sonrisa de bienvenida—. ¿Viene a ver otra vez ese traje *sport* para su hija? Me alegro de poder decirle que todavía está aquí. Ayer estuvimos a punto de venderlo. La señora Hemingway se lo estuvo pensando. Pero la verdad es que a su Evelyn le va a sentar mucho mejor. ¡Qué color tan bueno tiene esa muchacha!

Se había lanzado desde el trampolín con el movimiento seguro de un atleta, y ahora estaba sumergida en su verdadero elemento: radiante y con los cinco sentidos puestos en su genuino interés por lo que la hija de la señora Peterson vistiera aquella primavera. Evelyn Peterson —una joven de mejillas sonrosadas y brillante cabello rubio— ¡se vería divina en aquel traje *sport*! A Evangeline le entusiasmaba que las chicas estuvieran guapas. Entre los dieciocho y los veintitrés, era una auténtica fiesta pensar en cómo vestirlas.

La señora Peterson se dejó arrastrar por aquel entusiasmo, como un trozo de papel que revolotea tras el paso de un tren expreso:

—Bueno, *había* venido para decir que el señor Peterson y yo estábamos pensando que quizá ese traje fuera demasiado caro para Evelyn, pero ya que estoy aquí, supongo que le echaré otro vistazo.

La jornada de la señora Knapp acababa de empezar.

Aquella noche después de cenar se sentaron cómodamente a jugar a las cartas, costumbre que se había convertido recientemente en una institución familiar. Lester había enseñado a Helen y a Henry a jugar al *whist* y, una vez que Stephen estaba metido en su catre, ellos se iban a la habitación de al lado —desde donde el niño les podía oír— para echar sus partidas. A Evangeline le parecía una pérdida de tiempo, pero no ponía ninguna pega, porque no quería negarle a Lester nada que rompiera la monotonía de su triste vida. A ella le habían gustado las cartas en su juventud y descubrió que todavía le seguía atrayendo aquel juego, que no se le daba nada mal y que solía hacer buenas partidas. Por lo que se podía ver, Henry había heredado de ella un considerable «sentido de las cartas»

y, con su madre de pareja, la compenetración era perfecta. Lester y Helen, singularmente despistados, cometían errores de bulto que hacían reír a todos y proporcionaban una manifiesta ventaja a sus contrincantes. Uno de los momentos de mayor hilaridad familiar era cuando Lester tenía un único triunfo y se deshacía de él al empezar la mano, ¡con gesto victorioso!

«Si Lester y los niños se divierten...», pensó Evangeline, mientras manejaba las cartas con rapidez y destreza y disfrutaba del juego, ahora que ella y Henry acababan de ganar su tercera partida consecutiva.

Nada sabía ella de la tensión de fondo que había en su casa aquella noche. Stephen había estado saliendo y entrando de la casa todo el día y, en el preciso instante en que solía llegar su madre, descubrieron con horror que en una de sus idas y venidas se debía de haber subido al sofá con las botas llenas de barro. Había pegotes de barro seco y agrietado por todo el sofá. Estaban cepillando los pegotes como locos cuando escucharon los característicos pasos rápidos y enérgicos de su madre en el porche, momento en el que todos corrieron a ponerse «a cubierto». Todavía quedaban muchos pegotes de barro. ¿Y si mamá los veía?

Mientras jugaban al *whist* no había problema: habían dejado a su madre la silla que estaba de espaldas al sofá. Pero después, cuando ella y su padre se sentaran a leer y estudiar antes de acostarse, ¿qué pasaría?

Cuando el reloj dio las nueve, Helen y Henry se levantaron para irse a la cama. Y su madre..., ¡oh, no!..., después de dar unos pasos distraídamente, ¡se sentó en el sofá!

No dijo una palabra. ¡No se había dado cuenta! Solo estuvo sentada un momento, y entonces se levantó de un salto y fue a coger la libreta donde anotaba metódicamente todas las ideas que tenía sobre su trabajo. ¡Menuda suerte habían tenido! Se lo decían con los ojos el uno al otro, mientras daban un beso de buenas noches a su padre y a su madre y se iban por las escaleras a su dormitorio.

De improviso —como suele suceder con las buenas ideas—, se le había ocurrido que lo que había que hacer con el abrigo negro de velvetón con adornos de piel era vendérselo a la señora Prouty en lugar del abrigo de piel que tanto deseaba y que nunca se podría permitir. En realidad, teniendo en cuenta que la señora Prouty era de tipo demasiado redondo y regordete, le iba a sentar mejor que el abrigo de piel. Su convencimiento se volvió afectuoso, y en su boca se agolpó un tropel de sinceras palabras. Se podía escuchar a sí misma: «Los abrigos de piel no tienen *línea*, señora Prouty. Solo sientan bien a la gente larguilucha. Pero un abrigo de buen corte, bien cosido, como este... Fíjese cómo estas bandas de piel guían la vista de arriba abajo y no hacen que abulte más. Y estos imponentes puños y el cuello le dan la *elegancia* de la piel, sin la...». Sí,

estaba convencida de que podía conseguirlo. Podía ver los ojos nostálgicos de la señora Prouty brillar, y su cara distenderse en un gesto de contento y satisfacción.

¡Y qué medalla se iba a colgar si era ella la que despachaba aquel abrigo invendible!

TERCERA PARTE

CAPÍTULO ONCE

Durante el tiempo que duró la reorganización doméstica, nadie pudo prestarle mucha atención a Stephen, y él se recreó en aquella ausencia de supervisión. Él siempre había dirigido su pequeña y dura vida por la línea que él trazaba, una línea que intentaba con esfuerzo que corriera paralela al curso seguido por el resto de la familia, de manera que no convergiera nunca. La experiencia le decía que el contacto con los demás —excepto con Henry y Helen— siempre le traía problemas. Ahora que los adultos se habían olvidado prácticamente de su existencia, estaba disfrutando de la vida como nunca, sin otro atuendo que su pelele sucio y arrugado, tieso por los chorretones de yema de huevo y grasa fría de beicon.

El accidente de su padre no le había hecho ninguna impresión. Los sucesos en los que Stephen no estaba personalmente implicado nunca le hacían impresión. El único aspecto de la nueva situación que le interesaba era que su madre parecía haberse olvidado por completo de Teddy. Esto era importante. Hacía que Stephen estuviera muy contento de que su padre se hubiera caído del tejado y se hubiera roto las piernas, o lo que fuera que hubiera sido. Siempre que estuviera en la cama, su padre no iba a molestar a nadie, ni siquiera cuando se quedara solo con Stephen.

* * *

Y es que, al cabo de un tiempo, se quedaron los dos solos. Cuando el accidentado empezó a mejorar hasta recuperar la consciencia y, poco después, pasaba cada vez más tiempo sin que le atenazara el dolor, el grupo de vecinos y ayudantes voluntarios fue menguando hasta quedarse, durante horas, él solo en la cama que le habían puesto en el comedor, con un vaso de agua, un libro, algo para comer y un teléfono sobre una mesa que estaba a su lado, con instrucciones sobre cómo telefonar si necesitaba algo.

«No lo dude ni un minuto, señor Knapp», decía la señora Hennessy efusivamente. «Aunque solo sea echar una palada de carbón al fuego de la cocina, usted marque catorce, tono, treinta y dos y me planto aquí en un voleo».

«Y, cuando Stephen le empiece a dar guerra, agite la cortina con fuerza y yo dejaré lo que tenga entre manos para venir a calmarlo», decía la señora Anderson con el celo que la caracterizaba.

Hasta el momento, Stephen no había «dado guerra». Probablemente —así se lo había

dicho la señora Anderson a la señora Knapp— «porque, dada la actual situación, puede hacer lo que le dé la gana, ¡y sabe Dios *qué* estará haciendo!». Stephen había sido un elemento estimulante en los días en que su padre comenzó a emerger de la interminable pesadilla del dolor y a vivir, de nuevo, sucesivas etapas de una vida humana.

Lester nunca habló a nadie de aquellas primeras semanas que siguieron a su caída, y él mismo procuraba pensar en ellas lo menos posible: la mera referencia a aquellos días le provocaba sudor frío. Ningún círculo de ningún infierno podría contener una mayor concentración de sufrimiento que la que él había padecido en sus momentos de consciencia. Era un sufrimiento físico horroroso y brutal que le desgarraba cada nervio, un sufrimiento degradante que le desposeía de su humanidad. Cuando los opiáceos o la extenuación atenuaban un poco el dolor, padecía terribles alucinaciones: volvía a estar en el empinado tejado helado, dándose la vuelta, con la muerte en su corazón, para lanzarse al vacío, donde caía y caía en una caída interminable... Y ahora sabía qué insoportable angustia le esperaba al final de su caída. En esas ocasiones profería espantosos alaridos y se aferraba a las sábanas como para intentar salvarse. Aquellos momentos frenéticos siempre concluían con su vuelta en sí y el sobresalto de volver a encontrarse abrasado y consumido por insoportables dolores físicos.

Más adelante, de vez en cuando, hubo momentos fugaces, casi de lucidez, durante los cuales, mientras era arrastrado por aquel torbellino de inhumana e impersonal agonía, le pareció ver su propia persona tendida allí boca abajo, esperando a que él volviera a entrar en ella. Esta semiconsciencia siempre le traía el mismo pensamiento: «¡Pobre desgraciado! ¡No ha sido capaz ni de quitarse la vida!». Lo pensaba como si se tratara de otra persona, a la que compadecía en parte y en parte despreciaba.

Llegaron entonces períodos de ausencia de dolor, de una dicha incrédula y sin aliento, envenenada por el pánico a cualquier contacto, porque el más leve contacto, incluso el de la cama, lo volvía a sumir en el abismo.

Durante uno de aquellos recesos en los que permanecía tumbado sin atreverse casi a respirar, percibió, por primera vez desde su caída, a otra persona. Dio la casualidad de que tenía la cabeza girada hacia la habitación y, por un momento, sintió otra vida humana a su lado, ¡algo muy distinto a aquella continua sensación de estar perdiendo su propia vida! Allí estaba Stephen, muy sucio y desaliñado, ¡jugando con su oso de peluche! La expresión de su cara le recordó algo a Lester..., algo, parecía, que había empezado, y con lo que él quería continuar. Pero en aquel preciso instante, Eva se había puesto a cepillar su almohada, y aquel fugaz mirar de nuevo a la vida humana al que se había lanzado se fundió en la lava de su dolor físico.

Poco a poco, una inesperada e implacable vitalidad oculta en su cuerpo lo iba empujando, y él —rezongando y a regañadientes— se resistía a salir de aquella «muerte

viva» que él había querido —con toda su alma— convertir en «muerte muerta». A medida que pasaban las semanas, sufría cada vez menos. Permanecía tumbado y pasivo, mirando al techo, contando y catalogando las manchas y desconchones de la escayola. Su cuerpo iba recuperando lentamente un cierto vigor. Un día descubrió que era capaz de leer durante breves espacios de tiempo. Era consciente también de la vida que lo circundaba. Fundamentalmente, se trataba de la vida de Stephen, porque Stephen solía estar siempre en el fondo de la habitación.

Lester empezó a observar al niño mientras este jugaba en el suelo. Concentraba su lánguida mirada en la cara redonda y rebelde del niño, casi siempre sucia ahora, pero no siempre dominada —al menos, eso le parecía a su padre— por el gesto adusto que él recordaba. Lo cierto era —pensó, con uno de esos pensamientos lentamente articulados en los que conseguía concentrar su atención— que no había visto a Stephen más que en situaciones de enfrentamiento a la autoridad.

«Nunca he visto a mis hijos vivir la vida», pensó. Tumbado en la cama, solía tener normalmente un libro en las manos, colocado delante; pero él prefería mirar por encima del libro al espectáculo mucho más interesante de un hijo por descubrir.

* * *

Su primer movimiento voluntario de regreso a la vida se produjo el día que mantuvo una conversación con Stephen sobre su oso de peluche.

Sucedió cuando se acordó de repente de qué era lo que había empezado a recordar y había querido continuar recordando. El breve recuerdo surgió de su subconsciente de manera tan abrupta que le impulsó a decir sin pensar:

—Stephen, ven un momento. ¿Qué era aquello que me querías decir sobre Teddy, cuando yo estaba afeitándome en el baño?

En cuanto las palabras salieron de su boca, se dio cuenta de lo estúpido de su pregunta. Aquel día era como ayer para él, porque lo que había experimentado entre medias era una indefinida negritud. Pero habían pasado dos meses. Y dos meses, para un niño... ¿Cómo podía haber pensado que Stephen se iba a acordar?

El hecho fue, no obstante, que Stephen lo miró como si se acordara perfectamente. La palabra «Teddy» le había inquietado, y el niño se volvió para clavar en su padre unos ojos recelosos, al tiempo que apretaba en las manos a su oso de peluche. Stephen observaba, en silencio, al hombre que yacía en la cama, y la línea recta de su boca confería al rostro la severa expresión de resistencia tan característica del niño.

Lester analizó aquella reacción de Stephen hasta que se le hizo inteligible, en parte: el niño tenía miedo de que a Teddy le sucediera algo. ¿Qué motivos podía haber para que tuviera miedo?

Intentó responder a esta pregunta, observando muy atentamente a Stephen, mientras

le decía entre risas:

—¿Qué te pasa, campeón? ¿No creerás que quiero quitarte a Teddy para jugar yo con él? —La cara de Stephen se distendió muy levemente. Sus ojos miraban a los de su padre, con la seriedad intensa, profunda y preocupada del viajero blanco que, perdido en medio de la jungla y rodeado de salvajes, escruta los ojos de uno de los miembros de la tribu que le mira con aspecto compasivo. ¿Podría fiarse de él? ¿O se trataría de alguna artimaña caníbal?—. Me encanta tu peluche —prosiguió Lester, procurando infundirle confianza—. Siempre me ha gustado cómo se acurruca a tu lado en tu cama. A veces, cuando me despertaba, me quedaba mirándolo. Pero me temo que yo ya soy muy mayor para jugar con él. —Al escuchar la mención del peluche acurrucado a su lado, Stephen desvió la vista hacia los ojos opacos y brillantes de su fetiche, de un modo que su padre jamás hubiera imaginado. La ternura y el cariño que se reflejaban en el rostro de su hijo le recordaban a Lester la cara de la madre del niño cuando sostuvo en brazos a su primer bebé. Lester estaba tan sorprendido que tuvo que esperar un momento para evitar que su voz delatara sus emociones—. ¿No te acuerdas entonces de lo que ibas a decirme sobre Teddy? —dijo—. Bueno, la verdad es que ha pasado *mucho* tiempo.

De momento, no había conseguido sacarle a Stephen ni una palabra. Esa era siempre la estrategia de Stephen ante la conversación, la persuasión y todo intento de llegar a él.

Lester volvió a sostener su libro y esperó.

Esperó mucho tiempo.

Pero esperar era algo que las circunstancias habían convertido en tarea fácil. Hay muy pocas otras cosas que un inválido pueda hacer. Stephen seguía sentado, inmóvil, inexpresivo y con la mirada perdida. Su padre podía sentir la interrogante incertidumbre que debía de bullir tras la estolidez de aquel rostro infantil. Entonces, pasado un buen rato, el niño se levantó y se acercó lentamente a la cama de su padre.

—Sí, *m'acuerdo* qué —dijo en voz baja, con los ojos fijos en la expresión de la cara de su padre—. Quería pedirte que..., que no dejaras a mamá... —su voz se convirtió en un trémulo y solemne susurro—, que no dejaras a mamá *lavar* a Teddy.

Lester permaneció impasible ante lo grotesco e inesperado de aquella declaración, sin otra manifestación externa de su asombro que un ligero parpadeo. Consideró una docena de maneras diferentes de seguir explorando aquel terreno ignoto y las descartó todas en favor de una simple pregunta:

—¿Mamá iba a *lavar* a Teddy?

Aquello desencadenó una tromba: la visita a la señora, el horroroso, contrahecho y encogido peluche, mamá llevándose a Teddy por la noche, el miedo que corroía a Stephen..., un miedo tan atroz que había derrotado incluso a su fiero orgullo y enfado y le había hecho llorar al fin.

—¡No dejes que lo laven, papá! ¡No dejes!

Levantó los ojos arrasados en lágrimas hacia su padre, dejando ver su cara temblorosa.

Lester estaba tan horrorizado que no pudo decir nada. Estaba horrorizado de ver a Stephen reducido a tan poca cosa. Pero le horrorizaba más aún la posición en que él mismo se encontraba: juez absoluto en una causa en la que un ser humano nunca podría recurrir ni apelar sus decisiones. Era indecente, pensó; un pecado contra la dignidad humana suya y del niño. «Por lo mismo que no sería esclavo, ¡nunca sería amo!», se gritó a sí mismo en su interior, avergonzado hasta lo más íntimo por la desvalida dependencia de Stephen del capricho de un adulto. Y Stephen era desesperadamente consciente de esa dependencia: sus ásperos baluartes de rabietas y resistencia los había echado abajo la intensidad de su miedo, ¡miedo por lo que amaba! El miedo por su propia persona nunca hubiera transformado a Stephen de aquel modo, ¡nunca!

Lester lo entendió. Más aún, lo sintió, y se sintió dispuesto a pelear por Stephen, como Stephen había estado dispuesto a pelear por Teddy: él, Lester, que nunca se había sentido con derecho a luchar por nada suyo.

Había pasión en el modo en que miró a su hijo, mientras le decía con firmeza y rotundidad:

—No permitiré jamás que le hagan a Teddy nada que tú no quieras, Stephen. Es tuyo. Tú tienes el derecho de dar o no el visto bueno a lo que se haga con él.

Stephen miró a su padre con cara de no entender lo que estaba diciendo. Pero aunque no eran palabras a las que estuviera acostumbrado y no conseguía entenderlas, le daban esperanza.

—¿No dejarás que lo laven? —preguntó, aferrándose a lo que había entendido.

—Ni que lo laven, ni nada, si tú no quieres —dijo su padre, reiterando su compromiso. Le parecía que no podría vivir ni un día más, si no conseguía que Stephen entendiera eso.

Para su sorpresa —y, una vez más, para su vergüenza—, Stephen estalló en una expresión que jamás salía de sus labios, a no ser que le obligaran:

—¡Muchas gracias, papá! ¡Muchas *gracias*! —exclamó en voz alta, con los labios temblándole.

A Lester le impresionó el alivio manifestado por el niño. Le asustaba pensar el calvario que debía de haber precedido a aquel momento y la profunda y oscura incertidumbre que debía de haber supuesto en la vida de Stephen. Habló sin dulcificar la voz, casi como lo hubiera hecho con otro hombre:

—No tienes que darme las gracias, Stevie. Por Dios, hijo mío, ¿qué me importa *a mí* lo que hagas con tu oso de peluche?

Casi al tiempo que hablaba, como una escabrosa ocurrencia, pensó si sería posible que hubiera quien *disfrutara* arrancando el agradecimiento de alguien en aquellos

términos. ¿Incluso a niños?

Su insistencia parecía haber calado algo en la corta experiencia que Stephen tenía de la naturaleza de las cosas. El niño se quedó mirándole, la cara seria y receptiva, como si hubiera concebido una nueva idea. Era tan nueva que parecía no saber qué hacer con ella, por lo que enseguida se volvió a sentar en el suelo, cogió a Teddy y lo apretó contra sí en su regazo.

Los dos, padre e hijo, permanecieron en silencio.

Lester se dijo a sí mismo, estremeciéndose: «¡Debe de ser espantoso tener a personas sensibles e indefensas absolutamente sometidas al poder de otros seres humanos! ¡Un poder absoluto e incuestionable! No hay quien aguante eso. Es un veneno frío. ¡Cuántos directores de prisión acaban en una sádica enajenación por eso!». La sola idea le produjo rechazo. «Tienes que ser un superhombre para soportar eso».

En el silencio de la habitación escuchó como un eco solemne: «Eso es lo que significa ser padre».

Había sido padre durante trece años, antes de pensar en ello. Miró a Stephen por encima del borde de la cama y sintió vergüenza.

El niño estaba sentado, inmóvil, abrazado a su oso de peluche, con la cara agachada y vuelta hacia el otro lado, de modo que Lester no podía ver su expresión. Tenía la actitud de alguien que está pensando profundamente.

Lester pensó que había muchos motivos para que todas las partes implicadas reflexionaran. Apoyó la cabeza en la almohada y, mirando hacia el techo, empezó —por primera vez desde su caída— a hilar una secuencia de pensamiento sobre algo que no fuera su personal desdicha. Por primera vez, los feos desconchones dejaron de ser como borrones en su propio cerebro. De hecho, dejó de ser consciente de ellos.

Aquel repentino contacto con el totalmente inesperado sufrimiento de Stephen había sido como haber apoyado sin darse cuenta los dedos en un hierro incandescente. Su reacción había sido el mero reflejo ante el intolerable dolor que le había producido. Ahora, en el dilatado silencio de su habitación de enfermo, se aplicó a intentar comprender el significado de todo aquello.

Así que eso había sido lo que había en el fondo de las rabietas y el mal comportamiento de Stephen durante los últimos días de la vida anterior. Así que lo que había llenado el corazón del niño había sido una oscura desesperación, y no un simple e inexplicable deseo de fastidiar a su madre. ¡Señor, qué descaminados habían estado! ¿Pero cómo podían haber sabido cuál era la verdadera causa del problema? ¿Qué había conducido al niño a mantener aquel obstinado silencio? ¿Por qué no se lo había dicho a nadie? ¿Cómo iban a saberlo ellos, si no decía una palabra?

Volvió a pensar en la escena del baño de aquella última mañana y volvió a ver la melancólica cara de Stephen mirando a la suya. Stephen había *intentado* decírselo. Y los

sagrados asientos contables de los Almacenes Willing le habían cerrado la boca.

Pero a Evangeline siempre la tenía a mano. ¿Por qué Stephen no...? Sin necesidad de articularlo en palabras, con una percepción que llenó su consciencia, Lester supo por qué Stephen no había intentado nunca contárselo a su madre.

Aun así —su sentido de la lealtad le hizo ponerse de parte de Eva—, la idea de su madre no carecía de un cierto sentido. Teddy estaba ciertamente todo lo sucio que una cosa podía estarlo. A los niños hay que mantenerlos limpios, aunque no les guste. Supongamos que un niño con escarlatina hubiera estado jugando con Teddy. Habría que lavarlo, ¿no? Se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y que se había dejado llevar por un impulso melodramático, al prometerle a Stephen de manera tan solemne que nunca se le haría a Teddy nada que él no quisiera.

El hecho era, no obstante, que Teddy no había estado nunca cerca de la escarlatina o nada contagioso. Y, aunque lo hubiera estado, ¿acaso no había modos de limpiar en seco y desinfectar que dejarían intacta la personalidad del juguete? No hacía falta ponerlo a remojo en un barreño de agua con jabón. ¿Por qué no envolverlo en un trapo viejo y meterlo en el horno, como se hacía para esterilizar las vendas? Si alguno se hubiera dado cuenta de que Stephen se sentía como se sentía..., *¡pero nadie se dio cuenta!* Y ese era el asunto.

Él se acababa de dar cuenta. La cuestión no era si había que lavar a Teddy o no. Esa pura circunstancia material podía haberse resuelto con un poco de imaginación práctica, si a alguien se le hubiera ocurrido que había algo que resolver. En realidad, la cuestión era por qué no se le había ocurrido a nadie.

Lo que aterrizzaba a Lester era pensar que el planteamiento de intentar comprender el punto de vista de Stephen había estado tan alejado del pensamiento de sus padres como la existencia de la cuarta dimensión.

E incluso ahora que el violento impacto producido por aquella pequeña escena con Stephen había puesto esta noción en su cerebro, ¿cómo diantres iba nadie a saber lo que sentía un niño que se encerraba tan herméticamente en su bastión de agresivo mutismo?

¿Por *qué* se había encerrado Stephen de aquel modo?

La pregunta era tan novedosa para Lester como podría serlo una pregunta sobre la causa de la ley de la gravedad. Nunca se le había ocurrido pensar que quizá Stephen no había nacido así.

Pero incluso un hosco bastión de mal comportamiento era mejor que el trágico colapso de la dignidad humana. Lester sintió que no podría volver a sufrir que Stephen le mirara a la cara con aquellos ojos serviles, indefensos, suplicantes... Ningún ser humano que se respetara a sí mismo podría soportar aquella mirada.

¿Podrían existir seres humanos —mujeres, madres— que se cebaran en ello y procuraran mantener aquella mirada de esclavo en los ojos de los niños? Dejó de pensar

en aquella posibilidad repulsiva.

¿Qué bien le hacían a él estas consideraciones? ¿O a Stephen? ¿Qué podía hacer en aquel mismo momento para escapar de aquella prisión y llevarse a Stephen con él?

Estremecido por la rabia se dijo que, al menos, podía hacerle sentir a Stephen —cada hora, siempre que estuviera con él— que hasta un niño pequeño como él tenía su lugar en el mundo, un lugar inviolable que los adultos no podían hollar: sí, un lugar *sagrado incluso para los padres*.

Respiró hondo y estiró el brazo.

Por primera vez, deseó ponerse bien, volver a vivir.

CAPÍTULO DOCE

Helen y Henry Knapp volvían del colegio a casa. Iban cogidos de la mano, saltando al ritmo de la melodía que dice:

Salta que te saltaré
A la tienda me llegué
Para comprar caramelos
Uno grande para mí
Y el pequeño para...

Les interrumpió su tía Mattie Farnham, que salió corriendo de su casa hacia ellos.

—¡Dios mío, si son Helen y Henry! ¡Decidme cómo estáis todos! ¡He estado preocupadísima! —Entonces, se plantó delante de ellos, bajó la vista hacia el nuevo vestido negro que llevaba puesto y dijo con un solemne suspiro—: La pobre tía Emma falleció hace una semana y el funeral fue anteayer. He vuelto esta misma mañana.

Los niños intentaron —sin mucho éxito— adoptar una solemne seriedad que estuviera a la altura del suspiro, y se quedaron en silencio, sin saber qué comentario hacer. El caso es que sí habían sabido —aunque hacía tiempo que se habían olvidado— que a la tía Mattie le habían mandado un telegrama para que fuera a Maine, porque una anciana tía de su marido estaba muy enferma. Normalmente, echaban mucho de menos a la tía Mattie cuando se iba de viaje, pero en esta ocasión los dos meses de su ausencia habían estado demasiado colmados de acontecimientos.

Una vez que —cada uno a su modo— hubieron manifestado el debido respeto a la abstracta idea de la muerte, los tres volvieron a la cotidiana realidad con una exclamación de la tía Mattie:

—¡Ahora, contadme cómo os apañáis! ¿Os estáis arreglando bien? Lo que se dice oír, no he oído nada de cómo os va. El señor Farnham tiene muy buenas intenciones, pero escribir cartas no es lo suyo. Yo no hago más que escribirle, preguntándole un millón de cosas sobre todos vosotros, ¡pero en sus cartas solo cuenta un par de tonterías y se pone a hablar del tiempo! Sí me dijo que vuestra mamá ha conseguido un trabajo en los Almacenes Willing y que le va muy bien. ¡Cómo no! ¡Es una mujer estupenda, vuestra madre! Eso lo sabe todo el mundo. ¿Pero cómo *os arregláis* con vuestra mamá

fuera todo el día y vuestro papá en su situación? ¿Qué tal *está* él? ¿Está muy mal?

Su blanca cara se inclinó hacia ellos con un gesto de preocupación. Una vez más, los niños intentaron sin éxito adoptar una solemne seriedad que estuviera a la altura de aquel gesto. Estaban indecisos, como si no tuvieran muy claro qué había que decir en esos casos. Entonces, dijo Helén:

—Papá estuvo muy mal al principio. Mamá nos mandó a los niños a Brandville, con los abuelos Houghton, así que no sabemos mucho de esa primera parte. Pero la abuela se puso enferma y tuvimos que volvernos a casa. Y papá ya estaba mucho mejor.

—¿Pero cómo os apañáis? —volvió a preguntar la tía Mattie—. ¿Cómo lo hacéis con mamá fuera? Nunca pensé que esa casa pudiera funcionar ni un minuto sin ella. ¡Ella lo hacía *todo*!

—Bueno, nos arreglamos bien —dijo Helen—. Entre papá y los niños hacemos las cosas de la casa.

—¡Vuestro padre! ¡Pensé que estaba en la cama!

—No, ahora ya está en una silla de ruedas. El padre del conserje de los almacenes iba en silla de ruedas y, cuando se murió, en vez de venderla, el conserje la guardó en el ático; y ahora se la ha traído a papá. Decía que papá le había ayudado cuando su niño se puso malito. Bueno, muchos de los que trabajan en los almacenes han venido a ayudarle. El conductor de la camioneta de reparto decía que no iba a olvidar nunca lo que papá había hecho por él una vez. No quería contar qué era, porque le daba vergüenza. Pero quería ayudar, y dijo que, mientrasuviéramos que tener la caldera encendida, vendría por la mañana y por la noche a atizar el fuego. Y también se acerca alguna vez durante el día, cuando pasa por aquí, para ver si todo está en orden. Y la señora Hennessy, la limpiadora, viene muchas veces a echar una mano y a traernos empanadas y cosas de esas. Cuando papá estaba muy mal, ella estuvo viniendo por las noches y por las mañanas para hacer la casa, y no cobró nada por ello. Ahora ya no es necesario, me refiero a hacer la casa; pero sigue viniendo a fregar y lavar la ropa, aunque eso se lo pagamos, por supuesto.

La perplejidad de la tía Mattie se convirtió en recelosa incredulidad.

—¡Me tenéis más sorprendida que nunca! —exclamó con desconfianza—. ¡Dios mío! La caldera, fregar, la ropa... Sí, muy bien, pero ¿qué hay de todo lo demás? ¡Las comidas, la limpieza de la casa, *Stephen*! Cuando pienso en lo esclavizada que estaba vuestra pobre madre...

Los miró casi con dureza, como si pensara que eran unos atolondrados.

—Entre papá y nosotros hacemos todo eso. Papá está bien ahora, menos las piernas. Puede hacer de todo excepto andar, y Helen y yo andamos por él.

La señora Farnham torció el gesto al ver que no le daban la razón.

—¿Y *quién cocina*?! —gritó desesperada, intentando poner el dedo en la llaga.

—Papá. Y nosotros —dijo Helen—. Papá es un excelente cocinero. Está aprendiendo con un libro de cocina. Y yo. Quiero decir que yo también estoy aprendiendo. Estamos aprendiendo juntos.

El gesto de la tía Mattie se suavizó de inmediato, como si lo hubiera entendido todo. Se había preguntado cómo se las arreglaban sin una mujer que llevara la casa. Ahora estaba claro: ¡no se las arreglaban!

—Ah... —musitó—, ya... —Dijo entonces, como hablando para sí—: Tendré que acercarme a vuestra casa en cuanto pueda. —Y, mirando distraídamente a los niños, añadió—: Parece que Henry tiene mejor aspecto. Ya no está tan paliducho. ¿Ha funcionado el tratamiento con pepsina del doctor Merrit? La verdad es que yo no tenía demasiada confianza en la pepsina.

Los niños se miraron como sorprendidos por aquella alusión a algo en lo que no habían pensado.

—Pues es cierto, Henry. Hace ya bastante tiempo que no te pones malo —dijo Helen. Y añadió una explicación para la tía Mattie—: La verdad es que hemos tenido tantas cosas en las que pensar que ni nos habíamos dado cuenta.

La señora Farnham hizo otro diagnóstico para no admitir que había sido la pepsina:

—Ya *sé* qué ha sido. ¡La visita a la abuela y el abuelo Houghton! Siempre le he dicho a tu madre que lo que Henry necesitaba era el aire del campo. No hay nada como un cambio de aires, ¡*nada*!

—Nos tenemos que ir, tía Mattie —dijo Helen—. Tenemos que ayudar con la comida. Papá la prepara, pero nosotros la recogemos y después sacamos a Stephen a jugar un rato.

—Ah, sí, Stephen, ¿qué tal está Stephen? ¿Qué hace...? ¿Está...? ¿Cómo hace vuestro...?

La inventiva de la señora Farnham no daba como para idear una manera decorosa de preguntar, pero la niña —que se dio cuenta— intervino para ayudarla:

—Bueno, la verdad es que parece que Stephen está superando sus tremendas rabietas. Se está portando mucho mejor. Todavía tiene algún berrinche de vez en cuando, pero no son ni tan frecuentes ni tan terribles como antes. Es que le *gusta* que papá esté enfermo. —Helen se dio cuenta de lo malparado que quedaba Stephen con esta afirmación, así que, con el fin de disculparle, añadió—: Es pequeño, claro; y no es capaz de entender lo duro que es para papá. Y papá le cuenta cuentos a todas horas, o casi. A Stephen le encantan, pero mamá siempre estaba demasiado ocupada para contar cuentos...

—¡Sí, ya lo creo que lo estaba! —exclamó la tía Mattie, encendida ante la hipotética imagen de la pobre Evangeline intentando contar cuentos, además de todo lo que tenía que hacer—. Os acompaño un trecho, niños —añadió—. No tenía que haberos

entretenido tanto, dada vuestra situación. Pero es que me habéis tenido preocupadísima. Decidle a papá que me acercaré esta tarde para verle, en cuanto deshaga el baúl de viaje y ponga un poco de orden en casa.

CAPÍTULO TRECE

«Quien está abajo no teme caer,
Ni teme el postrado al orgullo»[\[6\]](#),

dijo Lester Knapp en voz alta. Le proporcionaba un enorme placer paladear la fuerza de aquellos versos recitándolos en voz alta. Durante años había mantenido encerradas en la jaula del silencio las bellas palabras aladas que acudían volando a su mente. Y a las palabras bellas que no se pronuncian en voz alta les pasa lo que a los niños a los que se obliga continuamente a estar callados y sentados sin moverse: se amustian y languidecen.

Pero hasta aquel momento, hubiera sido una estupidez recitar los maravillosos versos que resonaban en su cabeza. ¿Qué habría pensado Harvey Johnson si hubiera escuchado recitar el «fiel ejército de ley eternal» en la oficina de los Almacenes Willing? Lester Knapp esbozó una sonrisa al pensarlo. Y, si Harvey Bronson no hubiera estado presente, cualquier otro se habría escandalizado de igual manera.

Pero ahora no le podía escuchar nadie más que el pequeño Stephen, mientras jugaba con su trenecito sobre el papel de periódico que cubría el suelo. Una bendita y sanadora soledad envolvía a Lester, quien, sentado en su silla de ruedas, pelaba una sartén de patatas en la soleada cocina. Había recordado la canción del pastorcillo al contemplar el delantal de cuadros que le cubría las paralizadas rodillas. ¡Un hombre con delantal! ¡Y pelando patatas!

Pensó que Harvey Bronson se habría muerto de vergüenza, si alguien le hubiera puesto un delantal de cuadros para que pelara patatas. Y, aun así, no había nadie que hablara con más vehemencia que él de la sagrada dignidad del hogar, la cual ennoblecía todo trabajo que el hogar llevara aparejado... Trabajo que, por supuesto, ¡hacía la *señora* Bronson!

Lester Knapp volvió a sonreír, con aquella pausada y enigmática sonrisa que tanto detestaba y temía Harvey Bronson. Dejó entonces de pensar en su antiguo compañero de oficina. Los versos que le habían venido a la cabeza traían consigo todo el mundo al que pertenecían: el mundo vital, sencillo y apasionado del zapatero peregrino. ¿Dónde estaban aquellos versos? Hacia el final del libro, ¿no? Sí, justo debajo de aquella curiosa nota al margen que rezaba: «Los hombres prosperan en el Valle de la Humillación». Allí

era adonde iban los peregrinos. Sí, ahora lo recordaba, con aquella prodigiosa memoria que tantas satisfacciones le había dado en su vida: «Avanzaron mientras conversaban y, sin que él les viera, se pararon a contemplar a un muchacho que pastoreaba las ovejas de su padre. El muchacho llevaba un atuendo pobre, pero era de semblante alegre y bellas facciones; y allí sentado cantaba. “¡Escuchad!”, dijo el señor Grancorazón, “escuchad lo que dice el pastorcillo”. Así que le escucharon».

Sin dejar de pelar patatas, Lester Knapp se puso a escuchar con ellos, mientras volvía a recitar en voz alta:

«Quien está abajo no teme caer,
Ni teme el postrado al orgullo.
Siempre el humilde tendrá
A Dios como sola guía.
Lo que tengo a mí me basta,
Sea poco o mucho sea...»[7].

Se percató de que Stephen había dejado de jugar y estaba mirándole muy atento mientras él decía las palabras en voz alta. Hizo un gesto con el cuchillo, le sonrió y continuó: «Dijo entonces su guía: “¿Le escucháis? Me atrevo a decir que este muchacho vive una vida más feliz y guarda en su pecho más cantidad de esa planta medicinal que llamamos sencillez de corazón que los que se visten de seda y terciopelo”».

—¡Seda y terciopelo! —exclamó en tono burlesco, levantando una esquina del delantal.

—¿Es un *quento*? —preguntó Stephen, acercándose a la silla de su padre.

—Ya lo creo que es un cuento. ¡Un cuento de lo mejor!

—Cuéntamelo —dijo Stephen.

El niño apoyó los codos en el brazo de la silla y su redonda barbilla en las manos,ladeó la cabeza y levantó los brillantes ojos oscuros hacia la cara de su padre.

A Lester se le vino a la cabeza la descripción que Bunyan había hecho del día en que descubrió que, a partir de entonces, el gran mundo invisible sería el hogar de su corazón, y cómo todo había empezado al ver en las calles de Bedford a «tres o cuatro pobres sentados al sol junto a una puerta, hablando de cosas de Dios». Él y Stephen también eran pobres sentados al sol, un sol que entraba por la ventana de aquella silenciosa estancia y caía sobre la cabeza de su pequeño.

—Pues bien, Stephen, había una vez un hombre... —comenzó, convencido de que lo de la liberación del peso y la pelea con Apollyon serían muy del gusto de Stephen. Se puso a pensar si en una antigua historia como aquella podría encontrar algo que interesara a un niño moderno, y enseguida se dio cuenta de que había muchísimo. ¡Qué

formidable relato! ¡Cuánta enjundia, sustancia y sabor!

Antes de concluir la historia de la pelea, había pelado todas las patatas; así que dejó el cuchillo y se volvió del todo hacia Stephen, en el momento en que se aproximaban al clímax. Se habían adentrado en el terrorífico Valle de la Muerte y estaban ahora metidos de lleno en el combate cuerpo a cuerpo: ¡corte!, ¡cuchillada!, ¡adelante!, ¡atrás!

—Y entonces Apollyon se acercó de nuevo a Cristiano y lo derribó. ¡La caída fue tan terrible que la espada de Cristiano salió volando de su mano! —Hizo una pausa para añadir dramatismo a la escena. Stephen tenía los ojos como platos; parecía que había dejado de respirar; todo su ser estaba pendiente de las palabras de su padre; era evidente que se había olvidado de dónde estaba o quién era—. Entonces, Apollyon gritó: «*¡Ahora sí que ha llegado tu final!*» —continuó Lester. Y Stephen dio un respingo—. Pero Cristiano alargó el brazo con un movimiento rápido, cogió la espada y atravesó con ella a aquella horrible bestia de Apollyon, que dio unos tambaleantes pasos hacia atrás haciendo esfuerzos por respirar. Cristiano se incorporó a duras penas y corrió hacia el dragón gritando. Ante esto, Apollyon extendió sus alas y se fue volando. Y Cristiano no lo vio nunca más.

Stephen respiró hondo y exclamó enfervorizado:

—¡Jolines!

—Sí, eso mismo digo yo —convino su padre, arrimando su silla a los fogones y sumergiendo las patatas en el agua hirviendo.

Pensó en lo emocionante y cautivador que era ver cómo aquellas impresiones de poder y valor tocaban por primera vez una almita humana. Y cuando se trataba de tu hijo... ¡Compartir con él una de las inmortales maravillas creadas por el espíritu humano!

Se quedó inmóvil por un momento, recordando el libro, empapándose de su sabor y color, recreándose en algunas citas que eran como ramilletes de flores:

«Hay cosas cuya naturaleza

Hace que algunos se rían

Mientras les duele el corazón».

Algunos como Harvey Bronson, por ejemplo.

Y aquella que decía: «A algunos no les importa la religión hasta que esta camina con zapatillas de plata y ellos van a su lado, cuando el sol luce y la gente la aplaude». ¿Quién era ese? ¿El señor Prouty?

Pensativo todavía, se desplazó hasta el comedor haciendo girar las ruedas con sus manos y empezó a poner la mesa para el almuerzo. Entre el tintineo de la cubertería, Stephen podía escuchar la voz de su padre: «Su hija atravesó el Río Oscuro, cantando,

pero nadie pudo entender lo que decía... Nadie pudo entender lo que decía».

A Stephen le sonaba como una canción, aunque su padre solo estaba hablando para sí.

Cuando volvió a la cocina y empezó a cortar el beicon, estaba diciendo en voz alta y potente: «Y se murió, ¡y todas las trompetas sonaron para él en el otro mundo! Todas las trompetas sonaron...».

Las palabras repicaron en los oídos de Stephen. Las repitió en un murmullo mientras se agarraba la ropa distraídamente: «Todas las *tompetas* sonaron. Todas las *tompetas* sonaron en el otro mundo». Y un momento después preguntó:

—Papá, ¿qué es una *tompeta*?

¡Stephen había hecho una pregunta!

Su padre apartó la vista de la sartén y las finas espirales de humo azulado que salían del beicon, y volvió la cabeza.

—¿Que qué es una trompeta? Es una especie de cuerno grande, de metal brillante que siempre, siempre se toca cuando ha habido una victoria. ¡Como ahora! —Levantó el brazo, sosteniendo una trompeta imaginaria que se llevó a los labios—. ¡Tararí! ¡Tararí! —La hizo resonar con potencia—. Así sonaban cuando el señor Valiant cruzó el Río Oscuro.

—¡Tararí! —murmuró Stephen—. Y todas las *tompetas* sonaron.

Se sentó en el suelo y observó cómo su inválido padre freía el beicon. En aquella cocina, resonaba para los dos el clamor metálico y brillante de la victoria.

«Los hombres prosperan en el Valle de la Humillación».

CAPÍTULO CATORCE

Lester se alegró de ver entrar a Mattie Farnham la tarde misma del día que ella volvió de Maine. Le gustaba Mattie —de hecho, casi la amaba—, a pesar de ser consciente de que ella no entendía nada de lo que él le decía. No utilizaban en absoluto el mismo vocabulario, pero mantenían una cordial comunicación mediante una especie de lenguaje de signos, como un perro y un gato que se han criado en la misma casa y sienten un entrañable afecto el uno por el otro.

—¿Qué tal, Mattie? —le dijo él en tono acogedor cuando ella entró—. ¿Cómo están las patatas en Maine? A las nuestras les han salido unas manchitas.

Le divertía desconcertar a Mattie con respecto a cuál era la actitud correcta que debía adoptarse en cada ocasión. Él sabía que tanto ella como su marido estaban encantados de que su nonagenaria tía, que no podía ni moverse de la cama, se hubiera ido ya al otro barrio, feliz y libre de todo padecimiento. Así que nada de condolencias.

Pero entonces se dio cuenta de que el desconcierto de ella no tenía que ver con la actitud apropiada en cuanto a la tía Emma, sino en cuanto a él mismo. Ella había entrado preparada para «compadecerse» de él. Mattie necesitaba expresarse siempre como correspondía a la situación.

—¿Cómo te va, Lester? —preguntó de corazón, utilizando una entonación de abatimiento al más puro estilo Corporación de Damas—. No te imaginas lo preocupada que he estado por ti, la pobre Eva y los niños. Me ponía enferma solo de pensar que no estaba aquí para ayudaros en unos momentos tan duros. Y, ahora que he vuelto, debes permitirme hacer todo lo que pueda.

—Puedes hacernos una visita a Stephen y a mí de vez en cuando, y traernos algo de tu famosa cocina casera —bromeó él.

Ella se rio a su pesar con aquella pullita dirigida a la debilidad que ella sentía por la ensalada de patata de *delicatessen*.

—¡Serás *malo*! —exclamó con su normal tono de voz, cayendo por un momento en la bromista relación que solía mantener con Lester. Pero se serenó inmediatamente, recuperó otra vez lo que Lester denominaba en su interior las formas de «cortejo fúnebre esperando por la bendición» y dijo—: Mientras venía andando, estaba pensando que podía organizar mis quehaceres para tener un par de horas libres por las tardes y venir a echaros una mano.

—Te vas a encontrar todo hecho —le dijo cariñosamente—. En eso soy un maestro. Pero vente de todas formas, y jugamos al *cribbage*.

Ella estaba perpleja y sorprendida por la ligereza con que él parecía tomarse su propia situación, así que finalmente se rindió.

—Lester, háblame de todo esto —le dijo en un tono sincero, humano, afectuoso, que denotaba preocupación y que obtuvo de él una respuesta del mismo tipo.

—Muy bien, Mattie. Te voy a contar. Al principio esto fue un infierno... Todos los infiernos juntos. Pero ya sabes que uno se acaba acostumbrando a todo. Fui mejorando, y llegué al punto en que ya no me desmayaba de dolor cada vez que alguien tocaba la cama. Y poco a poco he llegado a mi actual situación: las dos piernas paralizadas, sin remedio, por lo que me dicen, pero el resto de mí está bien. Entretanto, ya sabes cómo es Eva: nada la abate, nunca claudica; y, en cuanto me pudo dejar solo, se lanzó a la búsqueda de un trabajo. Está en el departamento de abrigos y trajes de Willing, ganando muy bien. Lo que ella se saca en comisiones por ventas extra es, más o menos, lo que ganaba yo. Y ya le han prometido un aumento de sueldo para muy pronto. Tengo que decir que los Willing se han portado muy bien con ella. Y me imagino que como vendedora ella es una auténtica maravilla.

—Lo será, ¡en cualquier cosa! —exclamó Mattie fervientemente.

—Lo será, sin duda —añadió él convencido—. Bueno, y aquí en casa hemos reorganizado todo según un nuevo esquema, y nos apañamos. Yo puedo hacer todo lo que hay que hacer en esta planta, con la ayuda de Henry y Helen; y el doctor dice que pronto podré utilizar muletas y subir a la planta de arriba una vez al día. Se me hacía raro ocuparme de las tareas de la casa, pero yo no puedo hacer otra cosa para contribuir a que todo marche. Así que lo hago.

—¡Pobre Lester! —dijo Mattie, tal y como él esperaba que dijera.

—¡De pobre, nada! —le dijo él—. Ahora que estoy hecho a la idea, el trabajo no me importa. No voy a decir que sea entusiasmante estar atado a una mitad de tu cuerpo que está muerta, aunque no enterrada. Pero, aparte de eso, no tengo nada de que quejarme. ¿Y el trabajo de la casa? No me lo he pasado tan bien en años. Ya sabes lo distraído que soy, y que tengo la cabeza siempre llena de retazos de libros que me gusta rumiar. Pues bien, créeme, el trabajo de la casa no interfiere con el pensamiento, como le sucede a la contabilidad. Yo pongo las manos y los brazos a fregar platos, pelar patatas o poner la mesa, y en cuanto están en marcha los dejo que trabajen, mientras yo me dedico a deambular desde la China hasta el Perú. Cada vez que intentaba hacer eso en la oficina, organizaba algún desastre. ¡Y ahora tengo mucho más tiempo para pensar y leer por la tarde y por la noche! Los niños me traen los libros de la biblioteca.

—Estoy segura de que requiere mucho *valor* tomárselo con esa filosofía —dijo Mattie con un educado suspiro de compasión.

Él pensó irritado para sí que la indolencia mental de Mattie no tenía arreglo. Ella nunca había hecho un esfuerzo consciente por escapar de los aforismos de sello de caucho en los que se había educado. Mediante bromas desenfadadas podía conseguir uno que ella misma se diera cuenta de esto de manera espontánea, pero, en cuanto dejabas de bromear, volvía a replegarse sobre sí misma y a correr la tapa del sarcófago de momia de la Corporación de Damas. Y debajo, ella era muy humana, una de las personas más humanas que había conocido nunca. Mientras él pensaba en esto —por supuesto, no era la primera vez que lo hacía—, ella vio por el rabillo del ojo algo que llamó su atención en la cocina y que la hizo exclamar sorprendida:

—¿Pero qué hacen todos esos papeles tirados por el suelo, en vez de estar en la basura?

—¿En la basura? —se quejó él—. Eso no es basura, es un original ejercicio de inteligencia humana en contacto con la vida real. Se da tan pocas veces una actuación de este tipo que, cuando la ves, no la reconoces. Es uno de los inventos patentados por Familia Knapp S.A. —Ella se quedó mirándolo sin decir nada, con aquella paciente expresión de desconcierto que siempre le hacía a él volver a la realidad. Él se lo explicó punto por punto—: Los niños y yo tenemos nuestras reuniones de comité ejecutivo y adoptamos planes de acción para llevar todo adelante, sin que nos lo acaben impidiendo pequeños detalles. En la propuesta con respecto a ese suelo hubo unanimidad. Nos pusimos a estudiar el asunto. Para que el suelo de la cocina esté limpio hay que restregarlo con un cepillo. Esto requiere una destreza que ninguno de nosotros tiene. ¿Qué hacer? Por supuesto, Eva no puede hacer absolutamente nada relacionado con la casa. El doctor le ha dado un ultimátum al respecto. Con lo que tiene en los almacenes, no necesita más. Pues bien, no te lo vas a creer, pero el que aportó la solución fue Stephen, que dijo: «Cuando pinto con mis acuarelas, mamá siempre *‘tiende papeles por el suelo’*. ¡Dicho y hecho! El desván está hasta arriba de periódicos viejos. Todos los días Helen o Henry bajan un montoncito, cubrimos el suelo con una doble o triple capa, dejamos que las gotas de grasa caigan en el suelo con infinita paz de espíritu, quitamos los papeles por la noche, antes de que llegue Eva y le podemos mostrar un suelo impecable. ¿Qué hay que objetar?

—Bueno, ¡la verdad es que no había oído una cosa igual en mi vida! —exclamó Mattie.

«La gente piensa que ya han dicho bastante cuando hacen un comentario así», reflexionó Lester en su interior.

Ella se levantó y se acercó a la puerta de la cocina para observar el papel.

—Esta es una muestra de cómo llevamos ahora las cosas *aquí* —dijo Lester detrás de ella. Entonces impulsó la silla hasta la mesa, cogió del costurero un par de medias de Stephen y se dispuso a zurcirlas.

Mattie se volvió, vio lo que estaba haciendo y se acercó a él con una benevolencia entre escandalizada e impositiva.

—¡Lester, *por favor*, deja que lo haga yo! Lo que te faltaba: ¡zurcir medias! Bastante lamentable es que tengas que dedicarte a hacer las tareas de la casa...

—Eva estuvo zurciendo durante años —dijo afectuosamente—, y hacía todas las tareas de la casa. ¿Por qué no lo voy a hacer yo? —La miró serio y continuó—: ¿Te das cuenta de lo que me estás diciendo, Mattie Farnham? Me estás diciendo que, en el fondo, piensas que el trabajo del hogar es una tarea de poca monta, desagradecida y barata, por debajo de la dignidad de cualquiera que pueda dedicarse a otra cosa.

Mattie Farnham se quedó por un momento aturdida por el golpe que el ataque de Lester le acababa de propinar. Cuando se fue recuperando y comprendió en su integridad lo que él acababa de decirle, gritó indignada:

—Lester Knapp, ¡cómo te atreves a decir una cosa así?! No se me habría ocurrido semejante idea *ni en sueños*. —Y le espetó entonces uno de sus aforismos, aunque en esta ocasión sí era uno que sentía con profunda convicción—: ¡Las tareas del hogar son la actividad más noble a la que uno se puede dedicar!

—¿Por qué me compadeces entonces? —le preguntó Lester con una sonrisa, mientras sacaba y metía la aguja en la pequeña media.

—Bueno, pero... —dijo como si le faltara el aliento, y se quedó callada. Hubo una pausa y entonces preguntó más tranquila, pasando aliviada de la frialdad de la abstracción abstrusa al calor acogedor de lo concreto—: ¿Y cómo diantres *aprendiste* a zurcir, Lester?

—Con un libro —contestó él sin inmutarse—. Cuando estaba todavía en cama, hice que me trajeran de la biblioteca todos los libros que tuvieran sobre tareas de la casa. Y algunos eran excelentes: de lo mejor que he leído nunca.

—Pensaba que en la biblioteca no tenían libros sobre tareas de la casa —dijo Mattie, que era una gran lectora de novelas.

—Te apuesto lo que quieras a que ahora sé más de cocina que tú —dijo él riéndose—. A ver, ¿por qué para hacer una bechamel derretimos la mantequilla primero, echamos la harina, esperamos a que se ligue y solo después añadimos la leche?

—Yo no hago eso —dijo ella con cara de sorpresa—. Yo caliento la leche, mezclo la harina con un poco de agua fría y...

—Pues lo haces mal —dijo él con autoridad—. Ese no es el mejor modo. Así no consigues que la harina se haga como es debido. Las grasas pueden calentarse mucho más que el agua.

Mattie Farnham sintió que se hundía cada vez más en una estúpida perplejidad. ¿Acaso no estaba hablando de recetas de cocina con Lester Knapp? Ella había venido para mostrar su preocupación por él. ¿Cómo es que ahora estaba hablando de

bechameles? Se levantó, meneó la cabeza y dio unos pasos por la habitación.

—No te fijas en si hay polvo en los muebles o si le hemos sacado brillo al suelo —dijo Lester tranquilamente—. Aquí nos centramos en las cosas importantes y dejamos pasar las que no son esenciales.

—¡No estaba pensando en el *polvo*! —dijo ella irritada, aunque eso era en lo que había pensado. Y entonces, como sacudida por un repentino pensamiento, preguntó—: ¿Dónde está Stephen?

—Fuera, en su cajón de arena.

—Ya..., pensaba que se escapaba cuando dejabas de vigilarle un minuto. Pensaba que no te atrevías a dejarle solo...

—No, Stevie no tiene problema —dijo Lester sin darle importancia—, está como la seda.

Impulsó la silla hasta la puerta, la abrió y la impulsó hasta el porche. Una pequeña figura cubierta de tela azul de mezclilla se levantó en el otro lado del porche y dejó ver una cabeza despeinada, brillantes ojos negros y una cara redonda y sucia de expresión tranquila.

—He acabado el túnel —dijo.

—¿De verdad? —le preguntó Lester con interés—. ¿Te sirvió la lata? —Y le explicó a Mattie—: Stephen está haciendo un recorrido para el tren, pero el túnel se le derrumbaba continuamente. Al final, se nos ocurrió quitarle el fondo a una lata de levadura para tartas. Así, queda abierta por los dos lados.

—Está chupi —dijo Stephen. Y, sin que su padre le dijera nada, añadió, mirando a la señora Farnham—: Hola, tía Mattie.

La señora Farnham no recordaba que Stephen le hubiera saludado nunca de manera cariñosa. Los denodados esfuerzos de Eva para que su hijo saludara de forma mínimamente decente, que diera la mano y dijera «Hola, ¿qué tal?», solían acabar en pataleta.

—Hola, Stephen —contestó ella, enternecida por el tono cariñoso que había empleado el niño.

Stephen le dio entonces la impresión de tranquilo y bueno. Ciertamente es que todos los niños acaban dejando de portarse mal, si uno tiene la paciencia de esperar hasta entonces. Ella siempre había dicho que Stephen superaría sus malos modos. Pero nunca había creído que eso sucedería. Era una gran idea lo de la arena. A los niños les encanta. Claro que la casa acababa perdida de arena. Los niños nunca se limpian los pies en el felpudo. Pero ahora que se había renunciado a tener la casa de la pobre Eva en condiciones, un poco más o menos de suciedad no iba a ningún lado. La verdad es que, aunque lo había negado, sí se había fijado en que las esquinas de la habitación estaban llenas de polvo. ¡Y aquellos ridículos papeles en el suelo! ¡¿A quién se le ocurre?! ¡No

menos ridículos que el cajón de arena del porche! ¡¿Dónde se ha visto?!

—Supongo que te costará mantener limpio el porche —le dijo Mattie a Lester.

—Ni me lo planteo —dijo él con cierta arrogancia.

—¿Y por qué no tenéis la arena en el jardín?

—Algunos de los juguetes se estropearían con la lluvia —contestó él poniendo fin a la discusión.

Stephen se había vuelto a sentar en su arena. Ella se arrimó cautelosa a la ancha tabla de uno de los lados del cajón, para ver lo que hacía el niño, preparada para escuchar alguna de sus impertinencias: «¡Vete! ¡Vete!», o aquella insolencia de «¡¿Ti qué *t'importa*?!» que repetía últimamente.

Pero lo que vio era tan sorprendente que, sin que le diera tiempo a pensarlo, exclamó admirada:

—¡No lo puedo creer, Stephen Knapp! ¿Has hecho todo eso tú *solo*?

Detrás de la tabla se extendía todo un mundo en miniatura: carreteras hechas con guijarros y flanqueadas por arbolitos, montañas cubiertas de musgo, lagos hechos con cristal de espejo, granjas blancas de cartón con sus contraventanas verdes, rodeadas de vallas hechas de palillos, anchos prados con vacas de papel de color blanco y rojo y un pequeño carro de granja cargado de diminutos saquitos de cereal, camino de la vía del tren.

En una parte importante de su sencilla consciencia todavía lucía el sol de una infancia feliz que la hizo prorrumpir en una exclamación de sincero entusiasmo:

—¡Me encantaría jugar a mí también!

Stephen la miró orgulloso a ella y miró después su creación afectuosamente.

—Te dejo, si quieres —dijo el niño, concediendo aquel privilegio con señorial munificencia.

Se arrodilló, venciendo la rigidez de sus rodillas de mediana edad, para estar más cerca de aquel pequeño mundo, y agarró extasiada la «monada de granero» y la «preciosidad de locomotora». Se acordó entonces de que ella le había regalado aquel tren de juguete a Stephen. La última vez que lo había visto, rodaba escaleras abajo después de que Stephen le diera una patada, lo cual no le había sorprendido a ella lo más mínimo. Menos mal que era de acero.

—Es muy bueno aquí —dijo él, acordándose también de quién se lo había regalado —. Antes no podía jugar con él. Lleva el maíz de esta granja a la ciudad. Mañana voy a hacer una ciudad ahí, en esa esquina, cuando acabe de hacer la vía. Mamá me va a traer unas casitas de la tienda de baratijas. Mamá me trajo el carro y los caballos. Casi todas las noches me trae algo. Los sacos tienen cereal de verdad.

—¡Y el paso a nivel, con su cartelito de «Cuidado trenes» y todo! —exclamó la señora Farnham fascinada.

Los dos se habían olvidado por completo de Lester, quien se sonrió y dirigió su silla al interior de la casa. La buena de Mattie era una gordita encantadora.

Él continuó zurciendo la pequeña media, mientras recitaba para sí:

«No quiso ella luchar con el misterio
Del tiempo y la distancia, noche y día:
Cadenas que subyugan a los hombres.
Es el suyo un instinto de alegría:
El gato, el pajarito y el insecto
Saltar, correr, danzar, algarabía...
Masculla unas palabras en su arrobo»[8].

Cuando entró Mattie, sin correr ni danzar, sino más bien con un andar reumático, como si sus rodillas chirriasen, cerró la puerta detrás de ella y dijo en tono elocuente:

—Lester Knapp, que Stephen sea capaz de hacer eso denota una gran inteligencia. No sé si eres consciente de ello. No creo que encuentres a un niño de cinco años entre cien que tenga cabeza suficiente como para hacer eso.

Él contestó con su peculiar elocuencia:

—¡Ya lo creo que soy consciente! ¡Yo soy precisamente el *más* consciente de ello! Sepa usted, señora Farnham, que Stephen Knapp es un niño excepcional. Te apuesto lo que quieras a que llega más lejos que nadie en este pueblo, si se le da la oportunidad.

Camino de casa, Mattie pensó que era gracioso que un hombre defendiera así al menos prometedor de sus hijos. ¡Como si fuera su madre!

Sea como fuere, quizá *había* en Stephen algo más que sus malos modales.

¡Qué contento se le veía a Lester! Seguramente la comida le había sentado hoy mejor que de costumbre.

CAPÍTULO QUINCE

El sábado era un gran día para «Familia Knapp S.A.». Era un día que pasaban todos juntos en casa, con una gran variedad de ocupaciones. Por la mañana, Henry solía abandonar la dignidad de sus once años para volver a ser más niño y jugar con Stephen, especialmente desde que tenían el cajón de arena y una nidada de polluelos que cuidar. La señora Hennessy iba ese día a hacer la concienzuda limpieza semanal de la casa, desde el sótano hasta la buhardilla; Lester se había dado cuenta de que aquella era la mejor manera de evitar que Evangeline se pasara el domingo con la escoba y el trapo. En la cocina, Helen y su padre se afanaban, con la ayuda del libro de cocina, en la preparación de un menú más ambicioso que el de los días de entresemana.

A Helen le encantaban aquellas mañanas de «equipo de cocina», como las llamaba ella. Ella y su padre disfrutaban mucho juntos. Era muy divertido, ya que su padre no sabía más de cocina que ella y tenía que seguir el libro punto por punto. Muchas veces, ella —sí, ¡ella!— le hacía alguna sugerencia, cuando algo no salía en el libro.

Por ejemplo, al principio del todo, hacía mucho tiempo, aquel histórico día en que cocinaron juntos por primera vez, e intentaron preparar —con más miedo que otra cosa— unos huevos revueltos para comer, fue Helen la que supo manipular aquella especie de bombas que eran para ellos los huevos crudos. Lester había cascado con mucho cuidado la parte de arriba de uno de ellos y estaba empezando a quitar trocitos de cáscara, cuando Helen le dijo en tono instructivo:

—No es así. Mamá los casca por el medio, dándoles un golpe en el borde del cuenco y los abre por ahí.

—¿Cómo? Enséñame —dijo su padre dócilmente, entregándole otro huevo.

Sintiéndose muy importante, Helen lo cogió con maestría, lo colocó sobre el borde del cuenco y lo levantó imitando el modo resuelto de su madre. Pero se quedó así, sin mover la mano. Asustada, volvió los ojos a su padre y dijo abatida:

—Imagínate que le pego demasiado fuerte y pringo todo de huevo...

A su padre no le dieron ganas de gritar a la niña por su estúpida ineptitud. Más bien se compadeció de su pánico.

—Sí, ¡los huevos crudos son terribles! —dijo él en tono comprensivo.

Agobiados los dos, contemplaron aquel enigma oval.

—Hazlo *tú* —dijo Helen, a la que su inseguridad impulsaba a trasladarle a otro la

responsabilidad.

Su padre rechazó horrorizado asumirla:

—¡Ni en broma! —exclamó—. *Tú* eres la que ha visto cómo lo hace mamá.

—¿No explica el libro en ningún sitio cómo se hace? —preguntó Helen en otro intento desesperado de trasladar la responsabilidad—. Hay un capítulo al final que explica cómo quitar manchas de tinta, qué hacer si a alguien le sienta mal algo y cosas de esas. A lo mejor ahí dice algo.

Dejaron el huevo para buscar en el libro, pero en sus cuatrocientas páginas no encontraron nada sobre el modo de cascar un huevo.

—¿Y si lo ponemos en un plato y lo cortamos por la mitad con un cuchillo? —sugirió Lester.

Hasta Helen sabía que aquella no era una buena solución. «Eso», pensó ella, «lo sabe hasta un recién nacido».

—¿Qué dices?! Así se te mezcla la cáscara con lo de dentro —explicó ella.

Los dos se pusieron a observar el huevo. Helen pensó entonces que era ella quien debía asumir la responsabilidad.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo —dijo resignada—. Lo volveré a intentar.

Cogió el huevo y sin pensarlo lo golpeó levemente contra el borde del cuenco. La cáscara se rajó un poco.

—Parece que la cosa va bien —dijo Lester—. Dale otro porrazo.

Ella repitió el golpe y, levantando el huevo por encima de su cabeza hasta que pudo ver la parte de abajo, informó de que había una evidente raja por la que se veía salir cierta humedad. Pero no era suficiente. Debía continuar hasta el final. ¡Menuda situación!, sin nadie que le explicara qué hacer y que le hiciera hacerlo.

—Voy a intentar abrirlo —anunció con intrepidez, sintiéndose como una heroína.

Metió la punta de los dedos en la diminuta raja e hizo presión hacia los lados, con los ojos cerrados. Algo sucedió. Notó el chorro de una sustancia fría y pegajosa resbalando sobre sus dedos, el ruido de la cáscara quebrándose en sus manos y, entonces, vio el contenido del huevo en el cuenco: la redonda yema dorada flotaba en la clara transparente.

—¡Bravo! ¡Lo has conseguido! —gritó su padre admirado.

Pero Helen percibió en su corazón un sentimiento que la llevaba a no aceptar una alabanza conseguida con demasiada facilidad.

—No, así no es —dijo ella, frunciendo el ceño y contemplando la cáscara que goteaba en la mano—. Cuando lo hace mamá, lo de dentro sale entero y limpiamente, y cada mitad de la cáscara queda como una pequeña copa.

Cerró los ojos y se concentró para recordar las veces en que había visto cocinar a su madre. «Mamá lo cogía así», imaginó Helen, imitando los movimientos que iba

recordando, «lo bajaba con un movimiento rápido, *así*, golpe seco y...

—¡Genial! ¡Ya sé! —exclamó, dando saltitos—. Ya *sé*. Después de cascarlo, lo gira para que la raja quede arriba y entonces lo *abre*. Dame otro huevo.

La verdad es que quedaban muy lejos aquellos desmañados comienzos: ahora, tanto ella como su padre habrían sido capaces de cascar un huevo con los ojos cerrados y una mano atada a la espalda, y no se daban mayor importancia cuando en una mañana de sábado hacían una hornada de pan, dos empanadas y galletas de sobra para toda la semana. Ni siquiera hablaban ya mucho de lo que cocinaban: decidían lo que iban a hacer y lo hacían, charlando como un par de cotorras mientras cocinaban.

A menudo, el padre le recitaba poemas a la niña, y a esta le parecía que la cocina rebosaba poesía. Recitaba tanto el padre entre aquellas paredes que era como si estas estuvieran empapadas de versos. A veces, por la noche, cuando entraba en la cocina para beber agua antes de irse a la cama o para ver si la masa de pan ya estaba esponjada, le parecía oír —sobre todo cuando estaba un poco adormilada— un murmullo de poesía a su alrededor, como el que se escucha en una concha cuando te la acercas al oído...

«Son muchos los caminos que van a Tir na n'Og»[\[9\]](#).

«Punzante como flechas
De la esfera de plata»[\[10\]](#).

«¡Despertaos, caballeros,
Y también las bellas damas!
Id de prisa a la floresta...»[\[11\]](#).

«Si bronce, roca, tierra o mar inmenso,
Sucumben al dominio de la muerte,
¿Qué podrá la belleza ante tal furia...?»[\[12\]](#).

No era agua lo que Helen Knapp bebía con el cacillo de latón que colgaba encima del fregadero. Era ambrosía.

Y papá también le contaba historias de todo tipo, muchas, muy divertidas, que les provocaban auténticos ataques de risa.

Hablaban y hablaban de todo: de lo que ella escribía, de lo que estaba leyendo en la escuela y del último libro que había sacado de la biblioteca; y, de cuando en cuando, su padre le contaba alguna cosa de cuando había estado en la State University y de lo mucho que había disfrutado descubriendo lo que le fascinaban los libros y la poesía.

Helen no había escuchado a su padre hablar de aquellos años hasta entonces. Parecía que —lo mismo que le sucedía a ella— a él le resultaba más fácil hablar de las cosas que le importaban de verdad cuando estaban trabajando juntos. Helen se preguntaba muchas veces por qué era así: por qué no le invadía un sentimiento de extrañeza y timidez cuando tenía las manos ocupadas en algo como engrasar con mantequilla el molde del bizcocho o cortar la masa de galletas —era increíble lo fina que conseguía dejarla su padre— con formas de animales. Le sorprendía que pudiera hablar de «cosas» con su padre.

«Cosas» era todo aquello que Helen se había guardado para sí hasta aquel momento y que nunca había pensado que pudiera compartir con nadie: los pequeños poemas que brotaban en su cabeza; los sentimientos que le inspiraba el comienzo de la primavera, cuando las primeras hojas de los árboles empezaban a motear con sus sombras los paseos; lo que sentía cuando se despertaba por la noche y escuchaba los pitidos y chirridos de los trenes de mercancías moviéndose en la zona de vías muertas —le encantaba vivir cerca de las vías—; lo que pensaba de irse haciendo mayor; lo que pensaba de Dios; cómo le gustaría que fuese su marido, sus hijos...

—Creo que me *gustaría* un niño rubio y rizado —dijo un día pensativa, sin apartar la mirada de la mantequilla y el azúcar que estaba mezclando.

—Así era Henry cuando era pequeño —dijo su padre con nostalgia—. Era muy guapo. Y tú también eras una bebé muy guapa, Helen. Como eras la mayor, fuiste un descubrimiento para mí. Tuviste ideas propias desde que empezaste a desplazarte: tú no gateabas sobre las manos y las rodillas, como los demás bebés, sino que te movías sobre las manos y los pies, con el pompis hacia arriba, como la proa de un barco.

Helén se rio. Le encantaba escuchar a su padre hablar de cuando ella era un bebé, de lo mucho que él la quería, de lo lista que era y de episodios divertidos, como el del día en que ella pensó que la señora Anderson ya llevaba demasiado tiempo en casa, y se dirigió hacia ella, dando inseguros pasitos y levantando la manita regordeta, «¡Adió, ora Andeson, adió!».

¡Señor, qué lejano se le hacía aquello a Helen! Y qué mayor le hacía sentirse ahora: toda una mocita de trece años que ayudaba a hacer en su casa la repostería de la semana. Se sentía mayor, madura y segura de sí misma, al escuchar aquellas historias mientras escurría las bayetas muy competentemente. (Su padre y ella se habían devanado los sesos para dilucidar cuál sería el modo más adecuado de coger las bayetas para escurrirlas —lo mismo que les había pasado con el cascado de huevos—, y habían llegado juntos a establecer una técnica concreta).

Para ella, hablar con su padre cuando estaban los dos solos se había convertido casi en una forma de pensar en alto, aunque mejor, porque tenía a alguien que te ayudaba cuando te atascabas. Hasta entonces, Helen había empleado mucho tiempo intentando

resolver cuestiones por sí misma, enredándose tanto en sus razonamientos que no sabía ni dónde los había comenzado, ni cómo parar el torbellino que giraba desaforadamente en su cabeza. Pero ahora podía recurrir a su padre para desenredar aquellas enmarañadas madejas de pensamiento y convertirlas en ovillos comprensibles.

Un día, mientras fregaba los platos del desayuno y se los iba pasando a su padre para que este los secara, percibió en la superficie húmeda de un cazo de leche el reflejo de los narcisos que había traído la tía Mattie. Aquello le evocó un poema que recitó en su interior —para asegurarse de que estaba bien— y repitió a continuación a su padre:

«La utilidad del cazo en su esplendor
Convertido la ha en belleza
La presencia de una flor».

El padre escuchó, contempló el dorado reflejo en el cazo y dijo en tono admirativo:

—Así es. —Y añadió—: Bonito poema, especialmente el último verso.

Helen sabía que era bonito. Tenía una secreta alta estima de su propio talento. ¿Pero por qué lo había recitado en voz alta, sino para demostrarle a su padre ese talento? Siguió fregando los platos dándole vueltas a este pensamiento, que le empezó a corroer. Era horrible que ella dijera cosas solo para que su padre la admirara. Aquello había sido pura vanidad. No soportaba a los vanidosos. Tomó entonces la ascética decisión de castigarse a sí misma reconociendo su engreimiento.

—Te he recitado esos versos solo para que pensaras que soy una niña muy poética —confesó contrita—. No es que el reflejo de la flor me impresionara tanto. —Se sentía mejor ahora. ¡Su padre pensaría lo honrada y sincera que era! Pero..., ¡qué horror!: ¡Eso también era vanidad! ¡Tan mala esta vez como la primera! Así que se apresuró a añadir —: ¡Y lo he reconocido para que pensaras que soy sencilla y no una vanidosa! —Este tortuoso embrollo era muy típico de Helen. A menudo se veía atrapada en él y nunca sabía cómo salir. Siempre le daba algo de miedo y la confundía. Estaba empezando a asustarse de verdad—. Papá, ¿tú crees que *esto* también lo he dicho porque...? —Sacó las manos mojadas del fregadero, se dio media vuelta y clavó los timoratos ojos en su padre—: Papi, ¡ya estoy otra vez! ¿No te pasa *a ti* esto nunca: que empiezas a encadenar una idea detrás de otra y otra y otra, y que no puedes parar?

Lester se rio con una mueca de tristeza.

—¿Que si me pasa...? ¡Continuamente! Muchas veces me siento como un perro que está escarbando en una madriguera de marmota y que siempre está *a punto* de alcanzar la cola de la marmota, pero nunca llega a alcanzarla.

—¡Es exactamente así! —exclamó la niña.

—Por eso te digo, Helen —dijo Lester—, que ese es uno de los motivos por los que a

la gente con un modo de ser como el tuyo o el mío les viene muy bien ir a la universidad. Si te lo propones, en la universidad puedes descubrir cómo enfrentarte a esos pensamientos que se van encadenando así.

—¿Puedes? —dijo Helen, sorprendida de que a otras personas les pasara lo mismo.

—Supongo que piensas —conjeturó Lester, colgando el pasapurés— que eres la única persona a la que agobian ese tipo de pensamientos. Pues que sepas que eso le ha pasado a muchísimas personas desde el principio de los tiempos. Has oído hablar de los filósofos griegos, ¿no? Bueno, pues, en realidad, en eso consistía lo suyo.

Se hizo un breve silencio mientras Helen pasaba un trapo por la mesa de la cocina. Entonces, dijo pensativa:

—Creo que me *gustaría* ir a la universidad.

Era la primera vez en su vida que pensaba en ello.

¡No solo hablaban de recetas los sábados por la mañana!

Y los sábados por la noche, cuando Lester iba a coger algún libro para llevarse a la cama, no era infrecuente que su mano agarrara un volumen viejo y muy gastado por el uso y que lo abriera por el pasaje que decía:

«Pensar en nuestros años pasados alimenta
en mí perpetuas bendiciones. Pero
no por lo que merece más altas bendiciones:
—sea la libertad, sea el deleite; o sea el sencillo credo
de la Niñez, tranquila o agitada,

...

sino por las tenaces preguntas
sobre las sensaciones y las cosas externas
que se nos van y que se esfuman;
las radicales dudas de quien es Criatura
moviéndose entre mundos que son solo posibles,
las intuiciones altas a cuya vista tiembla
nuestra mortal Naturaleza, como un Culpable
sorprendido.
Es por aquellos prístinos afectos
por aquellos recuerdos en penumbra
que, fuesen lo que fuesen,
persisten como luz fontal de todos nuestros días,
persisten como luz que alumbró siempre nuestros ojos.
Nos sostienen, abrazan y hacen de los años de ruido
tan solo unos instantes en el ser más profundo

del eterno Silencio: verdades que despiertan
para nunca morir,
que ni la indiferencia, ni el ajetreo insano,
ni Hombre ni Muchacho,
ni nada que se oponga a nuestro gozo,
¡podrán en modo alguno prohibir o destruir!».

A partir de este verso, Lester sentía siempre un impulso interior que lo elevaba muy alto...

«De ahí que en la estación del tiempo calmo
—no importa el trecho andado tierra adentro—
contemplan nuestras almas aquel mar inmortal
del que vinimos,
y en un instante puedan viajar hasta la playa,
y contemplar los juegos de los Niños,
y escuchar por siempre las aguas poderosas»[\[13\]](#).

Eran las voces de aquellos niños, la reverberación de aquellas aguas poderosas lo que hacía que el paralizado contable se escapara a menudo, calladamente, de su vida estrecha y servil, para sumergirse en el «ser más profundo del eterno silencio».

CAPÍTULO DIECISÉIS

Uno de los aspectos más frustrantes de la anterior vida de Lester había sido la falta de un tiempo de tranquilidad para poder dedicarse a pensar, a considerar las cosas con la calma necesaria para poder encontrarles un sentido. Tenía la sensación de vivir siempre con la actitud mental de quien corre con su reloj en una mano y una pesada maleta en la otra, para coger un tren cuya hora de salida ya ha pasado. ¿Qué valor podía tener el juicio de una persona así?

Siempre había añorado poder sentarse en silencio a pensar con serenidad en algunas cosas. Lo cierto es que ahora sí disponía de todo el tiempo que pudiera desear para sentarse en silencio. Pues bien, le gustaba tanto como había imaginado. ¡Incluso más!

Fueron objeto de su reflexión todos y cada uno de los aspectos de su nueva vida: los mantuvo bajo la lente de su inteligencia, concentró en ellos toda su atención y observó —con sorpresa y alivio— que todos cedían a su análisis, dejaban de tener un amenazador y desconcertante aspecto de misterio y tragedia y se mostraban como eran ante sus ojos, ante su mano y ante sus ganas de afrontar el futuro. Nunca antes había vivido con su familia, no había visto de sus vidas otra cosa que una inexplicable maraña de dificultades que les hacían tropezar miserablemente. Ahora que, durante meses, había tenido la oportunidad de una continua observación, se dio cuenta de que no había nada tan misteriosamente inexplicable: al final, no había nada que resistiera un paciente y metódico intento de seguir el hilo y desenredar algunos de los nudos.

Lester pensaba que había conseguido empezar a desentrañar hasta la enmarañada y extraña naturaleza del pequeño Stephen. Esto es lo que había averiguado: Stephen tenía más vitalidad que todos los demás juntos (sin contar a Eva, por supuesto); y, cuando esa vitalidad no encontraba un cauce, le ahogaba y le envenenaba, le volvía loco —literalmente— de manera temporal; como un hombre fuerte y diestro que se quedara atrapado por un accidente en una mina de carbón y que empezara a cavar desesperadamente con sus manos para abrirse paso entre la masa de materia bruta que no le deja ver la luz del día. Stephen le hacía pensar en eso; ese era —adivinaba Lester— el significado de aquel fuego salvaje y fiero que despedían los ojos de Stephen y que siempre les había impresionado y entristecido tanto. Ellos estaban hechos de otra pasta: eran de los que se habrían sentado a esperar la muerte con paciencia y resignación, no de los que habrían luchado hasta el último minuto con las manos ensangrentadas.

Todos, menos Eva. ¡Pobrecita Eva! Había entendido mucho mejor a su mujer en los pocos meses que llevaba observándola en una vida que se ajustaba a su personalidad que en los catorce años en que había sobrellevado, heroicamente, una vida que la amargaba y que no encajaba con su forma de ser. ¿Era la misma Eva? Esta Eva que llegaba todas las noches cansada, físicamente cansada como no la había visto nunca, pero sosegada, satisfecha, realizada, después de haber volcado en un trabajo que adoraba todo el feroz esplendor de su energía.

Los remordimientos hacían que le doliera el corazón, cuando pensaba en la vida a la que había condenado a su esposa. Como Stephen, a ella la habían enterrado viva en un profundo pozo bajo tierra, y ni siquiera había tenido la válvula de escape de una furia descontrolada que sí había tenido el niño. Lo que ella consideraba su deber la había sumido en un silencio y pasividad semejantes a los de la muerte. Recordaba la mujer melancólica, taciturna y reservada que, año tras año, se había sentado a la mesa enfrente de él durante la cena. ¿Cómo podía ser aquella la misma Eva que la que ahora, una noche tras otra, alegraba a todos contándoles situaciones divertidas de su trabajo; la que podía describirles las manías de una clienta tiquismiquis con tal viveza que hasta Stephen se reía; la que podía hablar con tal pasión de los cambios en las tendencias de la moda que hasta él la escuchaba, a pesar de la profunda aversión que sentía por la moda y todo lo que la moda significaba? ¡Ni siquiera había sospechado nunca que Eva pudiera tener aquel maravilloso sentido del humor! ¿Cómo podía ser aquella la misma Eva que ahora repartía las cartas con tanto brío todas las noches y seguía la partida con tanto interés?

Lo de las noches de *whist* había sido idea suya, la respuesta a dos preguntas que se había hecho a sí mismo: qué podían hacer para que Eva no pensara en las tareas de la casa por las noches y qué podían hacer juntos él, Eva y los niños, algo que disfrutaran todos, un modo natural de tener una relación civilizada entre las dos generaciones y los dos diferentes tipos de temperamento. Él gozaba viendo lo mucho que disfrutaba Eva, lo mucho que le gustaba ganar. (¡Pensar que a ella le importaba ganar...! ¡Qué joven de espíritu se conservaba! Hacía que él se sintiera como Matusalén). ¡Con qué alegría e interés le enseñaba a Henry, cómo admiraban los niños su destreza y su suerte, y cómo disfrutaba ella de aquella admiración!

¡Dios mío! ¡Qué infeliz debía de haber sido antes! Había sido como un titán obligado a cuidar de un jardín en miniatura; obligada a convertir aquel enorme caudal de innata y peculiar capacidad en los regueritos que precisaban los diminutos detalles del cuidado de los niños; obligada, día tras día, hora tras hora, minuto a minuto, sin un respiro, con una agónica cercanía a las personalidades inmaduras y sin pulir de los niños, las cuales producían en su sólida madurez un sentimiento de rechazo y una impaciencia que se renovaba a cada paso. ¡Eva siempre había detestado las cosas inacabadas! Y nada que

estuviera a su alrededor permanecía inacabado mucho tiempo. ¡Qué manera tenía de llevar a término cualquier tarea que asumiera! Se había quedado en pie toda una noche para acabar el sofá que tan primorosamente había restaurado.

Pero la tarea de educar a los hijos no era algo que uno pudiera *acabar*. Por mucha energía que uno empleara, y aunque le dedicara todas las noches de su vida, no iba a acelerar ni un instante el lento despliegue interior de la naturaleza de un niño...

Eva desaparecía de la imaginación de Lester cada vez que él pensaba en esto; le invadía entonces la dulce luz de amanecer que destellaba en la infancia de su hija. Siempre se sentía como quien se quita el sombrero, cada vez que pensaba en Helen.

A veces, cuando trabajaban juntos y Helen sentía la necesidad de levantar tímidamente la cortina y permitir que su padre mirara en su corazón, él contenía la respiración antes de escuchar la revelación de aquella inexplorada blancura transparente de sus pensamientos. Esa era la visión ante la que los más grandes poetas se habían postrado. Y, con todo, lo mejor que habían hecho los más grandes no era sino un tenue reflejo del distante santuario. Entendió ahora por qué Blake, durante toda su vida, se estremecía cuando pensaba en niños, «Miles de niños y niñas, inocentes manecitas en alto»[14]. El poder arrollador, furioso y profético de Blake encerraba en sí, como un reguero rebosante de sol, aquella pasión de amorosa reverencia por las niñas y los niños pequeños.

Y bajo la belleza formal de sus rimas, también el enorme corazón de Wordsworth se derretía en similar beatitud, «a punto de recibir su corazón en el mío»[15]. «¡En el mío!». El padre de Helen conocía bien la literalidad con que un hombre podía sentir aquello por su hija.

Aunque eso no significaba que pensase que Helen fuera perfecta. No, pobrecilla; su espíritu demasiado influenciado, una sensibilidad que la traicionaba en sus nervios, su falta de fortaleza y valor... hacían que Helen necesitase toda la ayuda que se le pudiera proporcionar para que la vida no se la llevara por delante. ¡Bien sabía él lo cruel que puede ser la vida cuando falta fortaleza y valor! Helen debía aprender a sobreponerse, a no dejarse aplastar y a no rendirse. Él sabía cómo enseñarle... Y sí, le dolía pensar que habría quien le preguntase sarcásticamente cómo iba a enseñarle a ella lo que nunca había aprendido él. Pero era precisamente el hecho de no haberlo aprendido él nunca el motivo por el que entendía perfectamente su perentoria necesidad. Quizá el aprendizaje pudiera darse en el deporte. La niña debía aprender a jugar en algún equipo, a encajar golpes duros, despreocupados y sin mala intención, a devolverlos y a seguir su camino. En cuanto él pudiera manejarse con muletas, vería el modo de acercarse a la escuela y hablar sobre Helen con el profesor de educación física. O quizá pudiera formar un equipo de baloncesto con niños para que jugaran allí en la calle. Tenía planes, planes de

todo tipo. Por encima de todo, Helen tenía que ir a la universidad. Tampoco es que fuera para tanto lo de ir a la universidad: no lo idealizaba demasiado. Para una personalidad fuerte como la de Stephen, puede que no mereciera la pena. Pero para una naturaleza como la de Helen —aficionada a los libros, sensible, complicada—, cuanto más se moldeara, agudizara, afilara y amueblara su inteligencia, mejor. Lo iba a necesitar para enfrentarse a sí misma. A ella no iba a bastarle la acción, por muy intensa que fuera.

¿Le bastaría a Henry? Sí, también había que pensar en Henry. Era sorprendente lo desapercibido que pasaba para todo el mundo. Esto era así porque no había nada que se saliera de lo corriente en aquel chiquillo bueno. Era un buen crío y cuando llegara a la adultez sería un hombre bueno, un buen ciudadano, un buen marido. No sería un líder, pero sería un leal soldado raso... Bueno, incluso podría llegar a sargento en el gran ejército de la humanidad.

Pero él también tenía derecho a su propia vida, por ordinaria que fuera. No hacía falta que todo el mundo fuera extraordinario. En cierto modo, a Lester Knapp le producía una gran paz que Henry fuera como cualquier otro. ¡Mejor para él! ¡Para todos! Nunca habría tragedias en su vida: ni frustraciones, ni vanas luchas contra formas de organización que no se adecuaban a su forma de ser. Aunque, a veces, había algo que le dolía de la actitud paciente y acomodaticia de Henry: nunca luchaba para conseguir lo que quería; daba un paso atrás, se conformaba con lo que otros dejaban y, con una enternecedora e inconsciente complacencia, le sacaba todo el partido que podía. Con mayor motivo, por tanto, debía su padre preocuparse de Henry y pensar en cómo hacer que consiguiera más de lo que quería.

Empezó a pensar planes para Henry. ¿Qué le gustaría? Lo que a cualquier niño. La receta era bien conocida: compañeros de su edad, una «pandilla»; algún tipo de cabaña en el bosque para jugar a los piratas; juegos, muchos juegos; una mascota propia; quizá algún encargo con el que pudiera ganar dinero de verdad, para gastárselo en un guante de béisbol o en una bicicleta.

Henry no tenía ni una de esas cosas. Ni una. A sus once años... Aquella tarde, cuando los niños llegaron a casa, esperó hasta que desembarazaron sus espíritus de lo acontecido aquel día en la escuela y, como quien no quiere la cosa, dijo:

—Oye, Henry, ¿a ti no te gustaría tener un cachorrito para criarlo? Cuando yo tenía tu edad, me encantaba mi perro.

Henry y Helen se dirigieron una rápida mirada de susto, una mirada que revelaba lo inesperada que para ellos había sido la pregunta de su padre. Henry se puso colorado, enmudeció, bajó la vista y la fijó en su trozo de pan con mantequilla. Helen habló por él, en tono conciliador:

—Verás, papá, es que..., esto..., bueno, es que mamá no le dejaba a Henry, pero..., bueno..., es que Henry *ya tiene* un cachorro..., bueno, más o menos. —Como lo único

que apreció en la cara de su padre fue un expectante interés, prosiguió—: Laura, la perra de la señora Hennessy, ha tenido cachorros hace unas seis semanas, y la señora Hennessy dijo que Henry podía quedarse uno. Es que a Henry *siempre* le habría gustado tener uno. —El tono de la niña era cada vez más exculpatorio—. Y Henry eligió uno, blanco con manchas negras. Precioso. A mediodía, Henry va corriendo desde la escuela a casa de los Hennessy para jugar un ratito con él. La señora Hennessy está destetando ahora a los cachorritos. Tienes que verlo cómo empieza a lamer la leche. Papi, ¡tienen una lengüita roja monísima! El de Henry se llama Rex. La señora Hennessy le ha dicho a Henry que lo puede dejar en su casa, porque mamá... —Una posibilidad se abrió ante ella, como un nuevo horizonte—. *Papi*, ¿crees que mamá le dejaría a Henry traerlo *ahora*?

El «ahora» se refería al cambio que todos habían percibido en la madre, pero al que nunca habían aludido, ni siquiera de una forma tan indirecta como aquel «ahora». A Helen se le había escapado por la emoción del momento. Lester hizo como que no se había dado cuenta.

—¿Crees que me *dejaría*? —preguntó Henry, con voz temblorosa. Se había puesto pálido.

«¡Dios mío, qué sensible es este crío!», pensó Lester. Y dijo entonces en voz alta:

—Bueno, puede. Vamos a preguntarle esta noche.

Así lo hicieron. Ella había llegado bastante tarde y bastante cansada. Los pies le dolían a aquellas horas del día, ahora que hacía más calor, y Helen le solía tener preparado un buen baño de agua caliente cuando llegaba. Su madre le dio un beso y le dijo lo mucho que le agradecía aquello, antes de cerrar tras de sí la puerta del baño. Helen bajó radiante las escaleras de dos en dos, para ir a ayudar a su padre a acabar de preparar la cena.

La cena humeaba en la mesa, cuando llegó la madre con un bonito vestido de estar en casa, amplio, de seda roja, que había comprado en los almacenes a precio de saldo, «por *nada*», como decía ella. Parecía relajada, serena, y dijo que estaba hambrienta y que le encantaba que hubiera chuletas de ternera para cenar. Daba gusto ver comer a mamá después de su jornada de trabajo.

Ahora no fregaban nunca los platos después de cenar, porque, como mamá desayunaba fuera, no importaba el aspecto que tuviera la cocina por la mañana. Henry y Helen los apilaron en la nueva bandeja con ruedas que el señor Willing había tenido la amabilidad de enviarles, los llevaron a la cocina y los pusieron a remojo, mientras papá y mamá metían a Stevie en la cama y encendían una pequeña vela que al niño le gustaba contemplar hasta que se quedaba dormido.

A continuación, todos volvieron deprisa a la sala de estar para la partida de cartas. La madre tuvo una especial buena suerte aquella noche, un hecho del que todos los demás

se alegraron de veras. A su madre le gustaba tener buena suerte.

Entonces, sin previo aviso, se presentó la ocasión y el padre la aprovechó de manera magistral. Mamá dijo algo sobre las niñas de los Willing, que habían estado en los almacenes con su perro, y papá intervino sin más preámbulo:

—Por cierto, Eva, la señora Hennessy quiere darle a Henry un cachorro de la camada que ha tenido su perra. ¿Qué te parece? Ya es primavera, y podría estar fuera casi todo el tiempo.

Los niños admiraban la mano izquierda de su padre en este tipo de situaciones: «Por cierto, Eva». ¡Era fantástico! Bajo la mesa, Helen apretaba con fuerza la mano de Henry.

La señora Knapp todavía tenía ante sus ojos el cuadro de las dos niñas elegantemente vestidas y su perro elegantemente equipado: collar y arnés tachonados y el brillo oscuro del cuero trenzado de la correa. Nunca hasta entonces había pensado en los perros en términos de elegancia.

—Sería un inconveniente para ti —dijo ella, mirando a su marido.

—No, yo no tendría problema. Me gustan los perros —dijo Lester, sin darle importancia.

—Tienes que prometer, Henry, que el perro no va a entrar en esta habitación. No quiero pelo de perro por todas partes.

Este era el argumento de siempre, pero no estaba formulado con la convicción de siempre. A fin de cuentas, ella no iba a estar allí para verlo. Ella misma se sorprendía de lo poco que le preocupaba el aspecto de la casa últimamente.

—No, no le dejaré nunca entrar *aquí* —prometió Henry con voz ahogada.

—Bueno... —dijo su madre. Miró las cartas que tenía en la mano. Se hizo el silencio —. ¿Quién se lleva la última baza? —preguntó.

—Tú —contestó su marido, aunque, en realidad, le correspondía a él.

Empezaron otra mano.

Todo había resultado muy sencillo.

Lester se había olvidado del asunto del perro mientras se ocupaba de alguna tarea pendiente en la cocina. Oyó que se cerraba la puerta del baño y supo que era Eva, a punto ya de acostarse. Escuchó entonces unos pasos sigilosos de pies descalzos que bajaban por la escalera. Volvió la cabeza hacia la puerta y vio a Henry que entraba de puntillas apresuradamente. Lester abrió los labios para hacer una broma sobre los motivos que podían mantener despierto a Henry tan tarde, pero la expresión que vio dibujada en la cara del niño le hizo enmudecer. ¡Dios mío! ¡Cómo había deseado aquel chiquillo tener un perro!

Henry se acercó a él sin decir nada e, inclinándose sobre la rueda de la silla de inválido, rodeó el cuello de su padre con los brazos y apoyó la mejilla en el hombro de

su padre.

—*¡Papito!* —dijo en un susurro, con la respiración entrecortada, mientras se abrazaba cada vez más fuerte a su padre, como si no pudiera parar.

Su padre le dio unas palmaditas en la espalda, en silencio. Estaba pensando: «Espero que también venga así a contarme que está enamorado y que le han dicho que sí. Creo que ese va a ser el único momento en que pueda estar tan emocionado como ahora». El cuerpo del niño tembló sobre su pecho.

Al poco, Lester le dijo en voz queda:

—Tendrás que irte a la cama, campeón. Te vas a enfriar con los pies descalzos.

Dócilmente, silenciosamente, Henry subió las escaleras y se fue a la cama.

CAPÍTULO DIECISIETE

La señora Anderson, que había criado siete hijos, tres de los cuales ya eran personas hechas y derechos (por no mencionar que había asumido, con profesional disposición, la tarea de proporcionar a la señora Knapp acertados consejos de vecina sobre la educación de sus tres hijos), supo lo que se estaba cocinando con Stephen en el preciso instante en que entró en la cocina. Llevaba tiempo esperando que Stephen tuviera una de sus terribles rabietas. El único motivo por el que eso no había sucedido hasta entonces era que la postración del pobre señor Knapp lo tenía tan débil e indiferente a cómo se comportaran los niños que Stephen hacía lo que le daba la gana. Pero la tolerancia estúpida acababa siendo insostenible y, al final, resultaba en un empeoramiento de la situación. Todas las señales de que la tempestad iba a desatarse estaban allí. Ella las percibió con aguda perspicacia. Los nubarrones podían verse en la cara de Stephen, quien la miró aviesamente, no respondió a su «¿Cómo estás, Stevie, *cariño*?» y, cuando ella cogió una silla, lanzó su peonza al suelo con todas sus fuerzas. Poco después, el niño empezó a moverse por la cocina con ese aire arrogante que la sacaba de quicio y dio una fuerte patada a los bloques de su juego de construcciones.

Había llegado el momento de darle al señor Knapp algún buen consejo que acabara ahorrándole problemas. La señora Anderson no soportaba ni a jorobados ni a tullidos, y el señor Knapp nunca le había gustado demasiado, ni siquiera antes de que aquel terrible accidente lo dejara paralítico; pero se sintió en la obligación de aportar su ayuda a aquel afligido hogar.

—Ese niño le va a dar problemas hoy, señor Knapp —dijo con aire suficiente—. Se está ganando unos azotes. Cualquiera con experiencia lo ve con solo mirarle. ¡Señor! ¡Menudo alivio cuando se vaya a la escuela con los otros!

Había cogido la costumbre de hacerle aquel diagnóstico de Stephen a su madre. Y lo del alivio cuando Stephen se fuera a la escuela lo repetía tanto que casi no era consciente de que lo había dicho. Le sorprendió mucho que el señor Knapp la mirara como si hubiera dicho algo ofensivo. Irritada por aquella mirada, continuó en tono resentido con una de las consabidas máximas de su filosofía de vida:

—La única forma de controlar a los niños, señor Knapp, es no dejar nunca que le tomen a uno la delantera. En cuanto se ve el primer signo de mal comportamiento, hay que cortarlo de raíz —dijo con un gesto que indicaba cómo se cortaba de raíz—, y así la

cosa no va a más. —Y, para ilustrar su argumento, se dirigió a Stephen, que escuchaba dando la espalda testarudamente, en tono reprobatorio y aleccionador—: Stephen, no se dan patadas a los bloques. Está muy mal.

La reacción de Stephen fue instantánea: dio una patada a los bloques con más fuerza que nunca y siguió dando la espalda a la visita de manera provocativa.

La señora Anderson se volvió hacia el padre del niño con la mirada satisfecha que tradicionalmente se atribuía a los caudillos teutones cuando estos arrinconaron a Serbia. Tamborileaba con los dedos de una mano en la palma de la otra, mientras esperaba a que el padre del delincuente pasara a la acción. Él continuó metiendo y sacando la aguja de la media que estaba zurciendo. Su cara tenía el mismo aspecto que la espalda de Stephen.

¡Qué hombre tan desagradable, el señor Knapp! No le sorprendía nada que cayera tan mal a toda la gente sensata de los almacenes. ¡Y qué ridículo resultaba un hombre zurciendo medias! ¡Podía, al menos, parecer avergonzado! La señora Anderson sintió tal repulsa por él en aquel momento que sintió temblor y acaloramiento.

—Bueno, señor Knapp, espero que no pase por alto semejante rebeldía y desobediencia —dijo ella, con la voz temblorosa, por el enfado que tenía tanto con Stephen como con su padre.

—Yo no le he dicho a Stephen que no pegara una patada a los bloques —dijo él secamente.

Su desmesurado sentido de lo correcto frente a aquella demencial apología de lo incorrecto la abrasó con tanta virulencia que apenas podía hablar:

—Bueno..., pero..., pero..., ¡ya...!, ¡entiendo! ¡Entiendo! —articuló finalmente con resentimiento—. Entiendo. Usted piensa que no está mal y que es natural que Stephen vaya por ahí dando patadas a las cosas todo lo que le venga en gana.

El señor Knapp se inclinó para observar el arroz con leche que se estaba haciendo en el horno. ¡Qué ridículo! ¡Un hombre haciendo arroz con leche!

—Le aseguro que no sé por qué cree usted entender nada de este asunto, cuando yo no le he manifestado mi opinión al respecto —dijo él por encima del hombro.

La espalda de Stephen se puso en disposición de escuchar atentamente. El niño no entendía aquellas palabras altisonantes, ni era capaz de interpretar el tono de su padre; pero sí se daba cuenta de que, a diferencia de su madre, su padre no le gritaba ni le regañaba cada vez que la señora Anderson llevaba un rato en casa.

Tampoco es que la señora Anderson consiguiera interpretar muy bien el tono del señor Knapp, a no ser como una característica más de aquel modo de ser profundamente repulsivo. Lester Knapp era una pobre criatura enfermiza, un perfecto fracasado en todo, que ni siquiera tenía la virtud de reconocerlo: en sus penosas circunstancias, le cegaba su soberbia; aunque ella nunca lo habría sospechado. ¡Pobre señora Knapp! ¡Y pobres

niños! Su corazón de madre se estremeció por ellos, abandonados en manos de aquel hombre.

El señor Knapp continuó metiendo y sacando el hilo silenciosamente. Poco a poco, no sabía muy bien cómo, la señora Anderson llegó a la conclusión de que había sido insultada, aunque no tenía muy claro en qué preciso momento. Sintió que le escocía el corazón. Muy dignamente, se echó la capa sobre los hombros y se dispuso a irse.

—Escuche el consejo de una mujer que ya estaba criando hijos antes de que usted naciera —dijo con solemnidad y la voz temblorosa por la profundidad de sus sentimientos—. Se dará cuenta, cuando ya sea demasiado tarde, de que ¡hay que hacer que *les importen las cosas*! Todo depende de eso. La señora Knapp, su pobre madre, lo entendía perfectamente.

—Buenas tardes —dijo el señor Knapp muy claramente.

La puerta se cerró tras ella con la urgencia debida y el portazo hizo que Lester Knapp se sintiera transportado por un vigorizante flujo de ira, como rara vez había experimentado en su vida: una furia simple, ardiente y vivificante, tan buena como un trago de *whisky*. Le hizo sentirse el doble de vivo que normalmente. «Qué cosa tan curiosa es la mente humana», pensó rápidamente. «Cuando me topaba con el *señorandersonismo* en el trabajo, me ponía enfermo, era como si me paralizara del disgusto. Cualquiera cosa en la que ponían sus sucias manos prefería cedérsela, antes de tener que llegar al cuerpo a cuerpo para enfrentarme a ellos. Pero cuando lo que amenaza es a Stephen... ¡Dios mío! ¡Me *encanta* combatirlo! Me hubiera gustado estrangular a esa vieja harpía con mis manos. ¿Se piensa que me puede intimidar atacando mi vanidad? ¿Se piensa que puede poner sus malditas manos de vieja en mi hijo? ¿No le basta con haber arruinado a cuatro de los suyos?».

Miró la inquietante espalda de Stephen y puso a trabajar su excitado y agudizado ingenio en el problema de sacar a Stephen del carril que le estaba conduciendo a uno de sus estallidos. Había descubierto que la salvación de Stephen en tales casos consistía en algo difícil de hacer, algo que le costara hacer, pero no algo con lo que tuviera que pelearse. Pensó con rapidez, y hasta con cierta emoción. ¿Conseguiría él pensar en algo antes, o sería Stephen el que estallara antes?

Stephen se apartó de la pila de sus juguetes y empezó a deambular por la cocina, mirando torcidamente las cosas que se le hacían demasiado familiares.

—Alejandro, Alejandro, ¿qué nuevo mundo puedo descubrirte? —preguntó su padre, dando rienda suelta a su imaginación. Y, al cabo de un momento, le preguntó al niño—: ¡Eh, Stephen!, ¿te gustaría que hiciéramos como que batimos huevos? —Stephen le miró muy serio y desconfiado, pero con una involuntaria chispa de curiosidad en su ojo sombrío—. ¡Así! —dijo su padre.

El padre impulsó la silla hasta la estantería, cogió un cuenco metálico, lo llenó de

agua caliente, le echó un poco de jabón y se puso a batir el agua con un batidor de huevos, hasta que salió espuma.

El rostro de Stephen se iluminó. Desde que tenía recuerdos, recordaba haber visto a su madre jugar con aquel fascinante artilugio, a sí mismo estirando el brazo para que su madre se lo dejara y a su madre diciéndole «No, ni hablar, menudo estropicio ibas a organizar» y colgándolo en donde él no pudiera alcanzarlo.

Estaba demasiado cerca de un estallido nervioso como para ser capaz de decir «¡Qué bien!» o «¡Dámelo!», pero alargó su mano en silencio. Su padre fingió no ser consciente del gesto huraño del niño, ni se ofreció para enseñarle cómo funcionaba el aparato.

Stephen puso el batidor de huevos en el agua y, perfectamente seguro de sí mismo, intentó hacer girar la manivela. Siempre había estado convencido de que podía hacer cualquier cosa que intentara hacer. Entonces, el batidor se le resbaló y se le cayó al suelo. Stephen frunció el ceño, lo cogió y lo sujetó con más fuerza en la mano izquierda. Pero se dio cuenta entonces de que, cuando fijaba su atención en que la mano izquierda sujetara con fuerza el batidor, la derecha se negaba a hacer girar la manivela con aquel movimiento que tanto le fascinaba. Nunca antes había intentado hacer dos cosas diferentes con las dos manos. Dejó entonces de centrar su atención en la mano izquierda y le dijo a la derecha que hiciera el movimiento circular. Inmediatamente, el aparato se le empezó a resbalar, e inmediatamente su atención volvió a centrarse en la mano izquierda, evitando que el batidor se cayera, pero la mano derecha, abandonada a su suerte, dejó de girar la manivela.

«Para él, es como darte golpecitos en la cabeza con una mano, mientras te masajeas el estómago con la otra», pensó Lester.

Stephen estaba desconcertado por la inesperada dificultad de la empresa. Se quedó quieto un momento, en la actitud mental de un hombre que acaba de agarrar por la oreja y una de las patas traseras a un cerdo que se escapaba y al cual no se atreve a dejar ir. Respiró hondó y observó con el ceño fruncido la perversa criatura metálica que tenía en la mano.

Su padre se sentía como los espectadores de un combate de boxeo cuando empieza el segundo asalto, y rezó intensamente para que nada lo interrumpiera. Rezó especialmente para que la vieja imbécil de la señora Anderson no volviera; y, si volvía, le lanzaría a la cabeza la tapa de uno de los quemadores. ¿Para qué estaba él, sino para proteger a Setephen de merodeadoras bestias rapaces? Ni siquiera él se movía lo más mínimo, por temor a distraer la atención de Stephen.

El niño se puso otra vez a ello, pero esta vez sin la desenvuelta seguridad del principio: ahora iba cautelosamente, lentamente, y girando la manivela muy poco a poco. No consiguió nada. La combinación de dos movimientos distintos era algo excesivo para él. Sabía que, si alguien le sujetara el batidor con firmeza, podría girar la manivela. Pero

él jamás se lo pediría a nadie: ¡lo haría él! Lo intentó una y otra vez, sin ningún éxito y empezó a adoptar aquella mirada torva que se le ponía cuando algo no le gustaba.

Su padre observaba compadecido cómo el niño avanzaba a duras penas por la jungla sin cartografiar de su espíritu. ¡Cómo se empecinaba en ello, aquel fierecilla! ¡Y qué enternecedora se le hacía aquella mirada indignada que dirigía a su díscola mano derecha! El padre se dijo a sí mismo, medio riendo, medio nostálgico: «¡Pobrecillo! ¡Todos hemos pasado por el doloroso momento en que uno se da cuenta de que su mano derecha es limitada y falible!».

Le hizo agitarse un poco la risa contenida que le produjo considerar la tormenta repentina y feroz que seguía al viento tropical, cuando vio a Stephen dar patadas al suelo, rechinar los dientes y ponerse rojo y morado de ira, al ser probado hasta el límite en su empeño de dominar aquel utensilio. Volvió discretamente los ojos a su zurcido cuando Stephen gritó: «¡A la porra!», y lanzó el batidor de huevos de un lado al otro de la cocina. Vio entonces que Stephen había recordado de repente la presencia de su padre allí y el niño le dirigió una mirada de preocupación. Él aprovechó este momento para inclinarse otra vez sobre la puerta del horno y fijar la vista en la suave superficie del arroz con leche.

Pero no lo estaba viendo. Lo que estaba viendo era la fiera naturaleza del pequeño Stephen enfrentándose consigo mismo, y Lester le animaba en silencio: «¡A por ello, Stevie! ¡Híncale el diente! ¡Devóralo!».

Tenía un interés casi preocupante por ver en qué paraba aquello. ¿Lo conseguiría Stephen, o se rendiría? ¿Tenía fundamento real aquella denodada testarudez que tantos problemas les había dado? ¿O no era más que una forma de ser aborrecible, como pensaban la mayoría de señoras Anderson que en el mundo han sido? Sostuvo una aguja contra la luz y la enhebró cuidadosamente. Pero en realidad estaba mirando a Stephen, que permanecía de pie, con sus robustas piernas separadas, contemplando ceñudo el postrado, pero victorioso, batidor de huevos. A pesar de que era consciente de la seriedad de aquel momento para el niño, el diafragma de Lester temblaba por su esfuerzo de contener la risa. ¡Stephen el terrible en su pelele rosa de cuadros!

Cogió otra media y metió la mano hasta el fondo. Stephen se dirigió lentamente hacia el batidor, como indiferente. Volvió la vista atrás para ver si había que temer alguna mirada indiscreta que interfiriera con sus asuntos privados; pero los ojos de su padre estaban concentrados en el agujero de la media. Distraídamente, como si no estuviera pensando en lo que hacía, Stephen se agachó, cogió el batidor y se puso de pie sosteniéndolo en sus manos, probando diferentes formas de controlar aquella enloquecedora doble acción. Su torpeza y la falta de destreza de sus músculos sorprendieron al padre. ¡Los niños tenían que empezar desde muy abajo! ¡No sabían *nada*...!, hasta que aprendían.

Esto no le pareció la perogrullada que le hubiera parecido si alguien se lo hubiera dicho. Era una nueva luz que alumbraba las innumerables esquinas de la relación que habían tenido con Stephen, esquinas que habían sido oscuras y pestilentes. Todavía no habían empezado a ser lo suficientemente pacientes, a ir con la lentitud precisa. A Stephen le pasaba con el batidor de huevos, con todas las cosas de la vida, lo que le habría pasado a él, si le hubieran puesto de repente a los mandos de una moderna y complicada locomotora.

Pero no, ¡Stephen no era como él! Sin que le importara, con la magnanimidad de un hombre que ha tocado fondo de manera durísima y que no espera de la vida nada para sí —ni siquiera admirarse a sí mismo—, Lester reconoció en la mirada ceñuda y resuelta de Stephen un poder, un ardor y una voluntad de conquista que él nunca había tenido. A él nunca le habían importado lo suficiente las locomotoras o los batidores de huevos como para poner su espíritu en ellos de aquella manera. Stephen había recibido ese poder de su madre. Se escuchó el grave tictac del reloj en el silencio que siguió. Para Lester, la pausa estaba llena de serios y esperanzadores pensamientos sobre Stephen. En aquel momento, el niño volvió decidido al cuenco de agua, metió el batidor en el agua e intentó una vez más hacer girar la manivela. Aquel perverso artefacto hizo alarde de toda la perversidad que uno puede imaginar: se resbalaba hacia un lado, se atascaba, empezaba a girar sin previo aviso, se cayó al suelo un par de veces haciendo mucho ruido... Las dos veces, Stephen lo recogió pacientemente y volvió a la tarea. A Lester le empezaba a doler la fatiga de contemplar la perseverancia del niño. ¡Dios mío! ¡*Nada* merecía un esfuerzo tal!

«¿Por qué así te lastimas, haciendo que los años
te unzan a su yugo inevitable...?»[16].

Pero Stephen no se rendía. Creía que casi lo tenía. Una de las veces consiguió girar la manivela tres cuartos de vuelta y el corazón le dio un vuelco. Pero después de aquello, siguió fallando continuamente. Stephen soltó un tembloroso y largo suspiro de desánimo y fatiga. Pero no dejó de intentarlo. No lo podría haber dejado. Algo más fuerte que la fatiga le mantenía allí. Las duras fibras de su voluntad apasionada se entrelazaban con su esfuerzo. No podría parar hasta que se cayera. Y estuvo a punto de caerse. Apenas sabía lo que hacía, porque su atención estaba agotada. Pero sus manos, sus manecitas valientes y fuertes, seguían trabajando. Le dolían la espalda y las piernas. Los hombros se le inclinaban solos. Pero no paró.

«Cuando el azar le aporreaba...»[17],

dijo Lester entre dientes.

Y entonces, de repente, pareció que Stephen había doblado una esquina. Algo se reajustó en su cabeza. En vez de subir cuesta arriba penosamente, sintió que se deslizaba cuesta abajo muy fácilmente. ¡Lo había conseguido! Aquella discolá mano derecha parecía domesticada de improviso. ¡Prrrrrrrrrr!, hacían los engranajes metálicos que destelleaban en la espuma blanca. ¡Sonaban como música en los oídos de Stephen! ¡Prrrrrrrrrr! ¡Apenas podía creérselo!

De vez en cuando, se atascaba o iba a trompicones, pero solo tenía que coger el pensamiento —Stephen podía sentir como si el lugar de los pensamientos en su cabeza se contrajera y se pusiera duro— y dar a su mano la orden de que girara de modo constante. ¡Qué poco le gustaba a la mano! ¡Y cómo le gustaba a Stephen el sentimiento de mandar!

Giró y giró. La espuma estaba cada vez más alta. ¡Prrrrrrrrrr! La cocina estaba llena del sonido.

Stephen echó la cabeza para atrás y, riendo orgulloso, miró a su padre. Tenía la cara colorada y radiante, del esfuerzo y del triunfo. La fatiga había desaparecido. ¡Prrrrrrrrrr!

Su padre respiró hondo. Le entraron ganas de aplaudir y gritar «¡Hurra!». Los dos habían estado codo con codo en aquello durante un rato. Podía hablarse del hombre de las cavernas que había inventado el arco y la flecha. Si Stephen hubiera sido el hombre de las cavernas, habría inventado el teléfono. ¡Qué espectáculo tan conmovedor había sido aquel! Se sintió como si hubiera estado leyendo a Emerson. Solo que era mucho mejor que Emerson.

—Bueno, señorito —exclamó, dirigiéndose al niño—. La verdad es que me va a dar mucha pena cuando empieces a ir a la escuela.

El arroz con leche ya estaba hecho. Lo sacó, echó algo de carbón al fuego y miró el reloj. Ya era casi la hora a la que llegaban los otros dos de la escuela. ¡Cómo se había pasado la primera parte de la tarde! Era difícil concentrarse en otra cosa que no fuera el espectáculo de los progresos de Stephen en la vida. Debía sacar la leche y las galletas con las que daba la bienvenida a los otros. Siempre llegaban lo antes posible, después de las cuatro. A veces, Lester se preguntaba qué habían hecho antes, cuando él trabajaba, entre las cuatro y las seis, que era cuando se los solía encontrar esperándole en la puerta de los almacenes. Evangeline decía que estaban «jugando por ahí» con sus compañeros de clase.

Lester no se había dado cuenta de que Stephen había dejado de dar vueltas al batidor de huevos y que le estaba mirando fijamente a la cara, hasta que su voz infantil le preguntó:

—¿Por qué te da pena que vaya *la'squela*?

Lester tuvo que pensar un momento para acordarse de lo que había dicho.

—¡Caramba, Stevie! Pues ¿cómo no? Te voy a echar de menos, ¿qué te crees? Me voy a quedar aquí solito y triste, sin un niño tan gracioso y tan bueno que me acompañe.

Se preguntó por qué Stephen le habría hecho una pregunta como aquella. Era un niño que normalmente entendía muy bien el significado de lo que le decías.

Impulsó la silla hacia la despensa y no vio que Stephen, después de quedarse un momento de pie, se había dado la vuelta y había salido silenciosamente de la cocina. Cuando volvió de la despensa y vio que el niño no estaba, Lester pensó que probablemente se habría ido al piso de arriba a buscar otro juguete.

Stephen se sentía muy raro en su interior, como tembloroso e inquieto. Nunca se había sentido así antes. Y toda esa rareza le invadió por completo, de forma que ya no estaba seguro de si la cara se le había puesto rara y su padre le preguntaría por qué. Lo primero que había que hacer era irse a un sitio donde no lo viera nadie. Se fue, intentando fingir que andaba sin ninguna intención concreta y se metió en el comedor vacío.

Pero el sentimiento no cesó. Lo seguía notando, y le hacía temblar por dentro. Aunque no se sentía enfermo. ¡Claro que no! Era un sentimiento raro, pero bueno, tan bueno que le superaba. Él era demasiado pequeño para poder llevarlo. Era como si se desbordara, de forma que a él le costara respirar: una inundación brillante, cálida, deslumbrante. ¡Y Stephen solo era un niño! Nunca antes había sentido una cosa así. Le asustaba, pero le encantaba. Tenía que irse a algún sitio apartado, donde pudiera estar seguro, a solas con este sentimiento nuevo, extraño, esplendoroso y desbordante.

Entró reptando en el hueco bajo las escaleras —su refugio de siempre—, apoyándose en manos y rodillas, y sin darse cuenta del polvo que le llegaba a la cara al arrastrarse. Aquellos rincones no estaban tan limpios como cuando mamá hacía las tareas de la casa, pero en aquel momento Stephen solo pensaba en el temblor que le recorría todo el cuerpo, hasta la cara..., que se le había puesto como se le ponía cuando estaba a punto de llorar. Se metió con su novedosa emoción dentro del hueco, lo más adentro que pudo. Se sentó entonces con las piernas cruzadas y la cara vuelta a la pared, segura y ciega. Estaba seguro allí. Estaba completamente solo. Estaba a oscuras. Entonces, se dijo a sí mismo, tan bajo que no produjo sonido: «Papá me va a echar de menos cuando vaya a la escuela». Y a continuación, más bajo todavía: «A papá le gusta tenerme a su lado».

De repente, los ojos de Stephen se desbordaron, sus mejillas se humedecieron y tibias gotas empezaron a caer sobre sus manos manchadas de polvo.

Pero no estaba llorando. Lo sabía bien. Llorar dolía. Y aquello no dolía. Aquello aliviaba. Las lágrimas brotaban de los ojos y fluían por las mejillas. Era como si algo que le había pesado en su interior —durante tanto tiempo que casi se había olvidado de ello— se estuviera derritiendo y saliendo al exterior. Sentía que le pesaba cada vez menos, a medida que las lágrimas iban cayendo en sus manos. Era como si se estuviera vaciando

de aquella pesadumbre.

Las lágrimas se fueron espaciando, hasta que se detuvieron. Stephen ya no sentía ningún peso en su interior. Ni siquiera la vieja pesadumbre, tan vieja que casi se había olvidado de ella. Stephen se sintió débil y vacío, y apoyó lánguidamente la cabeza sobre la pared polvorienta y oscura.

Estuvo allí sentado un tiempo que le pareció muy largo, hasta que sintió que la debilidad abandonaba sus piernas y la vaciedad, su cuerpo. Debía volver con su padre, o este empezaría a preguntarse dónde se había metido.

Pero papá se daría cuenta de que había estado llorando y le preguntaría por qué. ¿Cómo iba a notar el cambio, si veía la humedad de sus mejillas? Stephen se habría muerto antes que intentar explicarle a nadie lo que le había pasado. No tenía ni idea de qué le había pasado. Se frotaría la cara con las manos para quitarse la humedad de las mejillas. Sí, eso valdría. Así papá nunca sabría que había llorado. Se restregó vigorosamente ojos y mejillas con los puños, y, cuando notó que ya no había humedad, salió al comedor apoyándose en manos y rodillas. ¿Era aquel el mismo sitio que antes de meterse bajo la escalera? ¡No era posible! ¡Se le hacía tan distinto! Y él se sentía tan distinto...: era otro Stephen. ¡Ligero! ¡Renovado! ¡Radiante! Parecía que no tenía peso, que flotaba por el aire al caminar. Nada le parecía a Stephen como antes. Las paredes y los muebles tenían un aspecto vivaz y alegre. Los saludó con la mano mientras salía flotando a la cocina.

Lester había estado ocupado en la preparación de la merienda de los niños. Había cogido de la estantería de la despensa una bolsa de galletas; sí, de las compradas: se habían quedado sin galletas caseras. Debería haberse dedicado a hacer más, en vez de quedarse contemplando fascinado la batalla cuerpo a cuerpo que Stephen libraba con el universo.

Pero, gracias a Dios, el tipo de comida que había que darle a Henry ya no era una cuestión tan trascendental. Era, ciertamente, una especial disposición de la Providencia el que Henry y Helen fueran ahora mucho más fuertes; que, justo antes de caer en sus inexpertas manos, hubieran empezado a superar su delicada salud. ¿Cómo les habría podido dispensar él los necesarios cuidados, si hubieran estado enfermos con tanta frecuencia como cuando la pobre Eva se desvivía por atenderlos? Ella había tenido muy mala suerte en esto: a ella le habían tocado los malos momentos, y cuando su maravillosa cocina y atenciones los habían sacado adelante, entonces empezó a cuidarlos él. ¡Eva era una espléndida enfermera!

Sirvió un vaso de leche para cada niño y miró impaciente el reloj. Le encantaba el momento de su ruidosa llegada, le encantaba escuchar el ruido de sus pisadas en el porche y el ruido que hacía el portazo que daban. ¿Por qué se retrasaban hoy?

«¡Ah, sí!», recordó. Tenían ensayo de la obra de teatro de la escuela, la de Helen, la

que habían escrito juntos. ¡Qué divertido era que ella le trajera sus pequeños experimentos literarios! Empezó a pensar que quizá la niña tuviera algo de talento. Era verdad que la mayor parte de lo que escribía era una mera copia de lo que había leído, pero de vez en cuando aparecía una pepita de oro, algo que realmente había visto o sentido ella. Por ejemplo, lo que había encontrado garabateado en la guarda de su libro de aritmética. (¡Pobre Helen! ¡Cómo odiaba la aritmética!):

«Los medidos latidos del viejo reloj
Traen paz a mi alma,
Sosiego a mi corazón».

Aquello sí era ella, una genuina expresión de su personalidad; muy diferente de la personalidad de su madre, para quien el tictac de un reloj no era sino la trompeta que llamaba a la acción. Y diferente también de la personalidad de su padre. A él el reloj siempre le evocaba aquello de...

«Pero a mi espalda siempre escucho
El carro alado del tiempo apresurarse...»[\[18\]](#).

¡Qué mediocre era él! Siempre tenía que pensar en las cosas sirviéndose de lo que otros habían dicho. En sus años mozos, cuando todavía pensaba que quizá podía llegar a ser algo, esto siempre le había producido abatimiento, una secreta vergüenza. Pero ahora no le afligía. Desde que había muerto y vuelto a esta otra vida, se tomaba todo —y también a sí mismo— de manera mucho más simple, poco preocupado por lo presentable del papel que le tocaba desempeñar. Y, sinceramente, si esa era su naturaleza, ¿por qué rebelarse contra ella? Los únicos que conseguían algo rebelándose eran los rebeldes. Y él no lo era. ¿Por qué no había de bastar con apreciar la belleza que otros habían creado?

Oyó a Stephen entrar en la cocina. Había tardado mucho en volver, para haber ido a por un juguete.

—Papi —dijo Stephen suavemente detrás de él.

A Lester le sorprendió el tono de la voz. Había algo raro en él. Disimuladamente — con su constante temor a importunar— dirigió una mirada a Stephen, evitando mostrar curiosidad, con gesto despreocupado.

El niño se acercó a la silla de ruedas y se quedó mirándole con una extraña expresión de brillante serenidad en sus ojos. Era evidente que había estado llorando, porque sus mejillas estaban cubiertas de los negros chorretones que se le habían quedado después de secarse la cara con las manos sucias. ¿Pero por qué diantres habría estado llorando? No se había escuchado ningún ruido.

Y tampoco tenía el aspecto de un niño que ha estado llorando. Parecía..., ahora estaba sonriendo..., parecía un pequeño serafín dorado cerniéndose sobre las puertas doradas.

—Papi —dijo en voz baja, pero clara. Dudaba: era evidente que estaba pensando qué decir. Tenía sus brillantes ojos clavados en los de su padre. Finalmente, dijo—: ¿Te gustaría que te trajera un trago de agua?

La sonrisa que acompañó a sus palabras era resplandeciente, la voz dulce, dulce e impregnada de bondad y cariño.

—Sí, claro, Stevie —dijo su padre con un nudo en la garganta—. Creo que tengo sed y no me había dado cuenta.

Stephen empujó una silla hasta el fregadero, se subió a ella, cogió el cacillo y lo sostuvo debajo del grifo. El agua fluyó brillante, salpicándole y salpicando el suelo. Consiguió llenar medio cacillo, cerró el grifo y acercó torpemente el cacillo a su padre, quien bebió agradecido un buen trago.

—¡Gracias, campeón! —dijo al devolverle el cacillo al niño.

Stephen lo dejó en la mesa y volvió junto a su padre, sonriéndole en silencio.

Lester sintió la habitación llena de un etéreo revoloteo de invisibles alas y una especie de desvalimiento ante lo maravillado que esto le tenía. ¿Qué podía haber sucedido? Contuvo la respiración para evitar decir algo inapropiado en su supina ignorancia. Todo lo que se atrevió a hacer fue devolverle la sonrisa a Stephen sin decir nada.

—Papi —volvió a decir Stephen, aunque era evidente que no tenía nada que añadir a la palabra—. Papi... —No se le ocurría otra cosa para expresar aquella misteriosa plenitud que había nacido en su corazón.

—Sí, Stevie —dijo su padre, sintiendo también plenitud de corazón.

—Papi..., ¿te dolerían mucho las piernas, si me siento encima de ellas un ratito?

Lester alargó los brazos vehementemente, cogió al niño y lo sentó en su regazo.

—De mis pobres piernas solo puede decirse una cosa buena, Stephen —dijo en tono misterioso—: que ya nunca me van a doler.

Stephen se rio, se acurrucó, se dio la vuelta y, después de dar un hondo suspiro, como si estuviera muy, muy cansado, su pequeño y cálido cuerpo se relajó de repente y él se quedó dormido, con su cabecita redonda y morena apoyada en el hombro de su padre.

Lester casi se asustó. ¿Se había desmayado el niño? ¿Estaba enfermo? Pero la expresión de la cara de Stephen era de una profunda calma. Parecía un suave capullito de rosa, secreto y sereno, replegado sobre sí mismo, toda su personalidad latente, mostrando solo la tierna máscara de su rostro.

Lester se movió levemente, sin querer. Stephen sintió el movimiento y sus ojos se

abrieron de par en par un instante. Recién abiertos, eran ojos profundos e inexpresivos, pero, antes de que el sueño volviera a vencerlos, reconoció a su padre y aquello hizo que el pequeño Stephen refulgiera a través de sus ojos, como una vela que despide un último resplandor antes de apagarse. Aquella mirada había sido para Lester. Sin moverse, en la exquisita sonrisa de sus ojos, sus labios y toda su transfigurada carita, Stephen estaba dando todo su cariño, se estaba dando él mismo a su padre.

Bastante tiempo después de que el pequeño espíritu ardiente se hubiera ido a otro sitio, dejando el cuerpo inerte, cálido y de respiración profunda sobre las rodillas paralíticas, su padre seguía allí sentado con los labios temblorosos.

Se dijo entonces a sí mismo: «Y yo soy el que hace tres meses estaba deseoso de abandonar esta vida».

CUARTA PARTE

CAPÍTULO DIECIOCHO

Cuando Evangeline leyó la nota en la que se le pedía que fuera al despacho del señor Willing, pensó, por supuesto, que era porque había llegado el nuevo género de Hasenheimer y el señor Willing le iba a pedir que se quedara esa tarde para ayudar a desembalar y colocar las cosas. Pero fue la voz de la señora Willing la que dijo «¡Adelante!», cuando llamó a la puerta; y, en el momento que la abrió, supo, por la expresión que vio en la cara del señor Willing, que algo importante iba a suceder.

El señor Willing esperó a que su mujer y Evangeline cumplieran con los protocolarios saludos y expuso el asunto sin ningún preámbulo:

—Señora Knapp, la señorita Flynn nos acaba de comunicar que, por motivos familiares, nos va a dejar el mes que viene.

Él siguió hablando después de decir esto, pero Evangeline no necesitaba seguir escuchando: sabía todo lo que le iba a decir, antes de que se lo dijera... Todo, excepto el sueldo, ¡que era ciertamente más de lo que la señorita Flynn había ganado nunca! ¡Y eso, para empezar! En su cabeza solo había una idea: cuándo podría irse a un teléfono para contárselo a Lester. No iba a poder esperar a llegar a casa aquella tarde. Adoraba a Lester porque estaba segura de que aquello le iba a poner tan contento como lo estaba ella, que no sentiría celos ni rencor. ¡Qué *bueno* era Lester!

Ella vio en las caras de las dos personas que tenía delante un reflejo de lo que debía de haber en la suya. Comprendían lo que aquel momento suponía para ella.

Y para ellos, también. Percibió en sus voces, cuando le hablaban, un nuevo tipo de relación con ella, un respeto nuevo. Ellos la necesitaban a ella tanto como ella a ellos. Ella era importante para los Willing y el espléndido trabajo que estaban desarrollando. ¡Era maravilloso ser realmente útil en un proyecto de envergadura!

«¡Sí, por supuesto, señora Willing!», había asentido ella con todo su corazón, cuando aquella mujer más joven que ella le había dicho: «Creemos que usted puede entender nuestro planteamiento. Para nosotros no se trata solo de unos grandes almacenes: es nuestra vida la que subyace en el trabajo».

Aquella aseveración le pareció un tanto extravagante y femenina al señor Willings, quien matizó:

—Pensamos que se trata de una excepcional oportunidad, considerando todos los aspectos, de proporcionar un buen servicio. Con la acogida que estos grandes almacenes

pueden tener de manera natural en la comunidad y en los agricultores y ganaderos de la región circundante, esperamos... —carraspeó—, esperamos duplicar el negocio antes de no muchos años.

—¡Oh, mucho más que eso! —exclamó su mujer—. Obviamente, todo esto es confidencial, señora Knapp. No nos gustaría que saliera de aquí. Pero dado que a usted la consideramos una parte implicada con nosotros en este proyecto... Si, con los oxidados mecanismos que manejaba el pobre tío del señor Willing, los almacenes cubrían gastos, imagínese hasta dónde podremos llegar con una organización moderna, como la que tiene pensada mi marido. ¡Mejores salarios, precios más bajos y un género excepcional!

—Mi idea del *buen* género, señora Knapp —dijo el señor Willing con seriedad— es que debe proporcionar una educación liberal del gusto.

—Denos diez años —apostilló la señora Willing entusiasmada—, y ya me dirá si la gente que sale a pasear los sábados por la tarde en este pueblo no tiene un aspecto diferente. ¡La ropa que llevan ahora debe de darles un tremendo complejo de inferioridad!

—Denos diez años —dijo el señor Willing riendo—, ¡y ya me dirá si queda en todo el pueblo un solo salón amueblado con roble dorado y sillones Morris!

Evangeline estaba deslumbrada con todo lo que estaba sucediendo: su ascenso; estar allí sentada hablando de un modo tan personal con los propietarios de los almacenes; escucharles hablar del maravilloso planteamiento que tenían de su negocio. Era también su planteamiento. Cada palabra encontraba eco en su corazón, aunque ella no tenía la formación suficiente para expresarlo tan brillantemente como lo hacían ellos. Empezó, no obstante, a sentirse incómoda por llevar tanto tiempo fuera de su puesto. ¿Qué iba a pensar la señorita Flynn? Le produjo entonces una gratísima sorpresa darse cuenta de que lo que pensara la señorita Flynn ¡ya daba igual! Se sintió varios centímetros más alta.

El señor Willing continuó:

—Hace tiempo que tenía ganas de tener una conversación con usted sobre cuestiones generales, y me parece que este es un buen momento. Queremos que usted tenga una visión global y pormenorizada del asunto. Hay ciertos aspectos en el negocio de venta al por menor, dentro del sector textil, que plantean complicadas coyunturas en lo que respecta a...

«¡Déjate de lenguaje altisonante!», pensó su mujer. Y le interrumpió, como una tijera que divide en dos una cinta que se está desenrollando lentamente:

—Lo que nos preocupan son las empresas de compra por correo y las tiendas de todo a diez centavos. Es tremendo cómo se están haciendo con el negocio en las zonas rurales. Lo que hay que hacer es tomarles la delantera. Y eso lo podemos lograr, si conseguimos que se nos conozca por nuestro excelente servicio y una atención a las

necesidades de cada cliente tan exquisita que *disfruten* viniendo a los almacenes. Porque una vez que los tienes dentro...

«Parece mentira: ¡hasta las mujeres más brillantes se quedan siempre en la visión pequeña, estrecha y concreta!», pensó el señor Willing. «No caben en su cabeza los grandes proyectos». En voz alta, dijo con sencillez y dignidad:

—Yo me crié en una granja, señora Knapp, una granja muy pobre. Por eso, entre nuestros clientes, siento una especial debilidad por los campesinos. Yo sé bien qué pocas ocasiones te brinda la vida en el campo de mantener una relación social civilizada con tus compatriotas, qué poco brillo y color puede tener la vida en el campo. Mi ilusión es que toda visita a nuestros almacenes sea tan educativa como puede serlo una reunión en una granja para tomar el té con las campesinas de la zona. Y quiero que cada compra que hagan en nuestra tienda esos mocetones de campo contribuya a quitarles ese pelo de la dehesa ¡que les sitúa en inferioridad de condiciones frente a los resabios engreídos de petulantes ratas urbanas! —Su voz ardía con experiencias de su propio pasado—. Contamos con usted, señora Knapp, para formar a sus chicas en el modo de tratar a nuestros clientes del campo. Ya *sabe*: cordiales, pero respetuosas, cariñosas, pero sin dar jabón...

—¡Sé *perfectamente* a qué se refiere! —exclamó Evangeline de repente, con tal convicción que dejaron de hablar un momento para recrearse en la sintonía que aquella mujer tenía con ellos.

Sí, ella valía. Valía.

—Mi ideal —dijo Jerome— es el servicio. Quiero convertir nuestros almacenes en un pequeño *oasis* del mundo moderno al alcance de la estupenda población americana que habita a nuestro alrededor. Quiero escoger para ellos *lo más apropiado*, aquello que ellos no serían capaces de escoger para sí mismos por falta de la formación adecuada. Con los modernos métodos con los que mi mujer y yo estamos familiarizados, un mayor volumen de ventas y mejores dependientes, incrementaremos no los salarios, sino las comisiones, de manera que podremos mantener una máxima eficiencia. Así podremos bajar los precios y poner a nuestra gente al nivel de la gente de las grandes ciudades. Y es que hace tiempo que pienso, señora Knapp, que el alarmante éxodo americano a las ciudades viene de un endémico sentimiento de inferioridad que desaparecería con la posesión de productos de calidad. Ya ve —dijo sonriéndole— que, al final, estaremos aportando nuestro granito de arena a los más altos intereses del país.

—Todo ello, por supuesto, sobre una sólida base de negocio —intervino su mujer.

—Claro, claro, sobre una sólida base de negocio —repitió el dueño de los almacenes. Los tres, unánimes, se estrecharon la mano.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Mattie Farnham tenía la mesa del comedor cubierta de las telas y los patrones con los que estaba intentando hacerle un vestido a su hija Margaret, empeño continuamente interrumpido por la llegada escalonada de sus hijos. Estos volvían de la escuela a horas diferentes, en función de su edad y la correspondiente ubicación en la escala de los cursos. El pequeño Jim, primer curso, estaba libre a las dos; Loren, en cuarto, salía a las tres; y Margaret y Ellen aparecían poco después de las cuatro. Las horas de llegada eran distintas, pero la manera de llegar era idéntica: ruido de pasos apresurados en el porche, la puerta que se abría, portazo y el consabido grito de «¡Mamá! ¡Ma-máááá!».

Mattie siempre contestaba con un «¡Aa-quííí!» en dos notas; y añadía: «¡En el come-dooor!»; pero nunca esperaba a que fueran a buscarla. Siempre dejaba la labor y cualquier pensamiento sobre ella, y salía rápidamente a darle un abrazo y un beso al recién llegado y a ver, por su aspecto, cómo había ido su día en el mundo exterior.

—Jimmy, se te ve cansado. ¿Has comido bien? Ven, que te voy a dar un trozo de pan con mantequilla.

—Mami, hoy la maestra me sacó a mí a hacer el saludo de buenos días a toda la escuela en la asamblea de la mañana.

—¿De verdad? ¿Y qué saludo utilizaste? ¿No te dio miedo? Dímelo a mí, que yo lo oiga.

Media hora después seguían todavía en la despensa, Jimmy sentado en el mullido regazo de su madre, con las piernas colgando y contándole entre mordisco y mordisco todo lo que había pasado en el tiempo que llevaba sin verla. Mattie escuchaba atentamente, apartando el pelo de la despejada y blanca frente del niño, deleitándose entusiasmada con los cambios de expresión de aquella carita redonda y sonrosada.

Entonces Jimmy quiso saber qué estaba haciendo *ella*, y se fue al comedor, donde su madre le tuvo que explicar qué eran los patrones mientras él se colgaba de ella, le arrugaba el papel y se metía en medio, los dos hablando al mismo tiempo.

No se sabía muy bien cómo, era ya el momento de Loren. ¿Adónde había ido a parar esa hora? Portazo, el jovial grito de «¡Mamá! ¡Ma-máááá!» y vuelta a empezar. Esta vez, el emocionante relato de cómo la profesora había regañado a Morton Cummings de la manera más terrible que había visto nunca, por copiarle la tarea a Sadie Bennett. Tanto Jimmy como su madre estaban como hipnotizados.

Pero el vestido de Margaret no avanzaba con demasiada rapidez. A las cuatro menos cuarto, a Mattie todavía le quedaban por cortar las mangas, e iba a tener que *aplicarse* a ellas, porque no había comprado la batista suficiente y la costura tendría que ir debajo del brazo.

—Loren, ¿por qué no os vais Jimmy y tú a jugar fuera como buenos chicos? Mamá tiene que acabar esto.

«¡Señor! Seguro que Evangeline Knapp lo tendría ya todo cortado e hilvanado...», dijo para sus adentros.

Y entonces, como de un cielo despejado, vino el inesperado rayo de una idea nueva: ¡cómo podía haber surgido de aquel modo! No había pensado en los Knapp, ni una sola vez en todo el día. Había estado completamente absorbida por su costura y por sus hijos; y, sin embargo, en el momento en que el nombre de Eva le vino a la cabeza, un cuadro completo se dibujó ante ella, como si hubiera estado estudiando a aquella familia durante semanas. Todo lo que tenía en la cabeza se había configurado de manera distinta, como cuando miras en un caleidoscopio, lo agitas y obtienes un diseño diferente. ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?! Le vino una cosa detrás de otra... ¿Cómo no había pensado en ello antes? Lo veía tan nítido ahora..., ¡pues claro!

El grito de Margaret y Ellen llamando a su madre no obtuvo respuesta. Sorprendidas y molestas, se apresuraron a buscar a su madre y la encontraron sentada en una silla e inclinada sobre la mesa del comedor, con sus grandes tijeras en la mano y los ojos muy abiertos y fijos. Les contestó ensimismada, sin apenas mirarlas, sin darse cuenta de que Ellen había perdido el lazo del pelo e interrumpiendo a Margaret, que le había empezado a contar cómo a Maria Elwell se le había caído la enagua al saltar:

—Mirad, chicas, tengo que acercarme a casa de vuestro tío Lester. Vigiladme a Jimmy, ¿vale? —dijo de repente, como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que Margaret estaba hablando.

Margaret y Ellen se preguntaron qué le pasaba a su madre, mientras comían su pan de jengibre de las cuatro de la tarde. Pero tampoco les preocupó demasiado. Las cosas que le pasaban a mamá nunca eran preocupantes.

Anduvo tan deprisa que, cuando subió los escalones del porche de casa de los Knapp, estaba jadeando, aunque, cuando llegó a la puerta, no sabía ni por qué había ido ni qué decir. Allí estaban Henry y Helen, disfrutando de su vaso de leche con galletas y contándole a su padre lo que les había pasado ese día. Las galletas le dieron a Mattie la excusa para decir algo:

—¿Puede tomar Henry esas galletas con especias? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Lester—. ¡Ahora come de todo! Parece que su estómago ya no es tan delicado como antes. Yo ya le digo que come como un lobo. El médico dice que a veces se les pasan esas cosas cuando se acercan a los diez años.

—Sí, claro, los diez años... —dijo Mattie—. Y a continuación preguntó—: Helen, ¿tú no estás más gordita que antes? Me da la impresión de que tienes la cara mucho más rellena.

—¿Has venido solo para darte cuenta de eso, tía Mattie? —dijo Helen riéndose—. Tenías que haberme visto intentando meterme en un vestido del verano pasado. ¡Ya no me cierran! Les falta un tanto así. —Y le mostró con las manos la anchura de lo que faltaba.

—Helen ha engordado cuatro kilos —explicó Lester—. La enfermera de la escuela dice que todos los niños están ganando peso, ahora que les dan leche en el recreo.

—Sí, claro, leche en el recreo... —dijo la tía Mattie.

Helen y Henry se acabaron las galletas y se fueron a ver sus pollos. Lester y los niños tenían ahora una granja avícola a muy pequeña escala: estaban criando pollos en un gallinero hecho con una caja de embalaje, en el jardín trasero de la casa. Stephen ya estaba allí, apoyado en la red de alambre, «viendo crecer las plumas de la cola», como decía él.

Lester citó esas palabras, mientras impulsaba su silla en dirección a la puerta abierta, desde la que Mattie contemplaba a los niños maternalmente entretenidos con aquellas bolitas amarillas que no paraban de piar.

—En serio, Mattie, las plumas de la cola y las alas salen tan rápido que las puedes ver crecer. —Y añadió—: Yo *también* me dedico a ver crecer plumas. Es como si a Stephen le estuvieran creciendo alas, de lo bueno que es. Supongo que es porque, como se ha pasado el invierno, ya puede volver a jugar fuera. Últimamente estamos teniendo un tiempo magnífico.

—Sí, debe de ser porque ya puede volver a jugar fuera —dijo la tía Mattie. Y mientras se daban la vuelta para volver a entrar en la cocina, donde había pan preparado para meterse en el horno, preguntó—: Lester, ¿estás mejor de tus indigestiones?

—¡Chis! —le dijo poniendo el dedo índice en los labios con gesto cómico—. ¡Ni lo menciones! Llevo meses sin tenerlas, pero no quiero ni hablar de ello, no vaya a ser que vuelvan. El doctor siempre decía que era algo nervioso. No conozco mucho de la geografía de mis órganos internos, pero quiero pensar que la tremenda sacudida que ha padecido mi sistema nervioso puede haber colocado las cosas en su sitio, por lo que respecta a la digestión. De todas formas —dijo dirigiendo una mirada triste y fría a sus paralizadas piernas—, no recomendaría a nadie una cura como esta para sus problemas de digestión.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Mattie mientras volvía la vista a otro lado.

—¡Qué duro!

—No es ninguna broma, no. Pero tampoco me quejo —dijo él tal y como lo sentía.

—¡Pero, Lester! —exclamó ella—. ¿Acaso no...? Estoy segura de que podrías ser

profesor en alguna universidad o en un instituto. Los profesores no necesitan poder andar. Y tú siempre le has dado una gran importancia a la poesía, los libros y todo eso. No puede haber nadie más...

Lester soltó una carcajada ante lo absurdo que le parecía lo que estaba escuchando.

—Amiga mía, no sabes lo que dices. Yo sería tan desastroso en las aulas como lo he sido en los almacenes. ¿Qué te hace pensar que en las universidades quieren profesores que adoren la literatura? Lo que quieren son profesores capaces de tener a los jóvenes sentados, bien quietos y escuchando, sin importar si vibran con lo que escuchan o no. Quieren a alguien capaz de «mantener el orden» y ejercitar a los alumnos en la memorización de datos para que puedan aprobar exámenes. ¡Yo no podría hacer eso! Detestaría meter con calzador la literatura a chicos y chicas que no quieren saber nada de ella, lo mismo que detestaría vender cosas a personas que no las necesitan. Sería un lastre, como lo he sido siempre. —Consciente de que Mattie no acababa de entenderle, descendió a cuestiones más concretas—: Además, sin las titulaciones necesarias, no puedo conseguir un trabajo de ese tipo: es como si quisiera abrir consulta de médico. Ahora, las universidades te piden un doctorado. Y no hay ni un instituto de barrio que vaya a hacerle caso a un tipo que solo ha estudiado tres cursos en una universidad estatal, hace quince años, y que, desde entonces, lo único que ha hecho es fracasar en el intento de llevar la contabilidad de unos grandes almacenes.

Mattie sí comprendió lo irrefutable de estos argumentos:

—Sí, ya veo —dijo en tono triste.

«¡La buena de Mattie! Infantil, inexperta y poco práctica...», pensó Lester.

Mattie dio un profundo suspiro y se fue en silencio.

Aunque ya hacía rato que debía haber empezado a preparar la cena, Mattie no fue a su casa. Se fue directamente a los Almacenes Willing y, una vez allí, subió al departamento de abrigo y trajes de señora. Eva estaba ocupada con clientes, como siempre. «Todas quieren que las atienda Eva», pensó Mattie, dejándose caer en una butaca. Tenía los ojos fijos en Evangeline. ¡Qué mujer tan extraordinaria! Y ahora que tenía dinero para comprar ropa, ¡qué estilazo! No había nadie en todo el pueblo que le pudiera hacer sombra. Mattie estaba haciendo estas reflexiones de manera automática. Era siempre lo primero que pensaba cada vez que veía a Eva.

Pero hoy, devastada por aquella nueva percepción, que solo ella había tenido, lo que menos le preocupaba era el estilo. Lo que veía hoy era la cara de Eva, atenta, interesada, acogedora; y sus ojos, aquellos en los que Mattie siempre recordaba «una especie de impaciente mirada», estaban ahora resplandecientes y serenos, fijándose primero en los trajes que estaba enseñando y, a continuación, en sus clientas. Eran dos mujeres de campo: una madre de edad avanzada y su hija adulta. Mattie estaba demasiado lejos

como para poder escuchar la conversación, pero comprendió perfectamente la situación por los gestos y la expresión de las tres caras. Las dos mujeres habían dejado su decisión en manos del buen gusto de Eva y esta, mirándolas con profundo interés, se estaba poniendo en su lugar de corazón, para poder aconsejarles lo mejor. ¡Se la veía feliz!

Mientras la observaba, Mattie notó un nudo en la garganta y calor y humedad en los ojos. ¿Qué le estaba pasando? Tragó saliva y apartó la mirada, procurando pensar en otra cosa. Pero no pudo. Lester y Stephen y Henry y Helen..., ¡y Eva!, aparecían ante sus ojos..., sus ojos abiertos.

«¡Dios mío! ¡No puedo ponerme a llorar aquí en los almacenes!», pensó sobresaltada, levantándose y dirigiéndose a la ventana.

Cuando se volvió, las clientas de Eva ya habían tomado su decisión, una decisión satisfactoria, a juzgar por su expresión de alivio. Las tres mujeres hablaban y sonreían, distendidas y alegres. Mattie escuchó que Eva decía: «¡Estoy convencida de que lo van a *disfrutar* muchísimo!». Acompañó a sus clientas al comienzo de las escaleras, hablando con ellas como una amiga de toda la vida, y se despidió de ellas estrechándoles la mano respetuosa y cordialmente. Entonces se dio la vuelta y fue adonde estaba Mattie casi corriendo.

—Mattie, tengo que contarte algo —le dijo sonriendo. Miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca y continuó, bajando la voz—: Ha fallecido la sobrina de la señorita Flynn y ha dejado cuatro niños pequeños, y el padre, que no tiene familia, quiere que la señorita Flynn vaya a criar a sus hijos y a llevarle la casa. Él se dedica a los invernaderos, en Cleveland, y tiene mucho dinero. Ella ha accedido. —Mattie, a quien le costaba asimilar muchas cosas de una vez, no entendió aquello. No veía más que la curva de los sonrientes labios de Eva y el brillo de sus ojos: eso sí lo entendía sin ninguna dificultad—. ¿No te das cuenta? —susurró Eva—. Alguien va a tener que ocupar su puesto de jefa de departamento. Me van a probar a mí ahí. ¡¿A que son estupendos?! Mattie, ¡son tres mil al año! ¡Y comisiones! ¡Y un trabajo fascinante! Estoy deseando ponerme manos a la obra y ver todo lo que puedo hacer con mis dependientas. Mattie, ¡vamos a poder empezar a ahorrar algo de dinero todos los meses para la universidad de los niños! Y quizá podamos comprar un Ford en el que poder sacar a Lester de paseo con los niños... ¡Oh, *Mattie*!

En este punto, Mattie se derrumbó y volvió a poner en evidencia —como dijo después ella, disculpándose— que era tan tonta que no podía evitar ponerse a llorar como una histérica sin sentido, de forma que la tenían que llevar corriendo al baño para intentar calmarla con agua fría y sales.

—Llevo desde el mediodía muy sensible —explicó, mientras se sonaba la nariz—. No sé lo que me pasa. Supongo que son los años.

—Bueno, a mí también me han entrado ganas de llorar —dijo Eva, acercándole un

vaso de agua—. Esto me ha llegado muy pronto, mucho antes de lo que yo nunca me hubiera atrevido a esperar. Y va a significar mucho para Lester y los niños. De otro modo, jamás habrían tenido una educación universitaria. Mattie, he tenido todo el día en la cabeza el himno «Con maravillas obra Dios...».

—¡*Cállate!* —dijo Mattie con voz ronca—. ¿Quieres que empiece a llorar otra vez?

—Es cierto —dijo Eva— que para una madre es muy duro estar separada de sus...

Mattie la interrumpió de repente, como para cambiar de tema:

—Eva, ¿cómo estás de tu eccema?

La señora Knapp se subió la ancha manga, de moderno diseño, y mostro un blanco y limpio brazo.

—El doctor Merritt ha acabado encontrando una cura —dijo—, un nuevo tipo de pomada de la que oyó hablar en un congreso médico. Ha funcionado a las mil maravillas. Hace que me ha desaparecido el eccema... ¡ni me acuerdo! Al doctor le costó mucho tiempo dar con la solución, pero al final lo consiguió.

Eran las cinco y media cuando la señora Farnham se fue de los almacenes, pero no se dirigió a su casa. «¡La cena *puede* esperar!», pensó desesperada. ¡¿Qué era una cena comparada con ciertas cosas?! Anduvo apresuradamente hacia la casa del doctor Merritt, esperando con toda su alma que este estuviera allí.

El médico estaba sentado en el porche, leyendo el periódico de la tarde.

—Hola, señora Farnham —dijo él, sorprendido de verla—. Nunca pensé que fuera a hacer negocio con *su* familia. ¿Quién se ha roto la pierna?

—Estamos todos bien —dijo ella—. Venía a preguntarle por los Knapp. Ya sabe usted que estoy medio emparentada con el señor Knapp. Y quería preguntarle cuál es en realidad la opinión de usted sobre su caso..., quiero decir si piensa usted que podría llegar a curarse.

El médico se dio cuenta de que le temblaba la voz al hablar. ¡Qué gran corazón tenía aquella mujer! Se tomaba muy a pecho los problemas de los demás...

El doctor Merritt dudó. Nunca hablaba de sus pacientes con terceras personas, y menos con una cotorra como la señora Farnham. Pero últimamente había pensado unas cuantas veces que, si había alguna posibilidad de que Lester Knapp mejorara, habría que empezar por hacer una campaña para secar la fuente de efusiva compasión familiar. Lo sabía todo de ese tipo de campañas, por propia experiencia, y tenía muy clara su necesidad. «¡Maldita compasión de las familias!», solía decir malhumorado. «El “pobre Charlie” y el “pobre Mary” han llevado a la tumba a más enfermos que nosotros los médicos».

Hacía tiempo que sospechaba que la bienintencionada señora Farnham había *pobrelestereado* bastante en casa de los Knapp. Quizá fuera aquella una oportunidad de

reconducirla, de darle un nuevo rumbo a su mentalidad. Claro que tendría que esforzarse por utilizar con ella un lenguaje lo más sencillo y elemental posible, porque la realidad es que era casi analfabeta.

—Le voy a decir, señora Farnham, lo que yo pienso de este caso. Por lo que yo puedo colegir, la efusión de sangre en el interior del canal vertebral ha sido ya absorbido, o casi. No parece que haya ningún desplazamiento de los huesos vertebrales, y no hay ninguna atrofia muscular, que es lo que habría si se hubiera dañado la médula espinal. Creo que hay fundadas razones para pensar que la pérdida de fuerza en las piernas es una secuela de condiciones orgánicas que ya han desaparecido. El caso requiere ahora tratamiento psíquico, más que mecánico.

—¿Orgánicas? —dijo la señora Farnham, un tanto aturdida. Aquella palabra le hacía pensar en la iglesia.

—Lo que quiero decir es que, en mi opinión, ya no hay una lesión física, a pesar de que el señor Knapp no haya recuperado todavía las sensaciones normales. Debemos intentar recuperar el tono general de su cuerpo, tratando las consecuencias del *shock* que ha sufrido el sistema nervioso. En cuanto el tiempo lo permita, lo voy a intentar con helioterapia. —En este punto, la señora Farnham contuvo la respiración—. Eso es el tratamiento de las áreas afectadas mediante exposición directa a la luz del sol. Han hecho cosas maravillosas en Francia con ese tratamiento, precisamente en pacientes con afecciones de este estilo. Y, por supuesto, en cualquier momento, cualquier tipo de estímulo nervioso repentino puede propiciar la recuperación. ¿Ve usted, señora Farnham?, el caso del señor Knapp es ahora como el de esa gente que se cura en Lourdes, o los que cura Coué. Exactamente el mismo tipo de fenómeno.

—No entiendo muy bien —reconoció Mattie con humildad—. Lo que quería saber era... —Aquí le falló la voz—..., ¿cree usted que puede curarle?

«¡Qué cortita es!», pensó el doctor. Y añadió en voz alta, temeroso de que le repitiera sus palabras a la señora Knapp:

—No diga nada de esto a nadie, señora Farnham, y mucho menos a la señora Knapp. No quiero vender la piel antes de matar el oso. A usted no le hubiera dicho nada de no ser porque es usted pariente y una mujer sensata. No quiero crear expectativas y que luego... —(¡Con qué expresión tan extraña le miraba ella! Estaba pálida y nerviosa). Y añadió con rotundidad—: Sí, señora Farnham, entre usted y yo, sí creo que puedo curarle.

Ella profirió un gritito que era como un lamento.

—¡Oh, doctor! —exclamó consternada, con los ojos clavados en él.

¿Qué le pasaba a aquella mujer ahora? Él fijó a su vez los ojos en ella, inexpresivo, desconcertado, sin saber qué pensar.

Otra mirada se dibujó en los ojos de ella: era ahora una mirada implorante. Juntó las

manos con ademán de súplica.

—¡Oh, *doctor*! —le rogó con voz temblorosa.

Sus ojos, su voz, su actitud suplicante, sus manos temblorosas... hicieron que el médico la entendiera. Al principio sintió una interior remoción de sorpresa, pero luego reconoció claramente algo que él había sabido durante todo aquel tiempo.

Ella percibió el cambio de expresión de su rostro, cómo el desconcierto había abandonado sus ojos, en los que ahora se reflejaba una profunda comprensión.

Fue un prolongado y rico intercambio de significados el que se produjo mientras se miraron el uno al otro: el hombre enjuto de mediana edad, que en aquellos momentos había dejado de ser un simple médico; y la mujer gris de mediana edad, transformada en sabiduría esencial, gracias a la perspicacia de su amante corazón.

Mattie escuchó el movimiento de alguien en la casa.

—¡Tengo que irme! ¡Tengo que irme! —dijo quejumbrosa.

Y se marchó cojeando por el sendero. Los pies le molestaban como un dolor de muelas, por lo apresurado de sus expediciones de aquella tarde.

Media hora después, tuvieron que salir a llamar al doctor para la cena y casi gritarle en el oído, por lo sumido que estaba en sus pensamientos, con el periódico de la tarde, que no había leído, sobre sus rodillas.

—¡Por el amor de Dios! ¿Es que no oyes la campana de la cena? —exclamó su mujer—. ¡No ha parado de sonar!

CAPÍTULO VEINTE

La noche del día en que a la señora Knapp le dijeron que iba a ocupar el puesto de la señorita Flynn, Helen y su padre lo celebraron preparando una tortilla de puntas de espárrago (la cena favorita de mamá) y mandando a Henry a la heladería de Angelotti para que trajera rápidamente una tarrina de helado de vainilla y chocolate. Aquella noche no jugaron a las cartas: se sentaron a comentar lo sucedido, a admirar a la madre y a escuchar una y otra vez los benditos sucesos acaecidos en la familia de la sobrina de la señorita Flynn, que habían sido el motivo por el que esta tenía que dejar su trabajo.

—Evidentemente, ¡es terrible, es algo tristísimo! —les recordó la madre—. No hay nada, *nada* que les pueda compensar por esa pérdida.

Pero esta decorosa observación no enturbiaba la celebración. La señorita Flynn no era más que una lejana y desagradable leyenda para los niños; y para Lester había sido en tiempos su particular bestia negra. Y en cuanto a la muerte de una sobrina a la que no conocían en absoluto, la madre no podía evitar que fuera únicamente la circunstancia que había llenado sus vidas de luz. Así que continuaron haciendo planes con creciente entusiasmo y pensando en todo lo que podrían hacer cuando tuvieran un Ford y los domingos fueran de pícnic al campo, todos juntos, ¡hasta papá! Hablaron de a qué universidad le gustaría ir a Helen. Hablaron del tipo de bicicleta que más le gustaba a Henry.

Los niños participaron en la conversación hasta las nueve de la noche y, tiempo después de meterse en la cama y apagar la luz, todavía podían escuchar el distante murmullo de las voces de papá y mamá haciendo planes: un murmullo cordial, alegre y desenfadado. Helen no recordaba la última vez que había oído a sus padres conversar de ese modo. Era como música en sus oídos. El último pensamiento que tuvo antes de dormirse fue: «¡Qué feliz soy! ¡Nunca había sido tan feliz!».

Su madre se durmió con el mismo pensamiento. Parecía que todo aquello le producía una emoción desbordante, porque se despertó de pronto, justo antes de que las campanadas del reloj dieran las tres, y no conseguía dormirse. Una gozosa confusión, un flujo de pensamientos felices bullía en su cabeza: «Voy a ocupar el puesto de la señorita Flynn. Tres mil al año. ¡Y comisiones! En cosa de un año seguro que estoy ganando cuatro mil».

¡Cuatro mil dólares! Nunca habían tenido más de mil ochocientos. Sus pensamientos

iban felizmente de los planes para su casa a los planes para reorganizar el departamento en los almacenes. Durante un tiempo, tumbada en la cama, su cabeza estuvo tan activa, resolutive y concentrada en su trabajo como si estuviera en los almacenes; estaba pensando en un sistema de tarjetas postales, mediante el cual informaría a sus clientas cuando llegara algo especialmente adecuado para ellas: «Querida señora Russell: Entre las novedades que nos acaban de llegar de Nueva York, hay unos vestiditos de punto, tejidos a mano, en tono tostado, que parecen hechos para su pequeña Margery...»; «Querida señorita Pelman: ¿Se acuerda del traje que no compró por el ribete horizontal que llevaba la falda? El señor Willing encontró en Nueva York la semana pasada ese mismo traje sin ribete. Lo he apartado hasta que pueda usted pasarse a echarle un vistazo».

Se preguntaba si sus dependientas podrían enviar también ese tipo de tarjetas. No: debía hacerse con mucho tacto y, sobre todo, sin que diera la impresión de que era algo urgente. A la gente no le gustaba sentirse perseguida.

Recorrió mentalmente los innumerables detalles de sus planes: con su habitual sistematicidad y rigor, su habitual interés entusiasta, su habitual consideración de los mismos como indiscutiblemente importantes. De ahí pasó a la serie de sesiones de formación que tenía previsto impartir a sus dependientas: tipos de telas, estilos, elementos distintivos del género que ellos trabajaban... Ojalá pudiera hacer lo mismo con las chicas del departamento de fajas y jerseys de señora. Había dependientas muy capaces trabajando ahí, pero desconocían totalmente el negocio. Lo captarían todo a la primera, si se les diera la ocasión, si a ella le permitieran...

¡En fin! Se estremeció un poco al preguntarse si algún día podría llegar a ser no solo jefa de departamento, sino supervisora de toda la planta. Tumbada en el silencio de la noche, tuvo una repentina premonición que le hizo caer en la cuenta de que el camino del ascenso se abría ante ella, que podía dar pasos seguros y firmes hacia el éxito y llevar hasta ahí a sus adorados hijos, trabajando para ellos con toda su alma, profundamente agradecida de poder darles lo que, hasta entonces, solo había sido un deseo formulado desde una trágica impotencia.

La amplitud de sus pensamientos, la oscuridad de la noche y la inusitada pasividad de su cuerpo tendido provocaron en ella una extraña suavidad de ánimo. Se sintió casi como cuando era niña..., soñando.

Y aquello le hizo pensar en Lester. Lo había tenido últimamente más presente de lo habitual, al enterarse de diversos detalles de las vidas de las otras trabajadoras de los almacenes. Ella era una de las empleadas de más edad y, casi desde el principio, las mujeres más jóvenes habían acudido a ella: buscaban apoyo, le hacían confidencias y le pedían consejo, lo mismo que habían hecho siempre las mujeres de su iglesia. Pero aquellas vidas eran más duras, más crudas que las que había conocido hasta entonces.

¡Qué espantoso cuadro le había dibujado la ojerosa señora Hemp —del departamento de artículos de cocina— sobre las relaciones con su marido!: «Se entiende con una de las chicas de la fábrica de cuellos de camisa, señora Knapp. No lo soportaría ni un minuto, de no ser por los niños. Ese hombre ya me fue infiel, señora Knapp, cuando solo llevábamos seis meses casados, y yo embarazada de nuestro primer hijo. Y cada vez que se cansaba de una chica, a por otra». ¿Y qué le había dicho Margaret Donahue, la que leía novelas a hurtadillas, pero no quería saber nada de hombres?: «Me ponen enferma», declaraba tajante con una expresión que afeaba su joven rostro, de una manera que la señora Knapp hubiera dado lo que fuera por no ver. No permito que un hombre se acerque a mí más de lo que se lo permitiría a un sapo. Con lo que mi padre le hace a mamá, tengo más que suficiente.

Y la mujer que fregaba los suelos, que había ido aquella tarde a suplicarle a la señora Knapp que le dejara dormir en los almacenes, debajo de un mostrador, en el baño, en cualquier sitio, con tal de no tener que ir a casa. «Usted es también una mujer casada», le había dicho. «Ya sabe cómo son los hombres. ¡Judd está pasando una de esas fases de enloquecimiento! Me da miedo ir a casa mientras no se le pase. De verdad, señora Knapp. ¡Déjeme quedarme aquí! ¡Me da igual dónde! Me pasaré la noche sentada en una silla, con tal de que me deje quedarme».

Eva la había llevado a casa y había puesto un colchón en el suelo de su habitación para que durmiera allí. Había sentido miedo y una inmensa compasión por aquella mujer. Pero la había odiado por lo que había dicho: «Usted es también una mujer casada. Ya sabe cómo son los hombres». ¿Cómo podía haber pensado, ni por un momento, que Lester Knapp fuera de ese tipo de hombres? ¿No se daba cuenta, solo con *mirarle*, que él era un millón de veces más...? Volvió a odiar a la mujer otra vez aquella noche al pensar en ello, y el pensamiento le puso delante todo lo que Lester había supuesto para ella.

Ninguna mujer podía tener más motivos que ella para confiar en la delicadeza, la cálida cordialidad amorosa, el dominio de sí y la innata decencia de un hombre. Llevaban catorce años casados y, desde los dulces días de su luna de miel, cuando —ignorantes, inocentes— los caminos de su juventud se habían cruzado, jamás había conocido ella, ni por un instante, aquel ambiente envenenado de sospecha, odio y violencia que aquellas mujeres parecían asumir como consecuencia inevitable de la relación entre marido y mujer. ¡Qué bueno había sido Lester con ella! Y ella no había sabido valorarlo. Ni siquiera había pensado en ello. Nunca se había planteado que él pudiera comportarse de otro modo.

¡Y qué bueno era con los niños! Nunca una palabra más alta que otra, como sí sucedía con la mayoría de los hombres. Era el mejor padre del mundo. Ninguno de los hombres que ella conocía habría soportado aquel encierro con los niños en casa. Era admirable la dedicación con que había procurado reemplazarla en el hogar, ahora que

ella no podía ocupar el lugar que le correspondía con ellos en casa. ¡Qué recuerdos tan maravillosos de su padre iban a tener aquellos niños! ¿Cómo era posible que estuviera hecho de la misma carne y sangre que el padre de Ellen O'Hern, quien —eso decía Ellen— nunca pasaba por delante de uno de sus hijos sin levantarle la mano?

El desbordamiento de este afecto por Lester —que había ido creciendo poco a poco durante semanas—, su profunda gratitud por lo que hacía por sus hijos... Se dio cuenta de que había empezado a temblar en la cama. Sintió una instintiva necesidad de compartir sus emociones con Lester, de rodearle el cuello con sus brazos y decirle que no había dado por supuestas su lealtad, su caballerosidad, su fidelidad, su elegancia..., a pesar de su aparente frialdad. Era solo que había sido tan infeliz a causa de su espantosa pobreza. ¡Era horrible eso de ser pobre! Sacaba lo peor de cada uno. Cuando a uno le atenaza la preocupación por el dinero, simplemente no es uno mismo.

Acalorada y con las mejillas encendidas, saltó de la cama, se calzó las zapatillas, encendió una vela y bajó silenciosamente por las escaleras. Ni Lester ni Stephen se despertaron cuando entró en la habitación y se quedó de pie contemplándolos. A Stephen se le veía guapo y robusto, durmiendo con ambos brazos estirados por encima de la cabeza. Lester parecía casi un muchacho, por la placidez de su sueño; como aquel muchacho educado, sincero, cariñoso y sensible al que ella se había entregado siendo todavía una muchacha.

Aquel hombre joven había vibrado de vida de la cabeza a los pies; y ahora la mitad de su cuerpo estaba muerto. Desde el principio, había sido devastador para Evangeline el ver la indefensión de aquella pétrea inmovilidad. ¡Con qué entereza la había llevado él, sin una queja! Pero ella había visto aquella noche, en el entusiasmo de su marido cuando hablaron de la posibilidad de tener un Ford, lo encarcelado que se sentía, el placer desmedido que le producía pensar que podría salir de aquellas cuatro paredes. ¡Ella no habría tenido nunca tanta paciencia como él! Si hubiera estado condenada a aquella muerte en vida de la mitad de su cuerpo, incapaz incluso de girarse en la cama sin acabar despertándose en medio de una pesadilla de esfuerzo, las piernas como si pesaran toneladas...

¿Había hecho ella algún ruido? ¿Había perturbado su sueño la luz de la vela?

Sin despertarse, Lester respiró hondo, se giró en la cama con gran facilidad, levantó las rodillas flexionando las piernas con naturalidad, puso un brazo por encima de las mantas y se volvió a quedar sumido en un profundo sueño.

Al día siguiente, todos en los almacenes estaban convencidos de que la señora Knapp había contraído una seria enfermedad. No era solo la extrema palidez y los temblores que le recorrían todo el cuerpo. Era peor. Tenía tal aspecto de padecer una enfermedad mortal que las chicas de su departamento estaban asustadas. Hicieron llamar al señor

Willing para que fuera.

Cuando llegó y vio la mala cara y los hombros caídos de la señora Knapp, le ordenó que se fuera a casa de inmediato.

—Lo que usted tiene es gripe, señora Knapp. Está habiendo muchos casos. La de este año no es nada si se trata al principio. Pero es de locos intentar hacer vida normal. Váyase a casa ahora mismo, tome algo de quinina y aspirina, y tómese también algún sudorífico. Se pondrá bien. Pero no espere ni un minuto.

Sin decir palabra, la señora Knapp se puso su chal y salió de los almacenes. No se dirigió a casa. No se atrevía a llegar a casa y que la vieran Lester y los niños, hasta haberse enfrentado a aquellas terribles cuestiones y, o bien haberlas resuelto, o que las cuestiones la mataran a ella.

¿Adónde podía ir para estar sola? Pensó en seguir andando hasta salir al campo. No, aquello no serviría. Todo el mundo la conocía y lo comentarían, le harían preguntas... Tenía la impresión de que empezaría a gritar, si alguien le preguntaba algo en aquel momento.

Mientras dudaba qué hacer, vio, por encima de los tejados de las casas, el chapitel de la torre de la iglesia de San Pedro apuntando hacia el cielo; e instantáneamente su corazón se volvió hacia el silencio y la soledad de la iglesia. Gracias a Dios, siempre estaba abierta.

Anduvo con paso rápido por una calle lateral, empujó la pesada puerta y entró a tientas en la callada oscuridad del edificio vacío. Se arrimó al banco que tenía más cerca, se arrodilló y juntó las manos como para rezar. Intentó rezar con todas sus fuerzas. Pero no pudo.

El zumbido que producían el desasosiego y la confusión de su corazón se elevaba en vibraciones que reverberaban y llenaban el templo con su clamor. Intentó en vano combatirlo con retazos de oraciones que el contacto con el banco y el ambiente familiar de la iglesia le traían a la cabeza.

«Padre todopoderoso y misericordioso...».

¡Lester estaba mejor!

«¡Oh, Dios, que eres el autor de la paz y amante de la concordia, en...».

Lester se iba a poner bien... ¡Se iba a poner bien!

«Tenga Dios piedad de nosotros y nos bendiga, haga brillar...».

Y, entonces... Y, entonces...

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó con vehemencia. Entonces, apretó las manos temblorosas contra la boca, asustada.

Era una mujer malvada. Que el Señor se apiade de mí, pecadora. No tenía corazón. No quería que su marido se pusiera bien. No quería volver a casa para estar con sus hijos.

Pero debía. ¡Debía! No había otra opción. Como una persona encerrada de repente en una prisión sin aire, corría frenéticamente de una puerta cerrada a otra, aporreándolas con las manos, impotente ante su inamovilidad, sin conseguir que cedieran lo más mínimo sobre sus goznes de hierro al arremeter contra ellas. Si Lester se pusiera bien, evidentemente no se podría quedar en casa para encargarse de las labores domésticas y cuidar de los niños...: ningún varón sano y capaz había hecho eso nunca. ¿Qué diría la gente? Aquello no podía ni plantearse. La gente se reiría de Lester. Se reiría de ella. Dejaría de admirarla. ¿Qué diría la gente si no volvía con los niños? Ella, que siempre se había preocupado tanto de ellos; ella, a la que la gente compadecía por haberse visto forzada a separarse de ellos. Todos la habían oído decir lo duro que era para una madre estar separada de sus...

Por un momento —un momento que no olvidó nunca— Evangeline sintió —por primera y última vez en su vida— una fría y funesta repugnancia hacia sí misma. Casi la mata. Ella, que se había esforzado toda su vida por comportarse dignamente; ella, que había estado dispuesta a pagar cualquier precio por verse a sí misma en la senda de lo correcto. Sí, casi la mata.

Pero no la reconcilió con lo inevitable, ni consiguió doblegar su espíritu hasta la resignación. Nunca antes se le había pedido pagar un precio como ese.

¡No podía! ¡No podía! Se quedó inmóvil en la celda de su prisión, mientras sus manos se retorcían en rebeldía. Simplemente, no podía. Después de haber conocido otra cosa, no podía volver a la estrecha y sórdida pelea con las rutinarias y repetitivas tareas de la casa..., al diario, constante contacto con los olvidos, descuidos y disparates de los niños..., a las horribles rabietas de Stephen..., sin escapatoria..., ni futuro..., pobreza para todos, siempre.

¡Pobreza! Cayó sobre su cabeza, asfixiante, como una manta lanzada y apretada por un agresor que hubiera saltado sobre ella desde la oscuridad. Se había creído a salvo de esa prolongada y lenta inanición. Volver a ella, a la enervante indefensión y estrechez que provocan unos ingresos trágicamente insuficientes; levantarse y acostarse un día y otro con ese peso, arrastrarlo como una bola y su cadena...; no podría soportarla, ahora que sabía que no era inevitable, ahora que sabía lo fácil que era eludirla, ahora que sabía que, si Lester pusiera un poquito más de su parte, si se esforzara un poco más, si se centrara en ello de verdad, si *pusiera en ello el corazón*, como lo hacía ella...

Toda su antigua impaciencia con Lester estaba allí, hirviendo y elevándose en nubes que salían del caldero de su corazón.

Entre las turbias nubes pudo distinguir la figura de una mujer conmovida y emocionada, de pie junto a la cama de un hombre al que bendecía en silencio por su fidelidad, su caballerosidad, su delicadeza... Pero esas imágenes estaban lejanas y eran planas e irreales, como una especie de composición pictórica. No eran más que un

motivo más de irritación. No soportaba pensar en ellas, lo mismo que a una criatura acosada por las llamas le resultaría insoportable el recuerdo de un arroyo de agua fresca.

Pobreza..., aislamiento, monotonía, estancamiento, letal depresión causada por inacabables tareas serviles..., ¡pobreza!

No había salida. Ahora lo veía claro. Pero no podía soportarlo. Nunca podría volver a soportarlo. Odiaría a Lester. Se quitaría la vida, y la de los niños.

Se había ido hundiendo poco a poco, y ahora estaba acucillada como un bulto, resollando, con la cara apoyada en los brazos cruzados, como si la hubiera derribado una serie de incesantes golpes que ya no podía ni intentar esquivar.

¿Qué podía hacer? Su energía primordial hizo que se levantara, ciega, tambaleándose, como un pundonoroso púgil al que acaban de noquear, pero no lo sabe. ¿Qué podía *hacer*? Con tremendos esfuerzos, procuró situarse en un plano superior al de aquel mero sufrimiento animal.

Lo intentó. Sí, realmente intentó por un momento pensar cuál era el modo de proceder adecuado. De nuevo, intentó rezar: pedirle a Dios que le mostrara lo que debía hacer una mujer buena. Pero no consiguió rezar.

«*Concédenos, Señor, te suplicamos..., derrama en nuestros corazones...*». No, no podía rezar. No podía controlar su espíritu para que se centrara en algo coherente como la oración. En su cabeza se arremolinaban retazos de los pensamientos que habían llenado su mente de manera incesante desde la noche anterior, y eran arrastrados ante su consideración como los pájaros que son arrastrados por el viento que precede al tornado. «El sitio de una madre está con sus hijos». ¡Cuántas veces había escuchado y dicho eso! Era una mujer mala, por rebelarse contra ello. Y rebelarse no le iba a hacer ningún bien. ¿Qué otra cosa podía hacer? Daba vueltas y más vueltas en su celda, llorando y aporreando las puertas cerradas con sus manos. Alguien tenía que quedarse a hacer las tareas de la casa, a cuidar de los niños y a mantener el ambiente de hogar. Y, si Lester se curaba, no podría ser él. Ningún varón sano y capaz podía ocuparse de eso, evidentemente. ¿Qué diría la gente? Se reirían. Se burlarían de los niños. Y de Lester. Y de ella. Pensarían que ella debía querer hacerlo. Todos le habían oído decir lo duro que era para una... Y no podían mudarse, irse a otra ciudad, a otro sitio donde nadie les conociera. ¡Aquella oportunidad única para ella estaba allí!

Pero, de pronto, con un rugido final, el tumulto se desvaneció, desapareciendo en la distancia, fuera de la iglesia y de su corazón. Se produjo un sepulcral silencio a su alrededor, a través del cual le llegó un pensamiento claro, nítido y compacto: «Pero quizá Lester no se ponga bien. Quizá no se ponga bien».

El silencio de su corazón se hizo presagioso. Era como si se hubiese vuelto sorda a todos los ruidos del mundo, a todo, excepto esa sola posibilidad. Ahora estaba erguida:

ya no estaba acucillada ni resollando. Firme sobre las rodillas, con las manos juntas y la cabeza inclinada, en la típica actitud de mañana de domingo.

Por fin estaba rezando.

Poco después, salió corriendo de la iglesia, como si un fantasma hubiese aparecido junto a ella y le hubiera puesto la mano de esqueleto en el hombro... No había estado rezando para que Lester... No, ¡no era *posible* que hubiera estado rezando para que su marido no se pusiera bien!

Pronto empezó a caminar más serenamente, más a su paso habitual. A fin de cuentas, no había nada para seguir..., nada por lo que estar segura..., nada, en definitiva, que le hiciera suponer como muy probable que Lester fuera a...

CAPÍTULO VEINTIUNO

Una de las cosas interesantes que a Lester le deparaba su vida era la incertidumbre sobre quién iba a ser su compañero mental cada día: parecía algo sobre lo que él no tenía control. Algunas veces había pensado que quizá fuera el tiempo atmosférico el que lo determinaba. No era infrecuente que el primer vistazo que por la mañana temprano echaba al mundo le dijera con qué gran espíritu iba a compartir el día. Un amanecer despejado y con brisa, en el que se escuchaba el gorjeo de los pájaros después de la lluvia, le evocaba los poemas infantiles de Christina Rossetti. Los días grises de lluvia cálida y suave que barnizaba la hierba y repiqueteaba en la tierra con un sordo rumor de tambores siempre le hacían pensar en Hardy. El sol dorado colándose entre el temblor y verdor de las hojas nuevas le recordaba a Shelley. Y Browning era para los días en que el sol se elevaba rico y lleno de matices entre confusas masas de densas nubes.

Pero no siempre era el tiempo. A veces, nada más abrir los ojos, tenía a su lado al compañero de aquel día, cuando no había percibido del entorno visible más que la vacuidad del techo y sus consabidos desconchones, que a estas alturas formaban parte de su cerebro. Aunque, en ocasiones, no le hacía feliz el compañero; sobre todo, cuando aquel espíritu invisible no hacía sino reproducir e intensificar el color gris de su temperamento, del que le gustaba evadirse yendo tras las trompetas y fanfarria de temperamentos en los que refulgía la alegría de vivir. Pero era inútil intentar alterar el destino de cada día. Podía, sin mucho esfuerzo, hacer resonar mecánicamente en su cabeza a muchos de aquellos benditos compañeros que expresaban en su canto lo que él era incapaz de decir por sí mismo; pero seguía oyendo —así: *oyendo*— en el fondo de su corazón la voz correspondiente a ese día.

Así que no le quedó sino disponerse a vivir un día de meditabunda amargura, cuando se despertó una mañana y, casi antes de abrir los ojos, escuchó:

«Pero “caer, caer, caer” es tu canción,
Canción de cuna que te acompaña a la tumba»[\[19\]](#).

Lester consideró que eso ya no podía decirse de él, mientras se enfrentaba a la penosa y humillante tarea de tener que vestirse sin ayuda. Había dedicado muchos años a caer, caer, caer y, cansado al fin, había caído hasta el fondo, había caído todo lo que uno podía

caer, de manera tan definitiva que no había más que decir al respecto. Misión cumplida.

Tensionó los brazos y, apoyándose en ellos, se balanceó y se encajó en la silla de ruedas, donde se quedó quieto unos instantes para recuperar el aliento. ¡Cómo costaba mover aquellas piernas muertas, duras como un demonio! Parecían pesar más que todo el resto del cuerpo, pensó mientras levantaba una de ellas con las dos manos y la ponía en una posición más cómoda.

Siguió jadeando y, por un momento, perdiendo el firme control de sí mismo que demostraba habitualmente, sucumbió a algo que siempre le acechaba: el horror vergonzoso que le producía su cuerpo lisiado y sin vigor. Aquel día le asaltó con tal violencia que se asustó y se puso en disposición de combatirlo.

«Lo que hay que recordar», se dijo dura y desdeñosamente, «es que esto solo me afecta a mí y que lo que me afecta a mí no tiene la más mínima importancia. Yo estoy acabado. Hace mucho que estoy acabado. Nada que pueda pasarme a mí importa». Escuchó entonces una voz que le pareció nostálgica:

«Pero ni los caminos que se separan, ni el cien por
ciento
Acabarán con el niño que en nosotros vive,
El Niño que es el Hombre, el Misterio»[\[20\]](#).

Y a esto contestó indignado: «¡¿Qué sabes tú de eso?! ¡El cien por ciento puede matarlo de inanición! ¡Matarlo! Conmigo le funcionó».

«Pero, bueno, no quiero oraciones fúnebres por él», se dijo. «Si murió de inanición, es señal de que merecía morir, de que no tenía la energía suficiente para conseguirse la comida».

«Todo lo que puede ser aniquilado debe ser aniquilado
Para que los hijos de Jerusalén se vean libres de la esclavitud»[\[21\]](#).

Sabía, no obstante, que, en realidad, no creía en ese aséptico, cáustico y despiadado razonamiento, y se maldijo por no ser capaz de matar aquel sentimentalismo llorón.

Entonces, Stephen se dio la vuelta y abrió los ojos. ¡Papá ya estaba despierto y vestido! Se incorporó apresuradamente, apoyándose en las rodillas.

—¡¿No te habrás atado los zapatos?! —exclamó brusco y amenazante.

Era ese un servicio al padre que él había asumido como propio. Habría matado a Henry o a Helen, si se hubieran atrevido a hacerlo.

—No, campeón, no me he atado los zapatos —dijo el padre, sonriendo—, por una razón muy sencilla: no puedo. No sé qué haría sin los servicios de mi ayuda de cámara.

Stephen pareció aliviado, se bajó de la cama, se sentó en el suelo y empezó a atar los cordones. Levantó la vista hacia su padre y sonrió. Le encantaba hacer aquello para su padre.

Aquella fue la segunda noche consecutiva que Evangeline se iba a la cama nada más cenar. Dijo que estaba intentando combatir un ataque de gripe con más horas de sueño y dosis de quinina. Lester y los niños no jugaban a las cartas cuando no estaba la madre, bien porque estaba cansada y se iba antes a la cama, o bien porque se quedaba hasta tarde en los almacenes, clasificando el género recién llegado o examinando las novedades recibidas con el señor y la señora Willing. El *whist* era algo que requería a mamá; y aunque ella les había insistido a menudo en que no tenían por qué perder las noches en que ella no pudiera estar, y que seguro que se lo pasaban muy bien jugando un *dummy whist*, para variar, ellos nunca sacaban las cartas si ella no estaba.

Normalmente, papá les leía algo en voz alta en noches así, y eso no se lo querían perder por nada del mundo. Aquella noche les leyó una divertida historia rimada sobre un granjero al que el viento había arrastrado una noche de invierno lejos de su granero y se había deslizado tres kilómetros montaña abajo, agitando su farol, antes de conseguir pararse. Aquella escena era una de las favoritas de los niños y les hacía reír más cada vez que la escuchaban:

«A veces con los brazos extendidos
Como alas agitadas por un grajo,
Rodaba sobre su eje cuesta abajo,
Su rostro inalterado y compungido.

Más rápido o más lento iba al bajar,
Sentado o levantado, dependía
Del riesgo que él pensaba que corrían
Su cuello o su atuendo al resbalar»[\[22\]](#).

A Helén le encantaba también el final —al que papá daba siempre una entonación especial—, donde se contaba cómo el granjero no se rendía. Y al levantarse aquel tenazmente y emprender el largo camino de vuelta a su casa, ella caminaba a su lado, participando un poco de su callada resistencia al destino. ¡*Así* era como había que actuar cuando uno se deslizaba fuera del camino que quería seguir!

El padre leyó a continuación otro poema, sobre una hoguera, el cual, aunque no lo entendía del todo, siempre le hacía temblar de emoción. Henry no entendía nada, pero tampoco intentaba entenderlo. Ahora ya no le preocupaba no entender los poemas que

papá le leía a Helen. Simplemente, dejaba de escuchar y jugaba con la oreja de su perrito, y se concentraba en el cálido y suave peso de aquel cuerpecito de cachorro tendido sobre sus rodillas. A veces acercaba cariñosamente la cara a la cabeza del perrito, mientras su corazón se derretía de ternura. Él no necesitaba la poesía de un libro.

«Antes habrá rugido,
Y habrá mezclado chispas con estrellas,
Barrido en derredor con ígnea espada:
Retroceden los árboles oscuros,
Las sombras son más largas en la noche»[23].

—¡Oh! —exclamó Helen, tan fascinada con el sonido de las palabras como lo estaba Henry con su cachorro—. ¡¿No es delicioso?!

«Las brisas que el invierno dejó exhaustas
Parecen no elevar los arrendajos
Que lánguidos volando buscan percha;
Y mi llama es pináculo hasta el cielo»[24].

—¡Oh, *papá!* —dijo Helen, moviéndose entusiasmada en el sofá—. ¡No me digas que no es precioso! —Y añadió un deseo apasionado—: ¡Ojalá pudiera escribir yo así! —Algo en el gesto de su padre le chocó. Solo tenía trece años, pero una intuición propia de edad más avanzada, que le daba el hecho de estar a punto de convertirse en mujer, le hizo decir de manera impulsiva, desde el fondo de su corazón—: Papá, a ti te encanta..., ¿por qué no..., por qué no intentaste *tú* alguna vez escribir poesía?

Se quedó entonces desconcertada al ver que un intenso rubor había cubierto el rostro de su padre, quien permanecía en silencio con los ojos clavados en el libro.

Helen estaba tan horrorizada como si hubiera abierto la puerta del sanctasanctórum de un templo. Se levantó del sofá y, sin comprender a su padre, ni a sí misma, ni lo que estaba haciendo, murmuró «¡*Oh, papi, papi...!*» y le rodeó el cuello con sus brazos.

Henry y el cachorro les miraban con cara de sueño.

—¿Es la hora de irse a la cama? —preguntó Henry.

Helen se durmió aquella noche sintiendo todavía el gran abrazo que le había dado su padre. Nunca antes había sentido el amor de su padre con tanta intensidad.

En la planta de abajo, antes de acostarse, su padre pasó las páginas del libro y leyó:

«Nada de lo que enorgullecerse en el pasado,
Nada en lo que esperar para el futuro»[25].

«¡Vamos, vamos!», se dijo a sí mismo. «Terence, esto es una estupidez, te comes la pitanza con mucha rapidez[26]. Habrá que considerar el día de hoy uno de nuestros fracasos. Mejor concluirlo y pasar al siguiente». En el corazón le sangraba la vieja herida que él había creído cicatrizada y olvidada hacía años. La pregunta de Helen la había vuelto a abrir. ¡Dios mío! No se estaba a salvo de viejas penas hasta que lo enterraban a uno.

Con todo, la amargura estaba entreverada de una nueva dulzura: la compasión de Helen, la comprensión de Helen. Nunca antes se había planteado que los hijos podían dar algo al tiempo que te quitaban todo: el todo que él les daba agradecido. Y pensó con nostalgia que Helen quizá fuera la compañera que él nunca había tenido. Meneó la cabeza. ¡Nada de ser una rémora! Ella debía encontrar sus compañeros entre los de su generación. Él debía estar dispuesto a echarse a un lado y dejarla avanzar, cuando llegara el momento. Esa nueva dulzura se le ofrecía para que pudiera hacer otra renuncia.

Echó un vistazo a su alrededor para ver si había algo que hacer antes de acostarse. «¿Cierro esa ventana?», pensó. «No, es una noche cálida. Así corre un poco el aire».

Impulsó la silla hasta la puerta cerrada del comedor, la abrió y se dio cuenta entonces de que el viento soplaba con intensidad, porque sintió una fuerte corriente de aire que iba desde la ventana abierta sobre la cabecera de la cama de Stephen hasta la que estaba abierta fuera de su dormitorio. Notó la corriente y vio la larga y liviana cortina que se levantó y ondeó en dirección a él, por encima de la vela que titilaba sobre la mesilla junto a la cama de Stephen.

Se prendió en un instante. Toda su superficie llameó como si fuera fulmicotón y la cortina empezó a caer... ¡encima de la cara de Stephen, dormido y boca arriba! ¡Las llamas estaban a punto de aterrizar sobre aquella tierna carita!

El padre de Stephen se vio entonces de pie junto a la cama, cogiendo la cortina al vuelo y apagando las llamas entre las manos. La silla de ruedas seguía junto a la puerta abierta.

La corriente entre las dos ventanas abiertas apagó la vela de golpe y en la oscuridad la puerta se cerró dando un fuerte portazo.

Pero para Lester no había oscuridad en la habitación. Con la misma intensidad con que había visto y sentido las llamas en la cortina, se sintió él mismo llamear en un éxtasis físico, al verse de pie, al saber que había dado una docena de pasos, al saber que ya no era un medio hombre, una mutilada ruina de la que la gente normal desviaba la vista, en un gesto que ellos llamaban pena, pero que en realidad era desdén y repugnancia.

Era como un hombre que ha estado encerrado en una jaula demasiado baja como para estar de pie, en la que ha tenido que acucillarse, inclinarse, agacharse..., y al que

de repente dejan libre y puede incorporarse del todo y estirar los brazos por encima de la cabeza. La liberación de aquella opresión fue tan desgarradora como un dolor, pero mil veces más gozosa que ningún gozo que hubiera experimentado antes. Él mismo, su propio yo, tan salvaje, cruda y severamente machacado, saltó como un resorte con un exultante grito.

El fuego de su exultación llameó como fulmicotón, lo mismo que la cortina.

Y se apagó con la misma rapidez, sofocada y convertida en negro polvo entre unas manos gigantes que la habían cogido al vuelo cuando caía encima de la cara de Stephen, dormido y boca arriba..., las llamas a punto de aterrizar sobre aquella tierna carita...

Lester solo era consciente de que había negrura dentro y fuera de él. Estaba acostado, completamente vestido, a lo ancho de los pies de su cama. Tenía la cara metida entre las mantas, pero allí no había más oscuridad que en la habitación..., ni que en su corazón.

¿Qué lo hacía tan negro? No lo sabía. No conseguía pensar. Le invadía una descontrolada y estremecedora aprensión, la misma que le había invadido en el momento en que, preparado en el tejado helado, se había dado la vuelta para lanzarse al vacío. Volvía a experimentar el terror de aquel instante. ¿Qué caída le esperaba ahora?

Sentía como si se estuviera volviendo loco, allí tendido en la cama. Le parecía estar cayendo, como había estado cayendo tantas veces durante su convalecencia, en una caída interminable, interminable, con un pavor creciente, porque ahora sabía qué indescriptible angustia le esperaba. Temblaba, se aferraba a la manta y tiraba de ella con fiereza, preguntándose desquiciado qué era... qué era... qué era.

Volvió en sí con un gran sobresalto que lo agitó y agitó la cama, y el ruido resonó en la silenciosa oscuridad de la habitación.

Se sentó y se secó la cara, por la que corrían gotas de sudor.

¿Y ahora qué? Estaba lúcido ahora. No estaba cayendo, estaba en su cama, en su habitación, y Stephen durmiendo a su lado en la oscuridad. Y ahora sabía que se podía poner bien.

¿Y qué iba a hacer ahora que sabía que se podía poner bien?

Sabía de antemano que no había nada que pudiera hacer. La vida le había vuelto a desalojar del sistema establecido.

¿Podría hacer mejor que antes su deprimente y detestado trabajo? ¿Podría aborrecerlo menos? No. Ahora lo aborrecería mil veces más. Ahora sabía que no solo era cooperación con el materialismo rampante, sino también lo que le privaba de ejercer su verdadero trabajo, un trabajo vital, vivo, creativo, un trabajo que podía hacer como nadie, un trabajo que significaba la salvación de sus hijos. ¿Iba a poder volver a sumergirse en aquel traicionero tremedal de sumisión al *poseer*, y formar parte de aquella maquinaria de infatuación de mujeres desprevenidas..., consciente todo el

tiempo de que, quizá en ese preciso instante, Helen podría estar reprimiendo tímidamente algún dulce impulso que acabaría supurando en su corazón, cuando podría haber florecido fragante bajo el sol? No soportaría volver a ver en los ojos de Helen aquella estúpida y arrugada expresión de falta de seguridad y desánimo que él siempre había pensado que era la natural expresión de su personalidad.

Pensó en Henry, saltando y corriendo con su perro, resplandecientes los dos de juventud en su retozo. Y pensó entonces en la cadavérica palidez de Henry, encogido, vaciado de vitalidad, cuando yacía en cama la última noche de su vida anterior, en aquel estado que todos habían pensado que era inevitable para Henry.

Y Eva... Dio un profundo suspiro al pensar en Eva. Eva, que adoraba el trabajo que él aborrecía, dándole con sencillez el pomposo y ridículo valor que el mundo le había conferido. Volver a encerrar aquel halcón de brioso vuelo en el corral, y verla enfurecerse y consumirse y desgarrar su corazón, ¡y el de los niños!

Solemne, surgido de la oscuridad —como si la voz de Stephen le estuviera recitando «El niño perdido»—, escuchó:

«Padre, padre, ¿dónde vas?
¡Tan deprisa no camines!
Habla, padre, con tu niño,
Que no tengo quien me guíe»[\[27\]](#).

Y allí estaba Stephen...

Lester no encontraba palabras para expresar lo que ese nombre significaba ahora para él: no era sino una profunda y dolorosa pena en la que él se hundía, sin poder hacer nada por evitar que sus negras olas le cubrieran la cabeza. Aunque en ese momento hizo un esfuerzo por sacarla, para poder tomar aire y mirar a su alrededor.

Debía de haber algún modo de escapar. Solo una persona débil sería incapaz de encontrar algún modo de salvarlos a todos. Debía pensar hasta el último detalle, analizar metódicamente todas las posibilidades, no perder la cabeza dominado por la histeria... Debía comportarse como un hombre y ser señor de las circunstancias.

¿Podrían trabajar los dos, él y Eva? Otros padres lo hacían. El planteamiento era que, con el dinero extra que ganaban, contrataban a alguien para que cuidara de los niños. Si antes del accidente hubieran sabido del don natural que Eva tenía para los negocios, a él le habría parecido una fórmula excelente. Pero antes del accidente él no había tenido ni la más remota idea de lo que «cuidar de los niños» podía significar. Ahora, ahora que había vivido con los niños, ahora que había visto que requería toda su atención el simple

hecho de empezar a entenderlos, que requería toda su inteligencia y amor el intentar darles lo que necesitaban, espiritual y mentalmente, ahora... ¡no!

En teoría, quizá pudiera uno —si tenía mucha suerte, aunque era altamente improbable—, pagando una buena cantidad de dinero, contratar algo de inteligencia, la inteligencia suficiente para proporcionarles un buen cuidado material. Pero jamás podría uno contratar inteligencia agudizada por el amor. Dicho de otro modo: uno no podía contratar un padre. Y los niños sin padres estaban huérfanos.

¿A quién podrían contratar? ¿Qué tipo de persona sería? Se puso a pensar en posibilidades concretas. Claro —soltó una sardónica risotada—, claro, un alma de abuelita bondadosa como la señora Anderson, quien —eso diría todo el mundo— sería la persona indicada, dada su dilatada experiencia con niños. Apretó los puños con furia animal y asesina, al pensar en el orgulloso, enérgico y vital espíritu de Stephen, indefenso ante la ruin y vengativa mezquindad de una señora Anderson. Y viéndolo desde fuera, llegando todos los días a casa avanzada la tarde, sin tener información de primera mano sobre lo sucedido durante el día, ¿cómo podrían él y Eva distinguir a una señora Anderson de cualquier otra?

Aun suponiendo que no fuera una señora Anderson. Podía imaginar a la mejor de las posibles: quizá fuera una mujer buena, joven, hacendosa, que tratara muy bien a los niños, indulgente, cariñosa... Pero pensó entonces en las muchas horas que había pasado él fijándose en sus hijos para entenderlos, para ver qué tipo de niños eran, para pensar en qué era lo que más necesitaban ahora: no las fútiles golosinas pasajeras que la bondad y la indulgencia podían proporcionarles, sino la comida real que ellos demandaban desde lo profundo de su ser. Pensó en cómo había utilizado él un trato muy cercano y prolongado, para penetrar en sus cabezas y en sus corazones; cómo había utilizado el trabajo compartido con ellos, del mismo modo que un científico organiza su laboratorio, para obtener los datos que luego su inteligencia pondría en orden para tomar decisiones que pudieran ser justas y con visión de futuro, pero nacidas del amor. Pensó en cómo, durante el bendito esparcimiento que para su mente suponían las tareas mecánicas, se enfrascaba en el análisis de esos datos, los consideraba y reconsideraba a la luz de nueva evidencia... ¿Qué iba a hacer una muchacha joven, buena, siempre indulgente y cariñosa? «¡No se puede *contratar* a nadie para que sea padre de tus hijos!», volvió a pensar, apasionadamente. Llegan a este mundo pidiéndote pan. Si les das una piedra, sería mejor que te ataran esa piedra al cuello y te arrojaran al mar.

Eva no tenía pan que darles; él lo veía claro en aquella hora del Día del Juicio, y ya no podía fingir que no lo veía. Eva tenía un amor y una dedicación apasionados que darles, pero no tenía ni paciencia ni comprensión. No había sacrificio en este mundo que ella no hubiera hecho gozosa por sus hijos, excepto el de vivir con ellos. Lo habían intentado durante catorce terribles años y sabían lo que eso había supuesto. Pero no se

podía cuestionar esa complaciente generalización: «Nadie como la madre para crear un dulce hogar». ¡Una falacia, en el caso de su familia! La pobre Eva —aturdida por el clamor de los que devotamente suscriben esa máxima— se había dejado triturar por las muelas de aquel molino y había arrastrado a los niños detrás de ella. Y no era porque Eva no lo hubiera intentado con toda su alma. Casi se había dejado la vida en ello. Pero ella era como el genial matemático al que ponen a pintar un cuadro.

Sin embargo, él *sí* tenía pan que darles. No había fingido no tenerlo. Había descubierto que poseía unas milagrosas hogazas que se hacían más grandes cuando las repartía. Por primera vez desde su despreocupada juventud, Lester se había sentido, por un momento, orgulloso de sí mismo, satisfecho por algo que había hecho. Pensó en Henry: normal, sano, creciendo como un joven y vigoroso árbol. Pensó en Helen, abriéndose en fragantes brotes, como un joven frutal que promete una rica cosecha. Y Stephen, creciendo como crecen los muchachos fuertes: determinado, enérgico, gozoso de su energía y cariñoso; sí, cariñoso. ¡Qué bien le hacía Stephen! Aquella enternecedora mirada de protectora devoción, cuando le ató los cordones por la mañana...

«Padre, padre, ¿dónde vas?
¡Tan deprisa no camines!».

Bueno, siempre quedaba la salida sencilla, obvia..., lo natural, lo adecuado, lo humano... Podía ser él quien se quedara en casa y se encargara de ella: hacía falta alguien que la convirtiera en dulce hogar.

Sabía que era imposible. En cuanto se puso a considerarlo, supo que era tan imposible como apartar una montaña de su camino con las manos. Sabía que desde el origen de los tiempos todo había sido dispuesto para que aquello fuera imposible. Todos los elementos de la sociedad se conjurarían para hacer aquello imposible: desde la Corporación de Damas hasta los niños de las escuelas públicas. Le resultaría más fácil cometer un asesinato o robar un banco que dedicar su inteligencia a aquello para lo que era más necesaria: su propio hogar y sus hijos.

—¿Cuál es el trabajo de su marido, señora Knapp?

—Ninguno. Se dedica a llevar la casa.

—¡Oh...!

Había escuchado el eco de ese endemoniado «¡oh!» en todas las circunstancias que había imaginado.

—Mi papá es agente de seguros. ¿En qué trabaja tu papá, Helen?

—En nada. La que trabaja es mamá. Papá está en casa con nosotros.

—¡Oh!, ¿está enfermo?

—No, no está enfermo.

—¡Oh...!

Veía a Helen, su sensible e indefensa Helen, avergonzada ante aquel colosal «¡oh!». Sabía que Henry no tardaría mucho en aprender a adelantarse a aquel «¡oh!», a huir de él y a evitar a sus compañeros de juego por él. Aquel «¡oh!» no tenía ningún sentido; y no lo había tenido durante generaciones y generaciones. Era una exclamación que databa de tiempos de las cavernas, pero todavía conservaba el poder de arruinar las vidas de los niños tanto como..., sí, tanto como dejárselos a la señora Anderson. Sentirían vergüenza de él. Él perdería su influencia sobre ellos, y ya no les beneficiaría nada.

Sabía que no podría esquivar el golpe de la Tradición cayendo sobre su cabeza. Él siempre había sospechado que esa Tradición gobernaba el mundo; había sospechado que a él lo odiaba, y siempre se había preguntado por su verdadero nombre. Ahora lo veía nítido, mientras esbozaba una sonrisa cínica que iba mucho más allá de las charlatanas pretensiones del idealismo. Ahora sabía bien qué decretaba la Tradición: que los varones están en el mundo para adquirir posesiones, crear cosas materiales, venderlas, comprarlas, transportarlas y, sobre todo, estimular el febril deseo de las mismas en todo ser humano. Decretaba que los varones son válidos en la medida en que alcanzan ese tipo de éxito material; e inútiles, si no lo alcanzan.

Ese era el auténtico significado del empalagoso discurso de «servicio» que llenaba los libros sobre comercio que Eva devoraba con tanta avidez. Su objetivo era centrar la atención del ser humano en la importancia de las cosas materiales; hacer que las mujeres sintieran que saber diferenciar el lino del algodón es más importante para ellas que distinguir la delgada, complicada y voluble línea que separa el amor humano sincero del deseo; hacer que los hombres sintieran que poseer más aumentaría su vida... ¡Blasfemia! ¡Blasfemia!

Él leía lo menos posible de los diarios económicos que Eva dejaba por la casa, pero unos días atrás había utilizado uno para avivar el fuego y le había llamado la atención un pasaje, cuyas citas se habían quedado fijadas en su sensible memoria verbal y no se le iban de la cabeza: «Moralmente, estéticamente, emocionalmente y comercialmente, a América la ayudan, elevan y hacen progresar los esfuerzos de usted y los míos por conseguir que cada americano quiera primero, y adquiera después, cada vez más de esas cosas excelentes de la vida. Pongamos por caso las buenas joyas. Convierten al comprador en mejor persona, en tanto que apelan a la dimensión estética de su naturaleza... El deseo de lujosos adornos con clase que se pueden adquirir en la joyería conlleva mayores esfuerzos para adquirir los medios para comprar. ¡Esto hace progresar a América! ¿Acaso no le servirá tener esto presente para entusiasmarse con la perspectiva de llegar a más clientes, ampliando su distribución...?». Cosas como esa escribían cientos, ¡miles! Y tenían razón. Ese era el auténtico negocio de la vida, por supuesto. Siempre lo había sabido. Ese era el motivo por el que los hombres que hacían

otras cosas —profesores, poetas, músicos, ministros— eran profundamente despreciados por la gente normal. Y en lo que respectaba a un hombre que intentara ejercer de padre...

Al final, las feministas radicales tenían razón. Bajo un untuoso camuflaje de caballerosidad, la sociedad se sustentaba realmente sobre el desprecio del trabajo de la mujer en la casa. Las únicas mujeres que recibían una paga —en forma de humano respeto o en forma de dinero— eran las mujeres que dejaban su tradicional labor de creación de armonía en las relaciones humanas y hacían algo auténticamente útil: comprar, vender o crear objetos materiales. Pero si algún *hombre* renunciaba a su personalidad para asumir la femenina tarea de procurar sacar lo mejor de los niños... ¡menuda estupidez! ¡Eso es cosa de mujeres!

Estaba convencido de que él era el único hombre al que se le podía haber ocurrido una falta de respeto tal a la propia virilidad que le impulsara a hacer lo que se supone que únicamente deben hacer las mujeres. Sabía perfectamente que semejante ocurrencia provocaría en otros hombres una estupefacción solo equiparable a su desdén machista.

En aquel momento tuvo una percepción mucho más profunda. Supo que no solo provocaría desdén, sino también sospecha y alarma. Comprendió de pronto por qué la Tradición era tan intransigente con la más mínima transgresión del respeto que se le debía, por qué estaba dispuesta a romperle a él y a los suyos en mil pedazos antes que consentir que se alterara su condición. Era porque la variación que él había concebido iba en contra del prestigio de las sagradas posesiones. No solo era indigno de un hombre capaz intentar enseñar a los jóvenes cómo llevar una vida rica, profunda y feliz, sin grandes posesiones materiales, sino que era una subversión del culto debido a las posesiones. Era una herejía. Debía detenerse a cualquier precio. Lester escuchó el alarido de una Tradición libre de sospecha y nunca cuestionada, sorprendida de que alguien tuviera la osadía de pensar en atacarla. Y él sabía que no era lo suficientemente hombre como para encajar golpes y alaridos.

Pensaba que había experimentado todos los modos posibles en que un hombre puede sentir desprecio por sí mismo. Pero ante él se abrían nuevos abismos. Y es que sabía —¿por qué no tener el pequeño mérito de reconocerlo, sin escudarse tras Eva y los niños?— que él sería tan incapaz de soportar aquel «¡oh!» como ellos; sabía que aquello le traería el resentimiento y la amargura de antes, y que echaría a otros la culpa de lo que no era más que su falta de fortaleza.

Solo tenía que imaginar por un momento una circunstancia concreta. Si volviera a ser un hombre sano y capaz y, por ejemplo, apareciera Harvey Bronson en su casa y le encontrara haciendo una cama, mientras Eva estaba vendiendo en los almacenes, ¿cómo se iba a sentir?

¡Dios bendito! ¿En qué miserable gusano se había convertido para permitir que el

pensamiento de las burlas de Harvey Bronson se interpusiera entre él y hacer lo que sabía que era lo mejor para sus hijos? Allí estaban ellos, infinitamente preciosos, hambrientos, sedientos de lo que él tenía que darles..., indefensos, si no estaba él. ¿Acaso iba a consentir que la opinión de la Corporación de Damas...?

Sí, lo iba a consentir...

Ese era el tipo de miserable gusano en que se había convertido. Y ahora lo sabía. Se secó el sudor de la cara y apretó los dientes para que no castañetearan.

Estaban castañeteando como los de un hombre a la deriva en una barca, al que solo un remo roto separa de la estruendosa caída de una catarata. El estruendo se hacía cada vez más fuerte en sus oídos, mientras él se veía irremediabilmente arrastrado hacia la caída. No había querido mirar en esa dirección y había mantenido la mirada fija en las orillas que en vano había intentado alcanzar, en una lucha desesperada para la que solo contaba con un pobre remo roto.

Ahora se había rendido y, encogido de miedo, esperaba mudo a precipitarse al vacío. Él, que había caído tan bajo, ¿iba a volver a caer, más bajo todavía? Él, que pensaba que nunca se había reservado nada para sí en la vida, ¿tenía ahora que renunciar a su único tesoro viviente: el respeto de sí mismo? ¿Era posible que estuviera pensando —él, ¡Lester Knapp!— en fingir una enfermedad que no tenía, en pisotear su honor hasta hundirlo en la inmundicia de pequeñas mentiras, cada día?

El pensamiento precipitó su caída desde la maligna y refulgente curva que se formaba al borde del abismo... Estaba cayendo..., cayendo...

No había sino un horror informe de vociferantes remolinos que lo arrastraban al fondo...

Estaba amaneciendo. Un débil resplandor grisáceo empezaba a iluminar las ventanas. Los desconchones del techo se dejaban ya ver y volvían a cernerse amargamente sobre su cerebro. La noche había pasado. Stephen dormía plácidamente; esparcidos sobre su cama, podían verse inofensivos restos negros de cortina quemada.

«Padre, padre, ¿dónde vas?

¡Tan deprisa no camines!

Habla, padre, con tu niño...».

No iba a caminar deprisa. Si es que caminaba...

Un petirrojo gorjeó en el arce. No tardaría en ser de día. Lester se levantó, se acercó a su silla de ruedas arrastrando los pies y se sentó en ella.

Pasado un momento, se agachó y desabrochó los cordones de sus zapatos. A continuación, impulsó la silla hasta la cama de Stephen y esperó allí a que se hiciera de día.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El doctor Merritt había telefoneado a la señora Knapp para decirle que iba a hacer unas pruebas muy especiales a su marido a primera hora de la tarde; se trataba de unas pruebas que podían resultar concluyentes para determinar si existía la posibilidad de recuperación. Le dijo que había elegido un domingo porque deseaba que ella estuviera en casa. Procuró que su voz reflejara la importancia y gravedad del asunto, y supo que lo había conseguido cuando, al llegar a casa de los Knapp, encontró allí a la señora Farnham, muy seria y estrujando nerviosamente su pañuelo.

Las dos mujeres le miraron con silenciosa preocupación cuando entró. Les pidió en un tono profesional impenetrable que condujeran al paciente en su silla de ruedas a la habitación contigua.

—Esas pruebas de reflejo nervioso necesitan hacerse en un ambiente de completo silencio —explicó.

El señor Knapp, sin decir una palabra, impulsó su silla al interior del comedor y el médico cerró la puerta tras de sí.

Poco después, Helen, muy pálida y con ojos asustados, llegó para unirse a las mujeres en la espera. Las encontró tan pálidas como ella, petrificadas en sus sillas. A su madre le temblaban los labios. La niña se sentó en una banqueta, junto a la tía Mattie, que le dio unas palmadas en el hombro y le dijo algo en un susurro entrecortado que Helen no entendió. De la puerta cerrada de la habitación de al lado salía un tenue murmullo de voces, interrumpido por largas pausas. El único ruido que se escuchaba entonces eran los gritos de Stephen, que estaba jugando con el perro de Henry en el jardín trasero.

Más voces tras la puerta, muy bajas, muy comedidas, y un leve jadeo que Helen solo percibía cuando aguzaba el oído. Ni siquiera estaba segura de quién era el que hablaba en cada momento, si el doctor o su padre. Otro largo silencio. El corazón de Helen latía con fuerza. Ojalá pudiera esconder la cara en el regazo de tía Mattie, pero ahora no podía moverse, no hasta que supiera...

¿Había escuchado voces otra vez? Sí. No. No se escuchaba nada en la habitación de al lado.

Entonces, como si el médico hubiera estado todo el tiempo con la mano en el picaporte, se abrió de repente la puerta.

Ahora que había llegado el momento, al médico se le hacía difícil articular las palabras. No se le ocurría ningún modo de empezar. Las tres mujeres aguardaban impacientes, suplicándole con la mirada que pusiera fin al suspense.

Carraspeó, se sentó, buscó en su maletín algo que no encontró y cerró el maletín con un clic. Como si esto hubiera sido una señal, dijo entonces con voz acelerada e inexpresiva:

—Señora Knapp, he de ser sincero con usted. No creo que deba continuar con el tratamiento que he estado siguiendo con su marido. Estoy convencido, a la vista de los resultados de las pruebas de hoy, de que... —Sus dedos jugaban nerviosamente con la cadena del reloj—. Estoy convencido..., quiero decir que... que sería una imprudencia empeñarnos en curar esta dolencia. Hay que entender que el sistema nervioso del cuerpo humano está tan interconectado que, cuando uno incide en una parte, nunca se sabe que... Los médicos debemos considerar la reacción global del paciente. Ese es el punto débil de muchos especialistas: consideran únicamente el punto en que se localiza el problema y no tienen en cuenta los efectos sobre todo el paciente. Muchas veces les oyes hablar de «éxito» en operaciones que han acabado matando al enfermo. Y en el caso de problemas de médula espinal como el del señor Knapp, evidentemente, todo el sistema nervioso está... Y lo que he dicho es muy particularmente aplicable a los casos de... — La tensión y el abatimiento que se dibujaban en la cara de la señora Farnham le hicieron darse cuenta de que la mujer no estaba entendiendo una palabra de lo que él decía, así que añadió sin más rodeos—: El hecho es que sería una pérdida de tiempo que yo continuara con mis visitas semanales. Me he dado cuenta de que sería muy peligroso que el señor Knapp intentara volver a usar sus piernas. ¿Muletas? Quizá, más adelante... Pero no hay que permitir que intente andar jamás sin muletas. Podría ser... —Respiró hondo antes de decir—: Podría ser letal.

Cuando acabó de hablar, su gesto era adusto y desabrido. Volvió a abrir el maletín y a hurgar entre los frascos que tenía dentro. ¡Dios bendito! ¿Quién le mandaba a un hombre honrado como él ejercer la medicina...?

* * *

Detrás del doctor Merritt, a través de la puerta abierta, se podía ver a Lester Knapp en su silla de ruedas, con la cabeza echada hacia atrás, apoyada en el reposacabezas, la cara alargada, blanca, y en los ojos, una resuelta expresión de sufrimiento.

La señora Farnham comenzó a llorar sobre su pañuelo. Le temblaban los hombros, y el ruido que producían sus sollozos contenidos quebraba el silencio de la habitación.

La señora Knapp se había puesto muy blanca al escuchar las primeras palabras del

médico y se había quedado callada cuando terminó de hablar. Después de un prolongado silencio, dijo con la voz un tanto apagada, pero con su habitual firmeza:

—Es duro, es muy duro para... —Se sobrepuso y comenzó de nuevo—: Es duro, es muy duro, pero tendremos que llevarlo todos de la mejor manera posible.

Helen abandonó la estancia, de puntillas, silenciosamente, atravesó la cocina, salió al porche y cerró la puerta con cuidado. Saltó del porche al camino y comenzó a correr frenéticamente en dirección al gallinero, donde Henry y Stephen estaban dando de comer a los pollos.

Bueno, *Stephen* estaba dando de comer a los pollos. Henry estaba mirando preocupado en dirección a la casa y, en cuanto vio salir a Helen, empezó a correr en dirección a ella. Mientras corría, su cara sombría empezó a iluminarse con la luz que irradiaba la cara de la niña.

—¡Todo va a ir bien! —le dijo en un audible susurro cuando ya estaban cerca uno del otro—. El doctor dice que papá no se va a curar nunca, que siempre va a tener que utilizar muletas.

—¡Oh, *Helen*! —dijo Henry, cogiéndola desesperadamente del brazo—. ¿Estás segura? ¿Estás segura?

Los labios del niño empezaron a temblar y puso el brazo sobre la cara para ocultarlos.

—¿Qué os pasa a vosotros? —preguntó Stephen, que había corrido hasta ellos alarmado. Helen se arrodilló y rodeó al niño con el brazo. Le temblaba la voz cuando dijo:

—Stevie, cariño, papá se queda con nosotros. No se va a ir nunca.

Stephen la miró consternado. Su cara sonrosada palideció.

—¿Es que se iba a *ir* papá? —preguntó horrorizado.

—Sí, claro, habría tenido que irse a trabajar si el doctor le hubiera curado. Pero el doctor ha dicho que no puede, que papá nunca...

Stephen la había mirado fijamente, muy serio, para asegurarse de que entendía bien lo que le estaban diciendo. La apartó entonces bruscamente y empezó a correr a toda velocidad en dirección a la casa.

Subió al porche de un salto, abrió la puerta de par en par, y la casa se llenó de su clamor apasionado:

—¡Papá! ¡*Paaaapááá!*

NOTAS

[1] Del poema «A Ballad of Death», de Algernon Charles Swinburne (1837-1909). Si no se indica otra cosa, la traducción de las citas poéticas y fragmentos de obras literarias que contiene la novela es del traductor. Todas las notas al pie son del traductor (N. del T.).

[2] Versos tomados de *Paradise Lost*, de John Milton (1608-1674).

[3] Del poema «Lucifer in Starlight», de George Meredith (1828-1909).

[4] Del poema «A Ballad of Death», de Algernon Charles Swinburne (1837-1909).

[5] Se está refiriendo al poema «The Walrus and The Carpenter», incluido en *Through the Looking-Glass and What Alice Found There*, cuento de Lewis Carroll publicado en 1872 y traducido al español como *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*.

[6] Versos tomados de *The Pilgrim's Progress*, de John Bunyan (1628-1668). Se trata de una canción cantada por un pastor, que posteriormente se tomó como himno religioso. En este capítulo se citan también pasajes en prosa de *The Pilgrim's Progress*.

[7] *Ibid.*

[8] Del poema «The Mother's Return», de Dorothy Wordsworth (1770-1850).

[9] Del poema «The King of Ireland's Son», de Nora Hopper (1871-1906).

[10] Del poema «To a Skylark», de Percy Bysshe Shelley (1792-1822).

[11] Del poema «Hunting Song», de Sir Walter Scott (1771-1832).

[12] Del soneto 65 de William Shakespeare (1564-1616).

[13] Del poema «Ode. Intimations of Immortality from Recollections of Early Childhood», de William Wordsworth (1770-1850). Traducción de José Manuel Mora Fandos, publicada en *William Wordsworth. Poemas escogidos*, La Isla de Siltolá, Sevilla 2015, pp. 71-73.

[14] Del poema «Holy Thursday», de William Blake (1757-1827).

[15] Del poema «The Pet-Lamb. A Pastoral», de Dorothy Wordsworth (1770-1850).

[16] Del poema «Ode. Intimations of Immortality from Recollections of Early Childhood», de William Wordsworth (1770-1850). Traducción de José Manuel Mora Fandos, publicada en *William Wordsworth. Poemas escogidos*, La Isla de Siltolá, Sevilla 2015, p. 71.

[17] Del poema «Invictus», de William Ernest Henley (1849-1903).

- [18] Del poema «To His Coy Mistress», de Andrew Marvell (1621-1678).
- [19] Del poema «Captain Craig», de Edwin Arlington Robinson (1869-1935).
- [20] *Ibid.*
- [21] Tomado de la obra *Milton: A Poem in Two Books*, de William Blake (1757-1827).
- [22] Del poema «Brown's Descent», de Robert Frost (1874-1963).
- [23] Del poema «The Bonfire», de Robert Frost (1874-1963).
- [24] *Ibid.*
- [25] Del poema «The Death of the Hired Man», de Robert Frost (1874-1963).
- [26] Esta frase son los dos primeros versos del poema LXII de la obra *A Shropshire Lad*, de A. E. Housman (1859-1936).
- [27] Del poema «The Little Boy Lost», de William Blake (1757-1827).

Índice

Primera Parte	5
Capítulo I	6
Capítulo II	14
Capítulo III	29
Capítulo IV	36
Capítulo V	45
Capítulo VI	49
Segunda Parte	52
Capítulo VII	53
Capítulo VIII	63
Capítulo IX	73
Capítulo X	82
Tercera Parte	89
Capítulo XI	90
Capítulo XII	98
Capítulo XIII	102
Capítulo XIV	106
Capítulo XV	113
Capítulo XVI	120
Capítulo XVII	127
Cuarta Parte	139
Capítulo XVIII	140
Capítulo XIX	143
Capítulo XX	151
Capítulo XXI	159
Capítulo XXII	172
Notas	175
Índice	4